ÁLVARO PINEDA BOTERO

Bolívar el insondable

FUNDACIÓN COMÚN PRESENCIA

ÁLVARO PINEDA BOTERO

Bolívar, el insondable

Colección

Los Conjurados

Dirección editorial
Amparo Osorio
Gonzalo Márquez Cristo

Derechos reservados
Bolívar, el insondable
© Álvaro Pineda Botero
E-mail: alvaropineda@une.net.co

ISBN 978-1460913871

Primera edición
Planeta Colombiana Editorial S.A., Bogotá, 1997

Segunda edición
Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2004

Tercera edición
CreateSpace, Scotts Valley
California, Estados Unidos, 2011

Concepto gráfico, diseño y diagramación
Común Presencia Editores
Tel: 571– 2495782
Cra. 11 No. 61 – 35

Bogotá, D.C. Colombia
E–mail: comunpresencia@yahoo.com

FUNDACIÓN COMÚN PRESENCIA

INDEX

Liber Primus: Los milagros de San Ildefonso

Liber Secundus: Visita a Viena

Liber Tertius: La gran encrucijada

Liber Quartus: Urbs Roma

Ha llegado la última aurora; tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma, por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la Sierra con sus viejos picos de nieve impoluta como nuestros ensueños de 1805; por sobre mí, el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores y el más grandioso derroche de luz. ***Bolívar,*** *Santa Marta, 30 de noviembre de 1830*

Escepticismo: No hay mujer virtuosa ni hombre grande. El corazón humano está dominado por el egoísmo. ***Antonio B. Pineda,*** *1860*

¡Oh Padre de la Patria!
Te sobran nuestros cantos; tu memoria
cual bajel poderoso,
irá surcando el océano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará a las playas del futuro.

José Asunción Silva, *1895*

¿Quién es este monarca sin cetro ni corona
extraviado en el centro de su palacio?
Los inocentes pajes no están más
(ahora cada uno combate por un reino
sin dueño todavía). Las damas de la corte
preparan el exilio.
¿De quién pues esta mano
inhábil, estos ojos que solo ven fronteras
indecisas o el viento
que dispersa los restos del banquete?
Llegué tarde, no tengo
nada que hacer aquí
no era el que yo buscaba.
Me expulsarán los últimos centinelas despiertos
aún en las almenas: también ellos preguntarán
quién soy, cuál es mi reino.

Pedro Lastra, *Notas de viaje, 1993*

Para Pedro Lastra
maestro y amigo

LIBER PRIMUS

LOS MILAGROS DE SAN ILDEFONSO

JOSÉ

No es época de calmas prolongadas y, sin embargo, aquellos que navegan frente a las costas de la Guajira temen cierto fenómeno no del todo inusitado, que hace que las velas se desinflen y las olas se marchiten, quedando cielo y mar en absoluta quietud. La inmovilidad puede durar solo horas, o, por el contrario, extenderse por días.

Mi tocayo, José de Uriarte y Borja, se muestra inquieto allá en el puente. Mira a babor y estribor, habla con el contramaestre, consulta el anemómetro, estudia una carta, mide el horizonte con el sextante. En estos días ha puesto especial atención para mantener la línea recta, corrigiendo el rumbo con minucia, en especial antes del alba o al caer la noche, cuando la atmósfera es más límpida y las estrellas más brillantes.

El viento ha sido poco desde cuando zarpamos de La Guaira y, ahora, frente a la costa guajira, su escasez más aguda. Uriarte se queja de haber acumulado ya muchos días de atraso. Tiene aún que tocar Cartagena de Indias, Veracruz y La Habana, antes de enfilar proa a Cádiz. A veces el viento viene rastrero, del sur, en pequeñas ráfagas, que pronto se debilitan y mueren. Y cuando la quilla ha perdido su empuje, surge un fresco pero tímido impulso que nos permite un corto avance; a poco flaquea la brisa y el barco se detiene nuevamente.

Uriarte y Borja es el capitán del San Ildefonso, un viejo navío de guerra español acondicionado para uso comercial, que año tras año hace la ruta del Caribe. Es un bajel recién calafateado, de cuatro palos y velas en cruz, que los armadores mantienen en excelente estado. Transporta pasajeros y mercancía y las ganancias siempre han sido buenas. El trinquete o verga mayor en el palo de proa luce una tela nueva, la vela principal está sin remiendos y el foque triangulado envergado a la cabeza del botalón se templa altivo... solo cuando sopla el viento.

Además del capitán hay un contramaestre llamado Diego de Avila, oriundo de Albacete; un capitán de artillería y ocho armeros, un maestro de carpintería y calafate, el despensero de vitualla y pólvora, el cocinero y sus ayudantes, la marinería y un resto de pasajeros.

Para nosotros, los retardos no son causa de molestia. Las horas de la mañana transcurren plácidas entre libros y discusiones filosóficas. En las tardes dormimos en hamacas sobre cubierta al amparo de los trapos, y al atardecer nos reunimos con otros viajantes, con oficiales y nautas. Siempre hay una vieja canción de

mar, un chiste nuevo, o el chisme político contado a media voz por algún criollo tras el palo de mesana.

Una noche Uriarte nos invitó a su camarote. Mientras escanciaba un excelente vino de la Coruña, comentó:

—Es inexplicable que esto suceda en pleno enero, pues esta es precisamente la época de brisa en el Caribe. Debe ser algo relacionado con las tierras inhóspitas de la Guajira; a veces uno quisiera creer lo que creían los antiguos: el mar se aquieta por catorce días cuando incuba el rey de los pájaros pescadores, el alción. No sé si lo habéis visto. Es del tamaño de una paloma, café su cuerpo y su vientre blanco; coloca su nido sobre las olas, las cuales se aquietan milagrosamente. En algunas regiones recibe el nombre de "sanmartín". Solían llamar tales días de calma "los alcionios". Aquí en el Caribe todo es posible y, también, todo es impredecible. No me extrañaría que esta calma fuera el preludio de una semana de ciclones, y, en ese caso, cualquier cosa puede sucedernos.

Y luego, con un gesto de bondad, dijo:

—Mañana es el día del santo y yo esperaba celebrarlo con pompa de misa y sermón en la Catedral de Cartagena.

En alta mar, si había cura abordo, se celebraba la misa; en su defecto, el propio capitán ofrecía una homilía. Nos explicó que para este efecto había repasado en la tarde un usado tomo que siempre llevaba consigo, copia del original que reposa en la Catedral de Segovia, escrito por un tal Rodrigo de Cerrato. Está en verso. Uriarte nos leyó estrofas y nos habló del santo. Su fe parecía sincera. Estaba emocionado. Abrió otra botella y se dispuso a contarnos íntegra la historia de San Ildefonso: había sido Obispo de Toledo. Cuando predicaba desde el púlpito lo hacía con tal elocuencia que los feligreses lo escuchaban de rodillas creyendo que era el propio Dios quien les hablaba. Una mañana se le apareció la Gloriosa, le obsequió una casulla del más puro cendal y le recomendó que la vistiera "quano dixéredes la misa e las solemnidades". Ildefonso dizque levantó la mirada y vio un grupo de vírgenes en el ábside que entonaban salmos a David. El Obispo, en medio de los aspavientos de la gente, había logrado asir la falda de la Gloriosa y pedía a gritos algo para cortar un trozo de ella. El rey Recesvinto le alcanzó un cuchillo. Tela y cuchillo fueron a parar al tesoro de la Iglesia: eran reliquias verdaderas. Uriarte los ha visto. Cuando disponía de tiempo por reparaciones prolongadas del barco, iba hasta Toledo. A esta fe atribuyó su buena suerte.

Entonces se extendió en anécdotas: cruce con naves sospechosas, malos vientos, peñas horrendas erguidas de repente, daños en el casco, en el estay, en el bauprés o en el trabe que parecían

irreparables en alta mar; un conato de amotinamiento, una epidemia de escorbuto. La invocación a tiempo había sido suficiente para alejar los peligros. No, no eran leyendas, añadió. Había que ver el fin desastrado del rey Recesvinto, muerto por un jabalí durante una cacería: al día siguiente había enviado a su mayordomo a cobrar el precio del cuchillo, acto impío que le había valido su castigo. Otro hecho verdadero ocurrió cuando Sisberto, sucesor de Ildefonso, tuvo la mala ocurrencia de vestir la casulla sagrada, dizque con el propósito de hacer un milagro. Al colocársela se le achiquitó exprimiéndole los sesos que, blanquecinos, quedaron regados por las gradas del altar.

—Es que con lo sagrado no se juega, queridos amigos. ¿Cómo es posible que ahora, por todas estas tierras de América, soplen vientos de rebeldía contra la sagrada autoridad del Rey?

Y sentenció:

—¡Ya veréis qué castigos horrendos sufrirán los impíos!

El vino surtía su efecto. La cháchara del capitán era emotiva. Simón le preguntaba detalles de la vida del santo y lo hacía aparentando una seriedad fingida. Esta era para nosotros una manera divertida de pasar la velada. Uriarte tenía su gracia, pero cuando empezó a hablar en contra de los nuevos aires americanos, me pareció que era hora de bajar a nuestros camarotes.

La calma duró toda la noche. Al día siguiente, 23 de enero, el capitán nos reunió en cubierta poco antes del medio día. Acudimos los pasajeros y la tripulación. Diego de Avila hizo un gesto de silencio para que la voz ronca del viejo capitán se alzara en medio de la calma, cortada apenas por un levísimo golpeteo de las ondas contra el casco. El sol cenital caía hiriente. Allá en el ponto, una colonia de pececillos atraía una bandada de gaviotas. Uriarte convocó nuestra fe para pedirle a Ildefonso que levantara el viento. Entonó oraciones en latín, leyó trozos del libro *De perpetua Virginitate Sanctae Marie* atribuido al propio santo y se extendió en detalles sobre un milagro del que no nos había hablado la noche anterior, ocurrido en favor de Enrique IV, quien, atacado por una fiera de "aliento llameante", había salvado su vida invocando al obispo de Toledo. El rey hizo construir una ermita en el lugar, que hoy sirve de granja de recreo a los soberanos de España. Allí se celebró el tratado con Portugal, por el cual se reconoció la soberanía española sobre la banda oriental del Río de la Plata, sobre las islas de Fernando Poo, Annobón, las Marianas, las Filipinas y otras islas del Pacífico, consolidando en los territorios más lejanos, por la gracia del santo, el mayor poder terrenal. En el palacio de San Ildefonso ocurrieron, según dijo Uriarte en su homilía, otros hechos notables: los desposorios del príncipe de Asturias con doña

María Luisa Teresa de Borbón y el nacimiento de los infantes gemelos don Carlos y don Felipe Francisco, en los que se mostraba su intervención milagrosa. Por tal razón, aquel 23 de enero debíamos elevar sin desmayos una oración devota, no solo para que nos socorriera el viento, sino, y sobre todo, por las intenciones de la corona.

Al terminar la ceremonia y mientras nos preparábamos para pasar al comedor para el refrigerio del medio día, le susurré a Simón algunos acontecimientos que Uriarte había omitido: la alianza con Francia, poco después de la Paz de Basilea, y el tratado entre Godoy y el Directorio, que se pretendió conservar en secreto, pero que, al hacerse público, desencadenó la guerra con Gran Bretaña; ambos firmados en el palacio de San Ildefonso. Si el santo se fuese a comportar con nosotros como lo había hecho con España en los últimos años, debíamos esperar los peores ciclones. Lejos estábamos de prever hechos aún más bochornosos, que le harían perder la fe al más creyente, como el acuerdo de Urquijo con Napoleón, por el cual el Corso accedía a crear el efímero reino de Etruria para el infante de Parma, y recibía en cambio la ayuda de la armada española y todo el territorio de la Luisiana...

Para nuestra sorpresa, al amanecer del día siguiente, bajo un firmamento todavía poblado de estrellas, sentimos que se levantaba un vigoroso viento de popa. En medio de gritos de alegría se oían las órdenes de los oficiales. Aumentaron la vela, amuraron las mayores y marearon los juanetes, y cuando el sol salió, el barco navegaba a todo trapo por un mar resplandeciente y tibio. Uriarte, sin ocultar su satisfacción, al vernos nos gritó desde el puente:

—¿Os dais cuenta? ¡San Ildefonso no me falla!

A la altura de Santa Marta, al promediar la tarde, conversábamos con el capitán junto a la borda de babor. No tocaríamos puerto pero Uriarte nos indicó que en cualquier momento iban a surgir, allá en la lejanía, las cumbres níveas de la Sierra. El mar era azul y plata; sobre nosotros el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz. Y en efecto, de repente, aparecieron imponentes, pero minúsculos por la distancia, los viejos picos coronados de blanco. Todos quedamos silenciosos. Los ojos de Simón brillaron como si estuviese iluminado por alguna premonición fantástica.

A poco se sintió fatigado y descendió a su camarote. Se excusó para la cena y hacia las diez de la noche lo sentí afiebrado. Pensé en un mareo. El súbito cambio de vientos y la agitación del mar habrían sido las causas. A media noche deliraba. Decía estar en la playa y ver pasar nuestro barco a la distancia. Era enorme, de velas oscuras; surcaba el océano hacia tierras extrañas. "¿Por qué me

habéis abandonado en esta playa?" —gemía. Me repitió la pregunta. Yo le aseguré que estaba a su lado, que no lo abandonaría. Se agarró de mi brazo hasta que el cansancio lo sumió en el sueño.

A la mañana siguiente Simón se había recuperado. Cuando pasamos frente a la desembocadura del Río de la Magdalena, notamos cambios en el color de las aguas. El verde esmeralda de este mar de reflejos se hizo turbio, pero no perdió su encanto. Vimos troncos a la deriva y el cielo poblado a trechos de alcatraces, tucanes, gaviotas, tijeretas, golondrinas, alcaravanes. El capitán ordenó modificar el rumbo. Esa noche entramos en la bahía de Cartagena de Indias.

SIMÓN

—...solo en el mundo, sin padres, ni hijos, ni esposa, ni amante; sin amigos ni conocidos... perdiste...

—Perdí mis soldados, perdí mis bienes y mis heredades y estoy a punto de perder la vida. Fui amado y me recibían con honores. Era el mejor, el más valiente, el salvador. Ahora marcho hacia el exilio. Todo ese amor se trocó en envidia y odio. Amé a mis compatriotas aunque ellos no lo hayan merecido.

—Y ahora que has sido cercenado del seno de la sociedad, ¿qué queda de ti?, ¿a dónde irás?

—Estoy enfermo, abandonado en este catre, visitado por extraños como si fuese un monstruo, sumido en la pobreza, con frío y con hambre, tembloroso de fiebre...

—Y... ¿qué importancia tiene esto, carajo, cuando se ha pasado a la gloria?

—Fui condenado a la grandeza desde joven. Atravesé mares, fundé repúblicas, luché contra los poderes de la tierra, ¡soñé el sueño de los dioses!Alguna vez quise soñar un simple sueño de hombre: el de la ciudad momentánea, regida por el corazón; el de la aldea del amor... Pero no, me venía una y otra vez el sueño de las ciudades utópicas de la libertad y la justicia, del orden y la paz. ¡Se me negó lo temporal y se me impuso la gloria de lo eterno!

EL AUTOR

George Canning sorteaba uno de los momentos culminantes de su carrera en 1826. Era ministro de relaciones exteriores del Reino Unido y el candidato con más opción para el cargo de Primer Ministro. Su prestigio se había fortalecido cuando en el Parlamento se opuso al divorcio del rey Jorge IV con Carolina de Brunswick. Amenazó a Francia cuando esta quiso ayudar a España en el reestablecimiento de las colonias en América. Se le consideraba el

rival más poderoso de Metternich. Votó en su contra en el seno de la Santa Alianza cuando el Conde defendía la tesis de que las monarquías debían intervenir con las armas en las repúblicas populares. Después de la derrota de Napoleón, Canning se propuso controlar los mares del mundo y abrir al comercio inglés los puertos África, Asia y América.

El canciller vigilaba el desarrollo de las guerras en los varios continentes. Apoyó al rey Pedro I del Brasil en sus desacuerdos con la corona portuguesa y ahora pretendía servir de mediador entre Brasil y Argentina en su disputa por el dominio de la banda oriental del Río de la Plata. Con esta mediación esperaba ganar ascendencia sobre el gobierno de Buenos Aires y abrir las aduanas del vasto territorio de las pampas.

JOSÉ

Aunque Uriarte apresuraba las labores, nuestra estadía en el puerto de Cartagena se prolongó. Los trámites eran lentos. Los funcionarios de aduana simulaban un celo demencial en pro de los intereses del rey. Deshacían los fardos para establecer el contenido y la tarifa. Cualquier disculpa les servía para cobrar sobornos. Otros capitanes, según relató Uriarte, preferían el intercambio con naves inglesas y francesas en alta mar y el tráfico por puertos naturales poco conocidos. La verdadera riqueza en metálico no salía por las vías oficiales, ni iba a parar a las arcas de su Majestad; y la demanda creciente de los criollos ricos del interior, de vinos franceses, tejidos de Holanda, muebles ingleses, vajillas de Baviera, espadas y otras armas, y, sobre todo, libros, se satisfacía de manera irregular.

Recorrimos la ciudad y observamos las viejas murallas ya derruidas en algunos tramos, el castillo de San Felipe de Barajas, callejuelas estrechas, barandas de hierro forjado en los balcones, escudos de piedra en las fachadas, plazas de mercado, iglesias de viejos campanarios. En el cerro de la Popa subsistía un antiguo monasterio. Visitamos Xemaní, el barrio del Limón, la plaza de la Yerba, la del Pozo, Chambacú, el Cabrero y la calle de Tumbamuerto, en el barrio de Jagüayes. Conocimos la otrora famosa negrería de Melchor Acosta, ahora venida a menos. Cartagena ha sido uno de los centros de tráfico de esclavos y Simón y yo nos interesábamos por esas realidades.

A la hora del medio día caminamos por el muelle. Los negros descargaban coco y unas naves se aprestaban a zarpar. Había remeros, pescadores, comerciantes; muchos de ellos españoles pobres. Había negras jóvenes de hermosa sonrisa y cuerpos esbeltos,

que ofrecían sábalo o frutas. A pesar de nuestra familiaridad con los negros de Caracas y Aragua, no alcanzábamos a comprenderlos a cabalidad.

Seguimos hacia el mercado, al otro lado de la iglesia de San Pedro Claver, y nos cruzamos con un monseñor vestido con sotana blanca, cubierto con solideo morado y famoso por su piedad. Más allá de la iglesia había charcas olorosas, ventas de comida, perros llagados y, a lo lejos, se escuchaba el graznido de las gaviotas.

Un marinero del Ildefonso vino en nuestra búsqueda. Traía un mensaje del capitán: partiríamos hacia la media noche, al comenzar la baja mar. Además, nos esperaba para la cena: la cita era al final de la tarde, en una fonda en lo alto de la muralla, regentada por una andaluza que se había hecho famosa por sus arroces con mariscos en aceite de oliva.

Llegamos a la hora señalada. Uriarte estaba acompañado por un joven espigado, de cabellos lisos, gran mostacho, gafas de vidrios redondos en aritos de metal, de unos veintiocho años. Daban buena cuenta de una botella de Rioja. Vinieron las presentaciones: él es un joven granadino rico, de Popayán, que viajaba a Madrid, de nombre Martín de Azpeitia; alegre, buen conversador, con un acento que nos recordó el de los castellanos; y quien desde el primer momento nos dio la impresión de ser dueño de una gran cultura. Tales son las señales particulares de quien iría a ser nuestro compañero, no solo de travesía, sino de anécdotas importantes en el curso de esta historia.

Luego de la cena le hicimos los honores a la patrona, por la excelencia de su arroz. Uriarte, ya achispado, nos invitó a cierta casa de diversiones en la calle del Farol, donde estuvimos bailando y cantando en compañía de un grupo de mulatas. Sentado en un sillón obispal en medio de la sala, beatífico y borracho, presidía la fiesta con sonoras carcajadas, hasta cuando el marinero que había dejado de guardia vino a avisarnos que ya pronto estaría alta la marea.

A media mañana navegábamos al impulso de una brisa ligera que soplaba del interior. Habíamos rebasado el castillo de San Fernando de Bocachica y enfilado a través del reguero de islas del Rosario. Atrás quedaron las playas de arena blanca y las ceibas pobladas de monos y loras. Uriarte estuvo de vigilia en el puente, sin mostrar señal de trasnocho. Simón dormía a pierna suelta en el camarote. Encontré a Azpeitia junto a la borda. Emocionado, casi ni me saludó por señalar una hilera de alcatraces que cruzaba por el horizonte. Era la primera vez que venía al mar y no podía ocultar su entusiasmo. Poco después, como todo marchara en orden, Uriarte se nos unió. Buscamos la sombra de la vela mayor y nos enfrascamos

en una animada conversación sobre bucaneros. Yo apenas los conocía de oídas; Azpeitia tan solo había leído crónicas y ni siquiera Uriarte, que tanto mar ha recorrido, se había topado con ellos. Y sin embargo, todos hablamos con propiedad de Drake, Pointis, Vernon, Morgan y tantos otros. No solo Cartagena; Ciénaga, Santa Marta, Riohacha, Portobelo, Chagres y otras ciudades grandes y pequeñas del Caribe; la misma Panamá en el Pacífico, han sido víctimas de sus tropelías. Cartagena, por ejemplo, ha sido saqueada en sus tesoros más preciados, sus defensores torturados y asesinados; violadas las jóvenes de la alta sociedad.

Uriarte, señalando hacia algún lugar impreciso a estribor, contó sobre la existencia de una pequeña ensenada no lejos de la desembocadura del río Sinú, conocida desde la época de Alonso de Ojeda, y que ya figuraba en los mapas españoles más antiguos con el nombre de La Rada. Allí existió un fuerte español; hoy solo hay un pequeño poblado de cimarrones y pescadores, alrededor de las ruinas del viejo fuerte destruido por los corsarios.

Azpeitia, por su parte, explicó que no solo los virgos españoles habían sido los sacrificados. Los piratas, dijo, le tiran a todo lo que lleve faldas. Y agregó:

—Mientras esperaba la llegada del Ildefonso, he visto en negros, pardos o mestizos el brillo de un mechón rojo, pecas amarillas o la luz de unos ojos azul cerúleo. Hay ciertas curvaturas del perfil o contexturas de pechos y cinturas que atestiguan claros vestigios nórdicos.

—La historia para los españoles —replicó Uriarte— no ha sido fácil. Algunos países, como Francia, Inglaterra, Bélgica y Holanda, buscan maneras conciliatorias o dilatorias en Europa, pero sueltan sus perros de cacería por estos mares... a propósito de Portobelo, que mencionamos hace un momento, debo informaros que nos apartaremos de nuestra ruta para visitarlo. Encontré en la oficina de nuestro agente en Cartagena una orden en ese sentido.

Regresó al puente. En aquel momento no le presté atención al asunto. Luego me daría cuenta que el desvío significaba atrasos en nuestro itinerario, y, sobre todo, situaciones de peligro frente a los ingleses.

Cuando cruzamos por el Darién en dirección a Portobelo, Azpeitia estaba tan aquejado de vómitos que no podía salir a cubierta. Fue atendido por el cocinero de abordo, un vizcaíno amable que le ofreció un cocimiento de jengibre para contener las bascas, y otras pócimas que, según pienso, terminaron por destruirle el estómago.

Al fondo, bajo nubarrones permanentes, signo de una humedad excepcional en la atmósfera, se adivinaba la selva cerrada, los mil

tonos del verde, ríos silenciosos como ciénagas, pantanos, serpientes y pajarracos; animales que crecen y mueren sin ser vistos por el hombre. Legiones de seres cuyos restos se acumulan y deshacen sobre los troncos arruinados por los siglos. A Simón y a mí se nos abrían las narices para mejor percibir las fragancias que llegaban de la costa y las pupilas para distinguir sobre las aguas los maderámenes carcomidos. Sobre el piélago, familias de aves e insectos quisieran opacar el horizonte.

—¡Qué ambiente inhóspito para pensar en asentamientos!, le digo a Simón, en ese atardecer de sofoco. En algún lugar de aquellos parajes, apenas diez años después de la primera navegación intercontinental, quizás a orillas del Atrato, de aguas lodosas, un puñado de españolicos se enfrentaron desnudos y casi sin el beneficio de armas o herramientas, a la selva más húmeda e impenetrable del orbe. ¿Dónde estarán los restos de Santa María la Antigua? ¿Dónde el asentamiento empalizado de Ojeda? ¿Dónde la Colonia del Ancla de Pedrarias Dávila?

SIMÓN

—Cuando el enemigo huye, los vencedores funden las armas de los vencidos y levantan un monumento. Lo llaman "trofeo". ¿Quién poseerá el trofeo de tu huida?

—Los santanderistas, sin duda. Huyendo llegué a Santa Marta en el bergantín Manuel. ¡Oh vergüenza! El propietario de la nave, Mier, un español, me abre los brazos cuando América entera me da la espalda.

—Pero has conocido mejores momentos en tu vida.

—Por supuesto. Cuando tenía 28 años, no dudé en pagar de mi peculio la misión diplomática a Londres. Mi única condición: ser su presidente. Hice también que nombraran a mi hermano Juan Vicente jefe de la que iba a Estados Unidos. Me di el gusto de que Luis López Méndez y Andrés Bello fuesen mis subalternos. La junta de Caracas me pidió que hablara de mediación de Gran Bretaña para evitar el rompimiento con la Península. Yo le hablé al ministro Wellesley de independencia, para consternación de mis acompañantes. No dudé cuando propuse en Caracas unir el Congreso y la Sociedad Patriótica, ni cuando acusé de traidor a quien quisiera reposar en brazos de la apatía; ni cuando, siendo edecán de Fernando del Toro, me lancé al centro de las trincheras enemigas en la Colina del Morro... aquellas acciones me produjeron una sensación de seguridad; degusté, por primera vez el sabor de la gloria. ¡Qué insignificante me pareció el deseo de los humanos de ser felices, frente al de los dioses de alcanzar la gloria!

—...Constant... el anglófilo Benjamín Constant...

—¿Por qué me lo recuerdas? Llegué a respetarlo cuando conocí en Roma a su amante, Mme. de Staël, y ella nos hablaba de él con admiración, y nos hacía leer sus novelas. Lo admiré también cuando leí, años después, su obra *El espíritu de la conquista y la usurpación* en la que proclamaba el fin de la historia y el advenimiento de una era de prosperidad perpetua.

—Pero luego él se dedicó a atacar tu gloria.

—Sí. Llegué a despreciarlo. Fue lamentable que se tomara el derecho de juzgarme sin conocimiento de causa. ¡Yo, el Libertador, que combatí por la libertad y la justicia, juzgado como tirano!

—Pero así son las cosas... el prestigio de Santander, a quien tanto admiraste y a quien por el año de 1825 llamabas "el Necesario", asciende a medida que desciende el tuyo... espera, ahí viene Reverend con otro cirujano, un tal doctor Night.

—¡Qué nombre de mal presagio!

—Viaja en la goleta "Grampus". Van a examinarte... mandan preparar pectorales mezclados con narcóticos y expectorantes; recetan sulfato de quinina para entonar el estómago. Deciden que la alimentación ha de ser fécula de sagú, pollo y caldo.

JOSÉ

Otro día entramos por el estrecho canal hacia el muelle escondido de Portobelo. El Ildefonso, a media vela, surca este mar de aguas mansas, tan transparentes que dejan apreciar los bancos de coral y los pececillos de colores. Hay algas como cabelleras de diosas sumergidas. Nada indica esa historia de violencia escrita por los ahogados que allí habitan. Adivinamos, bajo la mirada de los pulpos y las estrellas de mar, trozos de botalón, costillares de casco, sentinas, arboladuras y cables cubiertos de moluscos y otros restos de barcos atacantes hundidos por la artillería española apostada en las orillas. De tarde en tarde algún pendón de colores o alguna combinación de banderas entre la trabazón de los manglares, nos informa que todo está en orden y que podemos continuar con las maniobras de acercamiento.

Al atardecer saltamos a tierra. No muchas varas adentro, paralela a la línea de las ondas, la muralla forma un alto telón. Subimos por un puente levadizo en mal estado. Por doquier los soldados españoles nos vigilan. Los edificios y baluartes no son grandes y el conjunto está rodeado por la muralla. En el corazón de aquellas construcciones imaginamos las mazmorras húmedas, los

grillos y cadenas, los insectos y alimañas anidando entre las suciedades de los condenados al infierno en vida. Era fama que, tras los muros, algunos pagaban condena por haberse atrevido a hablar de justicia e igualdad...

No sobra recordar que Portobelo tenía una importancia estratégica para la corona. La ciudad de Panamá, al otro lado del Istmo, que en este punto tiene una anchura de solo dieciocho a veinte leguas, era el lugar de acopio de la riqueza que venía de las minas del Perú y de la región del Pacífico Sur, riqueza que luego era embarcada en Portobelo o Chagres hacia Cádiz. A pesar del desastroso camino de mulas que unía Panamá con Portobelo, el tráfico era frecuente y los españoles lo mantenían vigilado.

La circulación por el fortín está restringida y pronto nos indicaron una vía lateral hacia un poblacho de nativos en la parte posterior. Una negra nos brindó un guarapo espeso en totuma. Había terminado nuestro recorrido, pero nos quedaba una enseñanza: Simón y yo intuimos la importancia política excepcional que esta región podía llegar a tener en relación con el destino de la América del Sur. Mientras bebíamos el guarapo le expresé mis pensamientos. ¡Lástima que el sitio fuera tan malsano! Estábamos recostados en una talanquera de maderas endebles que separaba el poblacho de un potrero anegado y cubierto de malezas, donde pastaban dos burros y algunas mulas. Más allá se extendía la selva impenetrable, comienzo de un vasto y oscuro país.

SIMÓN

—Te alojaron en la antigua casa del Consulado español, frente a la playa. Al pisar tierra venías tan deprimido que no podías caminar y tuviste que ser conducido en una silla de brazos. El cielo estaba encapotado y, sobre el mar, allá en la lejanía, se cernía una franja nebulosa. El batir de las aguas contra la playa era incesante. Luego sopló el viento del norte y en tu sopor lo sentiste tormentoso. El mar está ahí, siempre, no se va, y, sin embargo, se mueve. Está vivo.

—¿Qué extraña condición es esta?

—Pasa el animal por la llanura, cruza el pájaro en el firmamento, se aleja el caminante... uno diría que lo que se mueve, se va. Menos el mar, que se mueve y aquí se queda. La gloria debe ser como el mar: el héroe pasa, se aleja, pero la gloria que generó permanece en el espíritu de las gentes. Mira cómo estás; toses y los esputos salen verdes. Te ve el doctor Reverend de nuevo y te da a tomar el mismo elixir pectoral que prepararon en Barranquilla. Domingo Caicedo nunca te envió el pasaporte.

—Desde mayo lo estoy solicitando; en vano. Ni Caicedo ni Urdantea ni nadie escucha ya lo que digo. Mi cuerpo podrá terminar en cualquier momento, pero seguiré vivo en el espíritu de los habitantes de esta tierra. Basta que una sola persona me recuerde para seguir viviendo. ¿Qué importan estos nubarrones de desamor y de discordia que se levantan en el horizonte de mi patria?

JOSÉ

Regresamos al Ildefonso con las primeras sombras. Encontramos a Azpeitia en cubierta, ya recuperado de su mareo. Acosados por los mosquitos, nos retiramos temprano en nuestros camarotes. Horas más tarde Azpeitia se acercó a mi litera haciéndome una señal de silencio:

—Algo sospechoso ocurre en cubierta, José.

Salí del mosquitero y miré por el ojo de buey: el mar quieto; la luna iluminaba la noche, a jirones, entre las nubes. Al fondo, las siluetas de las murallas y la línea de la selva; acá, junto al buque, un bote impulsado por remeros espectrales. Y sobre el agua, el reflejo de una lámpara de mano. Bajó un cable hasta el bote para izar un fardo. Se escuchó el forcejeo y el crujir de las cuerdas. Luego un segundo y un tercer fardo. Se alejaron y al momento todo quedó en silencio.

Uriarte nos había asegurado que no cargaríamos mercancía alguna; solo la valija de correo. ¿Contrabando de oro? Observé el rostro de Azpeitia, iluminado por la luz pálida que entraba por el ojo de buey y que le hacía brillar los ojos. “Le ha vuelto el color al rostro”, pensé. “Tiene buen semblante y no quedan restos de mareo; pero ahora va a explotar de indignación”. Le había subido la sangre al rostro. Masculló:

—¡Chapetones hideputas!

Entonces me dijo con frases entrecortadas por la emoción:

—Apuesto lo que quiera, José. Es oro lo que sacan de contrabando. Algún funcionario o militar de alta graduación lo ha acumulado por años y, ahora que espera regresar a su terruño, por jubilación o traslado, se lo envía a la tapada a sus familiares. Todos hacen lo mismo: jefes y subalternos. Se ayudan unos a otros. Sobornan a los capitanes y marineros de las naves de comercio, que se mueven con más libertad por los puertos menores, tanto en América como en la Península. ¡Hijos de puta! No solo es el saqueo oficial el que nos abruma y el embargo frente a los cargos públicos al que nos someten: ¡nos sangran por todos los costados!

Salimos con las primeras luces a plena vela por el estrecho canal

y, al promediar la mañana, ya en mar abierto, una escuela de delfines rodeó el barco y nos acompañó hasta el atardecer. En cubierta busqué algún indicio de lo acontecido, en los rostros de los marineros y oficiales, en la disposición de los cables, en los portalones de las bodegas. Nada. Solo horas más tarde me enteré de la presencia de un nuevo pasajero, un viejito llamado Juan Dolio, quien según cuentan es pariente del gobernador de Panamá y que regresa a Cádiz luego de años de vivir en el Istmo. Al comentar el caso con Simón y Azpeitia no nos cupo duda: es el garante de la mercancía embarcada. Quisimos, durante el viaje, trabar amistad con él, pero fue imposible: permanecía taciturno en la plataforma de popa, embebido en la lectura de una vieja biblia.

EL AUTOR

El mayor motivo de alarma de Canning procedía de los movimientos políticos y militares de Bolívar. El vicepresidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, a instancias del Libertador, acababa de invitar a los gobiernos de varias repúblicas de América a participar con Colombia en un congreso que se reuniría en Panamá, con objeto, no cabía duda, de crear una liga de estados populares contra la Santa Alianza. La situación se complicaba porque tropas brasileñas habían incursionado en la provincia de Chiquitos, en el Alto Perú, ahora bajo la protección de Bolívar, con lo cual se les abría a los colombianos la posibilidad de entrar al territorio del Brasil, país que tenía pretensiones monárquicas.

SIMÓN

—No dudé en desafiar al cielo: si la naturaleza se opusiera lucharía contra ella. Y cuando Miranda le entregó Caracas a Monteverde, no dudé en tratarlo de traidor. Tampoco en desoír a Labatut y a Torices quienes desaprobaron la campaña del Magdalena, ni a retardar la partida de las tropas hacia Tenerife para pasar unas horas con Anita Lenoit, ni en lanzarme, con solo setecientos soldados, a la campaña de Venezuela, defendida por las tropas de Monteverde que pasaban de seis mil, ni en ordenar la evacuación cuando supe del avance de Boves sobre la capital...

—Este espíritu decidido te creó enemigos aun dentro de tus propias filas. Al comienzo fueron pocos, pero su número aumentó. Ahora son legiones y se han unido contra ti.

—Pero no saben lo que hacen: me alejaron del poder y se consideran vencedores. No se dan cuenta que con esto me permiten

recobrara mi libertad. Si ellos fuesen inteligentes me habrían mantenido atado a nuevas expectativas que ellos, con facilidad, hubieran destruido, prolongando la agonía. Ahora ellos también están inermes...

—Estás delirando. La tos y los esputos continúan y te duelen los músculos del torso y la garganta. Los expectorantes no han tenido efecto. En cambio, los narcóticos te mantienen adormecido con pesadillas. La ventana permanece abierta día y noche, pero te tienen arropados el pecho y los pies. La cercanía del mar te consuela.

—Deja eso. Es que ahora puedo juntar las piezas con claridad... Yo los veía moverse tras mis pasos como sombras fantasmales. Venían fraguando su crimen desde meses atrás, en reuniones nocturnas de licor y cartas, en las esquinas de los parques, en la Casa de la Moneda y en la de Vargas Tejada. Santander, "El Necesario", no asistía, pero no me cabe duda: era el jefe de la obra. Córdova sospechaba, pero los enemigos lo mantenían apartado. Fergusson, Pepe París, Manuela, Fernando y el mismo Palacios me traían los rumores: el empeño de los conjurados no cejaría hasta no encontrar un tiro certero.

—Las cosas resultaron de otra manera. Ya que no pudo matarte, Santander no dejará de inundar de calumnia la Europa y los Estados Unidos.

—Mis enemigos son muchos y escriben con calor, en cambio mis defensores son tímidos. El pobre Pradt sabía alabarme, mas no defenderme.

JOSÉ

Martín se nos unió en nuestras sesiones de estudio. Al principio me sentí cohibido con su presencia, porque, en verdad, desconocía sus creencias políticas y no me pareció prudente hablar frente a un desconocido con la franqueza con que acostumbro hacerlo con Simón. Pero su reacción ante el embarque nocturno disipó mis dudas. Fue él quien, sin ningún recato, tomó la iniciativa para ponernos a Simón y a mí al corriente de lo que sucedía en la Nueva Granada.

Entre las muchas anécdotas que nos contó, recuerdo una relacionada con una requisa que un oidor de apellido Hernández de Alba y tres oficiales españoles adelantaron en las oficinas de varios catedráticos, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Santa Fe de Bogotá. El incidente es ilustrativo del ambiente que se respiraba en aquella ciudad. Los agentes llegaron al Colegio y, sin presentar orden escrita, procedieron a sellar las oficinas de los

licenciados criollos Torres y Argüello, colegas de Azpeitia. Al día siguiente revisaron e inventariaron los libros, la correspondencia privada, las cuentas y hasta las notas de clase. Al lado de textos de derecho españoles, latinos e italianos que utilizaban para sus conferencias, encontraron franceses e ingleses por docenas, sobre filosofía, política y ciencias naturales. Torres, Argüello y Azpeitia, desde años atrás, habían solicitado y obtenido de las autoridades permiso para leer toda clase de libros. Los tres eran abogados de la Real Audiencia y recibieron, además, la facultad de litigar ante cualquier tribunal americano.

Azpeitia, sin embargo, paulatinamente abandonó la jurisprudencia para dedicarse a las ciencias naturales. Regentaba en el Rosario las cátedras de matemáticas y astronomía, era miembro de la Expedición Botánica y, con el español José Celestino Mutis elevó un memorial a la Corona para que se estableciera un observatorio astronómico en Bogotá. Torres y Argüello fueron amonestados con severidad y sus libros confiscados, arrumados en la Plaza Mayor e incinerados.

—El saber y el pensar allí, muchos lo reputan como delito, sentenció el granadino, mientras se ajustaba los anteojos, que siempre mostraban tendencia a resbalar por su nariz.

—El incidente se originó por la denuncia que entabló ante el Cabildo un chapetón llamado Orellano. En el Rosario se celebraban "juntas acerca de la libertad". Hubo procesos contra criollos importantes: Pablo Uribe, José María Durán, Luis Gómez, Francisco Zea, Antonio Cortés. Azpeitia se sintió en peligro. En cualquier momento podía ser detenido. Su biblioteca contenía volúmenes comprometedores. Decidió llevarlos, uno a uno, a casas de amigos: no fue fácil; ellos querían también deshacerse de los suyos. Con los ojos encharcados en lágrimas echó a la chimenea *Le livre du ciel et du monde* de Oresme y *Liber de sole* de Ficino, dos joyas por las cuales había pagado una fortuna, pero que en manos del gobierno bien podían echarlo a la cárcel por el resto de sus días. Con Mutis dejó varios ejemplares: el *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo* de Galileo, *De revolutionibus Orbium Caelestium* de Copérnico, *Narratio prima* de Rheticus, *Principia* de Newton y *Harmonices Mundi* de Kepler. Para su viaje a España solo empacó dos obras, que eran las que estudiaba por aquella época: *De magnate* de Gilbert y las *Tablas rodolfinas* para el cálculo de las órbitas de los planetas; que según creía eran tan especializadas, que no iban a despertar sospechas entre los censores ni en las aduanas.

Esta lista me llenó de curiosidad. Simón le interrogó sobre los contenidos y el granadino procedió a extenderse en minucias. También contestó a nuestras preguntas sobre otros incidentes. Allí

la situación parecía asfixiante. Azpeitia nos contó sobre una trova que apareció en los postes del alumbrado:

Si no quitan los estancos
si no cesa la opresión
se perderá lo ganado.
¡Tendrá fin la usurpación!

—Me la sé de memoria porque todos la cantaban, por las vegas del San Agustín, por las laderas de Guadalupe y Monserrate, por la plazuela de San Victorino, el barrio de la Capuchina y los atrios de las iglesias.

—Bueno, ya que habla de los pasquines, ¿qué opinión le merecen?, pregunté.

—Todo el mundo los teme; españoles, criollos, autoridades y pueblo. Eso significa que tienen fuerza y que son un excelente medio para la lucha política. Fustigan abiertamente a los opresores. Hablan en voz alta cuando los demás callan. Lo que más impresiona, pese a lo vulgar de su forma, es el inaudito atrevimiento de afrontar la verdad cara a cara.

Guardé silencio y medité sobre sus apreciaciones. Poco a poco le iba tomando confianza al granadino. Azpeitia continuó su relato:

—Un tal Carrasco, oriundo de Jerez de la Frontera y amigo del ya mentado Orellano, llegó por su cuenta a la conclusión de que estaba en curso una conjura revolucionaria. Le escribió al Virrey dando cuenta de sus conclusiones y solicitando una remuneración en metálico. Aludió a hechos ocurridos hacía años. Decía que estaba viva la semilla de los comuneros. Mencionó cierto panfleto sobre los derechos del hombre. Agentes de la subversión, según Orellano, eran un tal Pedro Fermín de Vargas, que proclamaba “ideas nefastas" y un venezolano, Francisco Miranda, que viajaba por Europa buscando ayuda de "gobiernos enemigos". Se supo del contenido de la carta porque el Virrey hizo consultas con secretarios y colaboradores.

—En verdad, la interpretación de Carrasco era acertada, aunque poco original: dice lo que ya todos sabemos, concluyó Azpeitia.

—¿De modo que las nuevas ideas tienen acogida entre el pueblo?, pregunté.

Azpeitia pareció dudar. Luego dijo:

—No mucho entre el pueblo... me parece que fuera de uno que otro entusiasmo, producto más de la emoción pasajera que del razonamiento, el común sigue siendo fiel a la monarquía. Y agregó: el interés por las nuevas ideas lo demuestra otra esfera social. Se ha extendido entre españoles y criollos ricos la moda del salón y la

tertulia, como reflejo, según he oído, de lo que sucede en el propio Madrid, y, también en París. Yo visitaba la casa de doña Manuela Santamaría de Manrique. Allí se estudia francés y latín, se lee a Virgilio, hay un gabinete de historia natural; un cubano, Manuel del Socorro Rodríguez, aunque amigo del Virrey Ezpeleta, dirige en la biblioteca pública una tertulia literaria y, a veces, permite la discusión de ideas francesas. Pero es el teatro el género que más entusiasmo despierta, a pesar de las prohibiciones. En la tragedia resuenan acentos de libertad que la multitud oye con deleite.

—Pero la tragedia excluye, casi por definición, el concepto de libertad. En ella todo es fatalismo, argumenté.

—Es posible, pero mire usted: es un género perfecto para conmover al pueblo. Las ideas penetran con facilidad.

—¿Y cuáles obras se representan?

—De Martínez de la Rosa, Gorostiza, Lope, Calderón, Ramón de la Cruz, Moratín, Racine, Voltaire, Chateaubriand. “Raquel” de Vicente de la Huerta, ha tenido éxito. Cuenta la historia de una judía de Toledo, amante de Alfonso VIII. Los nobles la rechazan y al final la degollan. Demuestra que los subalternos sí pueden pedirle cuentas al rey.

Martín nos habló de los escándalos de las actrices Rafaela Isazi, llamada "la Jerezana" y María de los Remedios Aguilar, "la Cebollina", y de los ataques de los moralistas contra el teatro, al que llamaban "instrumento de perdición". Lo paradójico es que fue le mismo Ezpeleta quien autorizó en 1793 la apertura del Coliseo Ramírez. Yo le repliqué que en Caracas sucedía algo similar y le hice notar que nuestra tradición teatral es más antigua que la santafereña: el Coliseo Caracas ya funcionaba en 1784.

SIMÓN

—He perdido la esperanza de recuperar mi imagen pública y el poder que alguna vez tuve.

—Sí, cuando los compatriotas vengan en tu búsqueda, ya no estarás aquí.

—Solo los años, muchos años, podrán restablecer mi imagen ante el concierto de las naciones.

—Tu imaginación ya no se enciende como antaño...

—...cuando dejaba volar mi verbo inflamado: en el Congreso de Angostura, por los llanos del Orinoco, por las peñas de Sumapaz, por los valles de Boyacá...

—Estás condenado solo al recuerdo del pasado.

—Comenzó la epopeya cuando exclamé: ¡Españoles y canarios! Contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis a favor

de la libertad de Venezuela. ¡Americanos! Contad con la vida aun cuando seais culpables.

—¡Qué arbitraria división!, dijeron algunos.

—No se daban cuenta que con ella definía de una vez la identidad de los americanos, aunque para ello tuviera que abrir el abismo de sangre que aún no se cierra.

—¿Fue esa epopeya la que le dio sentido a tu vida? ¿Crees que tu vida se justifica por haber fundado una identidad de nación? ¿Acaso no cuenta el abismo de sangre?, ¿ese rastro de muerte que has dejado a tu paso?

—¡No! Mi existencia ha tenido sentido por la esperanza que cada día he procurado encender en mis conciudadanos, por la semilla que las mujeres criollas, las negras y las blancas, las de alto copete y las de humilde extracción harán florecer por el continente. Ellas no cesan de pasar por mi mente y son ellas quienes harán perdurar mi recuerdo.

—Te llamarán padre; padre de la patria...

—No te burles. Se me aparecen en mis delirios. ¡Son ellas las depositarias del sentido y la razón!

—Te las nombraré: María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar, María Antonia Bolívar, Juana María Bolívar, Hipólita, Matea, Tarcisa, María Teresa de Toro, Teresa Tristán, Fanny Aristeguieta de Villars, Giuletta Guiccardi, Gerda Schönenberg, Ansira la gitana, Germine de Staël, Luisa Crober, Anita Lenoit, María Concepción Loperana de Fernández de Castro, Mercedes Abrego de Reyes, María Josefa Díaz de Girardot, Josefina Machado, Juana Velasco de Gallo, Dolores Vargas París, Bernardina Ibáñez, Josefina Araoz de Umaña, Francisca Prieto y Ricaurte, Javiera Moure, Nicolasa Ibáñez, Joaquina Garaycoa, Las Hijas del Sol "libres como hermosas", María Joaquina Costas, Jeannette Hart, Dolores Olano de Azuola, Mercedes Mutis de Ibarra, Manuela Otálora, Mercedes Cabarroque, Teresa Anzoátegui, Gertrudis Toro, Josefa María Tinoco, Marcelina Lago de Camacho... y sobre todas ellas, Manuela Calíope Sáenz...

—Calla. Todas me ofrecieron su reconocimiento y su entusiasmo.

—Algunas su amor y, sobre todo, sus cuerpos.

—Otras alentaron a los hombres que me acompañaban...

—... te han traído una taza con leche de burra. De inmediato se te vino el vómito. Llegaron Reverend y Night. Te aplicaron un emplasto de pez de Borgoña en el pecho.

—El dolor no disminuye.

JOSÉ

¿Quién es, pues, el tal Azpeitia? ¿A qué viaja a Europa?

En conversaciones sucesivas fuimos estrechando nuestra amistad y nos descubrió su carácter y su pasado. Era eufórico, creía en el futuro y pasaba con facilidad de la nostalgia a la exaltación patriótica; de la poesía a la filosofía o a la ciencia. Simón estaba fascinado y buscaba su compañía. Azpeitia, por su parte, no nos mostró recelo, a pesar de haberse enterado de las aspiraciones de nobleza de los Bolívar, de la cercanía a la corte de algunos miembros de su familia, de nuestra intimidad con Uriarte y de las atenciones que nos dispensaba.

Azpeitia conoce el griego y el latín y otras lenguas. Nos habló de su Popayán nativa, esa remota ciudad que tiene siete mil habitantes y está situada en plena cordillera, a trescientas toesas de altitud sobre el nivel del Cauca, un río turbulento que no es adecuado para la navegación. Él vivía en Bogotá, pero antes de salir para Europa visitó a sus padres y se nos quejó que por aquel entonces el aspecto de Popayán era decadente, como el de la Cartagena que acabábamos de visitar: la catedral episcopal estaba en ruinas, había maleza en la Plaza Mayor, la casa del gobernador lucía mezquina. Solo se conservaba en buen estado el Colegio Seminario. En este, Martín estudió latinidad, escolástica y matemáticas bajo la dirección del antioqueño Félix Restrepo, de cuya fama ya teníamos noticia en Caracas. El padre de Martín, el corregidor don José de Azpeitia y Tenorio, oriundo de Castilla pero con ancestros viscaínos, había destinado su primogénito a la carrera de las leyes, para lo cual el joven tuvo que desplazarse a Santa Fe de Bogotá. El corregidor quería que al terminar sus estudios regresara al Cauca para atender los intereses territoriales y esclavistas de la familia.

De aquellos años de mozo, Martín recuerda con viveza el Volcán Puracé. Las gentes de los parajes vecinos le tienen un temor y lo reputan como manifestación del averno: El olor a azufre con frecuencia se esparce por cañadas y valles.

—No se imaginan el escándalo que se suscitó cuando en compañía del maestro Restrepo y tres compañeros visitamos los cráteres del volcán. Pasamos varios días en una de las haciendas de mi padre observando las corolas, los estambres, los pistilos, los pericarpios de ciertas flores parásitas que crecen por aquellas laderas. Llegamos tan cerca de la cima que decidimos intentar el ascenso final. Pernoctamos en la casucha de uno de los agregados y al día siguiente, bien aprovisionados y en compañía de tres esclavos, partimos antes del alba, para ascender la distancia que no parecía mayor a una legua. Pasamos un riachuelo. Desde allí se veían los témpanos inmensos de hielo. Llegamos poco después a la

línea de las nieves perpetuas y nos internamos por ellas. A poco se nubló el cielo, lo que acogimos con beneplácito, ya que el reflejo del sol en la nieve, que hería nuestros ojos, sería menor. Y como se desató una granizada, decidimos atarnos unos a otros con una cuerda para evitar accidentes. Aumentaba el olor a azufre. En un momento en el que caían relámpagos, los esclavos se negaron a continuar. El maestro, a pesar de su edad, decidió seguir sin su ayuda y les ordenó esperarnos junto al riachuelo. Él era un apasionado de la obra de Shakespeare y la recitaba de memoria. Al llegar al cráter, con la cabeza descubierta y el cabello al viento, recitó con potente voz:

Tell me where is fancy bred
or in the heart or in the head.

Amainó la tempestad como si estas palabras tuviesen poderes mágicos. Examinamos el cráter; se escuchaban estruendos y los vapores amarillos subían hacia el éter. Abajo veíamos espumear el azufre. Uno de mis compañeros cayó de rodillas y rezó el Magníficat. Confieso que tuve el mismo impulso, pero me contuve al ver la tranquilidad con que Restrepo examinaba las rocas de los alrededores. Al descender nos burlamos sin misericordia del devoto.

SIMÓN

—Todo ha terminado para ti en esta tierra americana.

—Eso significa que nada bueno ni malo podrá ya acontecerme.

—Ninguna inquietud, proyecto o ilusión te conmueve.

—Nunca deseé la soledad, pero he llegado a establecer que no tengo iguales.

—Cierto, lo que hablas conmigo no podrías hablarlo con nadie.

—Y esto me da una paz interior que nunca antes había imaginado; una altura sobre los acontecimientos del mundo desde la cual puedo juzgar libremente. Ya no hay ambición ni zozobra. Me siento elevado como el más alto dios del parnaso.

—Pero... ¿no es la soledad la pendiente por donde se aleja uno del mundo? ¿No es, acaso, el camino de la muerte? ¿O la antesala del suicidio? Antes estabas en el poder y trazabas el destino de los pueblos. Ahora estás en la miseria y se te considera un traidor.

—¿Cómo habría podido predecir el giro de la fortuna?

—Eso no lo sé.

—¿Seré recordado con honor por la raza humana?

—Más bien, serás el hazmerreír de la canalla... consuélate pensando que desde tu lecho escuchas el resonar de las olas y, si te

acercaras a la playa, oirías con más fuerza ese clamor de aguas que no cesa, esa cascada que golpea la tierra. Sentirías el sol de fuego sobre la arena blanca y la calidez del mar de Santa Marta: todo igual, con o sin tu presencia. Como siempre. El dolor pectoral continúa y se te ha propagado por el torso. Tienes hipo desde hace más de seis horas.

JOSÉ

Azpeitia pasó a Santa Fe y obtuvo los títulos de bachiller licenciado y doctor en jurisprudencia, en el Colegio de San Bartolomé. La ceremonia doctoral revistió solemnidad, y por un buen rato gozamos con su descripción: desfilan los catedráticos en orden, conforme a su antigüedad; a caballo, con sus insignias, borlas y capirotes. Van delante los bedeles con sus mazas, con música de atabales, trompetas y chirimías. El graduando, puesto el capirote y descubierta la cabeza, sigue detrás con el padrino. En el recinto los esperan las dignidades de la universidad y un público elegido. Han colocado alfombra, doseles y sillas. Sobre una mesa están, en fuentes de plata, las insignias magistrales, el anillo, el bonete, la borla azul y los guantes. Hay un pendón de seda con las armas de la familia, al lado de otros pendones de rigor. Luego viene el examen, hasta que el rector lo manda callar. Un estudiante lleva a cabo el vejamen, consistente en burlas sobre los defectos del candidato, todo dentro de la severa solemnidad del grado. Tal vejamen tiene por intención contraponer la vanidad del triunfo. Luego el rector recita las fórmulas latinas; el aspirante recibe un ósculo, el bonete y el anillo; suena la música. Abraza al rector y al padrino, le dan los guantes y en el mismo orden salen para dar un paseo por la ciudad, hasta dejar al nuevo doctor en su casa, donde lo esperan con festejos.

Luego del grado, en cambio de regresar a Popayán para satisfacer los deseos del padre, se presentó y ganó las oposiciones para una cátedra de derecho en el Colegio del Rosario. Fue una decisión difícil: sabía lo mucho que lo amaba el corregidor, pero le criticaba su adhesión al esclavismo y su natural, a veces austero, otras desenfrenado. El viejo ejercía dominio en sus tierras, incluyendo el derecho de pernada, con lo cual había engendrado docenas de hijos naturales con las indias de los resguardos. La misa, la pompa, el mercado, las riñas de gallos y la cacería de venado y torcaza eran sus ocupaciones habituales. Martín rabiaba contra este estado de cosas: permaneció en Santa Fe y buscó la manera de viajar a Europa.

El verdadero interés de Martín era la ciencia —astronomía y

matemáticas. Se dio a la tarea, en apariencia imposible, de adquirir obras modernas de estas especialidades y pagó por ellas los precios más altos. En los textos de Lande y Besout estudió las tablas solares. Conoció en el *Voyage au Perú* de Bouguer el uso del logaritmo para calcular alturas por el barómetro de mercurio. De las *Observaciones astronómicas* de Jorge Juan Santacilla sacó ideas para la construcción de instrumentos. Había consultado algunos libros de la antigua biblioteca de los jesuitas, que después de su expulsión en 1767 por Carlos III, fue repartida entre las otras bibliotecas de la ciudad: Las *Tabulae astronomicae* de Cristóbal Clavio; la *Sphaera* de Juan Sacrobosco, *La esfera en común, celeste y terrestre* de José Zaragosa, los *Elementos geométricos* de Jacobo Kresa y los *Elementos matemáticos* de Pedro de Ulloa. Poseía compases, barómetros, termómetros, higrómetros, anemómetros, pluviómetros y octantes de reflexión y secretamente anhelaba ser admitido en la Academia de Ciencias de París.

Desde su embarque en Cartagena se mostró interesado por conocer los métodos de navegación que utilizaba el Ildefonso, sin obtener respuesta del Capitán. Una tarde, de manera espontánea, subió al puente para hablar con el timonel y solicitarle informes sobre instrumentos y mapas. Al verlo Uriarte, le ordenó a gritos descender de inmediato, alegando que aquel lugar no estaba abierto a la visita de los pasajeros.

Otro día, al final de la tarde, el mar estaba en calma y viajábamos con buen viento. Simón, Martín y yo, como de costumbre, acompañados por algún otro pasajero, departíamos en cubierta sobre diversos temas. Simón se mostró curioso por saber cómo se orientan los navegantes en alta mar y Martín explicó las siguientes ideas, que transmito para mostrar el tipo de influencias que Simón recibió en aquel viaje y que es conveniente conocer para mejor comprender el desarrollo de los hechos.

—Con la brújula y las cartas, por supuesto, dijo Martín. Pero se requieren otras ayudas, como las observaciones de las trayectorias del sol y las estrellas. Las constelaciones se ven arrastradas por el movimiento general de los cielos, pero hay una estrella que permanece más o menos fija; la estrella polar, que aparece con las primeras sombras de la noche...

Señaló en el cielo y nos explicó con detalle las más modernas teorías astronómicas. Habló del polo celeste, recientemente descubierto, situado muy cerca de la estrella polar. Cuando una embarcación viaja hacia el norte, su altitud crece por encima del horizonte alrededor de un grado cada seis leguas. Tales altitudes están registradas en las tablas que usan los navegantes y que muestran los cambios que sufre el mapa del cielo. En el Ecuador,

algunas estrellas aparecen sobre la cabeza del observador; en el hemisferio norte se ven sobre la línea del horizonte. Ptolomeo, Copérnico, Newton, Kepler y tantos otros, han contribuido a perfeccionar las tablas de navegación, pero, en general, los navegantes de hoy siguen encontrando su camino en el vasto cartograma celeste, a partir de ideas o intuiciones imperecederas; igual sucede con los agrimensores, con los pastores y viajeros de las estepas del Asia, los indígenas de la Sierra Nevada o del Amazonas o los llanos venezolanos. Ya los astrónomos de la antigüedad habían propuesto esquemas para representar tales intuiciones, siendo el más conocido el de Aristóteles, llamado de "las dos esferas": la tierra inmóvil en el centro, rodeada de una esfera mayor en movimiento, que contiene los demás planetas. Este modelo llena a la perfección las necesidades simples de navegantes y nómadas, pero no satisface las inquietudes crecientes de los científicos en relación con otros fenómenos: ¿por qué Venus y Marte aparecen unas veces al oriente del sol y otras al occidente?, ¿por qué algunos planetas viajan con mayor velocidad unas épocas del año?, ¿o brillan con más intensidad? Pero la verdad es que cada modelo es solo una declaración de fe. Y concluyó con una sentencia que aún no he terminado de comprender:

—¡La fe es tan importante para el científico como lo es para el místico!

—¿Cómo así?, pregunté con sorpresa.

—El científico debe creer en su sistema. Es el marco conceptual que le permite interpretar cada nueva observación.

—Pero si el marco no es verdadero, muchas observaciones quedarán sin explicación.

—No necesariamente muchas, pero siempre y bajo cualquier modelo, quedan algunas por fuera. Con el primer fracaso, el verdadero científico debería abandonar su sistema. No sucede así. Uno tiene la tendencia a establecer una tradición, a aferrarse a lo que cree conocido, a consolarse pensando que la observación o experimento fue errado. Se busca por todos los medios salvar lo que parece dogma...

Y paseando la mirada en redondo para comprobar que no lo escuchaba el capitán o algún otro testigo que no fuera de su confianza, explicó a media voz:

—Es lo que ha sucedido con la Iglesia. Su caso es patético: aún hoy no ha autorizado la impresión de aquellos libros que hablan del movimiento de la tierra alrededor del sol. Y ya han corrido dos siglos desde Copérnico y Galileo. La Iglesia no se atreve a aceptar los avances de la ciencia, es decir, las nuevas observaciones, porque no ha encontrado la manera de conciliarlas con la teología y la

tradición religiosa. ¿Dónde quedaría el trono de Dios? ¿Cómo sustentar la doctrina de la salvación del género humano?

Simón abría los ojos. Estaba maravillado por la forma convincente de Azpeitia de rebatir lo que hasta ahora él consideraba irrebatible o inexplicable. Sus palabras retumbarían por años en su mente y también en la mía. Entonces Simón pregunto:

—¿Y que tiene que ver la salvación del alma con la astronomía?

—Muy sencillo: las nuevas matemáticas del universo se basan en la idea de infinito. Si el universo es infinito, ya no tiene centro; la tierra sería un cuerpo como cualquier otro, y, en teoría al menos, podrían existir otros planetas habitados. ¿Qué sentido tiene pensar que Cristo hubiese preferido venir precisamente al nuestro?

En este punto, Martín fue contundente:

—La adhesión ciega a la escolástica en España, Italia y las colonias de la América del Sur, ha significado el mayor golpe para el desarrollo de la ciencia entre nosotros. Cuando llegué a esta convicción, me di cuenta de la necesidad de continuar mis estudios en París, Londres o Berlín...

SIMÓN

—Nunca dudé de la importancia de una acción continental. Así se lo dije en época temprana a Mariño y a Bermúdez cuando pretendían construir feudos independientes en Cumaná y en el Oriente Venezolano. No, la duda no significaba para mí ningún obstáculo. Por el contrario, mis convicciones eran obsesivas y mis comportamientos decididos.

—Esto te proporcionaba enemigos.

—También me traía las más grandes satisfacciones. ¿Cómo no solazarme ahora, hasta lo profundo de mi fibra, con aquella corona de laureles que doce bellas jóvenes vestidas de blanco pusieron en mis sienes al entrar triunfante en Caracas?

—Te aprovechaste. Sin vacilar, besaste la boca grande y carnosa de Josefina Machado, Pepa, quien precedía el cortejo.

—No me la recuerdes, su boca grande y carnosa, brillante de saliva, entreabierta... me parece verla ahora sobre mi rostro.

—Se te acerca. Va a unirse con la tuya...

—¡Pero qué veo, Dios mío! Si es la boca de Reverend, también grande, brillante, entreabierta y carnosa...

—El médico se inclina sobre ti, te aplica una untura anodina en el pecho, te dice frases amables... se aparta, se dirige al dispensario, regresa con una píldora calmante y un vaso de agua, te dice que la goleta Grampus partió al anochecer.

—Sí, Nigth vino temprano a despedirse. Le agradecí sus

atenciones.

JOSÉ

Frente a las disertaciones de Martín, Uriarte reaccionaba con escepticismo o burla. Se alejaba dejándolo con la palabra en la boca. Pienso que Uriarte pensaba que Azpeitia era un loco o un farsante. El granadino, por su parte, no le prestaba atención a sus desaires y, cuando el viejo lobo de mar se ponía a su alcance, hacía gala de su erudición con el ánimo de fastidiarlo.

Yo observaba las reacciones de Simón, quien, como he dicho, no se perdía una palabra de Azpeitia. Tengo que reconocer que por aquel entonces yo sentía celos: Azpeitia demostraba un conocimiento y una profundidad superiores a las mías. Por eso capturaba con facilidad la simpatía de mi pupilo. De cada charla le quedaban a este preocupaciones que en la siguiente servían para comenzar nuevos diálogos. Fue entonces cuando me di cuenta que las ciencias físicas y naturales y las matemáticas podían ser alternativas adecuadas para Simón. Si al concluir la travesía alcanzaba una decisión sobre su futuro profesional, consideraría cumplida mi misión. Así se lo indiqué una tarde, sin obtener respuesta.

En cuanto a mí concierne, las conversaciones con Azpeitia fueron reveladoras. Yo siempre he sido aficionado a las ciencias, pero en Caracas nunca tuve acceso a la información que ahora vislumbraba. Debo confesarlo: dominé mis celos y asistí a las conversaciones con libreta de notas, libreta que utilicé con beneficio cuando trabajé en Viena con el Dr. Kraus y que ahora me sirve para rememorar aquellos días... Martín no se molestó; antes bien, precisaba definiciones y me suministraba títulos y nombres de autores con una generosidad que aún hoy le agradezco.

SIMÓN

—Soy lo accidental. Lo demás es esencia y permanecerá...

—Araste en el mar y sembraste en el viento.

—De mozo gocé de perfecta salud.

—Pronto comenzaste a temer que tu cuerpo no estuviera a la altura de tus ambiciones. Tenías que visitar a los médicos con frecuencia.

—Ellos me recomendaban la evacuación puntual, laxantes, fricciones y ungüentos, quinina contra la fiebre. Miraban el color de la orina, olían el aliento, me daban golpecitos en la espalda.

—Tu prontuario no es nada corto. Te sentiste agobiado por

vómitos y calenturas en el primer viaje marítimo, en el Ildefonso, al pasar frente a la Guajira; y luego, con más intensidad, cuando venías de regreso para Venezuela, en 1807. En París y Viena te acongojó la neurastenia y estuviste a punto de ser sometido al tratamiento mesmerista del Dr. Kraus.

—Me salvé por un pelo.

—La caída de Puerto Cabello te produjo depresión moral, insomnio, pérdida del apetito: pensaste en el suicidio. En la campaña del Magdalena sufriste de malaria, en la Admirable te volvieron las fiebres, también en la batalla de la Puerta...

—¿Cuántas veces más he padecido de malaria?

—Has perdido el rastro de su recurrencia. Mejor dicho, sería más fácil decir cuándo no la has sufrido. Vino el mal de orines, una fractura de pierna por esa pendejada de saltar un caballo de cola a cabeza, empezaste a toser en el 18; ese año fue malo: en el Rincón de los Toros una bestia te patió en el muslo y te dejó rengueando por semanas; te salieron forúnculos y nacidos, un lobanillo en la nariz, se te puso amarilla la vista, tuviste golondrinos ciegos en los sobacos, sombras verdes en la piel y ardores en la pinga. Luego vinieron irritación, cólicos, cansancio permanente, depresión nerviosa y, más intenso aún, el paludismo. Disentería, jaquecas, constipación, resfriados, reumatismo, más calenturas. Te atacó el tabardillo. No salías de una novedad y ya te llegaba otra: vómito, decaimiento. Ni siquiera el amor era antídoto suficiente, pues tuviste que lucir en varias ocasiones las huellas de los rasguños en la cara que te hiciera Manuela en sus ataques de celos. Soroches en el Cuzco. El cansancio era cada vez más persistente, el estómago más delicado. Colitis aguda. Desde aquella noche septembrina el desánimo no te abandona. Aumentaron la tos y los esputos. Vinieron el cólera morbo, la bilis nerviosa, la bilis negra y la atrábilis. También la deshidratación.

—A veces mejoro, me siento en perfecta salud.

—Pero la dicha dura poco. Regresan el paludismo, el reumatismo y la tuberculosis...

—Y ahora que me dices todo esto, lo mejor será nombrar a Pedro Briceño, José Vargas y Laurencio Silva como mis albaceas.

—Oportuna decisión. El 6 te trajeron en berlina a San Pedro Alejandrino. El clima es fresco, pero ya no verás el mar.

—Es una mansión de españoles: su arquitectura, los cuadros en las paredes, los motivos árabes de las tapicerías; la servidumbre sumisa, altivo el amo.

—Parece que tu lucha no ha tenido efecto: uno se siente en el ambiente de 1790.

—Ahora, más que nunca, sé que los tres grandes majaderos de la

humanidad hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo.

—Entes de ficción.

—¿Lo seré yo también?

—¿Quién lo duda? Pero mientras tanto, pasas las tardes aquí, sentado, meditando bajo el tamarindo. Se suceden las horas y nadie te interrumpe.

—A veces la cocinera, Fernanda Barriga. Me la llevó Manuela a Bogotá: es quiteña.

—No te hagas ilusiones. Se vino contigo para Santa Marta, no porque quisiera servirte, sino porque anda enmozada con ese soldado de Corozal, Marcos Sandoval, del batallón Tiradores de la Guardia.

—No me importa, Fernanda tiene buena sazón.

—Pero ahora está matándote con esa maldita mazamorra de sagú que recetó Reverend.

—Mas, ¿qué sería de mí, si ella no calentase cada noche los ladrillos para poner a los pies de mi cama?

—Buen consuelo. Más bien, toma un baño emoliente tibio; los esputos siguen de color verdoso.

JOSÉ

Otro día el entusiasmo de Azpeitia llegó hasta el punto de descender a la bodega del barco con el permiso a regañadientes de Uriarte, para sacar de su equipaje, con la ayuda de un marinero, una caja que hizo subir a cubierta. El mar, en su calma mañanera, se prestaba ese día para la exhibición que el granadino quería hacernos. En presencia de un grupo de pasajeros y tripulantes y del mismo capitán, retiró el encerado que protegía un aparato circular de medición, cuyo horizonte estaba apoyado en cuatro tornillos de hierro para nivelarlo. Dijo que había sido diseñado y construido por él, con la ayuda de un carpintero, un herrero y un platero y que tenía por fin medir las alturas de las montañas, pero que también servía para la navegación. Vi una sonrisa de incredulidad en Uriarte. El mecanismo había sido tomado de un viejo reloj fabricado en Bruselas, al que le suprimió las campanas. Le agregó un cuadrante de anteojo acromático, hecho de madera de diomate, de varias pulgadas de espesor para que no se torciese e incrustó en él una faja concéntrica de estaño para que sirviera de limbo. El centro del cuadrante era de marfil, con una aguja fina de la cual, según dijo, pendía una pesita de plomo al extremo de un cabello humano, destinada a marcar las alturas medias; aditamento que había sido empacado por aparte para que no se estropease durante el viaje y que ahora debíamos imaginar en su forma y función. Sobre el

cuadrante debíamos imaginar también el anteojo de cartón. Uriarte miró un tanto curioso, pero luego se expresó con ironía. Dijo que si de aparatos se trataba, los mejores eran los quintantes y sextantes, los compases y anemómetros de la casa Jarrow and Sons, de Londres, pero que los buenos marinos no requerían de novedades. Lo esencial era saber leer en el mapa de la noche tachonado de estrellas, tener sensibilidad en la piel para percibir las variaciones de la brisa y el ojo abierto para medir los movimientos de las olas y las nubes, los cambios de colores y la textura de las aguas. Y sobre todo, fe en San Ildefonso.

Más tarde y a solas, Martín me confesó:

—Lo llevo para presentarlo en la Academia de Ciencias de París. Va a causar conmoción. ¡Ya verá ese capitanejo retrógrado!

SIMÓN

—Las imágenes se me agolpan en la mente.

—Debe ser la fiebre que te hace recordar con viveza momentos que creías irrecuperables...

—... como cuando los asistentes al Congreso de Tunja vacilaban y no dudé en decirles que la sangre era necesaria para lavar la vieja mancha de la dominación extranjera. Fue entonces cuando oí aquella frase memorable: "General, la patria no ha muerto mientras exista vuestra espada..." Así se pudo adelantar la guerra civil contra Santa Fe, preámbulo para enfrentar al verdadero enemigo: España.

—¿De qué te sirven esos recuerdos?

—Escucha: algunos me han sugerido: "Libertador: escriba o dicte sus memorias". Insisten en que redacte con mis propias palabras aquellos actos decisivos. Fernando, mi sobrino, ¿no está, acaso, disponible y deseoso para cumplir conmigo este propósito?

—Pero has venido resistiéndote. ¿Por qué?

—Porque he tenido, hasta hoy, la convicción de que existen suficientes textos sobre mi persona y mi obra. Escribir es, quizá, lo único que he hecho. He recorrido valles y montañas, mares y territorios como si estuviese llenando de signos con mi caminar y mi presencia la inmensa página blanca del continente. En medio de las batallas, en el desierto o en lo alto de la cordillera más escarpada, en la inmensidad de la selva, por mares y ríos, nunca he dejado de producir textos. En verdad, poca diferencia ha existido entre lo que hablo, hago y escribo. Mis gestos y actitudes, mi transcurrir y las palabras que he dicho o escrito forman ya un río caudaloso, imposible de ser contenido y recopilado. Actuaba, dictaba, ordenaba: leyes y constituciones, actas, despachos, correspondencia; proclamas militares en el campo de batalla.

Muchos discursos, como el de Angostura, fueron el súmmum de años de meditaciones, lecturas y experiencias. Desde joven descubrí que siempre había alguien listo a tomar nota, a plasmar y a repetir lo que yo decía, a describir lo que hacía.

—A veces, tus palabras o acciones no eran claras.

—Eso pasa siempre. No es posible evitar los malentendidos; entonces surgían versiones encontradas. El río se dividía. Circulaban las palabras y con ellas las ideas: pero yo era el origen. Yo estaba fundando, más que un país, un discurso, una nueva manera de expresar la realidad.

—Entonces, si ya es inmenso el caudal de lo que has escrito y de lo que se ha escrito de ti, ¿por qué esa preocupación por tus memorias, por recordar el pasado?

—Tengo dudas. Hay espacios oscuros.

—¿Será que faltan cosas por decir?

—... cartas, miles de cartas, hojas que se lleva el viento. Algunas quedarán en los archivos. ¡Cuántas se habrán perdido en el laberinto de la historia!

—Pero en ellas no está lo esencial. En ellas solo aparecen asuntos de Estado, solicitud de soldados, de armas, de vitualla o las bases para redactar alguna constitución.

—Dinero, siempre problemas de dinero; pleitos de bienes, reclamos de familia, el rastro de amores pasajeros, concesiones a viejos amigos o a fulanos que se dicen amigos... sí, falta lo esencial, lo que nunca se ha escrito, la verdad de ciertos hechos y ciertas cosas, lo inefable: falta lo que flota y fluye y aún no es signo.

—El signo...

—¡Qué misterio inescrutable!

—Cuando se te ponen frías las manos, Reverend dice que es "signo de mejoría". ¡También lo dice cuando se te ponen calientes! ¿Tendrá el valor de confesarte, acaso, que te estás muriendo?

—Y de cara a la muerte, ¿qué importancia tienen los signos?

—Mira estas circunstancias: ayer vino el obispo José María Estévez con el pretexto de saludarte. Estuvo frente a tu lecho preguntándote sobre tu salud y hablándote del clima. Acariciaba discretamente un crucifijo de plata que pendía de una fina cadena alrededor de su cuello. Su deseo era, sin duda, el de hacértelo notar.

—Si, fue cuando me dijo, con su vocecilla entre dulce y maricona, que "si deseaba arreglar mis negocios".

—Se te subió la soberbia a la cabeza. Pensaste: ¡Enseñarme a mí el crucifijo, símbolo de la muerte! Te pusiste de pie y estuviste a punto de gritarle que qué se creía que era él para darte ese tipo de consejos.

—Me contuve.

—Vacilaste. Y con un balbuceo, que a mí mismo me avergonzó, pronunciaste esa frase cobarde: "no siento nada grave... en todo caso, necesito algún tiempo para prepararme".

—¿Para qué me atormentas? Bien sabes que esta mañana lo he hecho llamar.

EL AUTOR

No era solo el Brasil el amenazado por los colombianos. Parish, el representante inglés en el Río de la Plata, informó a su canciller sobre la inminente intervención de aquéllos en la Argentina. Daba por seguro que Bolívar había aceptado la propuesta del general Alvear, jefe de las montoneras de la provincia de Córdoba, la más poderosa, quien le había ofrecido al Libertador la reunión de la república Argentina con la del Alto Perú, bajo el nombre de Bolivia.

El presidente Rivadavia de Argentina, alarmado con las pretensiones de su enemigo Alvear, le solicitó a Canning, a través del mismo Parish, el envío de tropas inglesas, para neutralizar cualquier intento imperialista de Bolívar.

Los informes de Parish no eran los únicos. De las legaciones de Lima, Bogotá, Caracas, Santiago y Buenos Aires llegaban noticias apremiantes. El momento más tenso se vivió en Londres cuando se supo que el cónsul inglés en Lima, Thomas Rowcroft, había sido asesinado por españoles en la playa del Callao, en presencia de su hijita. Rowcroft logró despachar, momentos antes de morir, su última valija diplomática en el navío Cambridge, con informes precisos sobre el movimiento de tropas colombianas en el Perú.

En estas circunstancias, lo único que les parecía claro a los analistas del Foreing Office era que si Bolívar entraba en Buenos Aires a la cabeza de su ejército, el cual se calculaba entre dieciocho a veinte mil hombres, su primer acto de gobierno sería declararse Emperador o Dictador de la América del Sur. Sería el amo del territorio que se extiende de Nicaragua a Magallanes y estaría en condiciones de enfrentarse no solo a Inglaterra sino también a la Santa Alianza.

JOSÉ

Dejamos a nuestra izquierda Puerto Cabezas y aún falta trecho para avizorar las costas de Yucatán y cruzar hacia Veracruz. Las horas van lentas en este largo viaje. La única distracción es el diálogo, siempre con las mismas personas. El material fresco de lectura se terminó hace rato. Ya conseguiremos algo en Veracruz y en La Habana. En cambio, Juan Dolio, que nunca se mezcla con

pasajeros o nautas, permanece en la plataforma de popa enfrascado en un libro: La Biblia, que por lo visto es interminable o infinito.

Aparte de Dolio, es Azpeitia el único que no parece víctima del aburrimiento. Al ver decaer nuestro interés por las hipotenusas y las reacciones químicas, una tarde nos soltó un par de preguntas que seguramente había venido guardando, motivadas quizá por su deseo de conocer la verdad sobre ciertas consejas, en apariencia fantásticas, que habían circulado en Santa Fe, sobre hechos ocurridos no hacía mucho en Caracas y sobre la participación de la familia Bolívar.

—¿Quiénes son Bálsamo y Caliostro? ¿Quién Picornell?

Hasta donde Simón y yo teníamos noticia y así le explicamos a nuestro amigo, Guisseppe Bálsamo y Alessandro Caliostro eran dos nombres que aludían a la misma persona, un clérigo siciliano que, habiendo recibido una revelación, colgó los hábitos, se dedicó a la alquimia y se presentó en Madrid como poseedor del elixir de la vida y del secreto de la piedra filosofal. Fundó en esta ciudad una logia, *La España*, cuyos miembros, en un motín en la Plaza de San Blas, propusieron remplazar la monarquía española por una república. Las autoridades apresaron a varios de los participantes: el médico Juan Bautista Picornell, el matemático Sebastián Andrés, el humanista José Lax. Fueron condenados a la horca pero luego se les conmutó por prisión en las mazmorras de América. En La Guaira y, mientras esperaban ser trasladados a los calabozos de Cartagena, Portobelo o Chagres, se dieron a la tarea de conspirar. A poco encontraron eco entre los masones caraqueños. ¿Cómo pudieron comunicarse con miembros de las logias locales? Solo hay una respuesta: los mismos guardias les ayudaron. Picornell huyó a Trinidad, según parece, con la ayuda del comandante de la prisión, el sargento Chiricos, del batallón de Pardos. La isla de Trinidad había pasado a los ingleses, gracias, precisamente, al tratado de san Ildefonso. Allí Picornell tradujo y publicó “los derechos del hombre”. Por esos días, en el ingenio de Patricio Ronán, cerca de Macuato, José María España y Manuel Gual reunieron un grupo de masones y propusieron crear una república con las provincias de La Guaira, Maracaibo, Caracas y Cumaná y diseñaron una bandera cuyos colores blanco, azul, amarillo y rojo representaban a los blancos, pardos, negros e indígenas. La intervención de Chiricos en estos hechos es confusa: fue él precisamente quien delató a los conspiradores. Gual y España y otros masones fueron apresados, sometidos a tortura y condenados a muerte. Sus cuerpos fueron descuartizados y exhibidos en jaulas en la entrada de los pueblos. Algunos mantuanos, amigos y parientes de los Bolívar, cayeron en poder de las autoridades como sospechosos de simpatizar con la

revuelta. Simón los visitó en las cárceles de Caracas. El muchacho estaba conmovido. Es necesario agregar, Sr. Coburg, que su clase social y su familia estaban divididas por diferencias políticas y sociales. Una de las causas de tales desavenencias fue una cédula real que ordenaba entregarle a los pardos y quinterones los mismos derechos y oficios que hasta ese momento eran exclusivos de los criollos blancos.

—¿Qué piensa Usted de aquellos hechos? ¿Cuál es su posición personal? ¿No viaja acaso a Madrid para entrar en la corte? Tales fueron las preguntas directas, acaso acusatorias, que Martín le espetó a Simón.

Pero este no reculó. Se dio cuenta que despertaba una imagen ambivalente y, para despejar cualquier duda ante quien ahora consideraba su mentor espiritual, no tuvo reparos en narrarle, con lujo de detalles, las pretensiones de nobleza de sus antepasados, que ahora él consideraba ingenuas o vergonzosas, pero que al mismo tiempo denotaban el poder ya legendario de la familia. Felipe V, por incapacidad de pagar ciertas acreencias en favor de los frailes de San Benito, en Madrid, les había entregado el título de Marqués de San Luis para que lo vendieran al mejor postor. El caraqueño Juan de Bolívar pagó por él, de contado, 22.000 doblones de oro, pero al tramitar los documentos se encontró que cien años antes, uno de sus abuelos había amado a una bella de dudoso origen. El árbol genealógico no ofrecía, pues, la pureza de sangre requerida. Comenzó el litigio que ya duraba cincuenta años y que era la razón principal para que Esteban Palacios, uno de los tíos de Simón, hubiese trasladado su residencia a Madrid. La esperanza de recuperar el dinero o conseguir el título estaba cifrada, según explicaba Palacios en su correspondencia reciente, en las intrigas de un caucano, un tal Manuel Mallo, íntimo de Palacios y, según cuentas, allegado a las más altas esferas cortesanas. ¿Conocía Azpeitia a Mallo?

—Por referencias únicamente. Lleva viviendo en España. Mi padre ha tenido negocios con su familia...

—En cuanto al motivo de mi viaje, continúo Simón, nada tiene que ver con las insulsas pretensiones de nobleza de mis parientes. Ellos son mis tutores y han decidido que adelante mi educación en Madrid. Y a renglón seguido, quizá con el ánimo de expresar sin tapujos su propia convicción, recitó de memoria aquellas conocidas caramañolas que circularon en Caracas:

Todos los reyes del mundo
son igualmente tiranos
y uno de los mayores

es este infame Carlos.
Tiembla tú, rey infame,
tiembla pérfido Carlos
que todos tus delitos
van a ser castigados.

Martín y yo nos reímos por la salida espontánea de Simón y cuán no sería nuestro susto cuando nos dimos cuenta que

Uriarte estaba en el puente, justo encima de nosotros. ¿Nos había escuchado? No teníamos manera de disimular el alcance de nuestra conversación. Quedamos helados, esperando que bajase por la escalerilla de cubierta y se nos acercara con su rostro tenso por la ira. Logró dominarse. De manera en extremo cortante nos solicitó no excedernos en nuestras palabras:

—Comprendo que queráis echaros de vez en cuando un chistecillo, pero vosotros sois los pasajeros de mayor alcurnia en este viaje y los ojos de todos permanecen puestos en vuestras personas. Las responsabilidades de mi cargo no me permiten dejar una manifestación irrespetuosa sin la debida amonestación...Nos excusamos como pudimos y prometimos un mejor comportamiento. Más tarde, ya en la soledad de mi litera, me consolé pensando que Uriarte no había escuchado la totalidad de la conversación; solo, quizás, alguna palabra suelta de la copla. De lo contrario no se habría transado tan fácilmente. Ahora tendríamos que ser cuidadosos...

SIMÓN

—No hay fundación sin palabras. Por eso me cuido cuando hablo: busco efectos retóricos, figuras persuasivas; formar con los signos, símbolos de gran poder convocatorio.

—Esas son palabras vanas. ¿Cómo se te ocurre pensar que con muchos signos puedes construir un símbolo poderoso que mueva, por ejemplo, las multitudes que ha movilizado el cristianismo?

—Tiene que haber alguna manera.

—Nunca encontrarás la clave.

—Ya veremos. Huyo de los modelos de turno. ¿Para qué imitar a Bello, Caldas, Feijoo, Jovellanos, Larra, Rodríguez o San Martín? ¿Para qué utilizar las muletillas de Bonaparte u O´Higgins? He tenido que ser original aún en la palabra. Prefiero la frase corta, fulgurante; el adjetivo que inflama o enfría, según la necesidad... Sé que mi voz es auténtica e inaugural. Resuena en el horizonte de siglos de silencio que la precedieron...

—Ten cuidado. El silencio no solo puede ser el confín que tu voz necesita para resonar, sino también el abismo en el que se pierde.

—Alguien la rescatará.

—Si viene del silencio y marcha hacia el abismo, ¿quién le otorgará sentido para que logre su objeto fundacional?

JOSÉ

Avanza la noche. El calor es sofocante. Afuera, el gemido ingente del piélago: el barco cabecea en un mar agitado; giran los extremos de las vergas con su sonido ya familiar. Resuenan, de tarde en tarde, los pasos del vigía sobre el maderamen de cubierta. Y yo, en este camastro, sometido a la mezcla alucinante de recuerdos y pesadillas. En un sueño aparece Simón con delantal de laboratorio cantando coplas subversivas. En otro, el cuerpo descuartizado del negro José Leonardo. Un valle: ¿el de Curinagua? Aparece el capitán Borja, vestido de rey; ordena quemar los protocolos de un invento revolucionario y me amenaza con su cetro. Borja, agente de la corona, un cobarde que ahora se limita a reprendernos pero que en Cádiz nos entregará a los verdugos. Pero no, Borja no puede imaginarse quién soy yo, quién Simón. ¿Y por qué la imagen de José Leonardo? Me abruma su recuerdo: el camino de Coro, Simón y la negra Hipólita cabalgando en las mulas de la caballeriza de San Mateo; yo, como de costumbre, rezagado. Y al pasar el recodo, la Hipólita en el suelo, sollozando. Su rostro afectado por el terror. Grita y señala: allá, a veinte pies de altura, sobre un mástil, la cabeza de José Leonardo. Inconfundibles sus facciones a pesar de la descomposición. El negro había sido compañero de crianza de ella, su ecobio más querido. Simón abrazó a su madre de leche. ¿Qué había pasado?

Un arriero dijo “Hubo un alzamiento de negros en las sierras de Coro”. Y Simón: ”¡Chapetones hijueputas!”

SIMÓN

—... sí, yo nunca dudaba. No dudé en renunciar al mando para irme a Jamaica cuando las circunstancias lo exigían; no dudé en demorar la partida de los Callos a pesar de la protesta de los oficiales, para esperar a Josefina Machado que venía de St. Thomas. Tampoco en ejecutar a Piar, por traidor.

—Olvidas: la duda estuvo a punto de arrojarte al suicidio cuando vagabas derrotado y sin dinero por las islas del Caribe.

—Fue un duro aprendizaje. Supe, entonces, que ella, la duda, podía llegar a ser mi peor enemigo.

JOSÉ

Esa visión del negro descuartizado en Curinagua determinó muchas cosas en mi vida; creo que también en la de Simón. Por eso, ahora, quiero dejar testimonio de ciertos detalles que quizá contesten preguntas que usted, señor Coburg, se habrá planteado.

Yo vivía en casa del presbítero Alejandro Carreño, en el Callejón de la Merced, frente a la iglesia y convento del mismo nombre. Allí también vivían mi madrina, Gerónima Antonia, que en paz descanse, mi hermano Cayetano, cuatro años menor que yo y Josefina Frontado, su madrina. Eramos pobres. Cayetano y yo salíamos a buscar comida. Me hice amigo de Andrés Bello, a quien usted conoce, porque ha vivido largos años en Londres, y por intermedio de quien, seguramente, tuvo conocimiento de mi paradero. Bello es casi de mi edad. Vivía al frente, en una casa grande con cuadros en las paredes y cuartos con estanterías llenas de libros. Los cuadros me impresionaban por sus figuras de ángeles armados e imágenes del infierno. Eran pintados por su abuelo, don Juan Pedro López. Bartolomé, el padre, era abogado y compositor. Allí, a veces, nos alimentaron. Por fortuna, la ciudad es un tanto cálida: no necesitábamos demasiada ropa. Me gustaba recorrer las plazas de mercado y asistir a las iglesias. En Caracas hay blancos, negros, indios, pardos. Mi madrina me decía que yo era blanco, que no debía hacer amistad con muchachos de otras razas. ¿Por qué habría de sentirme superior si ni siquiera tenía para comer? Aprendí cosillas de gusto, como ser desvergonzado, pleitista, tracalero, hablador y jugadorcillo. Con el grupo de rapaces del barrio recorría calles y potreros. Las calles en Caracas se cruzan en ángulo recto. Los muros de las casas son gruesos y los techos bajos por temor de los temblores de tierra. En los patios hay naranjos. Conocía muchas familias. Asistía a la escuela en las mañanas. Allí me tocó un maestro de aquellos que creen que la letra con sangre entra y bajo este sistema era raro el día que no nos atormentaba con disciplinas, palmeta, orejas de burro y otras maravillas de la educación de antaño. El presbítero Carreño me enseñaba latín y matemáticas en las tardes. Recuerdo la impresión que tuvimos con la noticia de que un grupo de españoles, con el respaldo de las autoridades, había partido de Angostura en una nueva búsqueda de El Dorado. El maestro, en un viejo mapa, trató de ubicar el tan mentado territorio. Yo leía mucho por mi cuenta. Agoté la biblioteca del cura y leí los libros que me prestaba Andrés: Góngora, Calderón, Cervantes, Lope y otros autores españoles, pero sobre todo a Garcilaso, cuya poesía me gustó hasta el punto de aprender sus églogas de memoria. Con Bello discutí el sentido de ciertos motivos:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
é de cantar sus quejas imitando;
cuias ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidados, escuchando.

¿Existirán en alguna parte —nos preguntábamos— pastores felices?, ¿pueden los hombres soñar siquiera con un mundo mejor?, ¿un lugar ameno propicio al amor y a la justicia? ¿dónde queda El Dorado?, ¿dónde el Paraíso? Sabíamos que en alguna parte existía un territorio bañado por olas azules y cálidas, una costa florida bajo el sol, unos prados resonantes de alegría donde los dioses se mezclaban con seres humanos felices e inocentes. Fueron los sueños de mi juventud. Pero cada día fui más consciente de las injusticias del poder español, de las falsedades de la sociedad en Caracas. Muchas dudas me atormentaban, pero sobre todo una: ¿Quién fue mi madre? ¿Por qué, siendo blanco, me había abandonado en el quicio de la casa cural?

Cayetano también es expósito. No sé dónde andará. Tenía un carácter sosegado. Odia el latín y la lectura, pero canta como un ángel. Alegraba la casa con sus tonadillas, como aquella que dice:

Mañana domingo
de San Garabato
se casa la reina
con un borriquillo.
¿Quién es la madrina?
Misiá Catalina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Botijón.

El padre Juan Ramón Palacios Sojo dirigía el coro infantil de la Catedral, un conjunto de cuerdas y componía piezas para chirimía y órgano. Recuerdo la sensación que produjo el concierto que montó con obras de Mozart, Pleyel y Hayden, con partituras que habían traído los naturalistas Bredmeyer y Schultz. La señora madre de Simón, doña María Palacios y Blanco, pertenecía al conjunto: tocaba el arpa y la guitarra. Cayetano participó primero en el coro infantil y, al avanzar en sus estudios musicales, se integró al conjunto.

Pocos acontecimientos políticos alteraban la vida de la ciudad. Pero hubo dos que causaron zozobra: las revueltas en París, cuyos ecos deformados se conocieron por los informes que difundieron los

mismos marineros españoles en La Guaira, y el fusilamiento de Galán, Molina, Alcantuz y los demás que demandaban rebajas de impuestos y otros derechos elementales en la Nueva Granada.

Ya superada la vagancia callejera y gracias a mi fama de lector, me encomendaron un grupo de párvulos en la escuela del barrio. Después ascendí a director. Funcionaba en un lugar adyacente a la iglesia. La vida transcurría sin sobresaltos y las tardes las ocupaba en la lectura. En una ocasión, me parece que a finales del 92, un negro me trajo recado de parte de don Carlos José Bolívar, uno de los mantuanos ricos de la ciudad, para que fuera a verlo al día siguiente. ¿Para qué me necesitaba? Pasé una noche de insomnio. Nada bueno podía imaginarme que viniera de parte de esta clase de personas. Llegada la hora me dirigí al viejo caserón, que debía tener más de cien años y que había sido convertido en depósito de cacao y otros productos agrícolas y en hospital de negros. El portón inmenso estaba abierto de par en par. Olía a sudor de humanos y de bestias, a cagajón mezclado con aroma de cacao. Por un segundo observé, en el alto dintel, un blasón primitivo que representaba una rueda de molino en un campo de plata; y mientras lo observaba, consideré mi situación. Algo me decía que al cruzar bajo ese blasón cambiaría mi existencia. Al fondo del patio la fuente escanciaba el agua por los platones superpuestos. Me decidí a caminar por las grandes lozas de piedra. En un costado, unos esclavos descargaban una recua que acababa de llegar de Aragua. Nadie parecía notar mi presencia.

—¿Don Carlos José?, le pregunté a un viejo sudoroso que estaba encargado de las mulas. El anciano negro sonrió mostrando pocos dientes y unas encías ennegrecidas.

—Si me espera un momento, le avisaré a mi amo...

El esclavo corrió escalas arriba hacia una habitación en el segundo piso. Las aguas de la fuente me quisieran arrullar con su cadencia, pero una extraña desazón me corroía el estómago. Pensé que se debía al nerviosismo. Pero luego, recapacitando sobre aquellos momentos de expectativa, fui consciente del origen de mi desazón: el aroma del cacao bajo el sol no lograba vencer o disimular un fétido olor de hacinación y purulencia, de sangre coagulada, de espaldas desolladas a latigazos, de piernas gangrenosas amputadas a sangre fría, de dolor y humillación acumulados, que se esparcía desde una puerta semiabierta en el corredor del primer piso... lo que remuerde mi conciencia ahora es que con el tiempo me familiarizaría con aquella podredumbre del hospital de negros...

Entonces vi al viejo, quien, desde el segundo piso, me invitaba a subir con una seña.

Media hora más tarde salía por el portón hacia el aire fresco con una mezcla de sentimientos. De un lado estaba orgulloso porque el señor Bolívar me acababa de contratar como amanuense, oficio que iría a desempeñar en las horas que la escuela me dejara libres. De otro, fastidiado por el poder excesivo de estos mantuanos con pretensiones de marqueses. Mi madre y mi padre, ¿pertenecían a la clase mantuana? ¿Dónde estaban mi identidad y origen? ¿Era yo de los opresores o de los oprimidos? Por años he soportado esta lucha interior.

Poco después conocí a Simón. Decían que era desaplicado, insolente, díscolo y, sobre todo, arrogante. Su padre había muerto hacía seis años y su madre dos y, desde entonces, se desataron varios procesos para obtener su tutoría, que implicaba el manejo de la gran fortuna que Simón había heredado de un tío suyo, el presbítero Félix Xeres y Aristiguieta. Simón era, sin duda, uno de los individuos más ricos de la provincia. Quien quiera que fuera su tutor, tenía asegurado un inmenso poder. Y como si lo intuyera, era poco obediente respecto de quienes pretendían orientar su vida. Vagaba por calles, jugaba con muchachos de otras castas, se escapaba de clase y, en el convento de San Francisco, se metía por los claustros para escándalo de los clérigos. Quemó documentos del licenciado Miguel José Sanz, abogado de genio áspero, quien por un tiempo fuera su curador ad litem. Y cuando visitaba las haciendas, en el valle de Tuy de Yare, en el de Taguaza o del Macayra, montaba a caballo, enlazaba terneros y se escapaba con los peones, para desconsuelo de Hipólita, su aya negra.

Don Carlos José obtuvo la tutoría y, como seguramente se sentía satisfecho con mis buenos oficios, me pidió ayudarle en la educación del jovenzuelo. La experiencia resultó positiva y poco después Simón vivía con nuestra familia. El convenio era benéfico para todos: Simón se sintió cómodo, los Bolívar se liberaron de una molestia y nosotros nos hacíamos la ilusión de una buena recompensa. Por aquel entonces, él era de baja estatura, ojos saltones, narizón y pecoso.

Hubo novedades: Cayetano se casó con María Muñoz y yo con María del Carmen Ronco. Decidimos vivir los cuatro en rancho aparte y, para mejorar los ingresos, nuestras esposas, halagadas con la experiencia que estábamos teniendo con Simón, organizaron un hogar para jóvenes ricos de provincia. Presenté por escrito a las autoridades un alegato consistente en seis reparos sobre los efectos de la enseñanza en Caracas y, como no obtuve respuesta, renuncié a mi cargo de director de la escuela y le dediqué mi tiempo a las labores que me encomendaba Carlos José y a instruir a Simón. Se arreciaron los ataques de la otra rama de los Bolívar, los Clemente-

Francia, por la tutoría de Simón. Al final, el litigio se resolvió dejándome a mí como tutor oficial, en consideración a que, bajo mi cuidado, Simón había madurado ostensiblemente. Mi alegría fue pasajera porque me informaron que solo recibiría un peso diario por manutención y veinte mensuales por enseñanza. Sus rentas y su patrimonio seguirían siendo administrados por Carlos José.

Pero su permanencia con nosotros duró poco. Con ocasión de una visita a una de sus haciendas, Simón ingresó como cadete en las milicias de Aragua y allí permaneció por un tiempo; habían sido, años antes, comandadas por su padre, el Coronel Juan Vicente Bolívar.

SIMÓN

—Escribir... no es tan fácil.

—Tengo que intentarlo. Si no, ¿cómo entronizar la verdad?

—¿Quieres decir que pretendes "pasar a la historia" y convertirte en "La Verdad" con el uso de la escritura?

—Por supuesto. Y para lograrlo es necesario que yo mismo tome la pluma.

—No me hagas reír. ¡Tu vida y la vida de la república convertidas en letra muerta!

—Te repito que habrá alguien que las interprete y las haga vivir.

—Pasarán años, siglos quizás, antes que alguien pueda escribir realmente la república. Habrá millones de intentos. Muchos querrán escribir el significado de tu vida y de tu obra, pretenderán "explicárselo" a otros, escribiendo lo que tú no has escrito, porque por más que tú escribas nunca lo escribirás todo. Se meterán por los intersticios, abrirán grietas en tus textos, anotarán al margen, entre párrafos y líneas, entre carta y carta, proclama y proclama y llenarán los vacíos con nuevas escrituras, falsificándolo todo; y en cambio de lograr la totalidad de una república, se verán envueltos en el torbellino de la dispersión. Mueres, estás muriendo en esta quinta española, bajo el cielo más bello de América, frente el mar de corales más cristalino del orbe. La república nunca se consolidará porque todo intento de convertirla en una unidad, en una identidad oficial, desaparece absorbido por esta naturaleza arborizante y magnífica.

—¡Mentira!

—Todo es mentira. La lengua no funda nada. La lengua es el encanto que usamos para engañarnos. Nos hace creer que asimos —aprehendemos— o entregamos a otros la realidad, pero es lo contrario: comenzamos a usar palabras cuando ya no comprendemos nada, cuando carecemos de un verdadero símbolo.

Recuerda lo que Humboldt —el lingüista, no el botánico—te decía en Roma: que el lenguaje no nos da verdades sino horizontes, que la realidad, o la verdad, es una construcción de la cultura y de la sociedad en la que uno vive. Por eso, el mundo moderno ya no da héroes convencidos sino héroes escépticos. Lo que llaman "verdad" es solo un determinado sistema de metáforas y sofismas, un número finito de signos manipulables.

—Quizá tengas razón. En esto que dices puede estar la clave para entender el dilema de mi existencia: ¿cómo respetar la verdad y por lo tanto la libertad del individuo y de los pueblos, cómo sus costumbres, sus valores, sus propias identidades, y, al mismo tiempo, establecer un proyecto político de dimensión continental?

—Aguarda un momento. No te dejes llevar por la desesperación. Ya hablaremos de esto con calma. Mañana te habrá bajado la fiebre; entonces podrás zarpar. Y aquí, en San Pedro, es decir, en la república, sin tu presencia, el viento seguirá agitando la arboleda; y allá en la playa, refrescará la piel reseca de algún pescador.

—Me creas falsas expectativas. Debo esperar mi pasaporte y no me siento bien...

—Es cierto. Has tenido congestión en el cerebro, esputos y tos, te volvió el hipo con más fuerza, pero no debes perder el ánimo. Vas a sentirte mejor: Reverend te prepara un emplasto anodino narcótico para ponértelo en el epigastrio y ha ordenado que te hagan frotaciones estimulantes en las extremidades.

JOSÉ

Frecuenté la logia *Nuevo Mundo* con la esperanza de discutir ideas revolucionarias. Había sido fundada por Santiago Valenzuela y López, rico comerciante de cacao de la villa de Cura, en una quinta de las afueras de Caracas. Las reuniones, cortas y sigilosas, se hacían pasada la media noche. Allí escuchaba las conferencias del mismo Valenzuela y López y de otros compañeros, como Pedro Rusiñol, Antonio Pino del Valle, Jacinto Rico. Algunos habían estado en España y Francia. Con la mirada perdida, sombríos y silenciosos, preveían catástrofes y se mostraban atemorizados a la hora de las decisiones. Creían en la conquista del mundo con la ayuda de un poder secreto que solo conocían los hermanos más avanzados. Dizque en alguna ciudad del Viejo Mundo, quizás Alejandría o París, existen galerías subterráneas donde se guardan los textos originales. Las claves de su interpretación serán reveladas cuando llegue la hora establecida. ¿Cuál era esa hora? Con el paso de los días crecía mi impaciencia. Se hablaba de iluminación iniciática universal, fraternidad de los hermanos libres del mundo,

templos que miran al oriente, ritos y jerarquías, consejos superiores esotéricos, santos santuarios, potencias, sociedades de elegidos en la verdad y casi nada de revolución. Tanta cháchara sobre ritos iniciáticos y subterráneos y laberintos y caballeros del Temple era una pérdida de tiempo. La tragedia era que no había manera de conspirar sin pertenecer a las logias, y éstas las frecuentaban solo los ricos. Los campesinos, pardos, indios y esclavos no estaban listos para luchar contra España. Mantenían por el rey una fidelidad sin fisuras. ¿Cómo inculcarles una idea americanista? ¿Cómo aflojar el absolutismo español? ¿Cómo crear una nación? ¿Cómo hacer menos miserable su destino? ¿Por qué no asumir de una vez la discusión abierta y, si fuese el caso, la lucha armada?

SIMÓN

—A veces dudé de las personas y de la estrategia, sobre todo durante la guerra a muerte en Venezuela. También dudé cuando estuve en el exilio y cuando negocié con Piar en Upata; cuando, derrotado y enfermo, me embarqué en San Fernando de Apure después de la pérdida de Calabozo, para descender por el Orinoco hasta Angostura y enfrentar allí la crítica de los patriotas. Mas nunca, antes de 1826, dudé de mi misión.

—Ya no te entiendo. Antes enfatizabas tus certezas. Ahora me hablas de la duda. Debe ser la calentura. Aquí estás de nuevo, sentado en esta piedra, viendo pasar las aguas del Manzanares... has venido varias veces a meditar. Te dejan solo.

—No lo creas. Mis edecanes se pasean un tanto retirados. Belford Wilson no aparta el ojo de mí, aunque pretende jugar con los espartillos de la hierba.

—¡Qué ironía! Frente a tus soldados siempre pusiste en práctica el lema Habetis ducem memorem vestri, oblitum sui, tenéis un jefe que piensa en vosotros y se olvida de sí. Ahora son ellos quienes no pueden dejar de pensar en ti... Más bien piensa en la brisa, que llegó a golpes suaves. Mira las nubes, allá arriba, sin afanes. Pájaros. Niños jugando en el prado.

JOSÉ

Serían las 2 AM. Embozado a pesar del hálito caluroso de esa noche caraqueña, me deslicé por entre los arbustos del jardín de la casona de Valenzuela y López, luego de una de aquellas sesiones en el sótano del viejo edificio. Había tomado la decisión de retirarme. Argumentaría cualquier cosa: exceso de trabajo, enfermedad, imposibilidad de asistir a las reuniones. De hecho, María, mi mujer,

venía reprochándome mis escapadas; nuestra vida conyugal ya era insufrible: "¿Tienes moza? ¿qué diablos haces a esas horas?" La pobre es lengüilarga; todo se lo contaba a la Muñoz. Las dos se aliaron contra Cayetano y contra mí y murmuraban con vecinos. Esto me proporcionó la mejor disculpa; no debía poner a mis hermanos en peligro por los celos y sospechas de María Ronco.

Estaba ensimismado cuando dos figuras salieron de la sombra. Me puse en guardia con sobresalto. ¿Agentes del gobierno?, ¿atracadores?

—No te asustes Carreño, somos nosotros.

Bajaron el embozo y a la luz del firmamento identifiqué a Rusiñol y Pino

—Queremos hablarte, Carreño, solo unos minutos. Vamos a la plaza del Sagrario.

Nos desviamos, en silencio, marchando separados bajo los aleros. En un rincón de la plazoleta me dijo Rusiñol:

—Esta vaina de Valenzuela no marcha. Tenemos que actuar. Queremos invitarte a otra logia, la de Picornell. ¿Te interesa?

¡Claro que me interesaba! Pero la proposición fue tan sorpresiva que temí alguna celada. ¿Picornell? ¿Acaso no era fugitivo en Trinidad? ¡Carajo! ¡Quién se lo hubiera imaginado!

Vacilé. Les pedí unos días para pensarlo.

—Necesitamos tu concurso. Las fechas se aproximan. Quizás mañana sea tarde, Carreño. Búscanos cuando te decidas.

Fue la última vez que los vi.

A partir de aquel momento y por varios días, sentí el sentimiento lacerante del cobarde. ¿No era, acaso, la oportunidad que buscaba? ¿No depositaron en mí su confianza al revelarme sus planes con Picornell? ¿Qué fue lo que me impidió aceptar de inmediato? ¿Qué misión deseaban encomendarme aquella misma noche?.

Otro día supe por terceros que Rusiñol y Pino habían salido de la ciudad, cada uno por su cuenta, dizque en viajes de negocios. Yo permanecí a la expectativa y mi único movimiento fue el de informarle a Valenzuela que, para calmarle los celos a mi mujer, dejaría de asistir a la logia. Pero un viernes por la noche llegó la noticia del golpe que las autoridades acababan de dar en el ingenio de Patricio Ronán, en Macuato. La conspiración iba a explotar a órdenes de España y Gual, pero los chapetones fueron más certeros. Encontraron la lista de los conspiradores, entre quienes estaban Pino y Rusiñol. La cacería se desató. Mi primera inquietud fue la de si tenían mi nombre, lo que me parecía evidente. Y si no estuviese, fácilmente saldría implicado en las declaraciones bajo tortura que pronto se iniciarían. ¿Debería ausentarme de Caracas? ¿Ir dónde?

¿Abandonar mi trabajo y mi casa? No contaba con recursos, ni con tiempo para conseguirlos. ¿Quién podría ayudarme?

Durante el tiempo que llevaba al servicio de don Carlos José le había cobrado simpatía. Era de espíritu generoso y me había dado muestras de confianza. Decidí ponerme en sus manos. Esa misma noche salí para su casa. Me parecía que en cada esquina iban a ponerme preso. Cuando llegué me informaron que no podía recibirme; ya eran pasadas las nueve de la noche. Insistí. La esclava vieja debió sorprenderse por mi expresión de angustia y me dejó junto al portón mientras se internaba nuevamente. Pasaron los minutos; la casona estaba sumida en las tinieblas. Por fin regresó.

—Que pase al salón del reloj, señor Carreño. Ya viene mi amo.

Allí me senté en un pequeño diván, frente a cuatro sillas de caoba, tapizadas en cuero usado. Sentía frío. Junto a la ventana había dos macetas con flores y en la pared, al frente del gran reloj de pesas, una imagen de grandes dimensiones pintada al óleo. Ante ella ardía una lámpara votiva, única iluminación del recinto ¿Por qué mi mente se detenía en estos detalles? Me sentía como el condenado a muerte, incapaz de mantener un flujo de pensamiento ordenado.

Mas a poco apareció el patrón. Llegaba con una sonrisa.

—Apuesto a que te metiste en problemas, Carreño; me dijo, con esa voz gangosa y apagada que lo caracterizaba, producto de su afición por el cigarro. Me estrechó la mano. ¿Estás implicado en lo de Gual y España?

La pregunta me sorprendió. Me di cuenta que era mejor decir la verdad, sin rodeos. Le conté mi participación en la logia y mis contactos ocasionales con Pino y Rusiñol.

—¿También tú? ¡Quién lo creyera! Y luego de una carcajada agregó: —Si estuvieras en la lista ya te habrían agarrado. Pero hay probabilidades de que te impliquen en los interrogatorios. Fíjate en lo que haces: te delatas si huyes de repente. Lo único que logras es atraer la atención. Es conveniente que te alejes, pero debes salir sin precipitación, con un motivo bien establecido. Ven al lunes, al medio día, para que discutamos algún plan.

Comprendí sus razones y procuré calmarme. Pasé un fin de semana angustiado. El lunes me propuso viajar a las minas de Cuy, en calidad de contabilista, para efectuar un inventario del material; viaje que emprendería a la semana siguiente. Así se hizo. A pesar de estar la ciudad consternada por los arrestos, ninguna autoridad puso reparos a mi partida.

SIMÓN

—Reverend dice que el sereno te hace daño, que ya no debes

salir a sentarte junto al río, ni bajo los tamarindos y ni siquiera a la entrada de la casa.

—¨Debo despedirme del río Manzanares?, ¿de los colores del atardecer?

—Sí. Dile adiós también al frescor de las brisas. Ahora la hamaca será tu único descanso.

—¡Santo Dios! Dadme fuerza para sostener mi condición con altivez.

—Consuélate: pensando en ti, algún día un poeta cantará: "Ya en mis oídos no resuena / el dulce rumor de los bosques y los ríos / ni de las aves el alegre canto".

JOSÉ

Estuve por más de un año en las minas de Cuy. Había llevado conmigo una buena provisión de libros y pasaba las horas sumido en la lectura. Mis ocupaciones eran mínimas: preparar informes contables y enviarlos a la capital, supervisar el pesaje y mantener actualizado el inventario de utensilios, herramientas y materiales químicos. Entre tanto, se aplacaron los efectos de la revuelta. Simón había regresado a Caracas, ostentando ahora un vistoso uniforme militar. Su tío Esteban no había completado los trámites del marquesado, pero su estadía en Madrid no era infructuosa. En sus cartas afirmaba que con la ayuda de Mallo pronto se finiquitaría el proceso y que, entre tanto, ahí les enviaba los títulos de Capitán para Feliciano Palacios, de Teniente para el hermano mayor de Simón, y de subteniente para este. Además del uniforme, a partir de ese momento Simón podía usar el sonoro y extenso título de Subteniente de la Sexta Compañía del Batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua.

EL AUTOR

¿Se estaban alineando las fuerzas para una confrontación universal? ¿Cuál sería, en este caso, el papel de Inglaterra?

La cuestión, según lo entendía Canning, era la de conocer las intenciones de Bolívar. El caraqueño pregonaba la igualdad de clases sociales y la necesidad de establecer gobiernos populares, lo cual chocaba, por supuesto, con las doctrinas monárquicas de la Santa Alianza. Pero, ¿seguiría Bolívar sosteniendo su promesa democrática, una vez fuese el dictador de la América del Sur?

JOSÉ

Durante los meses siguientes Simón recibió clases con mi vecino Andrés Bello. Andrés era casi de mi edad y nos criamos juntos; no recuerdo ninguna chanza o picardía en la que hubiese participado. Siempre tenía a flor de labio un tema serio, una preocupación intelectual, y no descansaba hasta no tener respuestas claras. Abordaba los temas con minuciosidad y no dejaba resquicio que no hubiese recibido el peso de su lógica. Yo no podía imaginarme a Simón tomando clases con Bello. Eran dos modos diferentes y pronto tendrían que chocar. Sin embargo, de aquellos meses Simón sacó algo de retórica, gramática y poesía española —leyeron a Garcilaso—; algo de latín y otras hierbas que le irían a facilitar sus estudios en el futuro.

También recibió clases con Francisco de Paula Ravé, un capuchino seráfico oriundo de Andujar, en Andalucía, quien había llegado a Caracas de paso para las misiones del Apure, donde, años después, fue sacrificado por los indios. Yo había conocido a Ravé antes de irme para la mina. Nervioso, era todo lo contrario de Bello. Pasaba de un tema a otro sin propósito, decía conocer la aritmética y el álgebra, la geometría y la trigonometría, la botánica y la zoología. Si uno exigía rigor en la respuesta, el cura se exaltaba, tachaba a su interlocutor de bruto y suspendía la conversación. Se había propuesto levantar mapas de los lugares que visitaba; era buen dibujante y conocía el uso de instrumentos de física. Estaba obsesionado con medir la altura de la Silla del Avila. Había traído consigo el árbol del pan y se proponía aclimatarlo en la provincia. Pero su anhelo era continuar viaje al Apure.

Es decir, ni con Andrés ni con el capuchino Ravé Simón logró establecer una relación estable. Tuvo con su tío una larga y tensa conversación. Como consecuencia de ella, Carlos José me ordenó regresar a Caracas y prepararme para acompañar a Simón a Madrid.

SIMÓN

—Ciertas sensaciones perturban mi letargo: el canto de la negra que lava ropa en el patio, esa vieja imagen religiosa en la pared y los tamarindos a través de la ventana. Todo me parece extraño pero nada despierta mi interés. Solo en mi propio interior encuentro consuelo. Podrán arrebatarme muchas cosas, menos la luz de mi conciencia. Luz que me permite pensar sobre mi destino y el destino de la patria. Mis meditaciones no serán en vano...

—Ya no eres útil para nada.

—Ya verás. Las meditaciones ocuparán mis días. Quizá pueda dictar.

—Eres terco; te encuentras débil, la fiebre te tiene tembloroso.

Ni siquiera puedes sostener alta la cabeza, erecto el torso.

—No necesito levantar la cabeza para dictar el libre flujo del pensamiento.

—Estás loco. La presencia de un amanuense —hombre o mujer— invadirá tu conciencia y el flujo ya no será libre. Perderás la soledad y no lograrás claridad sobre ti. Y al construir las frases para que él o ella las entienda, estarás haciéndolo coautor: dictar implica conservar una línea argumental, buscar palabras, establecer elementos gramaticales, concordancias, llegar a conclusiones. Más fácil y mucho más productivo es dejar flotar el pensamiento, tal como lo has hecho, y entregarle al azar los últimos fulgores de esa mente tuya que se apaga. Permanece solitario: sabrás sin cortapisas ni falsas soberbias quién has sido, qué significas para los demás.

—Tienes razón, quizás así sepa por fin la verdad. Dejaré de actuar movido por imágenes positivas pero falsas de mí...

—Consuélate imaginando que alguien —en diez años, en cien, en mil— captará del éter lo que ahora tú produces, retraerá las emanaciones que ahora emites y las traducirá al lenguaje de los humanos. Entonces habrás logrado tu objetivo.

JOSÉ

En Veracruz encontramos informes desalentadores: se decía que un grupo de barcos ingleses estaba merodeando por las Grandes Antillas, al acecho de naves mercantes. Cuatro fragatas de guerra españolas habían salido en su persecución, sin que hasta el momento se tuviera noticia de su paradero. El Ildefonso, además, necesitaba reparaciones. La estadía en puerto —nos lo había informado el capitán desde La Guaira—sería de por lo menos cuatro semanas. Discutimos la posibilidad de visitar la capital del virreinato de la Nueva España, aprovechando el tiempo ocioso e incitados por una carta de presentación que, en previsión de cualquier eventualidad, el Obispo de Caracas le había extendido a Simón antes de partir. Estaba dirigida al Oidor Aguirre, residenciado en México, quien era sobrino del Obispo.

En Veracruz nos informaron que la distancia a la capital era de unas ochenta leguas. A mí me pareció exagerado el esfuerzo y corto el plazo para un viaje de esta naturaleza. Al bordear la península de Yucatán, poco antes de Veracruz, me picó una abeja venenosa y aún sentía malestar. Me sobraban ganas de conocer la famosa Tenochtitlán, pero me faltaban fuerzas para emprender esos ocho o diez días de cabalgata de ida y otros tantos de regreso, por malos caminos de montaña. Martín y Simón, en cambio, se sentían llenos de energía. Mientras ellos se preparaban para el viaje, yo me

trasladé a una pensión en el puerto. No podía quedarme en mi camarote por el trabajo de calafate que llevarían a cabo maestros carpinteros del puerto. La balaustrada iba a ser reparada con martillos y hachuelas; también la serviola de babor, la roda de proa y las clavazones. Los estoperos tendrían que conjurar viejas e incomodas filtraciones en la sentina. El ruido y el polvo iban a ser insoportables.

Despedí a los viajeros. Simón empacó con especial cuidado su uniforme de subteniente, color cielo, con franjas amarillas. Montaron sendos alazanes de la mejor caballeriza del puerto y de madrugada emprendieron el viaje acompañados por dos peones y una mula de carga. Cuatro semanas después regresaron trayendo una espesa crónica: la campiña mexicana es árida y las jornadas de ida y regreso les parecieron interminables. Conocieron algunos pueblos. El paso por las sierras de Jalapa fue temerario. Están siempre cubiertas por neblina espesa, pero el viajero adivina las arboledas colgantes sobre hórridos precipicios. ¿Cómo, hoy, después de tantos años, no ver en aquel viaje una prefiguración de los innumerables que el Caudillo ha emprendido por la geografía de los Andes? El esfuerzo valió la pena: el Oidor los recibió con generosidad. Se hospedaron en el palacio de la Marquesa de Uluapa y otro día fueron recibidos por el Virrey Asanza. Ahora todo era motivo de chiste, pero en aquel momento la situación fue tensa: Llegan luciendo sus atuendos y sufren una larga antesala que tiene por efecto indisponer a Simón. El Oidor los presenta: lee la carta elogiosa del Obispo y se extiende en explicaciones sobre los supuestos abolengos de los visitantes. Tales oropeles acrecientan el fastidio de Simón. Fingiendo ingenuidad o haciendo alarde de desfachatez, este responde indicando la conveniencia de difundir las ideas francesas por América. El Oidor pasa de rojo a pálido y no encuentra dónde meterse. Ya le escribirá con lujo de detalles al Obispo de Caracas, para que en próxima oportunidad tenga más cuidado al seleccionar a sus recomendados. Martín tose y se atraganta. El Virrey da por concluida la entrevista con un gesto de soberbia. Tal ha sido el incidente central del viaje. Pero, además, México los ha impresionado: es, en efecto, "la ciudad más rica que el mundo goza en cuanto el sol rodea". Visitaron mansiones suntuosas, pirámides antiguas, torres, capiteles y balcones; huertas, granjas, molinos y boscajes; alamedas, jardines y espesuras de plantas y de flores. Plazas, catedrales, edificios imponentes y avenidas. La población indígena los sobrecogió por su pujanza y numerosidad. Vieron hombres y mujeres de diversa color y procedencia; cachopines, clérigos y soldados. El aparato oficial es grande: aparte de virrey y audiencia real con relumbrones de corte,

hay alcaldes, fiscales, secretarios, procuradores, alguaciles, relatores, notarios; cientos de abogados. Con especial interés se habían entrevistado con un destacado educador de la ciudad, a quien le hablaron de mi persona y de mi experiencia de maestro de párvulos en Caracas: don Manuel Sánchez y Gómez, cuya especialidad es la filosofía de Aristóteles y cuyo colegio ostenta nada menos que el nombre de San Ildefonso. En resumen, ni Caracas o Cartagena según Simón, ni Santa Fe o Popayán según Martín, le hacían sombra a la grandeza de esta capital. Al oír sus comentarios me alegré y por un segundo vi, allá en la utopía, un país libre, de infinitos ríos y valles y selvas y mesetas, extendido por la geografía del continente, a cuya cabeza estaría la resplandeciente México, que tal como la describían los viajeros, era, sin duda, la urbe más brillante del pasado y del futuro.

SIMÓN

—Cuando me tacharon de señorito mantuano, no dudé en arrojarme al oscuro Orinoco con las manos amarradas a la espalda, para demostrarles a los llaneros mi arrojo y mis capacidades físicas. Tampoco dudo ahora en descender al sepulcro si con ello contribuyo a que cesen los partidos... Ya Calíope me abandona. ¡Oh larga y negra partida!

—Bien, ahora sabes que no habrá apoteosis. Era la fiesta de los dioses para recibir al héroe.

—¿Cuáles dioses?, ¿cuál héroe?, ¡Dios mío!

—El delirio no cesa. A veces creo que es cuestión de hambre, pues, por orden de Reverend, solo tienes por alimento sagú, gelatina y caldos.

JOSÉ

Durante la espera en Veracruz traté, en vano, de entablar conversación con Juan Dolio. Su presencia era un enigma. Los pasajeros murmuraban. Además, sabíamos que el capitán traficaba ilegalmente con metales y que los ingleses tenían un eficiente sistema de espionaje: Los agentes merodeaban por muelles, cantinas y burdeles y transmitían las noticias sobre rutas, itinerarios y cargamentos a las naves en alta mar con la ayuda de goletas de pesca y cabotaje. ¿Cuál era el papel de Uriarte en todo esto? ¿Cuál el de Dolio?

Recorrí las tabernas y me mezclé con bebedores de tequila y ponche. Me enteré que las autoridades estaban desesperadas por la escasez de tráfico. La situación, que ya habíamos detectado en La

Guaira y Cartagena, se vivía en Veracruz con mayor intensidad: No había compradores y los productos agrícolas se descomponían en las bodegas del puerto. La economía del país sufría una aguda crisis. Los ingleses acudían a las costas desiertas y penetraban hasta las haciendas para pagar hasta ocho pesos por el cacao en Venezuela y doce por el algodón en Guyana. En la Nueva Granada cargaban quina y oro. En México plata. Melazas, tabaco y ron en las islas. Lo paradójico era que, sin su intervención, la crisis sería aún más profunda. Cuando no se les facilitaba el intercambio comercial pacífico, o cuando los ribereños no aceptaban sus condiciones, los ingleses enarbolaban la bandera negra y sin compasión atacaban los navíos mercantes o las haciendas. El monopolio decretado por los españoles, como tantas otras leyes, se quedaba escrito; les era imposible guardar cientos de leguas de playas e infinidad de ríos y caños navegables. Como usted sabe, señor Coburg, esta situación se perpetuó hasta 1809, año en el que el ministro Canning celebró con don Juan Ruiz de Apocada el tratado en el que Inglaterra se comprometió a ayudar militarmente a España, y esta a aflojar su monopolio comercial. Pero por la época de nuestro viaje, las arcas reales españolas languidecían y los criollos ricos residenciados en Europa y, entre ellos, Esteban Palacios, sufrían las consecuencias y eran víctimas de la usura. Pasaban meses sin recibir remesas de oro o cacao. Esto explica, también, por qué Carlos José titubeó por años en enviar a Simón a Madrid. La decisión se tomó en consideración a las circunstancias ya anotadas, y a que, con la llegada del Ildefonso a La Guayra, se había presentado la oportunidad de despachar cacao del propio Simón. En Veracruz me hice consciente, más que nunca, que si no mejoraba el transporte, nuestra estadía en el Viejo Mundo peligraba o iría a hacerse en extremo difícil.

EL AUTOR

¿Cuáles eran las intenciones de Bolívar? La polémica en Europa se calentaba. En Londres y otras capitales estaban en boga los periódicos americanistas, como el *Repertorio Americano* —dirigido por Andrés Bello—, la Biblioteca Americana, El Correo de Londres y Ocios de Emigrados Españoles. Circulaban también el Courrier Francais, la Gazette de France y la Revue Americaine con artículos, noticias y composiciones poéticas, como los versos de Heredia y la "Oda a Junín" de Olmedo. Para unos, Bolívar era republicano sin fisuras. Había sido el héroe de los liberales, incluyendo a muchos españoles que veían en él una figura paradigmática. El Abate Pradt, ex-arzobispo de Malinas, colocaba a Bolívar por encima de Itúrbide, Washington y Bonaparte. También lo defendían Lafayette, Gregorie

y Destutt de Tracy. Para otros, ya era evidente su vocación totalitaria. Benjamín Constant, quien en el pasado había manifestado su admiración por él, ahora lo atacaba y llamaba la atención sobre los peligros de una dictadura. Su lema: "nada legitima el poder ilimitado".

JOSÉ

Cuando regresaron Simón y Martín, Uriarte aún no había decidido la fecha de zarpe. Mantenía ocupados a sus hombres con reparaciones del navío y él se la pasaba en consultas con las autoridades del puerto. Pero a mediados de marzo llegó una goleta de La Habana con noticias sobre la formación de un convoy en aquel puerto, que habría de ser escoltado por navíos de guerra españoles hasta Cádiz. De inmediato el capitán ordenó alistarnos para continuar el viaje. Zarpamos el 20. Una duda me atormentaba: ¿cómo distinguir una goleta adicta al régimen español de otra al servicio de los ingleses? La noticia que acababa de llegar, ¿no sería más bien un señuelo que nos llevaría directamente a las fauces de los piratas? El tema no se discutió y yo bien me cuidé de planteárselo a mis amigos. Deposité mi confianza en el buen criterio de contrabandista y en la habilidad de nuestro capitán.

Navegamos en línea recta por la bahía de Campeche, cruzamos entre los arrecifes Triángulos y los cayos Arcas buscando la costa de Sisal y la desembocadura del río Lagartos. Se dobló la vigilancia en cubierta, los cañones fueron emplazados en las portañuelas y el capitán de artillería ordenó ejercicios de milicia. Se tendió hasta el último trapo en los palos y en las crucetas y el navío logró una velocidad sostenida.

Nada peligroso sucedió. De aquella navegación vale la pena recordar dos incidentes: una escuela de tiburones acompañó el barco por dos días. Algunos tenían un tamaño monstruoso. Los marineros lograron pescar uno e izarlo a cubierta. Lo descuartizaron a golpes de hacha y el cocinero preparó una sopa de aleta, espesa y blanca como semen y de un sabor memorable. En el buche del animal encontraron una hoja de cuchillo oxidada.

El segundo incidente fue protagonizado por Juan Dolio. Un atardecer dejó su mutismo; con la Biblia abierta en una mano y un crucifijo ennegrecido en la otra, se paseó por cubierta arengando a pasajeros y nautas. Leía trozos del Apocalipsis y repetía que el mundo se iba a acabar y que debíamos arrepentirnos de nuestros pecados. Diego de Avila y el cocinero acordaron darle una bebida caliente preparada con unas hojas anchas, hendidas y vellosas que Azpeitia identificó como Beleño y que el cocinero traía en su

equipaje, con la cual Dolio se quedó sumido en un sueño profundo. Yo le argumenté a Martín que no podía ser Beleño, porque esta yerba es más bien estimulante y peligrosa. El me replicó que lo que distingue el remedio del veneno no es la composición química sino la cantidad y la oportunidad. Al día siguiente Dolio regresó a su butaco en la cubierta de popa, para leer su Biblia a ratos, y a ratos dejar su mirada extraviada sobre el ponto. Días después, y sin ningún contratiempo, el Ildefonso se aprestaba a entrar en la rada de La Habana.

SIMÓN

—¿Qué ruido es ese?

—Un cerdo husmea al otro lado del parque. Es negro.

—Ah, sí, lo vi cuando llegaba a San Pedro. También había unas gallinas. Seis u ocho; sueltas, flacas y feas.

—Son inconscientes, no saben que van a morir, y, por lo tanto, son felices.

—¿No tienes compasión? Siempre me lo recuerdas... ¿quieres decir que la felicidad no es posible si se tiene conciencia de la muerte?

—Sí, y tú bien lo sabes.

—Hay un remedio contra la muerte: la escritura. Sería feliz escribiendo lo que nadie ha podido expresar: una pluma movida por el viento, flotando sobre la página blanca.

—Sueñas... ¿quién te garantiza que lo que escribe el viento es verdadero? ¿y que va a permanecer? Las páginas escritas se mudan, se modifican de acuerdo con quien las lee, y, como las golondrinas, emigran. Pasan de un libro al siguiente...

—Ya voy llegando al punto en el que la verdad me importa poco. Déjame soñar. Aunque no escriba, ni dicte, seguiré siendo autor. Autor de meditaciones que quedarán grabadas en el éter para que aquella alma sensitiva las interprete algún día.

—Te distraes, eres fantasioso, y, sobre todo, estás vacío. Nunca podrás ser un verdadero autor.

—¡Cállate! ¡Qué bien escribiría si no existiera! Si entre el éter inmenso y el bullir de las palabras no se interpusiera mi persona. Si yo, el Libertador Simón Bolívar, que ya nada tiene que decir, pudiese desaparecer de una vez y solo quedase flotando lo que aguarda ser escrito y nadie ha narrado todavía.

—Te repito, eres fantasioso. ¿Pretendes ser un libro que se escriba a sí mismo? Solo el libro de la historia...

—... o la historia que se hace libro ...

—... a veces contra la voluntad de sus propios héroes.

JOSÉ

El sol cae y el firmamento se cubre de sangre; al fondo, frente al puerto, la inmensa fortificación ennegrecida de El Morro y, más allá, el Castillo de La Fuerza. Algunas luces de la ciudad ya rebrillan en la noche naciente. Recostados en las bordas, vemos acercarse nuestro último puerto en América, antes de enfilar hacia las Azores, por el temido mar de los Sargazos. La preocupación más urgente es obtener noticias sobre la suerte de las fragatas y sobre el zarpe del convoy hacia Cádiz. Según Uriarte, todavía hay reparaciones que será necesario acelerar. Se queja de que el trabajo abordo de este viejo buque no cesa: creosotar las maderas de los costados que resultaron más averiadas de lo que se creía y componer velas y jarcias. También habrá que avituallar de agua dulce y víveres frescos, completar vestuarios, correajes y equipos y enganchar uno o dos marineros expertos. Desembarcarán los últimos fardos y completarán la capacidad plena de las bodegas con tabaco, ron y azúcar.

Uriarte nos habla de la casa de comercio Alcántara y Rodríguez, sus agentes en Cuba; criollos ricos que ofrecen los productos de la isla y comercian por el Caribe con mercancías españolas, vinos y esclavos. Son hospitalarios —dice— y se sentirán complacidos con nuestra visita.

Descendemos a la mañana siguiente. Dejamos a un lado la muralla y, por la calle del Obispo, Uriarte nos guió hacia la bodega de los Alcántara, que encontramos congestionada a pesar de lo temprano de la hora: mulas y bueyes, cargueros negros de músculos magníficos, bultos de distinta procedencia. Huele a pescado y estiércol de bestia, a melaza, café y anís. A manglar podrido. A humedad salitrosa. Ya habían sido informados de la llegada del Idelfonso. Nos recibieron Alfonso Alcántara, enérgico, de baja estatura, un tanto robusto; y Pedro, su hijo mayor, de veinte años, quien le ayuda en las bodegas y en la hacienda Santa Bárbara, sita no lejos de la ciudad. La madre y las dos hijas estaban de viaje por España. Al conocer los orígenes de las familias Bolívar y Azpeitia y el propósito de nuestro viaje, el padre nos ofreció su hospitalidad y nos invitó a un almuerzo de bienvenida, al medio día, en su mansión.

Luego nos separamos: Uriarte se fue a la capitanía del puerto en busca de noticias para la continuación del viaje. Simón, Martín y yo nos dedicamos a recorrer las calles adyacentes, por donde bellas guajiras vestidas de blanco y con sombreros de paja se acercaban para ofrecernos empanadas, frutas, rosquillas y tamales envueltos

en hojas. Pasamos por la Catedral, la Plaza de Armas, la de san Francisco, el parque de La Laguna, la calle O'Reilly, el convento de las dominicas. Admiramos la arquitectura y el trajín de esta ciudad y comentamos sobre el contraste que presentan las distintas razas, no muy diferente del que habíamos observado en Veracruz, Cartagena y en la misma Caracas. El calor en aumento al final de la mañana nos hizo buscar la vía más directa hacia la casa de los Alcántara.

Antes de pasar a manteles, en el corredor que rodea el patio de azaleas y mientras nos refrescábamos con una limonada, recibimos de Uriarte las últimas noticias. Las fragatas de guerra habían regresado dos días antes sin tomar contacto con los piratas. Estos, seguramente, estaban refugiados en las islas Cayman, o en las del Cisne. El camino por Nassau parecía libre. Las autoridades preparaban el convoy a toda marcha para zarpar en diez días: cinco navíos mercantes, bien armados, incluyendo el Ildefonso, y dos fragatas. Por ser el Ildefonso el último en llegar, era necesario apresurar las faenas de cargue y descargue.

Pasamos a la mesa: fruta y ensalada, un plato de frijolitos negros, vinos y mariscos, café. Y luego, en el corredor, sentados en mecedoras o recostados en hamacas, recibimos la brisa del atardecer. El aire circulaba por la casona aliviando el sopor de la tarde. El ambiente se llenó del aroma de los pétalos y los trinos de los sinsontes. Bebimos abundantes vasos del excelente ron de la isla y nos pusimos al corriente de los últimos acontecimientos: Alfonso estaba bien informado y fue prolífico en detalles. En La Española gobernaba Toussaint Louverture, un famoso general negro, quien, apoyado por España e Inglaterra se había sublevado contra Francia. Cuando esta nación abolió la esclavitud y para sorpresa de muchos, adhirió nuevamente a Francia. Expulsó a los ingleses y ahora sostenía combates en el sur contra Rigaud. Se rumoraba que pronto invadiría Santo Domingo con el ánimo de expulsar a los españoles. Al lado de Louverture estaban surgiendo nuevos líderes: Dessalines, Christophe, Pétion. El mayor temor de los españoles en Cuba era que el rey George III decidiera orientar el grueso de la armada inglesa, al mando de Nelson, hacia el Caribe. Todavía las gentes recordaban los horrores de la guerra del 62, cuando el primer ministro John Stuart Bute, sucesor de Pitt y del Duque de Newcastle, ordenó al almirante Rodney y al general Monckton adelantar operaciones en el Caribe contra los españoles. En pocos meses cayeron Martinica, Grenada, Santa Lucía y San Vicente. El ataque a La Habana fue devastador. La ciudad capituló luego de un sangriento asedio que le dejó a los ingleses un botín de más de tres millones de libras.

La reciente derrota de los españoles en San Vicente —continuó Alfonso—, donde estuvieron en peligro de perder su nave insignia, La Santísima Trinidad, de 136 cañones y cuatro puentes, y que era el buque de guerra más poderoso del mundo, le había dado al almirante Nelson un prestigio grande. Por el momento, Napoleón adelantaba una campaña en Egipto, al mando de 20.000 hombres, y Nelson estaba comandando la flota inglesa en el Mediterráneo. Las últimas noticias le daban a Nelson el triunfo sobre los franceses en Alejandría y se hablaba de una posible alianza entre Inglaterra y Rusia.

La conversación se tornó emotiva cuando Uriarte salió hacia el puerto con el pretexto de supervisar las labores. El ron hacía su efecto. Simón informó en tono exaltado sobre el abuso español en Venezuela y la situación deprimida del comercio y la agricultura. Azpeitia mencionó algunos casos en la Nueva Granada. Yo argumenté que la situación ardía en Europa y en el Caribe. También en Venezuela. En cambio, en la Nueva Granada, fuera de libros incinerados, algunos pasquines y ciertas amonestaciones respetuosas, las cosas dormían en el letargo. ¿Qué había quedado de la revolución de los Comuneros? El común de las gentes se había olvidado de los sacrificados. México tampoco parecía agitado. La chispa estaba, pues, en el Caribe y en Venezuela. ¿Significaba esto un privilegio o una desgracia? ¿Nos señalaba el destino, a nosotros los venezolanos, como los predestinados para enarbolar una bandera de lucha? ¿Cómo extender la llama hacia el interior del Continente? Por doquier se sentía una situación de ahogo, de frustración. Las cosas tenían que cambiar, aunque nadie ofrecía claridad sobre los derroteros que nosotros, los criollos, debíamos tomar. Pedro Alcántara, haciendo gala de monarquismo, opinó que las colonias tenían que apoyar las iniciativas de la corona española, y esta, en compensación, darles a los criollos participación en el gobierno de las colonias:

—Uniendo esfuerzos, quizá podamos sortear el vendabal de la guerra europea.

Simón le respondió con altivez pero sin grosería:

—¿Por qué no, más bien, tomar nosotros, los americanos, nuestras propias iniciativas y olvidarnos de España, de Europa y de sus guerras?

Vino un silencio embarazoso. Decidí terminar nuestra visita. Agradecí la hospitalidad y sugerí retirarnos hacia nuestros camarotes. Ahora que rememoro tantos episodios de nuestras vidas, me doy cuenta de aquélla fue la primera vez que el futuro caudillo se pronunciaba de manera tan clara y categórica sobre el destino de nuestras naciones. Pero, por lo visto, pocos estaban lo suficiente

maduros para comprenderlo.

En el momento de la despedida, Alfonso, sin mostrarse molesto por la sentencia de Simón, nos recordó que nuestro viaje no se reanudaría sino diez días después y nos invitó a visitar la hacienda Santa Bárbara. Martín y Simón aceptaron en el acto. Yo me reservé. Siempre había querido conocer esta magnífica ciudad, cuya arquitectura es orgullo de América. Me animaba, además, un motivo secreto: visitar alguno de los burdeles lujosos que la han hecho famosa. Don Alfonso no me insistió. A la mañana siguiente, hacia las nueve, estarían listas las bestias. Pedro haría de guía y anfitrión.

SIMÓN

—A mí me desgastó la espera: ya no existiré como Libertador, ni como autor, ni como realidad. Me extingo y pronto pasaré a la ficción...

—Qué extraña condición: vivirás para ser leído. Tu lector, hombre o mujer, será tu creador.

—Prefiero imaginarla mujer, joven y bella. Se enamorará de mí. Creará un Bolívar a su medida, para amarlo locamente. Ella, que me leerá en una hamaca, mientras corre la brisa del atardecer, conocerá mejor el vacío que deberán llenar mis palabras.

—¿Cómo hacer para que esa lectora solitaria —tan solitaria como tú, ahora que meditas —no sea un simple reflejo de lo que tú imaginas? ¿Qué nombre le darás?

—No... no le daré ninguno. Tiene que permanecer sin nombre para que sea un sustituto abstracto, para que mantenga abierto un espacio que cualquier lector real pueda ocupar...

—... calor en la cabeza, las extremidades frías. Reverend dijo que tenías un desequilibrio en los humores y te metieron las manos en agua tibia. Sigues delirando y esputando sangre.

JOSÉ

Mi estadía prometía ser placentera. Me hospedé en la pensión Valencia, en plena calle de Los Oficios. Allí preparan la mejor paella del Caribe con camarones, langosta, cerdo y gallina, tomate y arroz, toques de vino y otros licores. En la segunda planta están las habitaciones, que llevan los nombres de los pueblos de Valencia. En este sector los edificios son viejos, de dos o tres pisos. En el primero están los hoteles de paso, ventas de esclavos, barberías, comercios, farmacias, consultorios, oficinas públicas, bodegas con mercancías extranjeras, acaso de contrabando; en los altos las residencias. Hay edificios de gobierno, templos, cuarteles, plazas y avenidas. En el

puerto los pescadores regresan cantando y sonriendo al promediar la mañana. Los cargueros suben o bajan fardos de los navíos, haciendo malabares por las escalerillas. Visité el mercado negrero en la plaza de san Hilario y admiré sobre la tarima la belleza de los bantúes, takúas, mandingas, venidos de Angola o Nigeria, Guinea o Cabo Verde. Estaban atraillados y sumisos, los ojos asustados en espera de los remates. El crepúsculo ofrece allí un súmmum de rojos y violetas que rebota iridiscente en las ondas de la bahía. La noche se llena con el bullicio de las cantinas; y, más tarde, con el ritmo de tambores que, frenéticos, invitan al baile pagano.

Me mezclé con artesanos, santeros, borrachines que lanzaban expresiones soeces por encima del estropicio general: un resonante "coño", un admirativo "hembra de la pingada", un agudo "comemierda", cuyos significados podían expresar ya alegría, ya ofensa o celos. Los acentos de tantas procedencias eran una invitación para el estudio de la lingüística: estaban representadas las jergas de las varias regiones españolas, Venezuela, Nueva Granada, México y Centroamérica. También las medias lenguas de los negros que ya sabían algo de español, y la pureza de las que hablan los recién desembarcados; no faltaban franceses, ingleses, holandeses y gentes de Norteamérica o de las islas. Me pregunté: ¿Surgirá con los años un nuevo idioma? ¿Hasta cuándo se perpetuará este galimatías de Babel? ¿Serán estas gentes obligadas con el tiempo a usar un solo idioma, ya sea el español, el inglés o el francés, de acuerdo con el resultado de la política? ¿Será posible, entre tanto, estudiar las variaciones y entrecruces de la misma manera que se estudia la variedad de plantas de un bosque?

En mis recorridos encontraba marinos del Ildefonso y de los otros navíos al pairo en la bahía, hombres por lo general armados con cuchillos de hojas curvas y empuñaduras de nácar, que bebían ron cerrero y expresaban a gritos las ganas de cabalgarse las mulatas del oficio que abundan por doquier. ¿Quién no quería grabar en la piel del corazón el sabor de aquella tierra, aunque para ello pagara con la vida?

Hice mis averiguaciones: La Zorra y el Cuervo, sin duda, era el mejor puteadero. Esa noche me topé con Diego de Avila en el comedor de la pensión Valencia y, por un momento, pensé que él sería un buen compañero de farra. Le hablé sobre el ambiente febril y él me explicó que la luna llena estaba próxima; entonces, el furor sería delirante. Las negradas celebrarían sus ritos más ocultos con tambores, baile y borrachera.

—Cuídate, Carreño, dicen que el demonio anda suelto, no te dejes enyerbar...

La frase me la soltó con una mirada torva que disipó mi

sentimiento de amistad. ¿Se burlaba de mí?, ¿me amenazaba? Lo vi alejarse por el corredor. Después de tanto tiempo de convivencia me parecía ahora más desconocido que cuando lo vi por primera vez en La Guaira.

El incidente no me detuvo. Hacia las diez llegué a La Zorra y el Cuervo por mis propios medios. Funcionaba frente a la playa, hacia el lado del puerto, no lejos de donde fondeaba el Ildefonso. El edificio, rodeado de cocoteros, parecía la mansión de algún español que hubiese regresado rico a la madre patria: altas arcadas en piedra oscurecida, finas columnas, escalinatas, balaustradas. Los carruajes se agolpaban frente a la fachada. Al pasar hacia los salones reconocí un par de marineros del Ildefonso. En un patio enmarcado por corredores se turnaban para tocar dos orquestas, una nativa y otra europea. Una pequeña multitud de funcionarios, militares y nautas circulaba por corredores y salones. Las muchachas, con flores en el cabello, se ofrecían para bailar o departir. Bailé dos contradanzas con una compañera de ocasión. En la tienda de licores bebí varias copas. No lograba sentirme a gusto. Si hubiese venido con el contramaestre quizá las cosas fuesen más fáciles. Por causa de mi humor cáustico, las muchachas pronto me abandonaban. ¿Por qué no me fui con Simón y Martín para la hacienda Santa Bárbara?

Mi humor se acabó de agriar cuando vi entre los danzantes a Avila. Entonces pensé que había llegado el momento de partir. Procedí a terminar mi copa y, entre tanto, vi al contramaestre subir con su pareja por las escalas, hacia los reservados. En ese momento me tomó de la mano una mujer de piel morena y falda roja, el cabello largo y liso, las facciones de blanca. Traía consigo una botella y me llenó la copa. Su cuerpo era provocativo, su voz sugerente. Bailamos. Las caderas, los muslos insinuados bajo la etamina, los senos como flotando en la marea alta: ¿No era la de mis sueños? Subimos a los reservados. De nuevo me crucé con los hombres del Idelfonso. ¿Estaban al servicio de Ávila?

En el cuartucho la mujer se desnudó. A la luz del mechero admiré su cuerpo y al punto la gocé. Ella había llevado la botella y me hizo beber. Luego me quedé dormido. Hacía ya varias horas que había salido el sol cuando desperté por causa del dolor de cabeza y la sed desesperante. Ella había desaparecido, sin tocar mi dinero ni mis pertenencias. En la playa, a cambio de una moneda, un nativo me partió un coco y bebí su jugo. La luz del sol se precipitaba con violencia sobre la arena blanca. Caminé entre las dunas, a la orilla del mar, hacia la pensión. Entonces quise vomitar entre las palmeras: Fue cuando encontré el cadáver. Lo vi apenas un segundo. El pecho destrozado por herida de puñal, las ropas con

sangre fresca, el rostro clavado entre la arena y los moscarrones revoloteando a su alrededor. Vi también un libro viejo y un crucifijo negro sobre la arena.

Vomité. Retrocedí. Ahora el sol era más intenso y la cresta de las olas brillaba con destellos de plata. Cuando llegué a la pensión caí en la cama y dormí quince horas seguidas.

Juan Dolio. ¿Era Juan Dolio? ¿Imaginaciones mías? Me acosaban también los recuerdos de Avila y los dos marineros. ¿Y los efectos de la borrachera? No podían ser normales; no era la primera vez que bebía en abundancia. La muchacha tuvo que haberme drogado. ¿Belladona o gordolobo? ¿Lo había hecho a propósito? ¿Quién le pagó para que lo hiciera? No me robó. No me cobró la tarifa. ¿Quién canceló la habitación? La visión del muerto, ¿era real o había sido producida por el bebedizo?

Al caer la noche me sentí con ánimos de regresar al burdel. Encontré las mismas orquestas, la misma multitud, el mismo ambiente de carnaval sin fin. Recorrí los salones y no encontré rastro de los marineros ni de Ávila. Tampoco de la muchacha. ¿Dónde estaban esos ojos de fuego, esa ardiente boca húmeda, esas manos certeras?

Todo me pareció distinto. Las arcadas tenían aire siniestro, los corredores se veían sucios, las orquestas sin gracia, las mujeres vulgares, avejentadas.

En la playa, la música se filtraba por el palmar y el cielo resplandecía: ya subía la luna. ¿No era aquí donde había visto al muerto? Cada pedazo de playa es igual a cualquier otro. Altas palmeras, arbustos de hojas redondas, troncos traídos por la mareta, restos de algas, huellas de caminantes, caracolas y cangrejos.

Dos días después le pregunté al capitán Uriarte por Dolio. Le pareció extraño que me preocupara por él. Dijo que no continuaba en el Ildefonso, que buscaba un transporte de regreso a Panamá, porque le repitieron los ataques y los médicos del puerto le aconsejaron no desprenderse de sus familiares. No puedo asegurar nada sobre la identidad del muerto. Vi parcialmente su rostro. Yo estaba ebrio. Pude imaginar el libro y el crucifijo en la arena. Pero conservo la duda: ¿Mataron a Dolio para quedarse con el cargamento? ¿Estaría Uriarte implicado?

SIMÓN

—Pensándolo bien, no tiene que ser mujer; será un ente, un alma gemela que algún día querrá comprenderme. Por eso ha de quedar reducida a la plasticidad de un pronombre disponible para recibir a cualquier humano. Como fundador de estas repúblicas,

tengo que dejar abierta la posibilidad para que mis lectores —ciudadanos del futuro— se identifiquen con los ideales y las instituciones que mejor les convenga.

—Ya lo creo; el diálogo se establecerá, no ya entre seres reales, sino entre fantasmas: un yo ficticio que habla en el texto y un tú también ficticio, que escucha o lee. Tu lector será solo un pronombre: un "usted", un "nosotros". . Bolívar, por su parte, será solo en lugar común sin contenido real, una referencia erudita y manipulable. Con ella los profesores impresionarán a sus alumnos, los políticos a sus electores y los historiadores justificarán lo que imaginan sobre el mundo. Muchos se sentirán autorizados, dizque en tu nombre, a emprender locas acciones... Serás un recurso retórico en medio de la frase, en un libro cualquiera, en muchos libros... en las bibliotecas.

—Lo sé. Pero tendrá efecto mágico en las generaciones futuras. Las mentes cobrarán fuerza y se echarán a volar: evocarán batallas, declaraciones altivas, triunfos, fundaciones. Será la clave para que cada quien se comprenda a sí mismo y comprenda el país en el que vive.

—De acuerdo. Más que de repúblicas, eres un fundador de textos. O mejor, un escritor de repúblicas: los hombres y mujeres del futuro leerán en el texto de tu vida la república que deseen.

—¡Qué va! La república se lee en la Constitución y cualquiera escribe constituciones.

—Pero, insisto: hay una que es la madre de todas: el texto de tu vida.

—¿Soy un texto? ¡Ya no soy un ser humano sino un texto! ¿Eso es lo que quieres decirme? ¡Dios mío! ¡Estoy condenado a no salir jamás de las páginas de los libros! ¡He fundado una república de papel!

—Que va de la Guyana al Titicaca...

—A veces no estoy tan seguro. En la inmensidad de ese territorio priva más la diferencia que la unidad. Un texto no podrá nunca darle unidad a tantas razas, tantas creencias, tantas ilusiones encontradas.

—Entonces, ¿me condenas?

Carezco de razones para hacerlo. Me doy cuenta que tu espíritu permanece altivo y dispuesto, aunque el cuerpo está inservible; se ha convertido en lastre. Y tú no quieres aceptarlo. Mira no más: el estreñimiento preocupa a Reverend. Prepara dos píldoras purgantes y te van a administrar lavativas por el culo. Quizá tengas causa justificada para esta quejadera que tiene alborotada la casa, carajo, pero obra con lógica: ¿por qué cuando Reverend te pregunta "cómo estás" tú siempre le respondes "bien"?

Un propio de la casa Alcántara les informó a Martín y Simón la hora de la partida. Yo ya estaba a bordo cuando llegaron los viajeros. Simón se veía cansado, requemado por el sol, con rayones el rostro y no quiso darme ninguna explicación.

Ha corrido más de un cuarto de siglo desde aquellos hechos. Lo que voy a narrarle ahora, señor Coburg, es lo que he podido colegir a través de los años. Martín fue un poco más explícito que Simón y durante el resto de la travesía a España se refirió al tema en varias ocasiones. Simón lo evadió, pero, años después, me confirmó algunos incidentes.

Atravesaron las colinas arenosas junto a la playa, por el camino de Guanabacoa. A la izquierda, el mar ambarino; a la derecha, praderas con ganados y cañadulzales ondulantes bajo la brisa. Los arroyos cristalinos mueren en la playa. Las montañas, no muy altas, recortan el horizonte.

Iban al galope pero, de tarde en tarde, daban reposo a las cabalgaduras. Adelante marchaba Amadeo, el esclavo viejo que abría y cerraba las puertas de tranca que separan potreros. Simón no dejaba de expresar su admiración por el paisaje: monos, turpiales y guacamayas en las arboledas; burros y campesinos por el camino; poblachos enfangados. A orillas de un bosquecillo frente al mar, Simón descubrió una explanada que lucía acogedora para el descanso. Amadeo sugirió que no era necesario detenerse allí; la casa estaba tras el próximo recodo. Martín observó el sitio: lajas de piedra le hacían semicírculo a una piedra mayor. El conjunto semejaba un altar. Una ceiba extendía sus ramas y daba amplio sombrío y, al fondo, el bosque cubría la colina. Amadeo había picado su caballo para anunciar la llegada de los señores. Pedro, más tarde, refiriéndose a las lajas, explicó:

—Son las únicas de ese material en varias leguas a la redonda... En las noches de luna allí se reúnen los negros a bailar. Las autoridades lo tienen prohibido, pero los capataces se hacen los de la vista gorda para evitar disturbios, como el de hace cinco años: Hubo incendios y violación de blancas y fue necesario masacrar a los revoltosos.

Simón, que sabía lo que sucedía en sus propias haciendas, le preguntó a Pedro si había presenciado alguno de tales bailes, a lo que Pedro respondió que no, que su padre se lo tenía prohibido.

—Lo mejor es no inmiscuirse, no vaya uno a ser condenado por hereje.

En la casa los recibieron con honores; descansaron en la tarde.

La cena fue dispuesta con abundancia de vinos y frutos de mar; el comedor estaba iluminado con candelabros de tres velas y pantallas de cristal; y la mesa cubierta con mantelería de lino bordado. Las vajillas eran españolas y lucían el membrete de la familia. Tarcisa pasó las bandejas luciendo un delantal de encaje blanquísimo, una flor azul en el cabello —que Martín no pudo identificar—, falda negra, cuyo ruedo flotaba a ras del suelo, y un pañuelo amarillo en el cuello. Al terminar los postres pasaron a la terraza, que miraba al mar. Había sillas de lona, dos hamacas y un telescopio sobre una mesa. Tarcisa les llevó café y ron; ya no vestía delantal. Desde el primer momento Pedro se dio cuenta de la fascinación de sus huéspedes por la negra. Flotaba en la noche un perfume de azahares y los jóvenes no habrían podido decir si provenía de la muchacha o del jardín. Conversaron y vieron ascender la noche llevada por las horas.

Martín fue el primero en retirarse. Cuando lo hizo Simón, no pudo conciliar el sueño; sentía tensión en el ambiente. Regresó al corredor; ahora la luna refulgía en el confín del océano y la noche era clara como el día. Entonces vio una sombra al final del corredor. ¿Tarcisa? Se fue tras ella por el jardín. Al entrar por el bosquecillo el pañuelo amarillo todavía la delataba. Desembocó en la explanada: allí estaban las piedras en semicírculo, el brillo lunar sobre la laja más grande y, sobre ella, el pañuelo amarillo rodeado de flores azules y frutas. Pero no halló a la muchacha. Simón la sentía cerca y musitó su nombre; en vano. Se dio vuelta, se puso nervioso. Hay presencias a su lado que no se manifiestan. Es observado. Las ondas golpean con suavidad en la playa. La brisa murmura por el ramaje. La luna ha emergido plena. Grazna un ave. Mira de nuevo el pañuelo, tiene algo de sagrado. Retoma el sendero por el bosque, da con algún arbusto venenoso... a la mañana siguiente, Simón tiene el rostro hinchado y con rasguños. Martín se lo hacen notar. Simón dice que salió a orinar al jardín y se golpeó con una planta.

—Entonces no es nada de importancia —responde Pedro—. Tarcisa te hará una curación.

Y, en efecto, la muchacha le lava el rostro con agua hervida olorosa a tomillo y le da a beber una infusión que yo imagino de daturas o mandrágora, o cohoba traída de Santo Domingo, que los negros llaman "yopo", o la famosa iboga, originaria del Africa y de uso muy extendido en el Caribe. A poco desaparece la hinchazón.

Pasaron la mañana visitando los sembrados, los trapiches y hornos donde se prepara la melaza. Simón gozaba de un ánimo estupendo. Tenía preguntas para todo, hablaba de sus haciendas y comparaba la manera de llevar a cabo las labores. Había cosas qué

aprender y algunas qué enseñarle a Pedro. Más tarde fueron a la playa y pasaron dos horas retozando entre las olas. No lejos de la orilla hay un banco de corales a flor de superficie, y allí se sumergían tratando de encontrar langostas, que, según Pedro, en esta playa son de tamaño sorprendente. La brisa venía del océano y se metía entre las palmeras. Tomaron ron con agua de coco mientras dos esclavos preparaban un sancocho de morena y pargo con plátano dulce y ají, que luego acompañaron con un Traminer de Alsacia de la cava de la finca. Simón se había olvidado de su malestar, pero hacia el final de la tarde se quejó de fiebre y su rostro se hinchó de nuevo.

EL AUTOR

La polémica sobre las intenciones imperiales de Bolívar se agudizó en 1825 y 1826. El periódico *Ocios de Emigrados Españoles* reprochó la permanencia de Bolívar en el Perú. La Gaceta del Gobierno de Lima la justificaba. Fue entonces cuando la Revue Americaine publicó el texto completo de la Constitución Boliviana.

Canning seguía el debate con interés y sus agentes en Europa y América lo mantenían informado. Charles Milner Rickets, cónsul general inglés en el Perú, sucesor del asesinado Rowcroft, enteraba a su jefe por extenso sobre sus conversaciones con Bolívar en carta del 16 de febrero de 1826. Decía Rickets que el general era un hombre culto, de amplios conocimientos literarios y que sabía mucho de historia, en especial de la de Inglaterra. Conocía en detalle la Carta Magna y otras instituciones inglesas, y la influencia que éstas habían tenido en las leyes y en la prosperidad de Estados Unidos. Afirmaba, sin embargo, que Bolívar no creía que el espíritu de estas leyes, y, sobre todo, los sistemas federales que se habían implantando en la América del Norte, convinieran a los "estados infantiles" de la América del Sur, cuyos pueblos "no tenían la preparación necesaria para intervenir en los asuntos de la administración pública" y que, por lo tanto, "había que irles dando el poder con lentitud". La sede del gobierno debía estar en Bogotá, porque en esta ciudad, según Bolívar, "hay más blancos que en Caracas". El Perú, por su parte, "carecía de hombres de talento e integridad". Rickets terminaba su informe proyectando el curso de los acontecimientos y ofreciéndole al Canciller sugerencias: Bolívar llevaría sus ejércitos colombianos hasta Argentina y Brasil y asumiría el trono de la América del Sur. Inglaterra debía brindarle su apoyo a estas iniciativas, para alejar cualquier intervención de la Santa Alianza o de Francia. A raíz de los tratados de comercio ya firmados, la beneficiada sería, sin duda, la propia Inglaterra.

SIMÓN

—Anoche, como a las siete, me trajeron serenata. Vinieron damas y caballeros de las mejores familias samarias, quienes conforman un conjunto de cuerdas. Afuera dejaron sus coches y en silencio se acomodaron junto a mi ventana. Yo estaba sumido en el sopor. De repente comencé a escuchar La Vencedora. Me emocioné y se me salieron las lágrimas.

—Te sentiste en medio del fragor de la Batalla de Boyacá.

—En Gámeza, el coronel José María Cancino había caído prisionero de los realistas; logró fugarse y unirse de nuevo a nosotros... fue él quien el 7 de agosto, a las cuatro de la tarde, dio orden a la banda de tocar esa contradanza inglesa. Desde entonces la identifican con tal nombre.

—La piececita ha llegado a ser, ni más ni menos, el himno de la Nueva Granada.

—En la serenata tocaron otra contradanza que también es de mi gusto: La Trinitaria, cuya partitura se la dejé de recuerdo a Gabriel Torres Troconis, en Cartagena. El conjunto de cuerdas se retiró con el mismo silencio con el que había llegado.

—Todo quedó en calma, menos tu espíritu: tus ojos encharcados y tu respiración anhelante.

—Pero... me invade una sospecha atroz: ¿imaginé la serenata?, ¿no será, acaso, producto de esta fiebre mortal que ya no me abandona?

JOSÉ

Esa noche Simón convalecía en su habitación. Pedro y Martín, en la terraza, se entretuvieron hablando sobre las estrellas que ya empezaban a brillar en lo alto. Usaron el telescopio y Martín dijo que los movimientos de esos cuerpos son más simples y regulares que los del sol. Señaló grupos reconocibles gracias a sus posiciones relativas invariables. Le explicó que cuando uno quería estudiar un planeta, no es sino incluirlo en un grupo con sus vecinos y trazar a voluntad un esquema que pronto se le hace familiar. Dentro del esquema, sin falta, siempre puede encontrársele. La Osa Mayor, por ejemplo, es uno de tantos esquemas posibles, cuyos límites, por cierto, han sido objeto de innumerables discusiones... Se habían olvidado del enfermo. Del oeste venía una tempestad que rápidamente cubría el cielo de nubarrones. Dejaron el tema de las estrellas y pasaron al de las tormentas en el Caribe y al de la electricidad en la atmósfera; a poco caía un chaparrón con truenos

y relámpagos.

—Pasará rápido, así es siempre en esta época, dijo Pedro.

De repente Martín, por causa de algún ruido, se dio vuelta y vio a Tarcisa salir del cuarto de Simón. Iba presurosa agitando sus polleras. El payanés nada dijo; sonrió en la oscuridad.

Ahora una llovizna menuda enfriaba la noche; pasaron a manteles como a las nueve. Martín ardía de curiosidad por mirarle el rostro a Tarcisa, pero su espera fue en vano, otra mujer sirvió la mesa. Hablaban ahora sobre el tráfico negrero que tan buenas utilidades les dejaba a los Alcántara. A las diez se retiraron a las habitaciones.

Dos horas más tarde Martín despertó con sobresalto. Ya no llovía y, como enmarcado por un profundo silencio, se escuchaba a lo lejos el ritmo de los tambores. Encendió la bujía. La habitación quedó bañada por la luz amarillenta. Dos ratas lo miraban desde el alféizar de la puerta. Su primera reacción fue de susto. Se movió para levantarse y las ratas desaparecieron. Salió en bata de dormir al corredor. Las olas rielaban bajo la luna. ¡Noche de luna llena y ritual de negros! Entró de nuevo en su habitación y se vistió procurando no hacer ruido. Pensó en llamar a Simón, pero al recordar su estado febril decidió dejarlo descansar. Se alejó de la casa, hacia el lugar de la ceremonia, por el camino principal. Aunque el trayecto sería más largo, quería evitar los arbustos espinosos que habían herido a Simón en el bosque.

Una atmósfera singular embargaba la noche. No se oían ranas ni aves nocturnas. No había mosquitos ni soplaba el viento. Escuchó su respiración agitada, el golpeteo de sus botas sobre las piedras, las olas contra la playa y el ritmo de los tambores. Escuchó también cantos o gritos. Tras un pequeño recodo de súbito se encontró frente a los negros que se movían con la cadencia de la música, alrededor de las piedras, bajo la ceiba.

Se acercó sin cuidarse de ocultar su presencia. Sentía una fuerza superior allí manifestándose. Tarcisa, a quien Martín la vio o imaginó desnuda, bailaba sobre la piedra mayor. Su cuerpo refulgía bajo el destello lunar. Otros la rodeaban y extendían hacia ella los brazos. Ella parecía levitar.

Ahora puedo evocar aquella tarde, cuando navegábamos con placidez en el Ildefonso y, en cubierta, Martín me narraba estos episodios. Yo debí sonreír o mirarlo con incredulidad.

—Te juro, José, eso fue lo que vi. Te lo cuento tal como lo recuerdo.

Tarcisa parecía un ser mitológico. Una nube salía de su cuerpo y caía sobre los danzantes; una nube azul, del tono de las flores que ella usaba en la cabeza...una nube que formó la figura de un militar

a caballo. Los negros enardecieron el vocerío. La nube se dispersó, todos callaron; se fueron en silencio por los senderos. Nadie le prestó atención al blanco.

SIMÓN

—Cuando todo parecía perdido, no dudé en gritarle a Rondón: "Coronel, salve Ud. la patria"; y, meses más tarde, cuando todo parecía ganado, no dudé en aceptar el armisticio que proponía Morillo... tampoco dudé en aceptar los objetivos del Congreso de Angostura, el primero del Nuevo Mundo, el primero auténticamente americano: no se trataba de copiar constituciones europeas o la de Estados Unidos, sino de fundar nuestra verdadera identidad en la palabra.

—Los legisladores no estuvieron a la altura de esos ideales.

—Cierto. Antes que interpretar lo que somos, preferían copiar textos extranjeros.

—Allí está el origen de las desgracias. Allí se sembró la semilla de alienación que ahora germina y que está desmembrando la patria.

—Mi propósito no ha sido solo el de proclamar la independencia militar y política, sino algo más importante: la mental.

—Por lo visto, ni siquiera hoy están preparados. ¿Cuánto tiempo deberá transcurrir para que comprendan y asuman su propia ontología?

JOSÉ

Martín regresó. Al cruzar por el corredor sintió a Simón quejarse. Entró, encendió la bujía y lo encontró delirando. La hinchazón habían aumentado. No respondió al saludo. Martín salió en busca de Pedro; ya casi amanecía. Este pasó a las habitaciones de la servidumbre, llamó a Tarcisa y luego llegaron con una bebida y una palangana con agua tibia y alcohol. Martín miró con sorpresa a la muchacha, pero ella actuó impávida, como si acabara de levantarse de un sueño sosegado. ¿Quién había sido la danzante? La muchacha friccionó a Simón. Este dejó de temblar; abrió los ojos y, al verla, sonrió. Bebió la infusión.

—¡Qué pesadilla!

—Es la fiebre, a veces el efecto de la pringamoza es duradero, dijo Pedro, desde el marco de la puerta.

Simón durmió unas horas más. Al final de la mañana se sentía bien.

SIMÓN

—Escucha: no vacilé en proponerles a los legisladores un

gobierno basado en la soberanía del pueblo, en la división de poderes, libertad civil, proscripción de la esclavitud, igualdad de razas, y unión de la Nueva Granada y Venezuela. ¡Tantas cosas bellas! Y mira en lo que he terminado. ¡Ay de mí!

—No son las miserias del cuerpo ni las leyes de la naturaleza las que te han reducido a este estado, sino las amarguras del corazón. Tus conciudadanos, que no pudieron con el puñal, tratan ahora de matarte con la calumnia. —Pensar que en otras épocas me alababan como a un dios. Cuando ya no esté para aplastar a esos demagogos, se despedazarán y el edificio que levanté con mi trabajo se abismará en el fango revolucionario...

—...la resolana del medio día, un calor de fuego: todo parece languidecer en esta tierra, hasta los pájaros callan. No... de lejos llega un gruñido de lora, un currucutú de pájaro negro. En algún lugar grita un niño. Reverend trajo una mesita con instrumentos y preparados. La Farmacia de Reverend: farmacón: Ya lo decía Martín de Azpeitia: droga y veneno.

JOSÉ

Llevábamos varios días de navegación por el mar de los Sargazos. Una tarde, el comandante del convoy dio orden de cambiar rumbo, orden que se transmitió de nave en nave con señales de banderas. ¿Habían avizorado a los piratas? Hubo expectativa en el Ildefonso. Se activaron las alarmas y el capitán de artillería alistó a sus hombres para una eventual confrontación. Pero todo estaba en calma. Enrutábamos hacia el norte para pasar por un costado de las Bermudas y, luego, al sobrepasar los 40 grados de latitud y 40 de longitud, cruzar hacia la parte norte de la Península Ibérica: ya no entraríamos por Cádiz sino, probablemente, por la Coruña: Gijón o el puerto de Santoña, para llegar a Madrid por el camino de Bilbao. La ruta es más larga, nos explicó Uriarte; perderíamos algunos días, pero estaríamos tranquilos respecto de nuestros posibles perseguidores.

Entre tanto, yo alimentaba otras inquietudes: como sabe cualquiera que haya efectuado un viaje marítimo de cierta duración, a bordo hay una ley sagrada que nadie se atreve siquiera a enunciar: la de la exquisita cortesía. Cualquier desavenencia entre oficiales, marineros, pasajeros, puede poner en peligro la vida de todos. No hay nada más frágil que la armonía en el barco, ni nada más temible que el océano. Rota aquella, este se abre como un abismo a los pies. Por eso me guardé la zozobra sobre la desaparición de Juan Dolio. Evité el trato con Diego de Ávila y los marineros que lo acompañaron aquella noche, y cualquier alusión sobre mi visita a La Zorra y el Cuervo. No dudaba que eran los

asesinos; mi esperanza era que ellos no supieran que yo lo sabía.

SIMÓN

—En 1821, poco antes del Congreso de Cúcuta, liberadas ya Venezuela y Colombia, llegué a una penosa convicción: era necesario continuar la guerra. Por eso la campaña del sur era inminente.

—Había que mantener ocupados a los militares. Es la única forma de controlarlos.

—¿No irá a tener fin la confrontación?

—... sin embargo, nunca dudé en organizar pueblos antes que ejércitos, instituciones políticas antes que jerarquías militares...

JOSÉ

Continuaron las labores a bordo: ejercicios de marinería en la cofa, cambios de guardia, revisión de los obenques; y, en el puente, toma de posiciones en las cartas con los instrumentos de navegación. El tiempo fue bueno y los vientos favorables. Los otros barcos del convoy se mantenían a la vista y el lenguaje de las banderas llevaba o traía mensajes de buena voluntad.

Y nosotros, los pasajeros, nos la pasábamos, como de costumbre, conversando o leyendo, contemplando las ondas desde la borda o imaginando trucos o chistes para atenuar ese lento sucederse de las horas y los días.

Entonces hubo tiempo para meditar sobre los sucesos de Santa Bárbara. Al principio tuve la historia de Martín por fantástica. Yo no podía concebir cómo, siendo él un científico destacado, le había abierto la puerta a la superstición y había visto nubes azules y siluetas en el cielo. Pero una tarde, cuando dormitábamos en hamacas, le espeté a Simón una pregunta sobre sus fiebres y pesadillas en la hacienda. El no pareció molestarse por mi curiosidad y me contó que Tarcisa lo había enyerbado:

—Esa negra tiene un cuerpo de maravilla y un olor a flores frescas capaz de enloquecer a cualquiera.

Simón hubiera querido contenerse por respeto al dueño de la casa. Cuando ella entró en su habitación para llevarle la bebida, él le pasó la mano por la cadera:

—Fue como tocar brazas. No era una mujer sino una fuerza enervante.

La bebida le produjo alucinaciones. Viajaba por una región desconocida; veía ejércitos, curañas, cuerpos de hombres y animales, cornetas y banderas en el fango purulento, fusiles, ruedas destrozadas, aves, ranchos carbonizados, cielos negros, tormentas

en el horizonte. Iba en un caballo blanco. Lo sentía vivo entre las piernas. Llevaba medallas en el pecho. Galopaba por montañas y desiertos, dejando un mar de desolación. Luego encontró una multitud en una playa refulgente: negros, blancos, indios, mestizos, mulatos, pardos, tercerones, cuarterones, zambos, cholos, ladinos, cafuzos; hombres y mujeres, ancianos y niños. Había caraqueños, llaneros, payaneses, caucanos y antioqueños, quiteños, serranos, navegantes del Marañón, buscadores de esmeraldas, sacadores de sal, arrieros de montaña, cultivadores de grano, albañiles, maestros de escuela, fontaneros, herreros, leñateros, carboneros, agrimensores, guaqueros, trapicheros, bogas y pescadores, buceadores de perlas, gaiteros de San Jacinto, vendedores de forcha, de amuletos, de pájaros, yerbateros, afiladores, buhoneros, troveros, nautas, guerreros, culebreros, trapecistas, bufones, domadores de fieras y no sé cuantas especies más. Concluyó con esta pregunta:

—¿Quisieras explicarme esta visión?

SIMÓN

—En Guayaquil le expresé a San Martín mi disgusto por el régimen monárquico que pregonaba. Él argumentó que mis ideas desencadenarían el caos. "Ya es un hecho cumplido", le dije. "Solo nos resta ponerlo al servicio de la causa libertadora". Todavía me divierte la expresión de alarma que vi en su rostro.

—De qué te sirven ahora esos recuerdos?

—De nada. Sé que no he sido amado por San Martín y ni siquiera por muchos que me expresaban a gritos su devoción. Solo una presencia amable permanece: Manuela, con quien no vacilé en irme al lecho cuando la conocí en Quito, aquel 16 de junio de 1822, que marcó el comienzo de la pasión...

—... que, dadas las circunstancias, pertenece al pasado. ¿No le dejas nada?

—Las tierras y las minas de Aroa y mis alhajas, ahora en poder y custodia de Francisco Martín, serán repartidas por terceras partes entre mis hermanas María Antonia, Juana y para los hijos de mi difunto hermano Juan Vicente...

—¿Y Manuela?

—... no es fácil pensar luego de la visita de anoche: el obispo con el viático.

—El Dr. Recuero hizo de conductor en la berlina de Mier. Se quejó que hay un mal paso en el río. Había diez o doce personas con los guardabrisas encendidos, debajo del tamarindo. Le han hecho calle de honor al obispo...

—Y cuando se puso ante mi presencia, le dije que no pensaba morirme todavía...

—Respondió que tu estado de salud demostraba otra cosa, que pensaras que la muerte no es el fin sino el comienzo de la vida eterna. Habló de la resurrección de la carne.

—Esa historia es buena para contársela a los esclavos. No tiene efecto en los hombres libres. Es fácil decir que la que importa es la próxima vida. Más difícil es vivir esta como si fuese la única.

—Y mientras el obispo recitaba latinajos, Reverend, allá en su mesita portátil, preparaba cauterios, espátulas, lancetones...

JOSÉ

Desembarcamos en el puerto de Santoña luego de una amable despedida en la cual nos bebimos las últimas botellas de la cava del capitán. Nunca recibí explicaciones sobre la suerte de Juan Dolio ni tuve conocimiento de la manera como sacaban del navío las mercancías de contrabando. Por aquellos días, por fin pude desentrañar algo del carácter de Uriarte: Su vida se regía por principios modernos, pero gustaba embaucar a marinos y pasajeros con un extenso catálogo de refranes: "si tras el viento llueve, recoge la vela y duerme". "Tarde de arreboles, mañana de soles". "Arrebolado el nacer del día, cierta es la lluvia al mediodía". Había coleccionado un simpático repertorio de maravillas sobre herejes, diamantes que brillan en la oscuridad, inteligencias astrales, apariciones, construcción de talismanes, estrellas repentinas, arreboles purulentos, ejércitos marchantes en el horizonte, uvas que sangran, nubes de langostas. Conoció un hombre que se lavaba las manos con plomo derretido, otro que había dormido 30 años. A los gordos les recomendaba hacerse chupar la grasa por sanguijuelas. En Madagascar había visto mellizos unidos por el vientre, en Marsella el cuerno del unicornio, en Marruecos la tibia de un gigante. Hablaba de los milagros del obispo de Barcelona con una astilla de la cruz de Cristo. Tenía explicaciones para ciertos problemas que él llamaba "metafísicos": ¿es pecado amar a los ángeles?, ¿cuál es su tamaño real?, ¿por qué nace una cana entre un mechón de pelos negros?, ¿por qué el elefante odia de nacimiento al dragón?, ¿es posible ver la propia cara al revés? Nos explicó el poder de la madre para moldear las facciones del feto. En el momento del éxtasis amoroso, imprime en la semilla aquellas imágenes que tiene en la mente. Conocía esposas infieles, cuyos sentimientos de culpabilidad o maldad en el momento de la concepción, habían sido causa de monstruosidad de sus hijos ilegítimos. Se interesaba por saber si son más numerosos los vivos

que los muertos. Preguntaba: ¿qué es mayor, el mar o la tierra?, ¿qué fue antes, el día o la noche?, ¿quién sostiene el planeta?, ¿quién dio velocidad al viento y a las nubes?, ¿cuántos cielos hay?, ¿cómo se sienta Dios en su trono?, ¿cuál es la diferencia entre las almas de los condenados y las de los ángeles caídos?, ¿por qué es saldada el agua del mar?, ¿por qué sopla el viento en direcciones distintas?, ¿por qué las almas de los muertos no vuelven a la tierra? Si el espacio es algo, ¿dónde está?, ¿qué hay antes del principio?, ¿hace ruido el primer grano cuando se vierte una fanegada de trigo?

Por demás, ¿qué le había motivado a mostrarse hosco con Martín de Azpeitia?

Ambos eran conversadores magníficos, gustaban de ser oídos y manejaban un discurso retórico. Uriarte necesitaba afirmar su posición de mando y hacer gala de su larga vida de viajero. Sintió celos cuando Azpeitia, con un discurso más técnico y por lo tanto más acorde con la moda, comenzó a robarle su audiencia. Todavía me pregunto qué efecto tuvieron tales personajes en Simón. Todos sabemos que ciertos encuentros, al igual que ciertos libros, pueden tener consecuencias sorprendentes en nuestro destino...

Al momento del desembarco y olvidando cualquier incidente negativo, Uriarte nos abrazó, nos deseó buena suerte en la corte y, antes de dejarnos partir, en tono por demás cariñoso, nos instó a guardar compostura y a cuidar la lengua:

—Nada de trovitas burlescas ni caramañolas contra el Rey. Nada de ideas franchutas. Uno es libre de pensar lo que quiera, pero no de decirlo en público, queridos amigos. Cualquier desliz en esta época puede costarle a uno la vida...

Comprendí que el capitán había entendido nuestras inquietudes políticas. Me conmovió su pensamiento acerca de la libertad íntima, expresado en forma tan espontánea. Desde ese día guardo de él los mejores recuerdos.

SIMÓN

—Cuando supe que Chile y Argentina no querían ayudar con ningún contingente y Riva Aguero me pedía cuatro mil hombres para liberar el Perú, no dudé en ofrecerle seis mil. Era la oportunidad de tomar en mis manos y en las de colombianos la independencia del Perú. Y cuando este gesto fue mal interpretado y se produjo la traición del propio Riva Aguero, no dudé en suspender los preparativos en espera de la decisión del congreso. No quería actuar por mi cuenta. Respeté las instituciones democráticas.

—Pero no pasó mucho tiempo antes de que los mismos peruanos se unieran con argentinos y españoles bajo la dirección del virrey

Laserna, dizque contra "el enemigo común": Tú.

—Sí, ¡qué ironía, qué cretinos!

—No te exaltes. Piensa en cosas amables. Hay pájaros que picotean en la arena; y allá, sobre las olas, rosarios de alcatraces jugando con el viento. A veces dibujan una inmensa V en el horizonte.

—No puedo verlos...

—Imagínatelos, bien los conoces.

JOSÉ

Por recomendación de Uriarte, Simón consignó su cargamento de cacao en las bodegas de una firma de comercio de Barcelona que servía en los puertos de la Coruña como agente de aduana y banco; allí le extendieron una carta de crédito pagadera a la vista y contra simple recibo en las oficinas de Madrid.

Pasamos a Bilbao, ciudad en la que indagamos, sin mayor éxito, por parientes de Simón, mientras Martín se desviaba hacia Lumbreras, Villa de Calahorra, en Castilla la Vieja, donde había nacido su padre. No lejos de Bilbao visitamos la aldehuela Cenarruza, en plena Vizcaya, en la falda oriental del monte Oiz. El terreno es quebrado y varios riachuelos riegan los campos. Hay aserríos por la abundancia de árboles maderables y sembrados de cereales, maíz, habas, judías, patatas, castañas y manzanas; parcelas con ganado lanar y vacuno. Los lugareños fabrican la mejor cidra de la provincia. Se suponía que en alguna planicie cercana había estado el antiguo castillo Bolívar. Recorrimos los alrededores y solo encontramos 20 casas miserables y, al borde de una colina rojiza, parte de una antigua iglesia de piedra. Después de mucho indagar, topamos con un anciano que, en forma por demás vaga, nos habló de un antiguo blasón y de unas ruinas cubiertas por el rastrojo.

En Burgos nos reunimos con Azpeitia y continuamos el viaje, entrando en Madrid a últimos de junio, por la cuesta de la Vega. Nuestra primera impresión fue de sorpresa, por el señorío que se respira en la calle Mayor y en la puerta del Sol. Martín exclamó que era como regresar a Popayán, pero a una Popayán magnificada: majos y señoritos, mujeres de pañolón, toque de campanas, adoquines, golpeteo de herraduras; el acento y los rasgos faciales de las gentes; cornisas, fachadas, techos, rejas, puertas y ventanas .... todo igual, pero distinto, como si lo nuestro fuese apenas la prefiguración de la esencia que apenas encontrábamos. Este umbral de la ciudad ¿era también un umbral en nuestras vidas? Llegábamos al centro desde la periferia ... y allí, en pleno Arco de Cuchilleros, cansados por el viaje y emocionados hasta las lágrimas, nos

abrazamos en un alborozo que ahora califico de infantil. ¿Por qué hablar de revolución e independencia? Éramos tan españoles como los más bragados matadores de Sevilla y en la Plaza Mayor estaban nuestras señas de identidad.

Entonces oí la voz burlesca de Simón, quien, entre carcajadas, nos imprecaba desde una esquina próxima, para sorpresa de los ocasionales peatones:

—¡Boludos! ¡Quién lo creyera! ¡Tanta cháchara conspiradora para caer de rodillas a la primera impresión!

Comprendimos lo contradictorio de nuestro sentimiento. Avergonzados, seguimos hacia la Casa Real de Postas, donde pernoctamos.

SIMÓN

—Siempre he creído que las esperanzas del universo están cifradas en la libertad del Nuevo Mundo. Me correspondió esa tarea, no dudaba de mi poder ni de mi gloria. El cura de Pucará la proclamó de manera memorable: "Con los siglos crecerá como crece la sombra cuando el sol declina".

—Bien, basta de certezas. ¿Cuándo comenzaron las dudas?

—Joaquín Mosquera, al verme moribundo por el tabardillo en Patibilca, me preguntó, con lágrimas en los ojos, que qué pensaba hacer. Respondí aparentando energía: "¡Triunfar!". Y cuando los argentinos les entregaron a los españoles El Callado, también le respondí con energía a Sucre que triunfaría o moriría antes que replegar las tropas para buscar un armisticio. En ambos casos mentía. El gusano de la duda ya me corroía. Me daba cuenta, en lo íntimo, que mis fuerzas decaían. ¡Era tanto lo que faltaba!

—Entonces, ¿era sin fundamento lo que se especulaba sobre tus intenciones de asumir el trono de la América del sur?

—Por supuesto. A pesar de tantos achaques desde joven, nunca la enfermedad me había mostrado con tal claridad el abismo de la muerte. Entendí: sí, yo también era mortal, y mi vida no iba a durar lo suficiente para contener la mareada de odios que surgía en cada rincón del territorio bolivariano. Supe, entonces, que mi cuerpo era mi mayor enemigo y que, si no fuese mortal, llegaría a ser el dueño del universo.

—Cundían las malas noticias: en Santa Fe ajusticiaron al Coronel Infante, venezolano, dizque para escarmiento de las tropas. El congreso de Colombia quería llamar a juicio a Páez. La tensión entre granadinos y venezolanos, entre militares y civiles era insoportable.

—Crecía la duda y con ella el desengaño. Sentí que mi destino se

tornaba trágico. Con un tiempo finito, ¿cómo coronar la campaña en el sur sin una unión pacífica en el norte?

—Pero actuabas como un dios. Las multitudes te vitoreaban por los caminos. Salían a recibirte las autoridades civiles y eclesiásticas, las cofradías, la guarnición, el pueblo; unos en mulas, otros en coche, los jóvenes en caballos arrogantes y el mayor número a pie. Echaban las campanas a vuelo; los balcones cubiertos de seda y con ramilletes de flores, se llenaban de dedos enjoyados, talles airosos, corpiños altivos, cabelleras frondosas, ojos picantes. Una lluvia de pétalos caía sobre ti. Te querían.

—¿Me querían? No lo sé. Quizás era solo novelería.

—Muchos deseaban tocarte.

—A pesar de las escoltas, algún hombre llegaba hasta mí, se echaba al piso y me veneraba. Yo, con paciencia, oía su nombre, trataba de hacer algo por él. Casi siempre era un pobre loco.

JOSÉ

Al día siguiente, acompañados por el granadino, nos dirigimos en busca de don Esteban Palacios, quien, tal como estábamos informados, vivía en un palacete con su amigo íntimo don Manuel Mallo, a solo unas cuadras del palacio real. Mallo era, como ya he dicho, payanés, emigrante famoso, y se ufanaba del título de "mayordomo de la corte". Según se rumoraba, habiendo pertenecido a los Reales Guardias de Corps, se había convertido, ¡nada menos!, en el favorito de la Reina María Luisa de Parma.

Fuimos recibidos con los ritos de la cortesía por el mismo Mallo, quien era alto y atlético, de patillas largas y voz vibrante. Nos asignaron habitaciones en el segundo piso. Esteban Palacios estaba fuera de Madrid. Era aficionado a los baños termales y no perdía oportunidad para viajar en su busca. Su regreso se esperaba para esa misma semana, porque se le requería en su carácter de miembro del Tribunal de Cuentas.

Mallo se interesó por las noticias de su nativa Popayán y de inmediato congenió con Azpeitia, su paisano. También se habló de lo que sucedía en la Nueva Granada, Venezuela, México y el Caribe. En días sucesivos visitamos la corte en Aranjuez y fuimos presentados a señoritos y funcionarios. Se nos abrumó con recepciones, veladas musicales, banquetes y conversaciones sobre política, filosofía, ciencia, viajes, arte; chismes cortesanos y anécdotas picarescas.

Los caballeros, nobles, consejeros, militares, clérigos, comerciantes usaban peluca cuando vestían de ceremonia. Hasta los almirantes la llevaban con uniforme de gala. Para enmarcar el

rostro, seguían la moda, ya desueta en otras capitales, de la exuberante peluca de "allonge", remedo de una cabellera alborotada. Era preferida por los calvos. Los que se daban más tono la espolvoreaban con talco; dejaban caer los bucles sobre las orejas, usaban alto el tupé y recogían con un lazo el cabello por detrás. Algunos usaban pelucas tan desaliñadas, que su aspecto parecía mezquino. Nosotros, que veníamos de lares modestos, de repente nos sentimos como desnudos y buscamos consejo para adquirir nuestras primeras pelucas, que empezamos a usar con dificultad.

El vestuario de aquellos señores, sus ademanes postizos; los criados, vajillas, mobiliario y decorados del palacete nos hicieron olvidar nuestras maneras provincianas. Fuimos fulminados por el rayo de la ostentación. En casa de Mallo todo era sólido, grande, brillante. La despensa rebosaba de provisiones y era tan amplia que podía alimentar un ejército. Los servicios de plata eran pesados y los lacayos estaban entrenados para usarlos; la mesa diaria relucía y cada comida era un soberbio festín. Allí la música era una chifladura. Siempre había grupos para amenizar cualquier acto. Don Esteban la promovía con entusiasmo. Gran diletante, algún tiempo después sería nombrado por Fernando VII director del teatro de la ópera de Barcelona.

Al oír tantas ideas nuevas y al ver tanto esplendor, Martín, Simón y yo nos sentimos bañados por las luces. Si esto ocurría en Madrid, ¿cómo destellarían en París? Yo me atreví a sugerir, en el curso de una cena, que el fulgor que nos tenía aquí enceguecidos era un reflejo de "Les Lumiéres", comentario que fue recibido como un insulto. Varios comensales protestaron. Un viejito asmático, que lucía lentes gruesos engastados en aros dorados, aplacó las protestas. Se trataba del Marqués de Ustáriz, caraqueño bondadoso, quien nos explicó que este ambiente, que a nosotros, los recién llegados de la colonia —pronunció esta palabra en tono peyorativo —, nos parecía tan novedoso, era un desarrollo natural de la tradición ibérica: Diego de Saavedra y Fajardo hacía ya doscientos años —dijo— y luego Francisco Gutiérrez de los Ríos, Gregorio Mayáns y Siscar, Pedro Rodríguez de Campomanes, Pablo Olavide y tantos otros "novadores" daban cuenta en sus crónicas de un pensamiento original y, sobre todo, de una forma propia de vivir; que quizá mostrara parecido con la francesa, pero cuyas características eran bien españolas...

—¿Y por qué no se ha trasladado a la colonia? —preguntó Martín.

—Sin duda, porque las gentes de aquellas lejanías no están maduras. Es cuestión de décadas... Ya tendréis oportunidad de recibir sus beneficios, concluyó Ustáriz, con una sonrisa de

conmiseración.

Don Esteban vestía de manera elegante y nos pareció afeminado. Era pálido, delgado, de ojos negros. Supe, por boca de algún circunstante, que ahora bebía más de la cuenta. Se había hecho llorón, flojo de nervios y propenso a lo bello. No resistía la soledad, erraba por las habitaciones y acudía a los balcones como si esperase la llegada de alguien. Mostró alegría por la presencia de Simón. A mí me dispensó unas pocas palabras de cortesía. De inmediato me di cuenta que yo no le agradaba. Pocas semanas después me hizo acudir a su despacho. Estaba sentado en una silla cordobesa, acomodado entre almohadones de damasco. Me dejó de pie en medio de la habitación. ¿Cuáles eran mis relaciones con su sobrino?, ¿cuál el propósito de mi viaje?, ¿cuáles mis lecturas y autores favoritos?

Desde ese momento me sentí incómodo. Simón quiso interceder por mí, explicándole los servicios que yo le había prestado a la familia y, en especial, a Carlos José, y mi experiencia de maestro. Esteban le replicó que ahora él requería de nuevos instructores: esgrima, equitación, danza, artes militares, matemáticas e inglés. Tenía que asimilar las leyes del buen hablar y del buen vestir. ¿Qué podía aportarle José Carreño, maestro de provincia, de carácter cerrero y de formación autodidacta y, además, hijo expósito? Dijo que yo era más conocedor de las costumbres del llano que de la corte; que tenía información de mi pasado, que había sido criado entre pardos y negros y participado en logias y que por lo tanto era portador de malas semillas... Las cosas se estaban poniendo difíciles en Venezuela, precisamente por culpa de hombres como yo. Las últimas noticias eran alarmantes: Javier Pirela, alto oficial de milicias de Maracaibo, y diez militares más, habían sido apresados bajo sospecha de conspirar contra el rey. Estaban bajo indagatoria y seguramente serían condenados a la horca o a prisión perpetua. La noticia tenía en ebullición la capital del reino. La conclusión de Esteban parecía ser que mi pasado no era tan diáfano como se requería para educar a un Bolívar-Palacios.

El contenido de tal conversación no me fue revelado sino años después. En realidad, Esteban estaba más preocupado por la fortuna de Simón que por su educación. Libre de mi presencia podía disponer a su agrado del producto de los embarques futuros. Tales eran las razones secretas de la frialdad que, excepto Simón y Martín, en la casa todos me demostraban.

Quería partir; pensaba que ya había cumplido mi misión. Solicité de manera comedida mis honorarios, asunto que prometieron estudiar con prontitud. Martín deseaba continuar hacia París. Hablaba de cuadrantes y relojes. Muchos amigos de la casa

estaban maravillados por sus conocimientos, pues nadie esperaba que en “aquellas lejanías" hubiese personas tan avanzadas en la ciencia. Quería instalarse en la Ciudad Luz antes que concluyera el otoño. Mallo le prometía cartas de presentación. Fue cuando surgió la idea de que yo lo acompañara. ¿No era yo también devoto de la ciencia y de "Les Lumiéres"?

Pero mis inquietudes eran otras: ¿por qué no Estados Unidos? En París la vida era costosa, y a pesar de sus aires democráticos, sin recursos ni amistades poderosas la supervivencia sería difícil. Además, las guerras en Europa se sucedían sin cesar. Después de la derrota austríaca, Napoleón ocupó Italia. El directorio se sintió incapaz de oponerse a sus planes expansionistas y autorizó la campaña de Egipto, que no lograba los resultados esperados. Crecía el poderío inglés. Había coaliciones contra Francia. En cualquier momento se reanudarían las hostilidades. En el frente interno los jacobinos adquirían poder. Los realistas protestaban. Surgía ahora la idea de la dictadura y el único candidato con posibilidades de asumirla era el Corso. En tal caso se generalizarían los desórdenes populares. Napoleón, para sostenerse, no tendría más alternativa que iniciar nuevas campañas militares y apretar las garras del autoritarismo. ¿Qué sentido tenía para mí meterme en la cueva del Corso?

En cambio, si uno estaba dispuesto a trabajar, las cosas eran llevaderas en Estados Unidos. Era cierto que sus relaciones con Francia estuvieron al borde de la guerra por causa del Régimen del Terror y por la demanda de tributos a cambio del reconocimiento de los diplomáticos norteamericanos. Hubo enfrentamientos navales y Hamilton, jefe de los federalistas, amagó con atacar las colonias españolas en el sur, aprovechando la confusión y aduciendo que España también era enemiga de Estados Unidos, por su alianza con Francia. Estados como Virginia, Carolina y Kentuky se armaron y en ellos se vivió una situación tensa. Pero ahora las cosas lucían bien: las relaciones con Inglaterra mejoraron desde la visita de John Jay a Londres. Estaban en auge el comercio, la agricultura y la industria; y la misma corte española, se decía, proyectaba acudir a los armadores americanos para transportar los productos de las colonias. Acababa de llegar a la presidencia Adams y a la vicepresidencia Jefferson, con nuevas estrategias políticas. Francia, quizás asustada por la cadena de alianzas en su contra, había bajado el tono frente a Estados Unidos. Todos pronosticaban allí una era de progreso. Lo que más me atraía, sin embargo, era la democracia generalizada: a nadie se le pedía abolengo; y yo, que no lo tenía, en ninguna parte podría sentirme mejor.

SIMÓN

—¿Cómo equilibrar la obediencia civil con la libertad individual? A veces hubiera querido aplicar el aforismo: "discuta lo que quiera, pero ¡obedezca!".

—Tal ha sido la contradicción que siempre te ha acompañado: de un lado, la emancipación, los derechos individuales, la autonomía del sujeto. De otro, el orden social, la nación, la cultura de la mayoría.

—La sociedad es un organismo compuesto de individuos. Cuando me movía hacia el bienestar de la mayoría y buscaba el orden general y los grandes ideales, me alejaba del individuo. Y si me iba hacia lo particular, resultaba olvidándome de la totalidad.

—¿Y el término medio?

—¡Pamplinas! Es una utopía más. ¿Qué término medio puede haber entre la tiranía y la anarquía? ¿Entre el orden y el caos? ¿Dónde queda la libertad? ¿Dónde encontrar la sabiduría necesaria para redactar una ley perfecta? ¿Cómo darle vida a ese soplo de libertad que nació en Ayacucho?

EL AUTOR

Canning no lograba claridad sobre las decisiones que debía tomar: ¿apoyar o combatir a Bolívar? ¿Cómo reaccionaría la Santa Alianza en uno u otro caso? ¿Qué garantizaba que Bolívar, una vez dueño del poder continental, cumpliera los tratados de comercio existentes con Inglaterra? ¿No era más productivo, acaso, manejar múltiples tratados con líderes regionales, que tenérselas que ver con un gigante? Hasta ese momento había sido fácil manipular a los inexpertos negociadores que llegaban a Londres acosados por la necesidad; la ventaja comparativa de los ingleses salía siempre fortalecida. Además, y a pesar del cúmulo de informes, o quizá por esta misma razón, la personalidad del caraqueño le parecía ahora enigmática e impredecible. De la claridad que Canning lograra establecer sobre este embrollo dependería no solo el reordenamiento de las relaciones internacionales, sino también, y sobre todo, su propio futuro político.

JOSÉ

Martín partió para Francia. Yo me decidí por Estados Unidos y debía viajar lo antes posible, pues esperaba encontrar algún refugio en Boston o Filadelfia antes del invierno. ¿Por qué no se me entregaba el dinero adeudado? Simón había recibido el importe de

la mercancía traída en el Ildefonso y no supe en qué tratos entró con Esteban. Habían transcurrido meses sin que el tío recibiera una sola remesa de Caracas y, en cambio de disminuir su tren de gastos, acudía a prestamistas particulares, en especial a don Pantaleón Echavarría. ¿Le echó Esteban mano al dinero de su joven sobrino? Entre tanto, Simón estrechó sus contactos con el Marqués de Ustáriz, su nuevo mentor, y yo, angustiado por mi propio futuro, recorría calles y parques de Madrid con el ánimo de familiarizarme con su arquitectura y su historia.

De aquellos días me queda un recuerdo placentero: las visitas a un librero por la Plaza de Cibeles, donde adquirí una edición reciente del Quijote y otra de Garcilaso, volúmenes que me acompañan desde entonces.

Me pagaron a mediados de septiembre y salí para Filadelfia, por la vía de Plymouth, Inglaterra. No vale la pena extenderme ahora en comentarios sobre la popularidad de Adams en Estados Unidos por haber evitado la guerra contra Francia, ni sobre la enemistad con Hamilton, quien habría de cerrarle las puertas a su reelección. Al año siguiente presencié en Filadelfia, con nostalgia, las celebraciones del tratado de san Ildefonso, por el cual España le entregaba la Louisiana a Napoleón. Era la oportunidad que los gringos esperaban para ensanchar su territorio. Desplegaron su astucia y negociaron con Francia el vasto territorio por quince millones de dólares; negociación que les abría el camino de la Florida. El zarpazo final estuvo avalado también por san Idelfonso: tiempo después España le entregó a Estados Unidos esa península, que implicaba el control sobre gran parte del mar Caribe y el Golfo de México.

Tampoco es este el lugar para mencionar ciertas peripecias personales. Solo deseo referirme a las cartas que recibí de Simón. Me narraba por extenso la relación vergonzosa de Mallo con María Luisa, los celos de Manuel Godoy, primer ministro del reino, por causa de la influencia de Mallo con la reina, los chismes según los cuales el propio Mallo le era infiel a María Luisa, pero que esta, a su turno, le ofrecía su lecho a amantes de ocasión, incluyendo lacayos y soldados. Me dijo que la reina llegaba a los mayores excesos en fiestas de disfraces y otros actos públicos, a los cuales había asistido el propio Simón. Sufría de partos y enfermedades contagiosas, tenía la piel amarillenta y se le caían los dientes. Su esposo, el rey Carlos IV, era manso y aspiraba el perfume de las flores. En la práctica, la reina tomaba las decisiones de Estado. ¿A qué nivel de deterioro había llegado la antigua institución de la monarquía?

Yo me alegraba. ¿Dónde quedaban los tales "novadores" de que me hablara Ustáriz? Si ese era el estado de la monarquía, y si las

altas esferas se comportaban como el afeminado Esteban y el degradado Mallo, pronto no habría cerebros capaces de dirigir el reino, y las colonias encontrarían su oportunidad.

En otra carta Simón me contó que Mallo había caído en desgracia y que los problemas de Esteban lo llevaron a la cárcel, porque Pantaleón Echavarría no accedió a aumentar la acreencia del emigrante. Simón determinó alquilar casa aparte, en la calle Antocha, y me la ponía a mi disposición por si quería regresar a Madrid. El seguía sus estudios con Ustáriz y con otros instructores. Por su intermedio había conocido a un pintor, Francisco de Goya y a un escritor, Gaspar Melchor y Jovellanos. Sin embargo, su mayor entusiasmo se lo dedicaba a una hermosa muchacha con quien pasaba las veladas, María Teresa del Toro.

SIMÓN

—... protestas en la Nueva Granada contra la Constitución boliviana; derrumbe del gobierno que yo había dejado en Lima; expulsión de colombianos del Perú, insurrección en Guayaquil y Bolivia...

—Era de esperarse. La presidencia vitalicia generó controversia y permitió que Santander y los ideólogos europeos te acusaran de déspota.

—Si hubiera querido darle gusto a los ideólogos, me habría sido fácil copiar, por ejemplo, la Constitución de Estados Unidos. Pero, ¿era la que mejor se ajustaba a nuestra realidad?

—¿Cómo llegaste a tu decisión?

—Ya te lo dije. Cuando la redactaba, vacilé como nunca. ¿Cómo alcanzar el justo medio?, ¿cómo abolir los privilegios de casta y raza?, ¿cómo conciliar el libre albedrío de los individuos con el orden de la sociedad? Tenía que sacrificar uno de los extremos. Al final me decidí en favor de la totalidad, basado en las siguientes consideraciones: La patria peligra cuando el orden público se ve amenazado. ¿Cómo no detener, por un momento, el sagrado poder de la democracia?, ¿cómo no confiar el poder central al más digno? Cuando el peligro lo amerita, el aparato de la democracia debe ser neutralizado, porque es evidente que la primera intención del pueblo es que el Estado no perezca.

—Pero, ¿quién es el sabio que puede evaluar el peligro que se cierne sobre la patria?, ¿establecer el momento?, ¿señalar al digno de sobrellevar el poder central?

—El que pueda mostrar una hoja intachable de servicios. En ese punto no hay discusión. Yo era el único que reunía las condiciones. Es necesario tener en cuenta las circunstancias: ¿Cómo someter

estas repúblicas a los albures de elecciones periódicas, repúblicas que están al arbitrio de leguleyos y caudillos regionales?, ¿cómo someterlas a los odios y ambiciones personalistas?

—En los comienzos del Imperio Romano se recurría con frecuencia a la dictadura, porque el Estado no tenía base fija para sostenerse por la sola fuerza de sus instituciones...

—Lo sé, y, en efecto, ¿no atravesamos por una situación similar? La presidencia vitalicia en manos de un hombre pulcro es el punto de apoyo de la acción de magistrados, funcionarios y ciudadanos. Se hace indispensable porque faltan instituciones, partidos, jerarquías y tradiciones. Le disminuye el poder jurídico a los caciques regionales. Sostenida por un par de décadas, la sociedad tiene tiempo de organizarse sobre bases liberales, y los ciudadanos, de tomar conciencia de sus derechos y deberes. Marca el paso del absolutismo colonial a la utopía democrática...

—Todos temen que el dictador abuse de su autoridad y que no entregue el poder pasado el peligro que amenaza al Estado...

—No, yo no tenía esa tentación. El cargo de dictador implica una carga demasiado agobiante, una intranquilidad que no le deseo a nadie. Mi preocupación era otra: mi salud, que día a día veía decaer.

—Cuando Santander conoció la carta de Bolivia dijo que era la adecuada. Se opuso cuando supo que tu candidato para la Vicepresidencia no era él sino Sucre.

—Sí. Tal fue la paradoja. Si lo hubiese nombrado, quizá se habría mantenido la unión. Pero los países del sur no respetaban a nadie que no fuera Sucre.

—Hubo otras circunstancias...

—Sí. Santander quería la guerra contra Páez. Al principio accedí. Organicé el ejército y cuando marchaba por Maracaibo todavía estaba convencido de esta acción. Poco después me di cuenta del error. Pacté con Páez y lo nombré autoridad suprema en Venezuela.

—Desde ese día Santander fue tu enemigo.

—Debes darte cuenta de estos otros hechos: Desde mi viaje a Venecia con Carreño yo venía soñando con una confederación continental. En 1826 pensé que mi sueño ya iba a ser realidad. Con la batalla de Ayacucho Colombia se convirtió en la potencia central, capaz de convocar a los demás países: Venezuela, México, Centroamérica, Quito, Perú y el Alto Perú. Por eso Santander debía convocarlos en Panamá. La alianza era poderosa, capaz de enfrentar a la Santa Alianza. Tendría un ejército sufragado por la confederación pero independiente de cada país.

—Pero Santander echó todo a perder invitando, además, a

Estados Unidos, Argentina y Chile quienes no asistieron, pero que le dieron a la convocatoria un carácter panamericano, con el cual ya era imposible configurar un ejército único.

—Deja esto, lo estás tomando muy a pecho. Révérend dice que estás delirando, que el General Páez no ha venido a verte.

LIBER SECUNDUS

VISITA A VIENA

JOSÉ

Recibí carta de Simón, escrita en París. En ella me contaba la muerte de su esposa María Teresa del Toro. Se había casado en España, viajado a Venezuela y vivido allí por cerca de un año dedicado a la administración de sus fincas. Volvió a España sumido en la tristeza; visitó en Bilbao a su suegro, don Bernardo, para entregarle unas joyas y un ramillete bordado, recuerdos de la joven, y, sin plan concreto, se dirigió a París, donde llegó luego de un fatigoso viaje. Su estado de ánimo era deplorable. Por dos semanas estuvo encerrado en un cuartuco de tercer piso, frío, mal amoblado, con las paredes manchadas de salivazos, separado de otras habitaciones igualmente sórdidas por un tabique que dejaba oír los ruidos de amor de las parejas de paso, o los ronquidos de los vagabundos. Estaba obsesionado con la idea de suicidio. Por fortuna, una tarde se animó a hablar con la portera, le entregó un papel escrito y una suma de dinero y le pidió acudir a la redacción de un periódico para colocar un aviso. Era un mensaje dirigido a varios de sus amigos que, según presumía, se encontraban en París. Acudió Mariano Tristán, un aristócrata limeño que había conocido en Bilbao por la época de su matrimonio. Lo encontró con fiebre, le consiguió un médico y lo trasladó a otro hotel. Su ánimo mejoró. Con la ayuda del mismo Tristán se puso en contacto con Martín de Azpetia y otros miembros de la colonia americana. El joven payanés estaba bien instalado; había presentado sus inventos en la Academia Francesa y esperaba ser admitido como miembro regular. Azpeitia lo animó a instalarse en París y le informó de mi paradero, el laboratorio mesmerista del profesor Joseph von Kraus, en Viena, a donde Simón me escribió.

Me apresuré a contestarle. Mi carta también fue larga. Le di el pésame, le conté de mi viaje a Filadelfia, ciudad hermosa y comerciante, y de mis experiencias, primero en una granja y luego en el taller de un impresor. Como aún no pertenecía a ninguna logia, llegué a ese país sin cartas de recomendación y, por lo tanto, el comienzo fue difícil; no tenía acceso a personas influyentes que pudieran ofrecerme oportunidades de trabajo. Me esforcé; aprendí el idioma y las cosas habrían resultado mejor si no hubiese sido por los tropiezos que tuve con la hija menor de un librero, a causa de los cuales tuve que salir de afán, de regreso para Europa. Azpeitia me ayudó cuando llegué a París. El granadino era ya miembro activo de la Escuela de la Sabiduría que funcionaba en la ciudad. Ahora yo estaba convencido de la importancia de afiliarme. Me explicó que la Escuela pertenece a la secta de los Iluminados

Fracmasónicos fundada por Adam Weishaupt, con estatutos tomados de las "Constituciones" de la orden jesuítica y de la "*Monita Privata Societatis Iesu*". La escuela se había extendido por Suecia, Rusia, Dinamarca, Hungría, Francia y Austria. Algunos de sus miembros, según se rumoraba, eran el duque Fernando de Brunswick, Goethe, Herder y Nicolai. Su objeto principal era el establecimiento de la República Democrática Universal: en la sociedad futura, todo estaría regulado por la razón y los hombres se liberarían de sus prejuicios una vez recibiesen la Iluminación... así comencé el arduo camino iniciático mientras me sostenía con el trabajo de traductor.

En este punto quisiera hacer un paréntesis, Sr. Coburg: en la actualidad yo no pertenezco a ninguna compañía o logia. Al final de mi estadía en Viena conocí una copia manuscrita de la tal *Monita*, palabra latina que significa "astucia". Se trata de un panfleto en latín, redactado, según cuentas, por el propio papa negro Claudio Aquaviva, quinto general de la orden, a finales del siglo XVI, como manual secreto de los jesuitas de rango alto. Durante la Guerra de los Treinta Años, el duque Christian de Brunswick-Luneburgo, al ocupar la ciudad de Paderborn, encontró un ejemplar en el colegio jesuita de la ciudad. Permaneció en poder de la familia por varias generaciones hasta que el duque Fernando de Brunswick se lo entregó a su amigo Weishauptel. Instruye a los miembros sobre la manera de adquirir la amistad de príncipes y de personas que, aun no siendo ricas, tengan influencia en la república; de cómo manipular viudas, de cómo atraer a la secta jóvenes de alta alcurnia, de la manera de acallar a aquellos que sean expulsados de la orden... y otros temas similares. Fue tal mi desagrado que me propuse alejarme de todo lo que significara manipulación tendenciosa de personas o instituciones. Encontraba una contradicción: ¿cómo practicar la igualdad, la justicia y respetar la libertad individual a partir de estructuras jerarquizadas y de normas maquiavélicas?

En cuanto a mi trabajo como traductor, vertí al español, entre otras obras, *Atala* y *René* de Chateaubriand para un editor de Barcelona. Estos trabajos eran esporádicos y mal pagados, mi situación no era holgada, pero yo me hacía la ilusión de que al avanzar en la logia todo cambiaría.

El corregidor Azpeitia y Tenorio, allá en Popayán, había aceptado al fin la vocación científica de su hijo Martín, y, le enviaba fondos cuando se presentaba la ocasión. Con ellos Martín avanzó en sus estudios y pudo codearse con personas influyentes. Trabajaba como ayudante de un físico. Al ver sus progresos me sentí de nuevo atraído por la ciencia y busqué oportunidades en este campo.

Pronto me di cuenta que no iba a ser fácil, sobre todo si uno no tenía dinero para pagar por la instrucción recibida. Fue entonces cuando Azpeitia, a través de un hermano masón, se enteró que el profesor Kraus de Viena, también vinculado a la secta, estaba interesado en tomar a su servicio un emigrante que no demandara demasiado salario. Se hicieron los contactos y viajé a Viena por el camino de Insbruck. El viaje fue lento porque me detuve en varios lugares para aprender alemán. Llegué a Viena, ahora sí provisto de cartas elogiosas, pero su efecto inmediato fue mínimo porque Kraus, quien en la correspondencia no había manifestado objeciones, se lamentó de la pobreza de mi alemán. En cambio de ser su ayudante, tendría que contentarme con asear el gabinete y efectuar labores menores por un salario miserable. Me prometió mejorar las condiciones en la medida en que mejorara mi conocimiento de la lengua. Acepté porque no tenía otra alternativa. Las cartas me sirvieron, sin embargo, para ser, meses después, aceptado en la Escuela de la Sabiduría de Viena.

El estudio de Kraus estaba localizado en el segundo piso del No. 19 de la calle Bergasse, cerca del distrito central de Viena. Allí me permitían dormir bajo la escalera una vez terminadas las labores del día. Kraus había sido discípulo de dos figuras importantes en París: Franz Anton Mesmer y Jean Jacques Paulet. El primero, con la utilización de imanes y la imposición de manos controlaba el magnetismo y sumía a los pacientes en la hipnosis. Como sus métodos fueron condenados por la Academia de Medicina, se trasladó a Meersburg donde continuaba con los experimentos. Paulet trabajaba también con los métodos mesmeristas. Escribió *L'Antimagnétisme*, el protocolo de la "Séance" ideal. El método consiste en mirar con fijeza al paciente y, con las espaldas hacia el Norte, hacerle pases sobre las costillas y el estómago.

Kraus había modificado los sistemas de sus maestros: colocaba a los pacientes en cadena, o los sentaba en círculo alrededor del "baquet", un barril con agua magnetizada, en cuyo fondo se introducen unas barras de hierro. A los pocos días de mi llegada presencié una curación sorprendente: un militar de la corte imperial se había estropeado un muslo y lo tenía casi seco cuando Kraus se lo electrizó, restableciéndoselo en pocas semanas. Vi cómo hacía pasar a voluntad la electricidad de una mano a otra, o por la pierna, con lo cual se logra la dilatación de los vasos y, por lo tanto, la curación de enfermedades. Kraus trabajaba, además, en el diseño de una máquina compuesta de relojes y ruedas, que tenía por objeto medir la hipotenusa de un terreno desigual. Con ella se facilita el trabajo de los geómetras en el levantamiento de planos, y en la medición del verdadero tamaño del planeta.

Con el paso de los meses mejoró mi alemán y llegué a ser su ayudante de confianza. Además de atender a los pacientes, colaboraba en experimentos con plantas y animales y redactaba protocolos e informes en francés, inglés o alemán para las academias europeas o para colegas. Mi maestro pensaba que el alma es material y que podía llegarse a ella por la electricidad. Creía en la existencia de poderes invisibles, que él esperaba manejar a voluntad con sus aparatos.

Al saber de Simón yo estaba tan entusiasmado con mi trabajo que no vacilé en invitarlo a Viena. Poco después llegó una segunda carta. Ahora frecuentaba la Quinta de los Tristán, situada en Vaugirard. Mariano era un hombre maduro. Teresa, su esposa, joven y bella. En la carta Simón me hablaba con tal fogosidad de Teresa que me di cuenta que su relación tomaba un giro íntimo, y por un momento perdí la esperanza de que viniese a visitarme. Me decía que cabalgaban o paseaban en carroza, asistían al teatro o a los salones y ella lo presentaba en los círculos aristocráticos de París...

Seis semanas más tarde Simón llegó a Viena sin previo aviso. Alquiló caballos y contrató guías para acelerar la marcha. Estaba ojeroso y pálido; me pareció más alto y usaba patillas y bigote; era presa de la neurastenia. ¿Qué había sucedido? No quiso hablar. Pensé que se había excedido con la esposa de su amigo, teniendo que salir de improviso.

Su estado físico empeoró. Quería morir. Deliraba. En sus delirios hablaba de Teresa y yo no sabía si se refería a la Tristán o a su esposa muerta. Me puse nervioso y acudí a Kraus, quien me recomendó un médico amigo suyo, el Dr. Ernesto Rinna. Al comienzo pensó en una enfermedad tropical. Luego Rinna llegó a la conclusión de que el problema físico no era de cuidado... todo radicaba en su mente.

—Es importante que encuentre un motivo para vivir. Debe divertirse, hacer ejercicio moderado. Lléveselo a Kraus, él lo terminará de aliviar.

Mi tarea consistió en hablarle: le recordaba nuestros diálogos en Caracas y la travesía en el Idelfonso. Retomaríamos viejos proyectos e iniciaríamos otros: viajes por Europa, estudio de lenguas, de magnetismo, química, física, astronomía, botánica, y, por qué no, música. Ya habría tiempo también para los placeres. Le hablé de mis experiencias con Kraus. Poco a poco aceptó mis sugerencias, menos una: por nada del mundo se sometería al tratamiento mesmerista.

SIMÓN

—...Quinta de la Magdalena, Lima. Jornadas de trabajo con Santa Cruz y los ministros Unanue y Pando. Vienen Miller, Lara, Plaza, Leal, el teniente Navas...

—Más interesantes las paradas militares. El batallón Vargas a la cabeza, lo cual mortifica a los peruanos. ¿Qué hacer? Vargas es el más antiguo y el más glorioso...

—Montas a Palomo. Levantas el pecho, luces un sombrero de plumas; casaca azul con botonadura de oro.

—Rifles y Voltígeros presentan homenaje a nuestras banderas.

—Y a tu persona.

—Tocan fajina... el cielo es azul.

JOSÉ

El Wiener Wald, cruzado por riachuelos que descienden hacia el Danubio, se levanta al suroeste de Viena. Cerca, junto al Schewechat, está Baden, ciudad famosa por sus aguas termales desde la época de los romanos. La región me la habían ponderado por sus paisajes, por la hospitalidad de sus gentes y por las propiedades curativas de los baños. Cuando Simón estuvo en condiciones de viajar nos trasladamos allí en busca de reposo.

En las posadas rurales sirven carpas del Danubio en salsa agridulce, "knodelns" asopado con base en albóndigas de hígado y exquisitas salchichas Debricin, que se acompañan con el Hundling, un vinillo suave, o el slibowitz, un aguardiente de fuerte aroma. Por los caminos encontrábamos muchachos en grupo, piaras de cerdos, gansos junto a los arroyos. Nos hospedamos en la Höldrichsmühle, una vieja posada, no lejos del convento cisterciense de Heiligenkreuz. Desde nuestras habitaciones escuchábamos el toque de campanas. Al atardecer íbamos acompañados por un criado a cazar liebres por los bosques de abedules del valle de Helennthal. Todo esto divertía a Simón. En las tardes asistíamos al jolgorio de los campesinos en las tabernas, cuyas puertas y ventanas adornaban con ramas de abeto. Había canciones a coro hasta entrada la noche y cerveza en jarros de vidrio.

El baño termal estaba cubierto de tablas y, aunque no muy limpio, bien dispuesto, pues había cuatro chorros que corrían continuamente. El agua oscura, muy caliente, tenía un sabor salobre. Nos estábamos ahí hasta una hora, gozándola; después, a la cama. En pocos días Simón recuperó su entusiasmo: En una casa vecina vivía una muchacha, Lise, guapa, pero ligera de cascos. Simón se interesó por ella. La espiaba desde la ventana, la devoraba en silencio con los ojos. Ella le sonreía. Yo temí que Lise se burlase

de Simón, por ser extranjero, por no hablar el idioma y por sus modales refinados. Estaba seguro que prefería a los mozos campesinos. Pero una mañana entablaron relaciones y luego me di cuenta que él la había introducido en su habitación.

Hablábamos largamente. Él había gozado de independencia desde niño y crecido rodeado de naturaleza virgen, de seres y objetos nobles. Otros, en condiciones similares, fueron echados a perder por maestros que solo buscan atiborrar a sus alumnos con conocimientos inútiles. Simón se había librado de ese peligro. Ahora era el momento de pensar en una profesión. Le decía también que por razón de su cuna elevada podía ver, de un solo golpe, los senderos de la vida y, así, escoger el más adecuado. Los demás teníamos que luchar solos para encontrar, no ya el sendero del éxito, sino el de la mera subsistencia...

SIMÓN

—Bien; va siendo hora del balance.

—¿Para qué quieres someterme a otro tormento?

—No temas, no será prolongado. ¿Recuerdas las correrías con el maestro Carreño por los valles del Danubio y Chambéry?

—Por aquella época creía en la felicidad.

—Luego, en el monte Sacro de Roma, con la ciudad de los césares a tus pies, pensaste que habías venido al mundo para transformarlo.

—Fueron momentos cruciales de mi vida...

—Habrías seguido con esa arrogancia a no ser... ¿Cuándo escupiste sangre por primera vez?

—No podría precisarlo; fue un golpe duro. Sacaba el pañuelo de colores, lo extendía en la palma de la mano, escupía y luego examinaba el esputo. Luego doblaba el pañuelo y lo guardaba en el bolsillo.

—Con aquellas primeras manchas pensaste que la enfermedad no te mataría... La arrogancia era el escudo contra la adversidad; te protegía: Tu reacción fue de soberbia la noche septembrina, la más negra de tu vida.

—¡Qué va! Ya no me alcanzaban las fuerzas para tanto. Proclamé un perdón general...

—Perdonar es la forma más perversa de la soberbia: te subió fiebre, escupiste sangre, te aquejó el vómito. Después saliste humillado de Santa Fe de Bogotá.

—Ese comportamiento animó a mis enemigos. Redoblaron sus ataques.

—Primero juventud y arrogancia. Luego descenso, decrepitud.

Ahora que eres un puñado de grandeza nauseabunda, ¿crees que tu vida ha tenido sentido?

—La vida tenía sentido cuando la conciencia nacía. Cuando creció, creció el sufrimiento. El mayor sufrimiento no es la enfermedad y la muerte; es la conciencia de que el mundo y la lucha no tienen sentido...

—Y si no tienen sentido, ¿qué importa morir antes o después?

MARÍA TERESA

Lunes, 26 de agosto de 1802.

¡Todo ha sucedido tan de prisa! ¿Qué hace que estábamos en Madrid? ¡San Mateo es tan diferente!

Simón me dice que ya me acostumbraré.

EL AUTOR

De manera discreta, el ministro Canning decidió llamar a ciertos notables para estudiar la situación: estrategas del ejército, expertos diplomáticos, comerciantes, mineros con intereses en América y hombres de letras. Pensó, en primer lugar, en Sir Walter Coburg, su antiguo profesor de historia en Oxford quien, retirado de la función académica, se desempeñaba como consejero del Chancelor de la Universidad. Coburg podía reunir información y analizar el carácter de Bolívar.

El encargo entusiasmó a Coburg quien, de hecho, se había interesado en la América del Sur y acariciaba el proyecto de escribir un libro sobre la región. Cuando se consolidara la política le solicitaría a Canning, su brillante alumno, un puesto diplomático bien remunerado. El servicio que este le pedía ahora le garantizaba la viabilidad de sus sueños.

Aceptó. Repasó notas, archivos, fuentes bibliográficas. Estudió documentos confidenciales. Y pronto se puso en la pista de un tal José Carreño, oriundo de Caracas, que había sido maestro y amigo de andanzas de Bolívar y quien ahora, pobremente, subsistía con su trabajo de instructor de lengua española en un oscuro instituto de enseñanza en París.

JOSÉ

Íbamos a pie, sin afán, gozando del clima y del paisaje. A veces los campesinos nos ofrecían vino; se interesaban por nuestro origen y algunos nos enseñaron en sus casas los cristales rotos y los perdigones alojados en la madera, recuerdos de antiguas batallas, cuyos detalles recordaban con orgullo.

Desde una colina rodeada por un bosque de hayas apreciamos los villorios, viñedos, perales, manzanares y campos de trigo. Los labradores acudían a coger las mieses y preparar la tierra. Las casas brillaban bajo el sol, con sus portones y sus viejos patios. Alguna iglesia gótica sobresalía sobre las demás construcciones.

Simón me puso al corriente de sus asuntos: al llegar recién casado a Venezuela, separó del cargo al tío que venía oficiando de curador. Ya era mayor de edad. Ahora nadie debía sentirse autorizado para orientar su destino. Visitó las haciendas, las recorrió potrero a potrero, sembrado a sembrado, se enteró de las labores, enfrentó problemas como los malos caminos, la falta de barcos para exportar el cacao y la escasez de moneda. Cuando murió la esposa y decidió partir nuevamente para Europa, nombró como apoderado a Juan Vicente, su hermano mayor, quien no le pediría cuentas por sus gastos.

Estaba preocupado por su futuro. Le atraía la milicia: ya se había iniciado en ella; ostentaba el grado de subteniente, se sentía a gusto con uniforme de gala, sabía cabalgar como un llanero o como un aristócrata. Se preocupaba por la política y la guerra, conocía de tropas, estrategias, armamentos, tratados, alianzas. Solo veía un impedimento: era la profesión que le habían fijado desde niño, y este hecho lo llenaba de soberbia. Quería decidirse por sí mismo. Quería sentirse amo y dueño de su destino.

Yo le propuse la ciencia y le ofrecí presentarlo a mis amigos en Viena. Siempre sería fácil encontrar algún profesor dispuesto a recibirlo como aprendiz, sobre todo si se trataba de un joven rico que pagara por su instrucción. Me lo imaginé, luego de su aprendizaje, instalado en una calle prestigiosa de Viena, no lejos de la universidad, donde dictaría conferencias. Iría a Londres y París, Berlín o Roma. Fascinaría a la alta sociedad con sus lecciones de química y sus experimentos brillantes. En su estudio, de barba y bata blanca, rodeado de instrumentos, recibiría jóvenes deseosos de aprovechar sus enseñanzas. Podría casarse con una bella de la nobleza local. No faltarían los malos olores de laboratorio, manchas indelebles y quemaduras, pero su nombre rodaría en revistas científicas por las academias. ¡Simón Bolívar, el inventor de la bombilla eléctrica! O, por qué no, ¡el descubridor del Bolívar! (un nuevo gas para los vuelos en globo).

Oía mis comentarios y sonreía. Pasamos horas memorables en aquellas posadas bebiendo el vino local, soñando y chanceando. Pero una tarde cortó el hilo de mis fantasías científicas: me recordó que era la segunda oportunidad que yo le insistía con lo de la ciencia. La primera había sido en el Ildefonso, oyendo hablar a Martín de Azpeitia. Ya estaba harto.

—¿Y qué tal la agricultura y el comercio?

Sus haciendas se podían mejorar con los avances de la tecnología. Fijaría su residencia en Nueva York, donde se respeta a los comerciantes, porque con sus votos todo lo deciden... y entonces imaginamos una vasta operación de intercambio comercial por el Caribe, América del Norte y Europa.

—Es necesario acabar con los piratas.

—Solo se requiere acabar con los monopolios. La libre navegación, el libre comercio es el mejor vehículo para difundir la civilización y el progreso.

—¿Y los esclavos?

—¡Lo primero es terminar con esa lacra de la humanidad!

—Sí, pero ¿de dónde obtener los fondos para pagar salarios justos?

Otro día, por broma, le hablé de hacerse eclesiástico. No un curita de aldea sino prelado de medias de seda violeta y gran anillo al dedo:

—¡Simón Bolívar, obispo de Caracas!

Reímos a carcajadas. Ya serio, me manifestó su aversión, aunque reconoció que los obispos bien pueden hacerse defensores de los menos favorecidos. Le hablé también de la abogacía: estamos en el siglo de las leyes; nacen las repúblicas y a cada paso es necesario redactar una constitución, reglamentar un derecho...

Una tarde conocimos a un joven arqueólogo de paso por la región. Había vendido una propiedad familiar para irse a Siracusa a hacer excavaciones. Nos habló con orgullo de su hallazgo: un busto de Tiberio joven que ahora se exhibía en una galería de Berlín. Este encuentro motivó en Simón curiosidad por las culturas antiguas. Me solicitó textos y se propuso un programa de lecturas. Había frecuentado los libros desde niño, pero creo que aquel incidente marcó el comienzo de una verdadera obsesión. Quiso aprender las técnicas básicas de la arqueología y visitar ruinas importantes, como las de México, donde había visto pirámides imponentes, adornadas con signos misteriosos. ¿Qué secretos guardan? Y así, entre el comercio, el derecho, las armas, la latinidad y la arqueología pasamos aquellos días en la región de Baden. Luego regresamos a Viena.

SIMON

—Cuando llegué a la cumbre de los Andes y a la cima de mi carrera militar, de repente vi abrirse el vórtice de los abismos.

—¿Cómo sortearlo con dignidad?

—Si algo me queda por aprender es el arte de morir. ¡Qué

ironía! Estoy más apegado a la vida que cuando era joven y me lanzaba confiado al centro de la batalla. Me parecía que la libertad de la patria era más valiosa que mi vida. Ahora creo que todo sacrificio ha sido vano. Tantas muertes heroicas no han evitado que la patria caiga en una esclavitud oprobiosa: la de los caciques regionales, la de las pasiones desenfrenadas, la del individualismo ciego.

—Carreño abominaba la guerra, las armas, perdía el control con solo ver un poco de sangre: era tímido y cobarde. Insistía en "educarte" aunque ya tú podías caminar por ti mismo. Si abandonaba su papel de maestro perdía su seguridad. Por eso insistía. Quiso hacer de ti un artista puro o un científico destacado. Te fastidiaste con esa autoridad gratuita que venía abrogándose. Se lo dijiste con dureza durante el trayecto de Baden a Viena. Por unos días no te dirigió la palabra. Durante el viaje por Francia e Italia volvió con su canaleta. En Florencia explotaste: ni arte, ni comercio, ni ciencia: ¡Guerra!

—Tienes buena memoria. Poco después juré libertar la Patria.

—¿Y si Carreño no hubiese sido tan insistente?

—No sería científico, pero probablemente sí artista, ¡esa forma magnífica de mentir!

—Habrías adquirido sabiduría, es decir, esa paz interior que ahora echas de menos. Estar solo y ser feliz estándolo. Y en cambio de ofrecerle a la humanidad esa jaula de perros rabiosos en que se ha convertido la patria, le ofrecerías una vía de serenidad estética, un espejo en el cual cada quien pudiera mirarse ... pero ya es tarde.

—Dudo que el artista logre lo que tú llamas "la sabiduría" y la "serenidad estética". La lucha del artista también es cruenta; vive aquejado por la duda y el objeto de su existencia puede extraviársele en cualquier encrucijada... Si insistes en el paralelo, puedo consolarme pensando que el arte puro carece de objetivo. Se agota en sí mismo. Igual me sucedió respecto de la guerra: en la mitad de la lucha se me desvanecieron los propósitos y perdí los objetivos...

JOSÉ

Yo sentía la responsabilidad de continuar con la educación de Simón. De hecho, esa ha sido la única manera de relacionarme con él; él, en cambio, me ha tratado siempre como a un amigo, cosa que a veces me incomoda, porque mi pobreza consuetudinaria me impedía corresponderle las atenciones y derroches en los que me veía involucrado.

Había llegado a ciertas convicciones: hay una educación para lo

físico, es decir, para mantener y mejorar la salud; otra para la opinión, para enriquecer la conversación y sentirnos ubicados intelectualmente en el mundo; otra para el comportamiento, no solo para el buen vestir, para la mesa y el amor, sino también para discernir entre lo bueno y lo malo; y, finalmente, una cuarta, que las comprende a todas, para lo estético, el gusto y la belleza. La educación estética busca armonizar el todo de nuestras fuerzas sensibles y espirituales, de tal manera que actuemos siempre con libertad, pero, al mismo tiempo, con respeto de las leyes de la naturaleza y el espíritu.

Me propuse, pues, seguir este programa con mi pupilo, sin asustarlo con planteamientos teóricos. En nuestro trato diario iría sembrando la semilla. El primer paso sería ubicarlo en Viena y ayudarlo a superar la neurastenia.

Por fortuna, la arquitectura y el ambiente festivo de la ciudad lo cautivaron. La recorríamos en fiacres de alquiler, o a pie, admirando monumentos, parques, avenidas y castillos. Notaba los contrastes entre los palacetes italianos y las casonas alemanas más antiguas. El burg Greinfeinstein nos atraía por su situación privilegiada sobre el Danubio. Vagábamos por el viejo casco, por callejas como la de Grunanger, la Seilerstatte, la Gentzgasse, la Annagasse y descubríamos lugares que yo desconocía, a pesar de llevar un buen tiempo en la ciudad: el despacho de la cervecería Mur, la caverna del Cangrejo, la hostería "El lobo que predica a los gansos", el café Bogner, la "Corona de Hungría", el "Áncora verde", la "Perdiz de oro"... Caminábamos por el Bastión y frente al Ayuntamiento. Un teatro recién inaugurado nos atraía por su platea suntuosa y los palcos decorados con azul marino. Allí asistió Simón por primera vez a una representación de *La flauta mágica* de Mozart.

Yo vivía en una buhardilla en el Gundelhof, cerca del mercado de Bauern. Allí alojé por un tiempo a mi amigo, pero este, sorprendido por la forma estrecha como vivía, me invitó a buscar un lugar más adecuado. Yo me hacía la ilusión de que Simón pronto se decidiría por alguna profesión y que, en Viena, iría a encontrar los mejores profesores. La primera etapa sería el aprendizaje del alemán. Por eso pensaba que su estadía iba a ser prolongada.

Acudí entonces a un granadino, Luis Urrego, a quien había conocido en la logia. Perfectamente integrado a la vida de Viena, se desempeñaba como contador de la familia Rusumowsky y se movía en círculos encopetados. Fue él quien nos puso en contacto con el propietario de una casa amoblada en Himmelpfortgrund. Es un barrio de aspecto campestre. Detrás de las casas están los viñedos del famoso vino Schilncher. A lo lejos se divisan los bosques de Viena y los montes Kahlenberg y Leopolberg. Hay vendedores

ambulantes, lavanderas, predicadores, arpistas o violinistas que tocan en las esquinas o que ofrecen amenizar bailes.

La construcción era de un piso. Tenía una fuentecilla de piedra en el jardín. Los muebles de nogal lucían incrustaciones de nácar y las sillas, una lira en los espaldares; había porcelanas de Viena y de Bohemia y retratos en miniatura de Daffinger. Labores de crochet cubrían las mesas y los cojines. No faltaba el reloj de alabastro negro y el piano Streicher, de madera de cerezo, aunque no bien afinado.

Este ambiente le gustó tanto a Simón que, sin reparar en gastos, alquiló la casa y contrató una ama de llaves y un sirviente. Me invitó a vivir allí con él. Luego me solicitó acompañarlo a las mejores tiendas para comprarse pelucas, botas, casacas, pantalones de moda y un buen surtido de productos de perfumería. Me hizo averiguar por el mejor profesor de baile, con quien contrató lecciones privadas.

MARÍA TERESA

Martes, 27 de agosto.

Ha hecho calor desde el amanecer. Al medio día, por fin, me decidí a ir con las esclavas al laguito. Me habían hablado de la frescura de sus aguas desde que llegamos. No está retirado de la casa. En una bolsa preparé la túnica de baño, una sábana, peines y jabón. Desde cierta distancia se ven las aguas brillando con un color azul sólido. Al llegar, Matea se quedó bajo los almendros mientras Hipólita me ayudaba a cambiar mis ropas; luego me acompañó hasta la orilla, dispuesta a sumergirse conmigo. Allí volví a fijarme en el color del agua; ahora se veía el fondo tapizado de guijarros azules y bien podía darme cuenta que no había peligro: ni ramas, ni hojas podridas, ni fango, ni insectos; pero más allá, cerca de la otra orilla, la profundidad debe ser mucha porque el color es verde oscuro.

A Hipólita las piedras agudas no le hieren los pies. En cambio, a mí me arrancan expresiones de dolor. Tengo que apoyarme en ella. Es muy valiente. Estoy segura que jamás ha llorado.

Matea llevó una olla de hierro. Encendió una hoguera e hirvió plátanos. Luego los comimos con los dedos. Fue divertido. Pero sentí asco cuando me contó que los negros comen carne de iguana con yucas. Más tarde me recosté bajo un almendro, sobre la sábana. Todo estaba silencioso. Me quedé mirando las sombras de los árboles sobre el agua no sé por cuanto tiempo.

Por la noche estuve ansiosa por contarle mis experiencias a Simón. Pero llegó tarde y no me preguntó dónde he estado ni qué

he hecho durante el día.

JOSÉ

¿Cómo transformar una sociedad regida por privilegios de clase y fanatismos religiosos en otra organizada bajo principios de igualdad, justicia y progreso?

¿Podían efectuarse los cambios desde la altura del poder, o tendrían que surgir desde la base, con dirigentes populares que incitaran a la revuelta?

El caso austríaco valía la pena estudiarse. El país había sufrido reformas importantes en las últimas décadas. El artífice más destacado fue, sin duda, el propio emperador José II, quien permaneció en el poder por un cuarto de siglo, hasta su muerte. Más de diez años después, por la época de la visita de Simón, la opinión pública todavía se enardecía cuando se recordaba aquel programa de gobierno. José II se creía filósofo. Mantuvo correspondencia con figuras prominentes de las letras francesas. Su propósito fue hacer reinar la razón en aquella sociedad tradicional. Sus reformas habrían parecido escandalosas aun en Estados Unidos: garantizó la libertad de cultos y legisló sobre asuntos de liturgia, puso a los seminarios bajo la jurisdicción de las universidades, suprimió las órdenes contemplativas y mendicantes y sus miembros regresaron al seno de sus familias y recibieron una pensión temporal. Se propuso abolir la servidumbre, darle tierras al pueblo, acabar con los privilegios de los jefes locales. Prohibió la tortura, aunque mantuvo el apaleo y la confiscación cuando él mismo lo determinaba. No permitía que sus criados se arrodillaran ante su presencia, recibía en persona a la gente ordinaria, trabajaba con regularidad, dormía en un colchón de hojas de mazorca envuelto en una piel de ciervo, para demostrar su rechazo al lujo. El arte adquirió importancia bajo su gobierno, pues el Burgtheater fue elevado a la categoría de teatro nacional y su administración se le entregó a los propios actores. Expresó en público su aprecio por Mozart y lo comparó con Klopstok. Austria no parecía preparada para tales reformas; los jesuitas se opusieron y la tensión social conmocionaba el país. Pero las noticias que venían del exterior mostraban que los aires de renovación soplaban por doquier.

En Viena reinaba la fastuosidad. Aunque las calles eran estrechas y estaban llenas de polvo o charcas, en sus costados se construían imponentes edificios de estilo veneciano, dirigidos por arquitectos famosos. Se hablaba del lujo de las fiestas de los Esterhazy y los Rusumowsky. La mesa diaria de Francisco II, el emperador de entonces, costaba una fortuna. Cundía por los salones la moda del

cuadro animado con connotaciones políticas y se burlaban de los reyes franceses representando a Luis XIV a los pies de Madame de La Vallíere. En estas veladas se relajaban las costumbres de la vieja clase dirigente. En una ocasión, un príncipe ruso y una dama vienesa intercambiaron sus ropas íntimas. En otra, una princesa bailó vestida de boyarda. En la feria de Santa Brígida se mezclaban con el pueblo muchos nobles que vestían trajes populares. Era famosa una condesa que gustaba disfrazarse para sorprender a sus invitados. Aparecía de campesina, de paje o de mucama en las recámaras de sus huéspedes masculinos para luego entregárseles de manera festiva.

Estaban de moda Goethe, Byron, Rousseau, Kant. Se leía a Homero, Plutarco, Skakespeare, Epicteto en ediciones de lujo. También a Utz, Matthisson, Hölty, Kosegarten, Schubart, Herder, Ossian, Stolberg, Schleger, Köorner, Claudius, Schiller, Rückert, Uhland, Heine... Klopstock se recitaba en público. Se hablaba de un predicador protestante, Schleiermacker, que revolucionaba los estudios religiosos. Las tesis de Adam Smith se discutían en los cafés: "El ingreso de la persona no es el dinero que se le paga, sino lo que puede comprar con él". Simón adquirió libros traducidos al francés de Juan Gandencio Salis-Seewis, Cristóbal Augusto Tiedge y Cristian Gellert. De Schiller recitábamos el Himno a la Alegría.

Viena, al igual que otras capitales europeas, organizaba museos siguiendo los modelos del British Museum y el Louvre. Al principio habían sido palacios para el goce de los nobles, pero Napoleón abrió sus puertas para hacerlos democráticos. Con su auge nacía una nueva profesión: la de crítico de arte. Los textos de La Font de Saint Yanne y Diderot eran ahora imitados en Austria.

El museo militar de Viena encantó a Simón. Allí se exhibían reproducciones en cera de los príncipes de la casa de Austria, armamentos, el trofeo de Godofredo de Bouillon, su cota de malla, su escudo y el chambergo escarlata que llevó a Jerusalén. También las reliquias de Gustavo Adolfo.

Había conciertos públicos en Augarten y en los jardines del palacio de Auspergen los martes y jueves de seis a ocho. Los elegantes asistían con sombrero de copa bajo el brazo y las bellas con sombrilla de colores. Encontrábamos profusión de pañuelos de seda, corsés almidonados, pelucas, pantalones de estambre, levitas de colores, polvos de maquillaje. Las quinceañeras ofrecían naranjas o claveles entre las mesas de los cafés. Por sus atuendos típicos, uno reconocía las nacionalidades: Había austríacos, cosacos, húngaros, turcos, polacos, calmucos. Gozábamos de la ventaja más agradable de los países libres: nadie se interesa por el origen y el destino de los forasteros.

Los músicos ambulantes interpretaban melodías gitanas o napolitanas en las plazoletas. Había saltimbanquis, compañías de cómicos y organilleros. En el Graben pululaban las putas, los desocupados y los policías. De repente pasaba un príncipe extranjero o una monja, y, por supuesto, no faltaban los atracadores y los limosneros.

El Prater era el centro de diversiones. Las gentes se movían lentas, en parejas o pequeños grupos y entraban y salían de los cafés. Pasaban carrozas guiadas por cocheros de librea y lacayos engreídos. Los jinetes de frac y sombrero de copa se agolpaban en las orillas de las avenidas. Asistíamos al teatro y a bailes públicos y, al volver a casa, hacia las 10 u 11, tomábamos helado en Graben.

Había un campo militar decorado con columnas y estatuas cerca del Ball Platz. Simón gustaba presenciar allí los ejercicios de la guardia del Emperador. Varias veces tuvimos la suerte de verlo con su familia. Los coches tachonados de oro avanzaban por las avenidas, suspendiendo por unos minutos la circulación de wiskys, fiacres, cabriolés y demás vehículos. El espectáculo era deslumbrante: caballos blanquísimos y altos, organizados en tiros de cuatro o seis, halaban los coches reales. Es un recuerdo que Simón no ha olvidado: estos caballos pertenecían a la escuela de equitación española, fundada por el Duque de Alba luego de la liberación de Viena del asedio de los turcos, acción en la cual participó Garcilaso, hace cerca de trescientos años...

A propósito de Garcilaso, en nuestros paseos por el Prater, Lusgarten, Dorubach y en las comidas campestres que celebramos por las orillas del Danubio, le leía a Simón y a nuestros ocasionales acompañantes algunos de sus versos, alusivos al agua corriente y clara del Danubio, o a los prados de sus riveras...

Pero los tiempos no eran los mejores. La crisis económica afectaba el país. Francisco II preparaba un decreto para confiscar joyas y enseres de plata de sus súbditos a cambio de papel moneda. Se temía un período de hambruna porque los cosecheros anunciaban pocos rendimientos. Las guerras napoleónicas hacían cundir el pesimismo. Faltaban productos esenciales por quiebra de las fábricas. La sífilis era una epidemia. Crecía el índice de libros prohibidos, los periódicos se cerraban y el nivel de la educación daba grima. Pero los más pudientes no parecían afectados; gastaban a manos llenas y el jolgorio no tenía final.

EL AUTOR

Al caer la noche, a la entrada del "Institute Babel" en la rue Lesdiguiérs, no lejos de la Opera de París, el sorprendido Carreño

escucha a un caballero desconocido, quien, con fuerte acento extranjero, le suelta a quemarropa la sugerencia de cenar con él en el bistró de la esquina, para comunicarle un mensaje importante. Carreño pronto se recupera de la sorpresa. Los exilados americanos, en ocasiones, recibían extraños mensajeros portadores de noticias de la gesta americana.

En el pequeño establecimiento, atiborrado de estudiantes, el agente le informa a Carreño sobre la invitación que le hace Sir Walter Coburg para trasladarse a Oxford. Lo pone en antecedentes y le ofrece una verdad a medias. Coburg prepara un libro sobre la historia de las luchas independentistas en la América del Sur y dispone de una ayuda económica de la universidad. Se trata de un proyecto académico. El profesor Coburg tiene interés en conocer el carácter de Bolívar y sus años de formación. Nada le dice sobre política internacional ni sobre las inquietudes del ministro Canning. ¿Cómo es el caudillo?, ¿cuáles sus estudios?, ¿sus experiencias de juventud?, ¿sus ideas?, ¿qué autores ha leído? Carreño hacía cerca de veinte años que no veía personalmente a Bolívar, pero ¿quién mejor que él para despejar ciertas inquietudes habiendo sido su maestro, tutor, amigo y confidente?

SIMÓN

—En la sociedad y en el ejército, quien tiene el mando debe mostrarse superior. Es el modo de establecer un prestigio duradero.

—¿¡Superior!?

—Sí. Toda sociedad requiere individuos superiores. Por muchos años creí en la igualdad. Pensaba que la educación general era el fundamento de la sociedad del futuro. Pero he llegado a creer lo contrario. Ella solo produce mediocres. Es necesario, y te lo digo aquí, en confianza, sin que me oigan los demócratas, establecer sistemas de educación para seres superiores; educación estética, como decía mi maestro Carreño. Es necesario concentrarse en un único individuo para lograr la mezcla adecuada de elementos. El educador debe descubrir los instintos del futuro director, para fortalecerlos o debilitarlos, de acuerdo con las necesidades de cada sociedad.

—Corres el riesgo de formar monstruos. ¿Qué conocimientos le otorgarías a ese héroe ideal?

—Nada importa la acumulación de conocimientos. Lo esencial es el autocontrol. Ser jefe significa, primero y ante todo, ser el amo del propio yo.

—Me parecía que el héroe que añorabas estaba calcado de José II o de Napoleón.

—Yo no tenía nada que ver con tales personajes. La gloria del verdadero héroe no está en sus logros militares o políticos sino en el estado de su alma. El verdadero héroe vive incomunicado, protegido por la dignidad de su rango.

—¡Idea peregrina! Esto que dices ahora es lo contrario de lo que siempre dijiste.

—Ya verás. El verdadero héroe es una especie de obra de arte que brilla por sí misma, un signo de libertad y liberación, un producto que ya no responde a ningún plan, a ningún objetivo, porque todos los ha conquistado.

—Deliras con la grandeza, Simón, pero has olvidado la miseria en que te encuentras. ¿Recuerdas que en Guaduas le escribiste a tu apoderado en Caracas con instrucciones de que vendiese lo que queda de tus posesiones, con el fin de no verte en la mendicidad? ¿Acaso no te das cuenta que ni siquiera has recibido respuesta de aquella solicitud?

—¿Mis posesiones? ¡Qué carajos!... a propósito, *El Contrato Social* de Rousseau y *El arte militar* de Montecuculi son para la biblioteca de la Universidad de Caracas. Y que conste que estos volúmenes pertenecieron a Napoleón.

JOSÉ

A poco de la llegada de Simón a Viena, y conociendo lo importante de estar vinculado con los masones, me propuse presentarlo en la logia. En la Escuela de la Sabiduría que allí funcionaba, nuestro compatriota Urrego había ascendido al grado treinta, luego de años de disciplina. El profesor Kraus, como he dicho, también pertenecía, pero siempre se negó a tratar del tema conmigo. Urrego era de natural generoso. Vivía para su trabajo de contador y para la sabiduría masónica. Le hablé de Simón. Complacido arregló una reunión con dos dignatarios de alto rango en una de las sedes, que funcionaba en las catacumbas. Guiados por Urrego entramos por una puerta discreta en Sonnefelsgasse, distinguida apenas por un pequeño aviso que habría pasado inadvertido para cualquiera: "Zooölf Aposste Keller". Descendimos por escaleras de piedra con santuarios y signos herméticos en las paredes. Nos alumbramos con lámparas de aceite. Yo estaba emocionado; era la primera vez que venía a este lugar, pues las reuniones a las que había asistido se celebraban en casas de miembros adinerados. Sabía que bajo la ciudad existen catacumbas que datan de la época del Imperio Romano. En la propia Catedral de San Esteban, al lado izquierdo, junto al altar mayor, hay un portón antiguo que permanece cerrado; es otra de las entradas a los

subterráneos. Recordé la noticia que circuló en Caracas, de que en alguna capital del Viejo Mundo existía el santuario secreto donde reposan los textos originales, es decir, los textos que contienen las claves. ¿Sería Viena aquella fabulosa ciudad? Las escaleras ¿llevan por pasajes retorcidos al santuario que solo visitan los miembros avanzados? ¿Pertenecía Kraus a este selecto grupo? ¿Era esta la causa por la cual se mostraba reservado respecto de los temas masónicos?

En un primer recinto Luis vistió una túnica ritual, y luego seguimos hasta una sala espaciosa, cuya bóveda, en arcadas, se perdía en las tinieblas. Uno podía adivinar pasillos que se abrían a otras salas, a otros recintos y a más pasillos, en una red sin fin. ¿Quién poseía el conocimiento del negro laberinto? Un par de antorchas en la pared arrojaban una luz insuficiente, bajo la cual vimos, en semicírculo, unos pesados sillones de cuero con símbolos repujados. Allí nos esperaban los dos dignatarios, vestidos también de toga, y luciendo como insignia en el pecho una flor de color azul. No sobra decir que yo estaba apenas en los primeros escalones de la iniciación. Ahora, bajo el influjo de la emoción, me prometí ser diligente en el estudio.

Aquel día tuvimos una larga sesión. Yo presenté a Simón en los términos más elogiosos y subrayé la importancia de su aceptación con el fin de preparar un grupo de hermanos para la expansión de la secta en la América. Luis apoyó mis argumentos y, como nuestros anfitriones solo quisieron expresarse en alemán, hizo también de traductor. Se habló de recibir las luces bajo las estrellas, interpretar los símbolos, captar el sentido de los mitos, llegar hasta el fondo de la metafísica. Le hicieron preguntas a Simón sobre sus propósitos, que para consternación mía y de Luis, Simón respondió en forma ambigua. Los dignatarios quedaron desconcertados. Para sortear el momento, nos anunciaron que el asunto sería definido posteriormente. El novicio quedaba invitado a participar en sesiones para el público general a las cuales, como era de esperarse, nunca se presentó.

Es importante aclarar que en Viena, por aquellos años, las gentes cultas creían esencial pertenecer a una de estas sectas. Los recién llegados veían en la afiliación una manera de ser aceptados socialmente. ¿No había pertenecido Hayden a "La verdadera concordia" y Mozart a "La esperanza colorada"?

En esta etapa de su vida, sin embargo, Simón poco interés mostró por la masonería. El escollo principal, me parece, fue la falta del idioma. Sospecho también que él se sentía capaz de sortear cualquier escollo con el dinero. En esa confusión de brillos y sombras de la Viena imperial, ser rico era una forma de nobleza.

¿Por qué no unirse, entonces, a una cofradía menos trascendental?

Para muchos, la música es la más sublime de las artes. ¿Qué mejor sitio que Viena para ir en pos de ella? Allí llegaban conjuntos y artistas de todas las procedencias: De Linz, Melk, Bohemia, el Tirol, Nápoles, Moscú y las ciudades alemanas. El vals, que años después, cuando recibió carta de presentación en el Congreso de Viena, iría a recorrer el mundo, ya manifestaba su vigor y su alegría en las canciones tirolesas y en las danzas estirianas. Abundaban los cuartetos o quintetos de uno o dos violines, clarinete, guitarra y contrabajo por cafés, hosterías, calles y plazuelas, o en los barcos que navegaban por el Danubio. Cualquier lugar servía de escenario para una danza o una audición. Las muchachas, inclusive de las de alto copete, estaban siempre dispuestas para el baile. Tal fue la secta que prefirió Simón.

No solo música popular; también música sacra en las iglesias de San Miguel, San Agustín y en la Catedral de San Estaban. Había dramas y oratorios en el Block, en el salón de los espejos del palacio Schönbrounn y en el Musikverein. Se contaban por decenas los cantantes, intérpretes y compositores profesionales, muchos de ellos ya famosos, muchos oriundos de otros países. El príncipe Esterhazy los contrataba como quien recluta campesinos para la vendimia. El propio emperador tocaba el violín, la emperatriz María Teresa cantaba y lo acompañaba al clave. Por años estuvo de moda la ópera italiana. Fux había sido maestro de capilla de la Catedral y compositor famoso de la corte. “El Ballet de don Juan” de Gluck aún se representaba. La lista podría alargarse indefinidamente: Cherubini, Paër, Cimarrosa, Salieri, Hayden, Haendel, Bach. La obra de cada uno de ellos mantenía su presencia. Una vieja cervecería, "La serpiente de plata", era una especie de santuario: Mozart la prefería para emborracharse. Hummel, uno de sus discípulos, cosechaba ahora triunfos y era reputado como el mejor improvisador de la ciudad.

Las gentes acudían en multitud. A veces se originaban discusiones; músicos y público tomaban partido y en el mismo recinto del Block nos tocó presenciar una pequeña batalla campal en la que se arrojaron sillas y se rompió un espejo.

Frecuentamos el teatro de Leopoldstadt, el de la Puerta de Carintia, el Burg, el del barrio de José. Simón no salía de su asombro. En cada esquina encontraba un motivo de alegría. Cada detalle era tema de comentario. Nos echábamos temprano a las calles. A pesar de tener un paje a disposición, Simón exigía mi compañía, pues alegaba que no hablaba alemán ni conocía la ciudad. Debí suspender transitoriamente mi trabajo con el profesor Kraus, con temor de perderlo. Recorríamos Dorotherg, Lichtenthal y

fuimos hasta los cementerios de Waehring y San Max. Al atardecer visitábamos los cafés en busca de periódicos de París o Londres con noticias de nuestra lejana América. Comíamos en cualquier taberna: la Wellisches, el Rebhuhn en el Prater o en las de la calleja Goldschmied. Hacia las diez regresábamos a los cafés. El griego de Leopoldstadt llegó a ser nuestro preferido. Allí se conseguían mujeres y se jugaba a las cartas.

Visitamos el palacio de Schönbrounn, que se abría al público varias veces al mes. Maximiliano II, hacía ya cuatrocientos años, utilizaba estos terrenos como coto de caza. La construcción del palacio se inició a finales del siglo XVII. La emperatriz María Teresa, madre de José II, soñó con hacerlo más imponente que Versalles. Nos habían dicho que tenía 1440 salas y solo pudimos creerlo cuando lo visitamos. En ellas se albergaban al mismo tiempo y con todo lujo hasta mil personas. Admiramos la plaza frontal adornada con dos conjuntos de esculturas. Al fondo, sobre una colina, sobresalen dos obeliscos coronados con águilas de alas extendidas y, en medio de ellos, una fuente de Neptuno baña los cascos de las cabalgaduras de un grupo de guerreros desnudos. Sin monturas, inclinados sobre las bestias como si estuviesen entrando en combate, parecen ellos mismos prolongaciones de las lanzas enhiestas que llevan en la mano. No sé que extraña fascinación o premonición ejercían sobre nosotros. La rompió Simón cuando exclamó:

—Parecen llaneros.

El agua descendía por los niveles de la fuente. Caminamos por arboledas, senderos diseñados a escuadra, por jardines de rosas con el trazado del escudo imperial. El aire circulaba por las bóvedas del bosque, que se mantenían cuidadosamente podadas, y la luz bañaba los espacios, como si respondiera a un programa predeterminado. Nos dimos cuenta que los arquitectos del reino habían distribuido los espacios, cultivado la vegetación, trazado los senderos, orientado las fachadas de tal manera que en determinadas épocas del año la luz solar producía efectos sorprendentes. Encontramos ángulos de visión sobre el follaje y el movimiento de aguas en las fuentes que respondían a cálculos precisos. Los colores de los edificios contribuían al efecto esperado. Nada se había dejado al azar. ¿De qué tamaño era el ejército de artesanos que se requería para mantener este estado de cosas? La integración del arte y la naturaleza no podía ser más perfecta. La razón, la lógica, la matemática y la ciencia unían sus recursos para controlar el caos. Se trataba de una obra de arte total hecha con materiales sublimes, un laberinto que había sido proyectado en sus detalles para apresar al visitante y subyugarlo. Uno sentía que hasta las propias

emociones y expresiones de sorpresa estaban calculadas de antemano y disponían nuestro espíritu hacia una voluntad superior, que no podía ser otra que la del gobernante.

¿No era esta la máxima expresión de la grandeza? Este conjunto de obras de arte representan, en un solo lugar, un microcosmos armónico y perfecto que simboliza la totalidad de un universo dominado por el hombre. En estas edificaciones es posible juntar a los políticos, militares y estadistas, a los filósofos, músicos y artistas, a las mujeres bellas del imperio en la fiesta más galante, y tenerlos allí, a disposición y bajo la voluntad del gobernante... el arte absoluto puesto a disposición del poder absoluto...

EL AUTOR

Carreño solicitó dos días para pensarlo, pero al salir del bistró ya tenía tomada la decisión. En primer lugar necesitaba dinero y los honorarios que le ofrecía el agente eran jugosos. Recibiría, incluso, un anticipo. En segundo lugar, desde hacía meses acariciaba la idea de regresar a su patria; regreso que se dificultaba precisamente por la falta de dinero. Con sus amigos americanos había discutido estos proyectos. Desde 1806 partieron, uno a uno: el propio Simón, Fernando del Toro, Montúfar, Azpeitia... la lista era larga. Meses, años después, sus nombres aparecían en las gacetas que circulaban en París: héroes caídos en combate o ejecutados por el poder español, miembros de legaciones diplomáticas, altos funcionarios de las nuevas instituciones. Eran años fundacionales... "Sí, todo hay que establecerlo de nuevo, hasta la educación; allí está mi puesto. Pero ¿se acordarán de mí? ¡Ya estoy tan viejo!". Y al momento se dijo, "No, ¡aún tengo energías! Simón no puede haberse olvidado de mí, él me ayudará".

SIMÓN

—Para crear un nuevo estado, para redactar una constitución, uno tiene que tener ideas claras sobre la justicia, libertad, vínculos sociales; hay que distinguir las varias maneras de ejercer la autoridad. Debe responder preguntas como: ¿con qué grado de libertad cuento?, ¿con qué derecho?, ¿soy autónomo?, ¿cuándo dejaré de serlo? ¿puedo ceder mi autonomía?, ¿puedo recuperarla si la cedo?, ¿en qué forma?

—Si te refieres al caso boliviano, ¿no conocía yo mejor que nadie los deseos, derechos y necesidades de mis súbditos, inclusive de manera más perfecta que ellos mismos?

—No es esa la paradoja que quiero plantearte. Déjame decírtelo con otras palabras: ¿puede una pregunta tener dos respuestas, ambas válidas pero contradictorias?, ¿dónde está la verdad?, ¿cuál

es el dilema insoluble que se presenta entre la libertad y la necesidad?

—Bien, ya te voy entendiendo y temo que mi respuesta no sea suficiente. La libertad apunta en la dirección de la anarquía, la necesidad hacia el absolutismo. Los seres humanos somos libres en cuanto sujetos, determinados en cuanto objetos. Estamos escindidos por esa terrible contradicción: si me pienso como sujeto, soy libre; si como objeto, estoy esclavizado por las fuerzas de la sociedad y la historia. Soy un indecidible, me muevo en dos mundos al mismo tiempo. Mi libertad nouménica es la sombra de mi esclavitud fenoménica... vivo en la intersección aporética de dos ruedas de la fortuna. El dilema se presenta también desde otra perspectiva: si miro hacia el pasado, soy esclavo, porque ya no puedo cambiar lo que fui. Si miro al futuro, me siento libre porque se me presenta lleno de momentos de decisión... la vaina es que ya carezco de futuro...

—Frente a la realidad de la muerte, la libertad es solo una utopía. Solo la esclavitud nos pertenece.

MARÍA TERESA

Miércoles, 28 de agosto.

Hipólita es más negra que las demás. Su piel es azulosa. Tiene el rostro delgado, usa pañuelos de colores en el pelo. Casi siempre está triste, pero cuando ríe, ríe con alegría. Me sorprende cómo puede pasar de un extremo a otro. Ella estaba en Caracas cuando llegamos de España. Desde el primer día Simón le dijo que tenía que estar pendiente de mí, a todas horas. Fue una especie de regalo de bodas que me hizo Simón. Yo nunca había tenido esclava a mi disposición, aunque en casa de mi padre siempre hubo servidumbre.

No sé qué edad tiene Hipólita. Me da trabajo entender lo que dice. Usa palabras que yo no conozco y tiene un cantadito que nunca antes había escuchado. El primer día pensé que era otro idioma pero Simón me aseguró que era Castellano.

JOSÉ

En Freyung, no lejos del Innere Statd, viejo casco urbano entre murallas, como a las siete, observamos la fachada romana de una iglesia que domina esta plaza irregular. Al fondo hay un portón que parece de una vieja residencia pero que en realidad da acceso a una callejuela. Por ahí desembocamos en una plazoleta adornada con begonias. Se desataba una lluvia fina. Tres cocheros se colocaban

los impermeables y hablaban en corrillo. Dos signoras denotaban su origen italiano por el acento y el atuendo y se protegían bajo un dintel. Buscamos resguardo y descubrimos tres posibilidades: un café que ostenta el título ambiguo de "El Ángel Rojo", más arriba, en el mismo edificio, un establecimiento de billares y, al frente, bajando por escaleras de piedra con poca iluminación, una tienda de instrumentos musicales. Habíamos caminado al atardecer por la Karnestrasse, sentíamos cansancio y lo más aconsejable era El Ángel Rojo. Pero nos decidimos por la tienda porque de ella provenía una voz de mujer que cantaba una canción napolitana. Estaba acompañada de violín.

La tienda pertenecía, según supimos después, a Johan Mepomerk Maelzel, inventor del metrónomo y mecánico de la corte. Allí había órganos, pianos de varios estilos, trombones, cornetas, flautas, guitarras y violines. En un extremo ensayaban la cantante y el violinista. En otro, dos ancianos copiaban partituras a la luz de bujías. En el umbral unas campanillas delataron nuestra presencia. La muchacha, que no aparentaba más de quince años, dejó de cantar con sobresalto, como si hubiese estado esperando la entrada de alguien. Era pelirroja. Los ancianos también levantaron la mirada. Me sentí como un intruso e hice ademán de partir, pero ya Simón se dirigía hacia un dependiente que, surgiendo de la penumbra, venía a nuestro encuentro. Me le acerqué con el ánimo de explicarle que solo queríamos resguardarnos de la lluvia. Simón se anticipó a hablarle en francés, para solicitarle el nombre de este o aquél instrumento. La muchacha cantó de nuevo. El dependiente, notando nuestro origen extranjero y, halagado con la posibilidad de un buen negocio, nos condujo hacia una habitación adyacente para mostrarnos los que eran orgullo de la tienda: un armonio de conos, de esos que llaman "cristalinos", en el que tocó varios compases. Las notas sonaron nítidas y nos transportaron a un mundo paradisíaco, en perjuicio del canto de la joven. Nos enseñó un clave de tres teclados, construido, según explicó, por Hieronymus Albrecht Hass hacía más de cincuenta años; una verdadera joya del pasado que, por desgracia, parecía un juguete al lado de los modernos pianofortes. Más allá había una colección de rarezas mecánicas: el trompeta, el tamborero, el jugador de ajedrez, el maromero, el payaso. Había un orquestión de tamaño mediano. Pero lo que nos maravilló fue el panarmonio, que el dependiente accionó con un sistema de llaves y resortes. Las figuritas de metal se movieron, simulando tocar o bailar. La música salía por unas cornetas a los lados. En el centro, en un escenario reducido, había otro panarmonio minúsculo que parodiaba los movimientos y las notas del mayor. El efecto era fantástico. Al terminar la representación, el

dependiente, con gran cortesía, y hablando siempre en francés, nos indagó sobre nuestro origen y nos preguntó si estábamos interesados en adquirir uno de ellos para llevarlo a Caracas. De seguro causaría sensación; inclusive, nos haría ricos si cobrásemos la entrada. Por momentos, imaginé la cola de gente que se formaría en el barrio de la Merced, esperando entrar al salón de mi casa... Cayetano sería el mejor administrador... le prometí al dependiente que lo consideraríamos y regresamos a la sala principal.

En ese momento sonaron de nuevo las campanillas y entró un hombre no muy alto, de unos 30 o 32 años de edad, de rostro enrojecido y cabellera alborotada. La muchacha interrumpió otra vez su canto y, al identificarlo, le ofreció una espléndida sonrisa que este contestó con una venia. De inmediato el dependiente nos dejó para acercársele, pero el hombre no lo determinó; se dirigió a los ancianos. Intercambiaron unas palabras: uno de ellos le entregó unas hojas. Al examinarlas se mostró complacido y preguntó por el resto.

—Para mañana estarán listas, Her Ludwing.

Introduciendo el material recibido en una carpeta, Her Ludwing salió tan abruptamente como había llegado. La muchacha regresó a sus ejercicios y los viejos a su labor. Le hice una señal a Simón y salimos.

Había arreciado la lluvia y para entrar en El Ángel Rojo debimos cruzar bajo el chaparrón. El establecimiento, decorado con láminas azules y grabados antiguos, tenía a esa hora poca clientela. Pasamos entre las mesas hacia el mostrador. En el aire flotaban aromas de licores y café moka. Un joven bebía slibowitz.

Desde donde nos sentamos se apreciaba un vitral de colores, con el águila bicéfala doblemente coronada, que sostiene una espada enhiesta en su garra. El efecto que producía en el ambiente era intenso, porque la luz de un farol exterior contrastaba con la penumbra interior.

—Es el símbolo de la ciudad, desde el siglo XII.

—Mira quién está allá, replicó Simón, sin interesarse por mi alusión histórica.

En ese momento llegó el mesero y nos ofreció la carta. Estuvimos un rato examinándola. Al final me decidí por un Müller Thurgau seco y Simón por un Marrasquino. Cuando el mesero se retiró busqué con la mirada la persona que había interesado a Simón. A pesar de tener la cabeza envuelta en volutas de humo, distinguí, bajo la luz del vitral, a Her Ludwing: ojos inquisitivos, nariz redonda, mejillas pronunciadas y rojizas, expresión adusta. Examinaba las partituras que los copistas le habían entregado minutos antes y, a modo de batuta, movía la pipa para medir algún

compás. Poco después le llevaron un plato de arenque ahumado y un jarro de cerveza. Estaba abstraído. Por un lapso estuvimos Simón y yo dedicados a lo nuestro, pero más tarde entró la cantante que habíamos visto en el salón de música. Afuera continuaba la lluvia. La joven dejó su capa en el perchero, se sacudió el agua de su falda y se dirigió a la mesa del músico con total familiaridad. El hombre su puso de pie y, tomando su mano, hizo ademán de besársela con una leve inclinación, sin llegar a hacerlo. Su voz resonó cuando dijo:

—Küss die Hand, greädige Frau.

Se sentaron, abandonó sus partituras, llamó al mesero para que le trajera un refrigerio a la joven. Aunque no hablamos del asunto, Simón no le quitaba la mirada a la muchacha. En vista de que el chaparrón continuaba, decidimos comer en el lugar. Ordenamos gulaschs de cerdo, schnitzel de ternera con patatas y cerveza, y cuando nos disponíamos a comer, el músico y la joven se levantaron para salir. Ella tomó su capa y giró sobre sí misma para marcharse y al caminar hacia la entrada manifestó un porte que solo podía ser de reina.

Simón llamó al mesero e indagó por la pareja. Ella se llamaba Giulietta Guicciardi, hija de un consejero de la corte. Acababa de llegar de Italia y estaba emparentada con el conde Antonio Brunswick. Her Ludwing era su maestro de música. Era, además, el compositor y pianista más controvertido de la ciudad y el más encarnizado rival de Hummel. Había sido discípulo de Hayden. Compuso dos sonatas para piano y violoncelo dedicadas a Federico Guillermo II y poco antes las había tocado en Berlín ante el propio emperador. Las malas lenguas decían que era hijo natural del rey de Prusia. Otras, que legítimo de un borracho de Bonn. Se decía también que había empezado a perder el sentido del oído... pero, ¿quiénes éramos nosotros, y cuánto llevábamos en Viena, que no hubiésemos oído hablar de ellos?

—¡Americanos del sur!

Nos indagó sobre nuestro país y Simón aprovechó su curiosidad para obtener más información. De la muchacha, el mesero sabía poco, o no quiso hacer comentarios. En cambio se expresó ampliamente sobre el compositor. Su segunda sinfonía acababa de ser estrenada en el Koserthauss, interpretada por la orquesta imperial. Su primera sinfonía fue dedicada al barón Gottfried van Swieten, director de la Biblioteca Imperial y amigo de Mozart. Esta obra había causado sensación por el "pianissimo" de timbales que acompaña el "andante". A Giulietta, que se supiera, le había dedicado una hermosa sonata y se rumoraba que estaba locamente enamorado de ella...

A partir de esa noche Simón perdió todo entusiasmo por las paradas militares en el Ball Platz, por las clases de baile y por los paseos por el Prater. En cambio, pagaba cualquier precio por asistir a las sonatinas, variaciones, minuetos, bagatelas, piezas para piano y violín, para orquesta... compuestas por Her Ludwing y tocadas con inusitada frecuencia en las salas de concierto y salones privados de Viena. Tuvimos que reconocer que, en cuanto a la música se refiere, habíamos estado en la ignorancia.

MARÍA TERESA

Domingo, 1 de septiembre.

Al igual que en Madrid, las monturas de las señoras son diferentes a las de los señores. Simón me regaló una especialmente fabricada para mí, que nadie más puede usar. Es un sillón aforrado en terciopelo azul, con bordados de oro en el espaldar, flecos de lo mismo en el rededor y chapas de plata en los brazos. La gualdrapa es de paño colorado con bordados de seda. Las cabezadas de los frenos —que llaman jáquimas—llevan mascarones y hebillas de plata.

A veces salimos a cabalgar. Tomamos de preferencia el camino que lleva a los tablones de caña. La brisa hace mover suavemente los sembrados; todo parecería tan sosegado si no fuera por los barracones donde duermen los negros. Están al lado de los trapiches, al final de los sembrados. Son de tablas de madera oscura, con una sola puerta que cierra el mayoral con llave, por la noche. No tienen ventanas y están en hileras, al borde del camino. Pasamos al galope. Yo siento que a Simón le disgusta verlos. A mí también me impresionan. Alguna vez me dijo que quería mejorar las condiciones de los negros, que iba a darles la libertad; pero es una medida que no se atreve a tomar por sí solo. Hay que convencer primero a los propietarios de todas las haciendas.

En cada mayoría hay un campanario. Un contramayoral es el encargado de marcar las horas. También de dar órdenes con ciertas combinaciones de campanazos que aún no sé descifrar. Un poco más lejos está el cementerio de negros. Cruces de madera o metal marcan las tumbas. El viernes murió un negro y la campana resonó durante la tarde. Yo me puse triste. Los negros suspendieron las faenas, se quitaron los sombreros y bajaron la cabeza en silencio. A mí todo esto me impresiona y no me deja dormir tranquila.

EL AUTOR

Carreño regresó esa noche a casa con los ojos encharcados por la emoción. Irá a Oxford a conversar con Sir Coburg y luego se embarcará para Cartagena o La Guaira. No encuentra reparos morales. Dirá todo lo que sabe de Simón Bolívar y de América: los ingleses han sido aliados de la independencia y de la guerra contra el español. Los informes que puede dar acrecentarán la fama del héroe. Es importante resaltar, se dice, la educación que ha tenido, los idiomas que conoce, sus viajes por Europa y por la América del Norte, las personas ilustres que ha tratado, sus lecturas. Él no es de esos oscuros generalotes de provincia, forjados en la violencia, la pasión y el vicio, que se perfilan ya en varias regiones suramericanas por sus ambiciones de poder. No. Es un caballero de amplia erudición y delicada sensibilidad, y, sobre todo, de temple moral, capaz de afrontar con justicia las decisiones más difíciles.

SIMÓN

—...la medalla que el congreso de Bolivia me otorgó a nombre del pueblo, que sea devuelta en prenda del verdadero afecto que aún hoy conservo por esa república. Mi espada, que ya mi brazo ni siquiera puede levantar, es para la viuda de Sucre, por el amor que siempre le profesé al Mariscal... En cuanto a mí respecta, me persigue la imagen de un caballo sangrante que trata de levantarse pisándose sus propios intestinos; quiere seguir a los demás. Escucho el relinchar y el piafar de las bestias que no han entrado al combate. Bóreas se desliza por la montaña... entonces otra imagen viene y borra la anterior: Eneas desciende al averno y, como alguien que muere ahogado, vertiginoso repasa su pasado. Ve a Dido herida en el pecho. Cruza la Estigia llevado por Caronte y cambia la dirección de su mirada... entonces aprecia su futuro de esplendor: los emperadores romanos, el foro, la ciudad embellecida, el vasto imperio en expansión.

—Cuidado. Te aqueja de nuevo la utopía.

—Deja que me abandone al vértigo. No podrá existir en este mundo una gloria mayor que la del fundador de imperios o repúblicas.

—Precipitas tu caída si te dejas arrastrar por el entusiasmo, si insistes en mirar hacia el abismo de lo eterno.

—Ya no importa... hoy, en San Pedro Alejandrino, vuelvo a sentir esa magnífica sensación... la misma que sentí en la cima del Chimborazo: todo lo veo de manera simultánea. Lo que en este mundo se contradice y se sucede, en el abismo es armónico.

—Lo ves así porque te ilusionas con la efímera eternidad de la gloria.

—¿Te parece efímera mi gloria?

—Tan efímera como aquella ridícula estrofa que, en la celebración de la misa, entre la epístola y el evangelio, cantaba a coro la multitud en las iglesias de Lima.

—¡Repítela!

—*De Ti viene todo*
lo bueno, Señor.
Nos diste a Bolívar,
Gloria a Ti, gran Dios.

—Si en el futuro alguien la recuerda, no será tan efímera.

—Puede ser. Pero siempre sonará ridícula. Te parece sublime porque sigues embriagado con el poder. Por un momento te creíste capaz de extender tu imagen por el horizonte americano.

—Tratas de humillarme y aumentar el grado de desengaño en el que me encuentro. He llegado a la gloria, tú bien lo sabes.

—Una gloria basada en la cobardía de los demás... tomaste el lugar de Santana solo cuando este claudicó... el tamaño de tus logros debe medirse por la pequeñez de tus seguidores y la debilidad de tus enemigos y aliados.

—No vuelvas con esas historias. La pequeñez no estaba en ellos sino en mí mismo, en mi salud. Al fin y al cabo también soy mortal.

—Nadie podrá reprochártelo.

—Lo hacen quienes no me comprenden. Y sobre todo mis perseguidores, con su odio implacable.

—Ellos son quienes se equivocan. Has actuado de buena fe. Le has dado libertad a estos pueblos y desde este momento la Gran Colombia empieza a escribir su propia historia: una historia de dignidad frente a los demás pueblos del planeta.

—Según parece, tú eres el único sabio en comprenderlo.

—Mira, más bien, este magnífico cielo a través de la ventana. Brilla la resolana y algo de brisa se cuela hasta tu lecho. Es como si el mundo se ensanchara y tu cuerpo recobrara su antigua sensibilidad. ¿Recuerdas el gusto que te embargaba cuando salías de la Bogotá paramuna, escondida entre nubarrones y lluvias heladas, y descendías hacia la exuberancia tropical de Honda, a orillas del gran río? ¿O cuando te acercabas al Caribe descendiendo por el Magdalena? Todo parecía revivir; todo era más brillante, el aire más puro, las gentes más alegres. Aquí, en las playas del Caribe, hasta los pájaros son más vitales: zaragoza, matarratón, toche, miriño, azulejo, manto, golondrina, paloma, murciélago, lechuza, vaco, garza, chamaría...

—No sé a qué te refieres ni a qué viene ese rosario de pájaros. Solo aumentas mi pesadilla. Cuando los nombrabas, me sentí encerrado en una jaula oscura. Revoloteaban alrededor de mi

cabeza. Sus alas de terror rozaban mi rostro y a cada momento temía que sus largos picos dejaran vacías las cuencas de mis ojos.

—Amaneció y te bajó el sopor. Anoche Reverend hizo que te frotaran el espinazo y te pusieron sinapismos en la pies. El hipo no cede.

JOSÉ

La presentación de "Las Estaciones" de Hayden fue un acontecimiento. La primera audición tuvo lugar en la casa del Príncipe Schwartzenberg. Con varios días de anticipación y a instancias de mi pupilo traté de conseguir invitaciones. Me autorizó para pagar cualquier precio. Se decía que al acto asistiría la flor y nata de la ciudad. Como yo carecía de los contactos necesarios, acudí a nuestro amigo Urrego, pero sus oficios fueron infructuosos. Simón apenas podía ocultar su disgusto. Yo traté de calmarlo: las presentaciones siguientes se llevarían a cabo en Los Reductos y estarían abiertas al público.

—No me importa tanto Hayden como volver a ver a Giulietta, y ella no va estar en Los Reductos...

De un lado, me divirtió la actitud dramática para manifestar su despecho; de otro, me alegré por su educación: el incidente le demostraba que el dinero, por sí mismo, no le abría todas las puertas. Fue, además, la oportunidad para manifestarme su enamoramiento, que yo de inmediato califiqué de pasajero; me propuse, sin embargo, secundarlo. Regresamos, sin resultados, a la tienda de Maelzel y a El Ángel Rojo. Por ser menor de edad e hija de un alto funcionario y nosotros extranjeros, no era prudente ir preguntando por ella a todo el mundo. Teníamos que ser pacientes. En alguna sala nos la toparíamos.

En cuanto a mí concierne, aquella búsqueda significaba un reencuentro con la música. Recordaba a mi hermano Cayetano, que tanta facilidad demostró por este difícil arte. ¿Qué sería de él? ¿Qué no daría por estar ahora con nosotros en Viena? Le hablé a Simón del conjunto del padre Palacios, las obras de Mozart, Pleyel y Hayden que montó con las partituras que le facilitaron los naturalistas Bredmeyer y Schultz, y de las dotes musicales de su madre...

Nos dimos cuenta de la riqueza que ofrecía la ciudad. Diariamente se estrenaban obras. Había decenas de salas de concierto, academias, tiendas, tertulias y grupos de aficionados. En los cafés se reunían artistas, diletantes y críticos y las discusiones sobre compositores, intérpretes, obras, innovaciones e instrumentos parecían interminables. Algunos hablaban con más propiedad y

citaban el método de armonía y los ejercicios de bajo continuo de Philippe Emmanuel Bach, las obras de Haendel y Hayden, el *Gradus ad parnassum* de Flux y, sobre todo, el *Tratado de la fuga* y el *Wohltemperierte Klavier* de Bach.

Un día, hacia las siete de la tarde, llegamos a la "Sala Terrena", un recinto pequeño en la Singerstrasse, cerca de la catedral de San Esteban. Se decía que era la más antigua de la ciudad, construida como capilla de la Santa Cruz en el siglo XII. Había servido para muchos fines, incluyendo el de lugar de reunión de los Caballeros Teutónicos. Se congregaban allí músicos famosos. A pesar de llegar con anticipación no encontramos asientos disponibles y tuvimos que quedarnos de pie en uno de los costados. El lugar estaba tan atiborrado que algunos espectadores iban a poder leer las partituras por encima de los hombros de los ejecutantes. Era un acto de homenaje a Her Ludwing, con la interpretación de algunas de sus obras más difíciles. Se tejían leyendas: Era desordenado, cenaba en los mejores restaurantes pero estaba en la inopia, prefería la carne de cacería y el salmón ahumado, bebía tinto austríaco, aunque el húngaro era más barato, su dolor de oído era insoportable, su sordera aumentaba, había escrito su testamento durante una estadía reciente en Heligenstadt y se temía su suicidio.

Recuerdo su figura porque con frecuencia nos lo encontrábamos en nuestro deambular por la ciudad: Vestía con descuido. Caminaba con rapidez, absorto, gesticulante. Para hablarle había que gritarle y él respondía también a gritos. Su sombrero de fieltro estaba raído y deformado porque lo colgaba en la percha aunque estuviera húmedo. Su frac era azul con botones de metal. Lo usaba desabrochado. Los faldones aleteaban cuando caminaba contra el viento. Los bolsillos eran abultados por cargar en ellos pipa, cuadernos de música, pañuelos, lápices. Los anteojos se balanceaban sobre su nariz redonda...

Goethe había dicho de él que no existía un artista más profundamente concentrado ni más enérgico. ¿Cuál era el origen de su creatividad? El primer impulso era capital; lo dejaba crecer hasta lo sublime. Trabajaba toda la noche. Cuando la exaltación era insoportable, se echaba jarros de agua fría en la cabeza y el agua goteaba por el entresuelo.

Aquella noche le habían reservado un puesto de honor en la Sala Terrena, y se le esperó hasta el último momento. No sobra decir que tampoco llegó Giulietta. Yo me entretuve mirando los decorados de las paredes: un Baco joven con su copa de oro, rodeado de danzantes, un angelito volador, ramas de vid en los espacios intermedios, cortinajes pintados y coronas, un copón de mármol rebosante de gladiolos y rosas, bustos romanos en un parque, un

tapiz de arabescos, pajarillos en la cúpula, conjuntos de hombres y mujeres desnudos; más pájaros y flores, un rosetón central, figuras de color pastel, un hombre viejo de largas barbas blancas, un cómico burlón.

Los músicos aguardaban, vestidos de chaqueta de terciopelo rojo ribeteada en oro, pechera blanca, puños bordados que fluían en profusión por el borde de la manga enmarcando la mano que, así, parecía el pistilo de una flor blanca... Entonces hizo la señal el primer violín, de rostro afilado, que lucía bigotico y anteojos. Afinaron los instrumentos y entró el director.

Hubo silencio. No sabría describir lo que siguió. Sentí tal emoción que por momentos se me salían las lágrimas. Me queda como recuerdo una melancolía de tono religioso. ¿No es privilegio de todo lo sublime arrastrarnos hacia el misterio? Hubo aplausos, gritos, exclamaciones de alegría, pero pocos comentarios: salimos demasiado absortos para manifestar nuestras impresiones.

¿Qué efecto tuvieron en Simón estas experiencias? Solo sé que se emocionaba hasta la fibra más íntima. Yo no olvidaba la necesidad de que abrazara una carrera. ¿Por qué no la música? Ahora veo mi ingenuidad al hacerle esta propuesta, pero tal era el entusiasmo que vivíamos por momentos. ¿No era la más elevada de las artes? ¿No era, acaso, la base y la esencia de la educación estética que yo pretendía para mi alumno?

Discutimos. Se citaban ejemplos de músicos virtuosos que habían comenzado sus carreras ya adultos. Si se decidía, no iba a ser fácil, tendría que trabajar duro y con buenos maestros. Pero, ¿no estaban en Viena los mejores del mundo? ¿No había Simón demostrado en sus clases de baile fino oído y gran sensibilidad?

Entonces él protestaba:

—¡Se burlarán de mí! ¡A mi edad, apenas en lo más rudimentario de la técnica del piano o el violín!

EL AUTOR

Carreño guardaba en un baúl de cuero diarios, anotaciones de viaje, relatos de otros viajeros, notas de lectura, apuntes de conversaciones con hombres de estado, artistas, filósofos, que había recogido desde joven y en especial durante los años de convivencia con Simón. ¡Había llegado el momento de utilizarlos!

Es importante recordar que durante el período romántico existió en muchos la necesidad imperiosa de escribir día a día el diario acontecer. Se creía que la escritura era no solo mímesis de la vida sino una forma de eternizar la vida misma. Carreño fue uno de tales obsesos; escribía su diario cada noche y agregaba mapas, impresos

sueltos, recortes de prensa, dibujos, panfletos, programas de concierto o de teatro, hojas parroquiales, informes oficiales y privados, poemas callejeros, invitaciones o pésames. Otras dos figuras importantes que tuvieron la misma obsesión y que están relacionadas con nuestra historia, como se verá más adelante, son el Coronel Anselmo Pineda, cuya colección, que contiene parte del archivo de Carreño, reposa en la Biblioteca Nacional de Colombia en Bogotá; y Francisco Miranda, el precursor de la independencia de la América del Sur, quien a lo largo de su vida reunió más de quince mil folios, que él mismo hizo empastar en 63 volúmenes, y que han sido parcialmente publicados en Venezuela bajo el título general, sugerido por el mismo Miranda, de "Colombeia", es decir, "todo lo relativo al Continente de Colón".

SIMÓN

—Cuando las tropas brasileñas invadieron la provincia de Chiquitos en el Alto Perú, imaginé que lo peor estaba por venir. Las preguntas se agolparon en mi mente: ¿obró el oficial Araújo por su cuenta?, ¿seguía órdenes del Emperador? Y el Emperador, ¿seguía órdenes de la Santa Alianza? Si fuese lo primero, se trataba de una acción sin consecuencias. Si lo segundo, el perjudicado sería el Emperador. Si, en cambio, fuese por iniciativa de la Santa Alianza, la invasión de que éramos víctimas era de la mayor trascendencia. Implicaba, nada menos, que el comienzo de una gran guerra que involucraría, de un lado, a la mayor parte de los países de Europa y, de otro, a casi todos los americanos. En tal caso, el Perú y Buenos Aires debían ocupar inmediatamente el Brasil, Chile a Chiloé, Colombia, Guatemala y México debían preparar su propia defensa, y toda la América formar una sola causa.

—Fue cuando le escribiste a Santander instándolo a convocar de inmediato y bajo el signo de la mayor urgencia el Congreso de los Federales en el Istmo...

—Temblaba de gozo frente al gran reto bélico que se nos aproximaba, pero también de incertidumbre. ¿Tenía yo, en ese momento, las fuerzas físicas, la lucidez, el valor de dirigir la Gran Contienda?

JOSÉ

Otro día asistimos a una conferencia de un erudito profesor de Dresden, quien argumentó que las presentaciones en teatros y otros escenarios echan a perder el placer estético de la audición musical. Los movimientos mecánicos y los gestos de los ejecutantes

perturban la atención. También nos distraen las luces, los decorados, la personalidad misma del cantante, del director de orquesta y demás artistas. La verdadera música no debe ser mirada sino escuchada. La visión del espectáculo la coloca en el plano de lo particular, porque el ojo individualiza y solo recibe imágenes. Pero si entra por los oídos recibimos ideas que nos llevan hacia lo universal. A partir de ese día, a pesar del riesgo de dormirnos, nos propusimos mantener cerrados los ojos en las audiciones. Poco a poco encontramos sentido en esta práctica; mejoramos la capacidad de oír, de distinguir tonos, intensidades, timbres, aprendimos a identificar el sonido de cada instrumento y, sobre todo, dejábamos volar el espíritu con más libertad.

A la salida de los conciertos nos acercábamos a los músicos; hicimos amistades. Pasábamos en grupo a los cafés donde libábamos y departíamos. Solo se requería dinero para obsequiar de vez en cuando con vino o cerveza a los concurrentes y alegría para gozar del ambiente.

Cuando el clima lo permitía, con dos o tres amigos tomábamos un vehículo y nos marchábamos al galope, riendo y cantando. Atravesábamos los campos y las aldeas y en alguna ocasión llegamos hasta Heilingenkreuz. Caminábamos por los bosques y los viñedos y regresábamos a la ciudad ya anochecido, bajo la luz de las estrellas.

El círculo se amplió. Ahora solo quiero referirme a dos veteranos: el violinista Wenzel Krumpholtz y el trompetista Schoppanzigh, quienes nos ofrecieron su amistad y se interesaron por nuestro origen americano. Por ellos supimos que Her Ludwing acababa de publicar tres sonatas para piano y violín dedicadas al emperador de Rusia, Alejandro I Paulovich, uno de los nietos de Catalina II, de solo 24 años de edad. En aquél momento no habríamos podido predecir el rumbo que tomarían los acontecimientos, pero, tres años más tarde, Alejandro formaría con Austria la coalición contra Francia, que Napoleón venció en Austerlitz. En 1803, Alejandro parecía el mejor discípulo del Corso. Era apuesto y galante; mantenía a su lado a las más bellas cortesanas.

Protegía las artes y las letras, creó un ministerio de educación pública, antes de que lo hiciera Francia; fundó universidades, hizo traducir al ruso obras maestras de otras literaturas: así fueron conocidos en el país Kant y Montesquieu. Diseñó una forma republicana de gobierno y quería establecer el sufragio universal. Llamó a quienes se habían desterrado, redujo los impuestos y eliminó la tortura y la confiscación de bienes. Fue elogiado por el propio Napoleón. Sus decisiones eran polémicas. Una de ellas causó

un escándalo sin precedentes: con el objeto de que los soldados rusos pudieran lucir sombrero a la occidental, ordenó la supresión de la coleta empolvada que era tradicional en ellos.

Recuerdo el furor de aquellos diálogos con Krumpholtz y Schoppanzing. Estábamos de acuerdo en que el mundo necesitaba un relevo generacional y aplaudíamos la juventud de Alejandro. El progreso no era posible con viejitos de cincuenta años llenos de vicios monárquicos. Pero, ¿debían los músicos intervenir en política?, ¿no era la música la más elevada función del ser humano?, ¿no se mancillaba el arte, al someterlo a los caprichos de la política?

Criticábamos la actitud condescendiente de Her Ludwing hacia las figuras del poder. No era Alejandro el único grande honrado con sus dedicatorias. Como dije, dos sonatas para piano y violoncelo fueron dedicadas a Federico Guillermo II, y su primera sinfonía al barón Gottfried van Swieten. También habían sido honrados con dedicatorias el archiduque Rodolfo de Austria, los príncipes Lichnowsky y Lobkowitz, los condes Rasumovsky y Waldstein, el arzobispo de Bonn Max-Franz. La única dedicatoria de amor, que se supiera, era la de la Sonata Claro de Luna a Giulietta Guicciardi. Lo que enardeció la discusión fue el chisme que trajo Schoppanzigh: Her Ludwing trabajaba ahora en su tercera sinfonía y tenía la intención de dedicársela a Napoleón. ¿Qué significaba esto?

Algunos pensaban que el Corso era el gran salvador por su vocación de paz. ¡¿Paz?!. Sí, su vocación era la paz, solo guerreaba cuando las circunstancias lo obligaban. Aquellas veladas parecían batallas campales. Ya no se hablaba de música sino de política. ¿No había Napoleón transformado las instituciones para aumentar su poder personal? ¿No había traicionado a los liberales y a los republicanos que antes eran sus aliados? Los dignatarios de la Iglesia, ¿no eran acaso marionetas que manejaba a su amaño? Leticia Ramolino, la madre del Emperador, ¿no parecía una momia y coristas las mujeres de su círculo íntimo? Y discutíamos sobre los papeles que representaban Bernadotte, Talleyrand, Murat o el conde Coblentz. Simón hablaba con pasión. Por falta del idioma alemán, se expresaba en francés, que casi todos los contertulios comprendían. Yo le servía de traductor cuando era necesario. A veces aparecían frases en castellano. El uso de varios idiomas y la exaltación política confundían más las cosas. Se brindaba en abundancia. El debate político sufría una pausa cuando alguien entonaba la canción de moda; todos se unían en coro. Simón, por ser uno de los más jóvenes, a veces era desoído o tomado en broma. Esto lo enfurecía. Se paraba, gesticulaba. En una ocasión adoptó aire militar y con gran voz afirmó que no había misión más alta ni

genio superior al de quien pudiera establecer un régimen de libertad, al de quien pudiera eliminar el abuso y la opresión de la faz de la tierra. ¿No era la libertad el mayor bien del ser humano?

Hubo silencio. Entonces intervino Krumpholtz:

—¡Libertad! ¿Pero no es acaso la música la expresión más alta de la libertad?

Recuerdo la fogosidad de Krumpholtz y el desconcierto creciente de Simón. Dijo aquél que la música está en el origen de toda manifestación del espíritu. Cuando en la antigüedad los hombres ofrecían a Dionisisos su delirio entusiasmado, la música de flautas era el lenguaje de sus manifestaciones. De aquellos ritos brotaron las primeras tragedias y de éstas todo el arte y el pensamiento civilizado. La música había inspirado a Pitágoras cuando habló de la armonía universal. ¿No era la música terrenal un eco de la celestial de las esferas? ¿No era la música la voluntad misma que movía el universo? ¿No era, entonces, el común lenguaje del mundo? Ella estaba en el centro de toda creación. ¿Qué podía ser más libre que la mente del verdadero creador? La poesía de los grandes poetas, como Schiller, brotaba de un estado musical del alma. La música no es como las demás artes, representación de ideas, sino la idea misma. O mejor, mímesis y esencia del mundo, espejo de una confrontación sin fin. Tomemos, por ejemplo, una sinfonía: su estructura da orden y concierto a instrumentos, sonidos, escalas, registros, compases disímiles y en conflicto. Sí, no hay por qué engañarnos, el propio desarrollo político de las sociedades es apenas una de las manifestaciones de la fuerza de la música. Y concluyó:

—El grado mayor de progreso y libertad no lo da la guerra, la revolución o la política. Lo da la música. El compositor es el más alto representante del género humano y, por lo tanto, el más libre.

SIMÓN

—¿Cómo establecer el culto a la grandeza en un mundo sin dioses? ¿Cómo mantener la inocencia del héroe frente a la malicia de los perseguidores? ¿Cómo distinguir entre áulicos, amigos y enemigos?

—Supongo que lo preguntas por el caso de Olmedo.

—Sí.

—José Joaquín Olmedo... áulico patético: había sido diputado en las Cortes de Cádiz, ministro plenipotenciario en Londres y París. Me declaró su oposición siendo Triunviro en Guayaquil. Cuando las circunstancias cambiaron quiso ganar mi afecto.

—Te hacía regalos. ¿Cuáles eran sus propósitos?

—Buscaba figuración y para ello determinó escribir un poema heroico. Me anunció su proyecto. Me pareció oportuno que lo hiciera, en beneficio de la patria. La poesía contribuye a la formación de la conciencia nacional. Le pedí no mencionar mi nombre. Escogió como tema la batalla de Junín.

—La batalla de Junín fue una escaramuza menor, apenas la antesala de Ayacucho. Duró 45 minutos y casi no hubo disparos. Allí, las caballerías de la Gran Colombia, Perú y Argentina, bajo tu mando, amagaron un enfrentamiento contra la caballería española comandada por el francés Canterac. El verdadero combate fue después, en Ayacucho, cuando se logró la libertad del Perú. Pero entonces tú no participaste.

—Es que Olmedo quería incluir mi nombre a toda costa. Si yo aprobaba el poema, su autor se convertiría en una celebridad. Me propuso someter el borrador a mi juicio. Me negué. Utilizó el elogio y yo me enfurecí. Le dije lo que pensaba de este tipo de literatura: de ocasión, falsa.

—En asuntos de poesía, el verdadero artista no debe confiarse de nadie. Cada uno tiene que ser su propio juez.

—Olmedo había escrito poemas sobre la Princesa de Austria y sobre la prisión de los reyes españoles. Aunque él no era un principiante, yo no tenía por qué esperar nada grandioso de su pluma.

—A pesar de tu negativa, él te envió el borrador de "El Canto a Junín".

—Monté en cólera. Le escribí: "Ud. dispara donde no se ha disparado un tiro, Ud. enciende la tierra con el carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín. De mí hace un Júpiter, de Córdova un Aquiles, de Necochea un Patroclo, de Miller un Diomedes, de Lara un Ulises... Ud. nos ha precipitado a la nada..."

—De lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso.

—¿Para qué tantos "hondos valles, negros avernos, inflamadas esferas, truenos horrendos, águilas caudales, corceles impetuosos y mares undosos"?

—Ni estilo propio, ni originalidad, ni siquiera sujeción a los hechos. Así lo hizo publicar.

—Luego se despejó la farsa: cuando el traidor Juan José Flórez se inauguró como primer presidente del Ecuador, llevó a la vicepresidencia a su secuaz Olmedo...

—Alégrate: aunque te han regresado el ardor al orinar, los delirios y los esputos, acabas de tener una deposición copiosa que puso de buen semblante a Réverénd.

EL AUTOR

En el momento de recibir la invitación de Sir Coburg, Carreño pensó en su mujer, Colette, con quien había vivido por cerca de quince años. No tenía hijos y ella no sería obstáculo para sus planes: "Es una hembra de armas tomar. ¡Cuantas veces no me ha manifestado su deseo de viajar a América!" Había una dificultad: María Ronco, su esposa legítima. Hace años que no tiene noticias de ella. Allá en Caracas, en alguna casucha de la Merced, debe seguir arrastrando su mal genio. Por eso es mejor no arrimarse por Venezuela. Irá directo a Bogotá, sede del gobierno de su amado discípulo.

Pero ¡qué ironías tiene la vida! Al decidirse a viajar a Oxford y luego a la América del Sur, Carreño soñaba con una recepción de clarines y una acumulación de honores en su persona. ¿No era, nada menos, el maestro del Libertador? Ese solo título tenía que abrirle las puertas. No se le cruzó por la mente el tratamiento despectivo que iría a recibir de los enemigos de Bolívar, muchos de ellos en el poder, ni la muerte de Colette en una ciénaga malsana a orillas del río de la Magdalena, ni sus oscuros años de miseria en la alta Sierra peruana, donde viviría amancebado con una muchacha quechua, sobreviviendo con la fabricación de velas de sebo. Enceguecido por el sueño de la fortuna, tampoco se le cruzó por la mente que ya al final de su larga vida, iría a entregarle generosamente su baúl de cuero con los documentos más sorprendentes de la historia de América a su benefactor, el Coronel Anselmo Pineda, gobernador de la provincia del Cauca. El Coronel, al encontrar a Carreño sumido en la enfermedad, y en honor al título de Maestro del Libertador, organizó una colecta pública en su favor, a finales de 1840.

MARÍA TERESA

Martes, 3 de septiembre.

Hay profusión de muebles grandes y lujosos. El escudo de la familia Bolívar está grabado en los guadameciles de las sillas. Hay canapés forrados de vaqueta, y sus patas representan garras de león o águila.

El jardín es amplio. Lo habían descuidado y parecía un lugar salvaje. La hierba había borrado los senderos y olía a flores muertas. Simón ordenó rehacerlo y ahora hay una cuadrilla de negros con un mayoral trabajando permanentemente. Hay árboles de follaje frondoso, flores de color amarillo quemado y las hojas, al amanecer, tienen un verde sepia por el sereno de la noche, que

cambia con el sol de la mañana. Hay orquídeas y otras flores raras, de unos olores que me marean y de unas formas que nunca había visto. Algunos arbustos despiden aromas. Por la noche el jardín huele distinto que durante el día.

Desde mi habitación veo a los negros. Cuando el mayoral se descuida, los muchachos sueltan las herramientas y descansan. El mayoral les grita y les trata mal.

JOSÉ

Asistimos a la ópera italiana en un teatro de la plaza Schwarzenberg. A la salida nos burlábamos del decorado artificial y barato. De repente alguien se nos acercó:

—¿Por qué tanto escándalo?

Era Krumpholtz. Venía en nuestra búsqueda. Nos traía una sorpresa: ¡Una audición privada en casa de Her Ludwing!

Había hecho incluir nuestros nombres en una lista de músicos que el compositor quería llevar a su residencia. Allí estarían el propio Krumpholtz, Paul Wranitzky quien era maestro de capilla de la corte, su hermano Antonio, músico al servicio del príncipe Lobkowitz y Süssmayer, quien se vanagloriaba de haber sido discípulo de Mozart.

Her Ludwing vivía en un cuarto piso, en el número 767 de la calle Kruger. Entramos precedidos por Krumpholtz a un vestíbulo sencillo, donde vimos platos con restos de comida. Her Ludwing nos esperaba. Nos saludó como si fuésemos conocidos. Escaso de talla, se veía cetrino, marcado por la viruela; el pelo negro, largo y descuidado, los ojos ardientes. Parecía no tener más de treinta años. Llevaba levita de tela peluda. Me llamaron la atención los copos de algodón impregnados de un líquido amarillento que taponaban sus oídos. Noté sus manos grandes, velludas, sus dedos gruesos. Nos dijo:

—No me encuentro bien. Estoy algo enfermo. Mal podéis hablar conmigo, pues oigo mal.

Al pasar vi su habitación y la cama en desorden. En el salón, una mesa de nogal cubierta por partituras escritas a mano o impresas, plumas cubiertas por tinta reseca, la obra de Plutarco, un pedazo de queso de Lombardía, un salazón de Verona, botellas de vino rojo austríaco. En un rincón, un alambique de cristal con vetas oscuras. Luego supe que lo usaba para destilar café.

Ya los otros habían llegado y conversaban en voz baja. Krumpholtz procedió a presentarnos. Tomamos asiento alrededor de un piano Brodwood. Her Ludwing se había dirigido a su habitación y se demoraba. Nuestro amigo nos señaló en un armario un violín

de José Guarnerius, otro de Nicolás Amati, una viola del XVII de Vicenzo Ruger y un violoncelo de Andrea Guarnerius, todos, regalo del Príncipe Lichnowsky. Entre los balcones, al otro lado del salón, había otro piano, negro, de cola. Más allá, un secretaire y varias sillas de paja. Los tapetes estaban raídos y polvorientos. Una luz gris entraba por las ventanas.

Llegó el músico y se sentó frente al teclado. Tocó suavemente, con una sola mano, como buscando el tema. De repente, con las dos, de manera rápida y violenta, nos inundó con un torrente melódico. Algunos compases los marcaba con la cabeza y accionaba los pedales con vigor. Creció nuestra emoción. Aún hoy, luego de tantos años, la conservo viva en el recuerdo.

Sí, aquella audición sigue resonando en mi espíritu. En la tienda de Maelzel y en El Angel Rojo creí estar frente a un loco. Mi actitud fue cambiando al escuchar su música en conciertos y veladas. Se convirtió en admiración al verlo y oírlo tocar en ese cuarto desordenado, sin protocolo ni partitura. Su música me pareció trágica; expresión de la naturaleza humana; sublime en grado sumo. También lo sintió Simón, y así me lo manifestó. Habíamos estado en contacto con el genio; posiblemente el más grande; los años me lo han confirmado.

En cuanto a Simón, los primeros contactos con Her Ludwing no habían sido más que el camino para llegar a Giulietta. Pensaba que si lograba la amistad del compositor, tarde o temprano iría a conocerla. Su dinero, desenvolvimiento y juventud; el aire de misterio que baña a todo exiliado harían el resto. Pero las cosas no funcionaron de esa manera. Al no encontrar a Giulietta, con los días se interesó sinceramente por la personalidad del músico. Le llamaba la atención su actitud política. Le habría gustado preguntarle qué opinaba de la Revolución, de Napoleón, de lo que sucedía en Europa; sobre las colonias españolas en América, y por qué sus obras habían sido dedicadas a los poderosos. Simón pensó que la invitación de Krumpholtz era la oportunidad. Pero su desconcierto fue grande cuando se dio cuenta que el diálogo no iba a ser posible, porque el hombre "oía mal"; y sobre todo, que la pelirroja no estaría en el salón. El respeto servil de los otros músicos terminó por contribuir al impacto emocional.

Simón quedó tocado por el genio de la música. En los días siguientes hablamos del tema. La impresión que había sentido era tan grande que su dilema por abrazar la carrera de la música quedó resuelto de un solo tajo: renunció a cualquier intento. Me lo dijo con las siguientes palabras: —Yo no podré ser nunca segundo de nadie, y nadie superará a Her Ludwing en su campo.

En cambio no podía olvidarse de Giulietta. Insistió en visitar la

tienda de música, redoblamos nuestra asistencia a conciertos y demás espectáculos; pasábamos frente a las casas de las familias Guicciardi y Brunzwik, en vano. Nos cruzamos unas cuantas veces con Her Ludwing en alguna calle o café de Viena o por los campos de Helingenstadt y Grinzing. Solitario, fumando su pipa, no nos determinó, ya fuese porque no recordaba nuestras facciones o porque vivía ensimismado en su música. Una noche departíamos en El Angel Rojo con Urrego y un grupo de amigos, frente a una botella de snapps. Ya avanzada la velada y altos los vapores, uno de los contertulios dijo que todo el mundo en Viena hablaba de los amores de Her Ludwing con su alumna de turno, Josefina de Brunzwik.

—¡Pero si ella es la esposa del Conde José Deym! replicó otro.

—Sí, pero la tisis del Conde está tan avanzada que no tarda en morir.

—¿Y Giulietta? —balbució Simón sin poder ocultar su ansiedad.

—¡Ah! ¡Giulietta! —volvió a decir el contertulio —Su padre, el consejero Guicciardi, acaba de participar su matrimonio con el Conde Roberto de Gallenberg...

—¿¡Quién!?

—¡El más mediocre compositor de ballets de Viena!

Todos rieron y pasamos a otros asuntos. Yo miré a Simón: no podía ocultar su tristeza. Con esta noticia, su estadía en la ciudad imperial llegaba a su fin.

EL AUTOR

"La amada inmortal" de Beethoven se casó con el Conde Roberto von Gallenberg el 3 de noviembre de 1803. Nunca supo que el mayor caudillo de la América del Sur había sido su admirador. Regresó a la ciudad en 1814 con ocasión del Congreso de Viena. Los informes policíacos de la ciudad dan cuenta de su vida: Se presentó en sociedad como amante del Conde de Schulenburg, a quien espiaba por órdenes de Murat. Entre tanto, Gallenberg se desempeñaba como Archivero de la Ópera de Viena, Beethoven alcanzaba el apogeo de su gloria y Bolívar comenzaba su gesta libertaria.

SIMÓN

—¿Cuánto llevas ese catre de enfermo terminal?

—¡Qué no daría por un poco de salud! Si tuviera fuerzas me iría por la Sierra, solo o acompañado de baquiano, para contemplar desde lo alto el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma, por

grandes tempestades; y divisar desde cerca los viejos picos coronados de nieve impoluta, como nuestros sueños de 1805; el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores y el más grandioso derroche de luz. Perdido en la floresta o flotando sobre nubes, pensaría que yo no tengo enemigos. Mis sentidos embriagados respirarían libremente como si estuviese en un refugio contra el odio; sería el primer mortal en pasearse por aquellas regiones...

—Regresa a lo terrenal: Le debes a Juan Francisco Martín mil pesos, a Powles, de Londres, tres mil...

—Que sean pagados con el producto de la venta de mis joyas.

MARÍA TERESA

Jueves, 5 de septiembre.

Algunos pájaros me asustan. Hay de todos los colores, formas y maneras de cantar. En España nunca vi tal variedad. Se acercan a la casa, recogen las migajas en el comedor que da al patio, o en las inmediaciones de la cocina. Al amanecer cantan en el jardín. Cuando salgo a cabalgar, o cuando voy al laguito, encuentro variedades que no se acercan a la casa. Hay uno mediano, negro, que repite un sonido como en "u". Cuando lo oigo parece que quisiera decirme algo. Hay otro de ojos amarillos que también repite un sonido y parece contestarle al primero.

He visto la lechuza, me da miedo. Tiene un tono grave cuando chilla. Quisiera poder descifrar estos mensajes. Hay azulejos, turpiales, palomas, canarios, jilgueros, codornices, zorzales, golondrinas, torcazas, búhos y murciélagos. Abundan los colibríes y los cucaracheros y en la casa tenemos una cría de pavos reales. Hipólita me ha enseñado sus nombres y sus costumbres.

Me gusta dejar abiertas las ventanas que dan al jardín. Una pareja de cucaracheros anidó en lo alto de la tapia, junto al techo, en la salita que da a mi cuarto y que casi no se usa. La pájara ha empollado tres pichones, que emiten chillidos mínimos. Cuando los oí pensé que eran ratas y sentí miedo, pero al momento me di cuenta que eran los cucaracheros. Entonces sentí emoción. Mi primer impulso fue contarles a Hipólita y a Simón, pero me contuve. Imaginé que Simón me diría que hay que mantener limpias las habitaciones de todo animal y que los pichones pueden atraer roedores y gatos monteses. La negra me diría que yo no debo entrar en tratos con animales, porque nadie sabe qué espíritus habitan en ellos. He decidido proteger los pichones y no contarle de su

existencia a nadie.

La pareja sale y entra de la mañana al atardecer para traer hormigas, pequeñas arañas y otros bichos para alimentar a sus hijitos. Me admira su constancia. Los padres no tienen el más mínimo descanso y los pichones jamás parecen saciados.

JOSÉ

Recuerdo nuestro último paseo: a Linz. Viajamos en la posta por los paisajes apacibles del final del otoño; pequeños lagos azules bordeados de rocas, árboles desnudos exhibiendo restos rojizos de los últimos follajes y, por el suelo, la hojarasca llevada por los vientos fríos. Los campos se veían desiertos. Recorrimos la ciudad de Linz y visitamos sus monumentos. Salvo alguna curiosidad, nada comparable con Viena. De regreso tomamos el barco postal, que descendió por las aguas grises y caudalosas del río de los Nibelungos. Al pasar por los castillos de Durnstein y Krems y frente a los conventos de Melk y Götteig, el barco intercambió saludos con banderas. Unos días antes Simón había recibido carta de Martín de Azpeitia, quien continuaba en París, con la insinuación de emprender en la primavera un viaje por Londres y Lisboa. Discutimos el proyecto. A Simón le parecía una excelente idea y me pidió que lo acompañara. Me ofreció sufragar mis gastos con su ya acostumbrada generosidad. ¿Planes concretos? No, él no tenía ninguno. El próximo matrimonio de Giulietta, su renuncia a la nunca iniciada carrera de músico, el olvido de la tragedia de su viudez, la neurastenia superada, amén de su abultada fortuna, eran circunstancias que lo animaban a retomar los caminos. Por mi parte estuve indeciso. Lo que yo llamaba "la educación de Simón Bolívar" se había convertido para mí en un asunto resbaloso, sobre el cual, a estas alturas, yo ya no tenía control. Tal educación habría podido considerarla terminada, a no ser porque faltaba lo esencial: que Simón se decidiese por una carrera y dejase de alimentar tan efímeras fantasías. Pero en ese momento, después de meses de vida en común, ambos necesitábamos una pausa. Además, yo tenía que pensar en mi propio destino; no podía seguir a Simón alegremente por el resto de mis días. ¡Qué equivocado estaba! ¿No estoy, de nuevo, viajando tras sus huellas? Pero en aquel entonces creía firmemente en el mesmerismo y todavía acariciaba la ilusión de hacer carrera al lado del profesor Kraus. Me preguntaba si, después de la ausencia, tendría todavía la posibilidad de trabajar con él. En estas charlas pasamos las horas de aquella navegación. Al fin brillaron en lontananza las torres de Klosterneuburg. De nuevo nos acercábamos a la metrópoli: Viena.

Entonces me presenté en el laboratorio de Kraus y el noble sabio, no sin antes reprocharme mi ausencia, me pidió que le ayudara a redactar en francés, con destino a la Academia de París, los resultados de unos experimentos en los cuales yo había participado en su primera etapa. Hablé del asunto con Simón y este me dijo:

—Está bien, termina lo que ya empezaste. Nos veremos el año entrante en París.

LIBER TERTIUS

LA GRAN ENCRUCIJADA

Los cuatro pasajeros en el interior del carruaje deseábamos dormir. Uno cabecea o trata de recostarse, pero los baches del camino sacuden la carrocería de tal modo, que a cualquier descuido lo sorprende un golpe en la cabeza. Por eso es necesario permanecer en la vigilia. Además, por la inestabilidad del vehículo y lo irregular de los caminos, la posibilidad de volcamiento es siempre inminente.

Llevábamos horas bamboleándonos al ritmo cambiante de los caballos. Arriba, en el pescante, se oían las voces del conductor y el chasquido del látigo. A su lado viajaba Laurencio, nuestro criado, que había sido contratado por Simón para el desplazamiento por Francia; y, en la parte posterior, los equipajes envueltos en encerados. Avanzábamos con lentitud entre lodazales; un poco más rápido si el terreno estaba seco, pero entonces el polvo que levantaban los caballos se colaba por los desajustes de la cabina y nos ahogaba. Al avanzar el día aumentó el calor, lo que nos obligó a despojarnos de los abrigos; y, al atardecer, cuando regresó el frío, a colocárnoslos de nuevo.

Habíamos partido a las cinco de la mañana. Veníamos atravesando la región de Burgundy, donde se produce el vino Beaujolais, famoso desde hace dos mil años. Aunque la región no es extensa, se dan otras variedades como el Chablis, Chambertins, Cortons, Montrachets, Meursaults, Pommards, casi todos de uvas Pinot Noir y Chardonnay. Pero no era tiempo de vendimia. Se veían pocos campesinos. Los viñedos se extendían a lado y lado; había abundantes arroyos, campos de trigo y pequeñas praderas. En las colinas, mansiones y castillos y, en el valle, al borde de los sembrados, concentraciones de casas de techos rojos. Uno de los caballos cojeaba por causa de una herradura floja al final de la mañana. El conductor decidió parar en la primera posada. Se fue en busca del posadero para cambiar el tiro. A los pasajeros nos sirvieron un plato de cordero y legumbres. Simón se entusiasmó con la posibilidad de beber vino del bueno y, acaso, comprar algunas botellas para los días siguientes. No fue posible; el de calidad lo envían a París y al exterior a precios altos. En la posada solo tenían del ordinario. Veníamos tan cansados que nos tomamos varios vasos.

Cuando continuamos observé a Simón. Estaba alelado mirando el giro de la rueda trasera. Me di cuenta que a cada sacudida su rodilla rozaba la rodilla de la joven que venía al frente. En la duermevela en la que pronto nos sumimos, oí al viejo rezongar. Pensé que se había golpeado. Simón se reacomodó en su asiento y

empujó la pierna de la joven. Esta dejó oír una leve protesta. En la mañana habíamos querido entablar conversación con ella, pero rehuyó el diálogo; no apartaba la mirada del paisaje. El viejo, en cambio, que era su padre, conversaba tanto que había que pararlo.

El camino serpenteaba por una planicie seca y los caballos avanzaban a cierta velocidad. Luego cambió la topografía. Había piedras grandes y escasamente cabía nuestro carruaje. De repente sentimos que frenaba hasta casi detenerse y que el conductor tocaba el claxon. Delante iba un carro tirado por mulas. Lo conducía un hombre acompañado por una vieja. Nos miraron con indiferencia y no dieron muestras de querer hacerse a un lado.

—¡Den paso, den paso!, gritaba el conductor.

La vieja se volvió hacia nosotros. Tenía su dignidad. Nos miró con agudeza. Sonrió: mostró un diente partido. Gritó en francés:

—¿Desea alguien que le lea la fortuna?

Eran gitanos. Tuvimos que seguir al paso. Al poco rato el camino desembocó en una explanada surcada por un arroyo. El carro de mulas se había rezagado de una caravana de nómadas que se aprestaba a armar un campamento a orillas del arroyo.

Nuestro carruaje también se detuvo. Allí paramos solo para darle de beber a las bestias. Descendimos para estirarnos. Observamos las tiendas desarmadas en el suelo, los enseres que iban sacando de las carretas y, sobre todo, a las mujeres, de corseletes y faldas amarillas, rojas, verdes, naranja, largas hasta los tobillos. Descalzas, llevaban los brazos y pies adornados con pulseras. Varias se nos acercaron para leernos la suerte. Simón fue abordado por la vieja de la carreta; la rechazó como asustado. La que se acercó a mí era una niña delgada y triste; tenía la piel cobriza y la cara ovalada. No miraba de frente, pero en un momento lo hizo y fue para no olvidarlo, por el brillo de sus pupilas.

Sentí por ella atracción y rechazo. Atracción por su rara belleza; rechazo por el desaseo de sus ropas. Vacilaba yo en ofrecerle la palma de mi mano para que me leyera el destino, cuando escuché el llamado del conductor. Le di una moneda, regresé al coche, y durante días no pude borrar el recuerdo de su mirada.

SIMÓN

—Estábamos, por milagro, en equilibrio, como cuando dos olas se enfrentan y se mantienen tranquilas, apoyadas una en otra, en una calma que parece verdadera, aunque instantánea. El fenómeno no es extraño para los navegantes...

—Te sucedió a veces...

—Cundinamarca y Venezuela, Colombia y Perú... todos se

apoyaban en mi persona, yo les servía de punto de equilibrio... pero aquella prodigiosa calma fue efímera. Ahora todo va a sumergirse de nuevo en el caos.

—¿Quieres decir que ellos abandonan la posibilidad de establecer un futuro de concordia?

—Sí. Por un momento llegó a parecer sencillo. No era sino dejarse embriagar por las fuerzas que ya estaban desencadenadas. Pero el espíritu crítico fue más fuerte. Hizo de la independencia una esclava de la razón.

—¿Condenas al hombre de las leyes?

—Bien sabes que no fue uno solo. Fueron legiones; los santafereños, los más numerosos. El vuelo de la lucha quedó preso del juego de los códigos. Privaron los artículos y los incisos, lo vulgar y lo pedestre.

—No tienes derecho a condenarlos. Bien sabes que no todo puede ser inspiración y entusiasmo. Se requiere dejar bases escritas.

—Yo no me opongo. Lo que sucede es que en cambio de aprovechar los recursos de la geografía, evocar los instintos de nuestra raza y propiciar la aparición de los hados de nuestro destino, se dedicaron, ¡pobres cretinos!, a establecer razones extranjeras para explicar lo propio. Su pequeñez no los deja navegar por el mar de nuestra realidad; los mantiene aferrados al peñasco europeo. En cambio de mirar el horizonte americano, admiran los luceros de otras latitudes: perdimos nuestro rumbo.

—Desvarías, Simón. El tiempo es corto y la labor inmensa. ¿Para qué inventar si ya existen modelos probados?

—Hay que intentarlo. Los leguleyos están creando un hombre abstracto, una cultura, una educación, una moral, un derecho, un Estado abstractos.

—No te preocupes. Con el tiempo, la imagen de los héroes corregirá los excesos.

—¡Qué va! A este paso el futuro ni siquiera recordará a los héroes. Nuestra cultura no va a tener un hogar fijo, estará condenada a nutrirse de otras culturas. El hombre colombiano, bajo este derrotero, será un hombre eternamente hambriento, sin raíces.

MARÍA TERESA

Lunes, 9 de septiembre.

Simón sale a visitar la hacienda y, con frecuencia, estoy sola al medio día. Me baño en el laguito cuando el tiempo lo permite. Llevo un sombrero de paja de alas grandes o una sombrilla de seda naranja. Y, cuando es posible, me resguardo del sol en la arboleda.

Hoy había un viento especial. Venía peinando los sombrados y entraba entre los árboles como por un túnel. Rizaba el agua y me daba de lleno en el rostro. Sentí el gozo de estar ligera de ropas en medio de la atmósfera salvaje. Las hojas brillaban con una luz diferente y algún pájaro hizo una pirueta por el firmamento. Me pareció que se quedaba inmóvil.

Las negras hablan mucho. Matea, sobre todo; y me asusta porque dice cosas terribles. Nunca cuenta las historias completas. Las va diciendo de a poquitos; hoy un detalle, mañana otro, y uno tiene que ir componiéndolas en la cabeza. La que más me ha impresionado es la del español, que había venido en busca de oro. Era creyente, devoto de san Ildefonso y respetuoso del rey. Pero un día se extravió en la selva y sus compañeros lo dieron por perdido. Varios años después apareció en otro lugar y quienes lo conocían pensaron que había sobrevivido por milagro, con la ayuda de su santo patrón. Pero notaron que la cara se le había chupado, que rengueaba del pie izquierdo y tenía oblicua la mirada. Lo peor fue cuando alguien se santiguó en su presencia. Se enfureció y le echó candela al pueblo. Podía caminar meses por la selva sin mostrar cansancio. Mataba indios y españoles con sus propias manos y un día abusó de su hija. Solamente escribir estas cosas me llena de pavor. Cuando estamos en el laguito y Matea habla de ellas, a mí me parece que el malvado está detrás de cada árbol. Simón me dijo que no hiciera caso de estas habladurías de negras, que él mismo las había escuchado de niño. Me explicó que ellas son supersticiosas y creen en brujerías, pero que Hipólita y Matea y los demás esclavos ya han sido educados en la verdad y que, cuando dicen esas cosas, lo hacen para divertirse a costa de los jóvenes. Me dijo que hablaría con ella para que dejara de asustarme. Pero yo misma siento una extraña curiosidad por saber detalles y, a pesar del miedo, le hago preguntas. Me di cuenta que estaba ofendida por haberle dicho a Simón. Entonces le prometí que si me contaba más historias no le volvería a decir a Simón para que no la regañara.

Esta mañana estaba de buen genio y, mientras cocía los plátanos, me dijo que el español puede atravesar los ríos peligrosos, aun los que tienen pirañas, caimanes, anacondas. No sufre rasguño. Otro día, dizque con un grupo de desalmados, saqueó los pueblos de Burburata, Valencia y Barquisimeto. Lo han visto en todas partes, desde el golfo de Coquivacoa hasta la isla de Corocoro. En una ocasión, sus propios soldados quisieron matarlo, pero al golpearlo con las armas no lo hirieron y se les escapó como si fuese espíritu del más allá. Prefiere las noches oscuras para viajar. Matea lo ha visto rodeado de un resplandor rojizo, subido en las copas de los árboles cuando sopla el viento.

Comenzó a hablar de los bohemios, esos nómadas que se pasean entre los otros pueblos, sin mezclarse jamás. No recuerdan de dónde vienen ni saben a dónde van. Son el único pueblo sin deseo de conquista; saben ser libres sin necesidad de ir a la guerra, sin poseer tierra, sin pretender fundar una república. Libres... aunque sufren persecución y hambre...

El viejo parecía conocerlos bien: el zíngaro es el violinista que viste pantalones negros bordados con arabescos en oro; la gitana lleva una flor roja y toca las castañuelas o el tamborín, zapatea y palmotea en los tablados. En España los llaman Kalos, Rom o Romni. En Francia Bohemios y Romanichels y en Italia Piemontesi o Zingari. Se cree que ven a distancia, transmiten el pensamiento y tienen premoniciones. Perciben la presencia de extraños en la noche. Se desempeñan con gracia como danzarines, saltimbanquis, tragadores de sables, acróbatas, domadores de fieras, adivinos. Pero sobre todo, son grandes conocedores del equino. Hay muchos bohemios en Andalucía, porque allí se consiguen los mejores caballos. También en Jerez. Hay un decir gitano: el caballo fino tiene cuello de gallo, pechos de mujer, cabeza de carnero, anca de toro y cola de zorro. El viejo agregó que los tales gitanos eran unos artistas para disimularle los defectos a la bestia y para hacerle ejecutar las acciones más especiales. De cualquier táparo hacen un espécimen fogoso. Para despistar a la autoridad en caso de robo le administran una droga que le cambia temporalmente el color. Para engañar al dueño y hacer la compra a menor precio, la inmovilizan con un simple toque en cierto músculo, haciéndola caer al suelo aquejada de convulsiones. Simón los había visto en Toledo. Allí se les reputa, además de caballistas, de conocedores del secreto de la fundición y del manejo de los metales. Yo los había visto diseminados por el Tirol. En Venezuela habíamos conocido unos cuantos... de repente, todos los que íbamos en el coche comprendimos que estamos rodeados de ellos y que en realidad los desconocemos. En aquel momento yo estaba lejos de imaginar el papel que irían a tener en nuestro periplo.

Por un rato la conversación nos entretuvo, pero cuando cambiamos de tema y el viejo defendió las monarquías europeas, nosotros preferimos callar. Le habíamos informado que veníamos de América, pero ni él, ni la dama, mostraron interés. Luego el hombre sacó de su alforja un trozo de salchichón y cierto número de ajos, que compartió con ella, lo que nos fastidió por la concentración de olores. Al final, el carruaje rodó por un piso arenoso y la muchacha

logró dormirse. Simón estiró la pierna y ella no opuso resistencia. Las sombras caían y el coche estaba en la penumbra. También yo debí quedarme dormido. Al entrar por las calles de Lyon, el bramido del cuerno del postillón rasgó los aires y nos despertó con sobresalto.

El viaje de París a Lyon —unas trescientas cincuenta millas— tomó cinco días. Gran parte lo efectuamos en diligencia, que es un coche que acomoda hasta ocho personas. Es amplio y sólido y nos parecía que no iríamos a tener contratiempos: no presenta riesgo de volcamiento y no se hace pedazos en los baches. Pero pronto nos dimos cuenta que corríamos inminente peligro de incendio. Su peso y solidez ocasiona fricción entre las ruedas y los ejes y la temperatura de estos llega a niveles altos. El conductor debe parar para enfriarlos con agua o esperar a la orilla del camino.

Desde Chalons el viaje se hace, por lo regular, en bote, por el río Soane. Cuando llegamos a esta población nos dijeron que debíamos esperar dos o tres días hasta la llegada del bote, por lo que preferimos seguir por nuestra cuenta. Encontramos un coche de cuatro pasajeros, que tomamos en arriendo compartiendo los gastos con el viejo y su hija. Este coche, por pequeño, era más veloz, pero tenía riesgo de volcamiento.

Para evitar estos inconvenientes, muchos viajeros ricos prefieren utilizar su propio vehículo. Pretenden, además, evitar demoras e incomodidades, pero deben efectuar una inversión hasta de treinta guineas por una berlina resistente, aunque usada, y contratar un conductor que conozca la zona, amén del costo de los caballos. Simón consideró esta posibilidad cuando hacíamos los preparativos del viaje, pero la desechó cuando nos dimos cuenta que para traspasar los Alpes tendríamos que usar otras formas de transporte. Optamos por la diligencia o la posta y por contratar a Laurencio como criado, quien conocía el idioma y las costumbres.

Cuando se viaja en diligencia, los gastos de alojamiento y alimentación están incluidos en la tarifa. El conductor para donde se le da la gana, algunas veces en albergues de baja categoría, donde tiene sus tratos. Cuanto más se viaja hacia el sur, peores son los albergues. Hay chinches. Las casas están contaminadas porque la mayoría son de madera. A veces es necesario dormir en el suelo, en medio de la sala, pues no hay manera de extinguirlos en la cama.

La hora de partida nunca es posterior a las cinco, y, cuando hay luna o la noche es brillante, los viajeros son sacados a gritos a las dos o tres de la madrugada.

También se puede viajar en la posta. Esta se mueve entre dos puntos fijos, a veces poco distantes entre sí. El viajero debe descender, con su equipaje, en cada pueblo, y esperar la posta hacia

el siguiente, que en ocasiones solo sale al otro día. En estas condiciones el recorrido diario es mínimo y muchas las molestias de cargar y descargar.

Si se viaja con criado, como fue nuestro caso por Francia, este encuentra su acomodo sobre el techo, al lado del conductor, como ya he dicho, a un costo de dos luises dorados. La ventaja de llevar criado es que el equipaje queda a su cuidado, amén de cualquier otro servicio que uno quiera encomendarle. En todos los pueblos siempre hay muchachos dispuestos a ayudar, y se ofrecen por docenas, pero hay que tener cuidado, pues los robos son frecuentes. Un criado de confianza es un privilegio, sobre todo si este habla el idioma de la región.

En uno de los albergues nos encontramos con la comitiva de la duquesa de Rochefoucauld, que viajaba hacia Niza, con su hijo de pocos años. Iban en tres coches y los escoltaban cinco domésticos y dos guardias a caballo. Este tipo de comitivas es frecuente. Tales personajes llevan consigo la comida y los vinos para el viaje, y así evitan en parte los malos servicios del camino.

Otro inconveniente es el de las aduanas. Al pasar de un país a otro, o de una región o provincia a otra, a la entrada de las ciudades e, inclusive, en medio del camino, se encuentra el viajero con los aduaneros. Por lo general, el sitio está lleno de muchachos. Al llegar el vehículo, estos caen y no hay manera de evitarlos, pues cada uno espera ganarse siquiera una corona. En estos casos, la labor del criado se reduce a cuidar que los pilluelos no se alcen con las cajas; estos las descuelgan, sin ningún orden ni cuidado, para llevarlas ante los guardias, que las examinan minuciosamente: la de los sombreros, la de las pelucas, la de las camisas, la de las casacas. La situación se complica cuando encuentran libros, porque es el propio jefe de la partida quien los examina, ya que sus subalternos ni siquiera saben leer. Con gran ceremonia saca una lista y coteja cada título. Si encuentra alguno prohibido, el viajero está en peligro de pasar a la cárcel. Una medida de precaución, para transportar determinados tomos, es proveerse, en su oportunidad, de un permiso de funcionario competente.

Es necesario presentar el pasaporte y dar explicaciones sobre los motivos del viaje y el origen de los enseres. En Lyon, el jefe se nos acercó, nos condujo fuera del tumulto para desearnos un buen viaje y para informarnos que no nos pondría obstáculo en nuestro paso por la aduana, pero que debíamos recordar los bajos salarios que devengaban, que mucho apreciaría nuestra contribución en metálico. Simón le obsequió varias monedas gruesas que el hombre recibió con satisfacción. Con esta enseñanza evitamos demoras durante el resto del viaje.

MARÍA TERESA

Martes, 10 de septiembre.

Los pichones han ganado tamaño y ahora sus chillidos son más notorios. Hipólita los descubrió esta mañana, me dijo que iba a limpiar la habitación de alimañas y me reclamó por no haberle avisado. Me miró en forma dura, como nunca antes lo había hecho. ¿Por qué tengo yo que darle cuentas a ella? Me dijo que en cada pichón puede estar el alma de algún difunto y que en cualquier momento podía hacerme daño. Yo le respondí que si tal fuera, más daño me haría por expulsarlos del nido. Ante mi respuesta ella cambió su expresión. Me miró de manera enigmática y sonrió. Me parece que aceptó mi razón y, sin decir nada, se marchó.

JOSÉ

Yo traía cierta curiosidad: ¿qué había sido de Simón durante los largos meses posteriores a su partida de Viena?

Le preguntaba y él me respondía sin reservas. Fueron conversaciones fragmentarias. Ahora, con los años, al recapacitar sobre hechos y personas, puedo localizar las piezas del juego, algunas de las cuales irían a ser complementadas por otros amigos.

Simón salió de Viena y en París pasó el invierno preparando su prometido viaje por Londres y Lisboa, en compañía de Martín de Azpeitia. No fue un viaje largo, pero estuvo cargado de experiencias positivas. Ya de vuelta en la Ciudad Luz, tomó en arriendo una mansión en la rue Vivianne, adquirió caballos, un coche, joyas y antigüedades. Se hizo vestir por Buisson, el mejor sastre de París. Ostentaba en su frac azul botones de oro cincelados por Gosselin. Tomó a su servicio dos criados de librea, Gaucher y Gothard y dos sirvientas, Marianne y Catherine, siendo esta última su "fille de chambre"; todos experimentados y con las mejores recomendaciones. Estrechó sus contactos con sus amigos Azpeitia, Fernando del Toro, Carlos Montúfar. Adquirió un palco en la Opera y durante un tiempo se preocupó por encontrar una bailarina de su gusto, a quien sostener públicamente.

Yo le preguntaba por qué se sentía mejor en París que en Viena. Me dijo que por el idioma, pues había avanzado en el francés y en cambio el alemán le causaba dificultad. Además, porque tenía más afinidad con la cultura francesa. En París había decenas de emigrantes americanos y se recibían noticias de Caracas, de la América del Norte y también de Madrid y Londres. La ciudad se

perfilaba como una especie de capital de Occidente. Yo sospeché que había un motivo adicional: quería ser el centro de la atención y pensaba que París era escenario propicio para lograrlo.

MARÍA TERESA

Miércoles, 11 de septiembre.

Anoche hacía calor; no usé el mosquitero y abrí las ventanas. Todo estaba en silencio, pero a veces venía de lejos un aullido de perro triste, o un canto de pavita, monótono y de mal agüero.

La luminaria del candelabro de tres velas se reflejaba en el espejo y en las paredes encaladas de blanco. La cucarachera sintió, quizá, que ya había amanecido y voló desde el nido hasta la ventana, para ir en busca de alimento. Pero en la ventana, al ver la oscuridad exterior, se detuvo en los barrotes y emitió unos raros gruñidos. Aleteó allí varias veces. Regresó al nido, y de nuevo a los barrotes, sin saber hacia dónde volar. Entonces apagué dos de las tres velas y la habitación quedó en la penumbra. La pájara regresó a su nido y se quedó tranquila.

SIMÓN

—Reverend trae esa vieja bata de cirujano, ajada, manchada en varios lugares, olorosa a químicos y farmacia. Se me arrima y me la pone en las narices. Sus olores me sumen en el vértigo de los recuerdos y me introducen en aquellos improvisados hospitales de campaña, después del combate, atestados de heridos, médicos y enfermeros de la tropa, y soldados que no han tenido novedad en la batalla pero que ansiosos entran a conocer la suerte de sus compañeros. Sábanas en hilachas cubriendo los cuerpos afiebrados de mis pobres soldados; sábanas que no se lavaban y que, con el calor de los cuerpos, despedían un fuerte olor; sábanas que devolvían las emanaciones de los medicamentos, de la sangre, el pus... las veía sembradas de manchas sospechosas, empapadas de la grasa proveniente de vejigatorios y ungüentos; restos de compresas y epítemas... no faltaban los piojos y los chinches... Ventosas, sangrías, sanguijuelas, cataplasmas...

—...el soldado se retorcía y gimoteaba por una simple ventosa. Nada más cómico que ver al intrépido héroe de tantas batallas, fuerte y aguerrido, lamentándose a gritos porque el enfermero le hacía las sesenta u ochenta incisiones superficiales con lanceta que se requerían para la aplicación de unas cuantas ventosas...

Los habitantes de Lyon, al vernos descender del coche, y sobre todo al ver nuestro equipaje, se acercaron a Laurencio para indagar si se trataba de un conde. Estos lugareños consideran que los viajeros extranjeros somos grandes señores, inmensamente ricos y de increíble generosidad.

Nos hospedamos en la "Maison Blanche" que en realidad no tenía mucho de "blanca", sobre todo porque el aseo no parecía ser preocupación central de sus dueños, aunque era la mejor de la ciudad. En cuanto a la comida, sin embargo, no dejaba qué desear: ofrecen vino de la región, a tres libras la botella; el de la casa es fuerte, de un sabor inferior al de Burgundy. El pan es bueno, pero hay que tener cuidado, por la arena que contiene, que proviene del desgaste de la piedra del molino. Ofrecen pollo, ganso y carne de cacería de acuerdo con la estación. Comimos liebre, perdiz, codorniz, paloma salvaje, becardón, tordo, papafigo. Nos hablaron del puerco salvaje, que se consigue en el invierno. La liebre es de tamaño sorprendente, muy jugosa. Los platos los sirven rociados con salsas fuertes y acompañados de patatas y legumbres. Vimos bandadas de pavos negros por los prados cercanos y algún ganado vacuno. La leche es cremosa y con ella elaboran variedad de quesos y mantequillas.

Al salir a las calles y los alrededores de la ciudad, nuestra impresión fue diferente. Muchos muestran su pobreza y mala alimentación, por lo flacos. Esto nos indicó que la situación de justicia después de la Revolución no había cambiado: la riqueza continúa en la bolsa de los terratenientes y las gentes del común siguen acosadas por impuestos.

Por los valles cercanos a Lyon hay pueblos, conventos y casonas. El silencioso fluir del río Soane les da un ambiente pastoral. En el verano las gentes pasean por las veredas y se bañan en sus aguas y, según nos contaron, ocurren accidentes de ahogados. Recorrimos la región en un cabriolet, que es un coche de un solo caballo, y que Simón contrató para nuestra estadía. Buscábamos lugares prominentes para ver el paisaje; descubríamos el mundo desde arriba y, por unos minutos, nos sentíamos sabios al poder considerar el territorio que se abría a nuestros pies.

Luego de unos días memorables en aquella región continuamos el viaje, y acordamos hacerlo a pie. Despachamos el equipaje en la posta, al cuidado de Laurencio, y solo dejamos lo indispensable en dos bolsas de lona que llevaríamos a la espalda. El plan consistía en visitar Chambéry y luego cruzar los Alpes hacia Lombardía. Recorrimos colinas de poca elevación, coronadas de árboles,

invadidos por pequeñas aves migratorias. No había terrenos estériles, ni palmo inculto. El trigo estaba en la espiga, las fresas maduraban y los higos comenzaban a oscurecer. Nos deteníamos a hablar con las gentes. Estudiábamos la geografía y preguntábamos por la historia de cada lugar, no sin dificultad, porque existen cambios dialectales al pasar de una región a otra.

Por años yo había soñado con este viaje. También por años había aplazado un secreto interés por la botánica. Recordaba las conversaciones de Martín de Azpeitia, en especial la aventura del payanés, cuando ascendió a los cráteres del volcán Puracé en compañía del maestro Restrepo, estudiando corolas, estambres, pistilos, pericarpios. Por fin podía emular con ellos. Había traído en mi bolsa el *Systema Naturae* de Lineo, la *Genera Plantarum* de Jussieu y *La Flore Francaise* de Lamarck. Tomaríamos notas, dibujaríamos ciertos especímenes. Me preocupaba no tanto la apariencia externa de las plantas sino aquellos detalles que obedecen más a la estructura interna, como el número de pétalos, la presencia o ausencia de corola, la manera de insertarse la corola y los estambres, su relación con el pistilo, el número de lóbulos que acompañan al embrión en la semilla, la situación del cáliz. Es decir, la organización interna y la función reproductiva. Lo importante es lo que está oculto. Uno no se puede contentar con designar categorías de seres con base en su apariencia externa aunque, como bien lo demostró Lineo, este puede ser el paso inicial. Más importante es definir las leyes interiores. Me interesaba comprender postulados como el de Lamarck, quien afirma que "existen en todos los seres vivos dos fuerzas poderosas muy distintas y siempre en oposición, de suerte que cada una de ellas destruye perpetuamente los efectos que la otra ha llegado a producir".

Me parecía que todo esto iba a desarrollar el espíritu de observación en Simón. En un comienzo el joven me ayudaba con observaciones, tomaba notas y leía los textos que yo le señalaba. Preguntábamos a los campesinos: Son una fuente inagotable de información en estas materias. Conocen las propiedades de cada vegetal, sus variedades, las épocas de floración y sus reacciones a los cambios de clima.

Una tarde divisamos entre la arboleda un castillo sobre la cumbre de una colina, a cuya base se alzaba un caserío. Hacia allí nos dirigimos. Yo le hablaba a Simón sobre los hallazgos botánicos del día y él me respondía con monosílabos. Todavía me hacía la ilusión de ganarlo para la ciencia. Ibamos a escribir un libro sobre el papel de la corola en ciertas plantas de aquellas regiones. En ningún sitio nos esperaban, no teníamos itinerario fijo pues en Roma no nos esperaban antes del otoño... ¿por qué no vivir a

plenitud aquella experiencia?

Pasamos varias noches en la posada del caserío. Salíamos al amanecer. Estudiamos la hierba del viento, que solo se abre al soplo del aire; la malandria escarlata, la aristolquia de cáliz sin corola, el césped de Olimpia con sus campánulas rosadas; vimos anacolias de varias clases, que recogen las gotas de la lluvia en la trompetilla de sus hojas y lirios de Francia, que yerguen rectas las llamas azules de su periantio. Su olor penetrante turba a las muchachas: al percibirlo se ponen encarnadas. Nos detuvimos para admirar un conjunto de tilos de distinta antigüedad y un artesano nos habló sobre las propiedades de resonancia de su madera, que es la preferida por los constructores de guitarras.

—¿Qué más propio del ser humano que vivir al aire libre, respirarlo en toda su pureza, beber agua viva, comer lo que la tierra ofrece?

Pero mi joven amigo sintió crecer el desgano por la empresa botánica. Si encontraba una muchacha campesina de su agrado, prefería su compañía a la mía. Entonces yo me internaba por la arboleda mientras él departía con la dama a la orilla de algún arroyo. Cuando escaseó el bello sexo se impacientó: No estábamos avanzando a causa de mis observaciones.

SIMÓN

—Joaquín Posada Gutiérrez, buen amigo...

—Bien lo recuerdo. En Honda, mientras preparaban los champanes, te invitó a visitar la mina de Santa Ana. Habías estado decaído, pero te animaste a salir. Recorrimos el valle ardiente de Mariquita. ¿Recuerdas el baño al medio día en aquella quebrada que desemboca al Gualí? Entonces dijo Posada Gutiérrez: "No sé si V.E. sabe que Alejandro Magno murió en la flor de su edad por haberse bañado acalorado"...

—Me pareció ingenuo aunque cariñoso su comentario. No pude contener mi ironía. Le dije que Alejandro estaba borracho, en el apogeo de su gloria; que yo jamás me había embriagado y que ya la gloria no era para mí.

—Mentías, como de costumbre. No puedes negar que te pasaste de copas... y que, a pesar de los desengaños, aún te sentías en el apogeo de tu gloria...

—Calla. Prefiero rememorar cosas amables. Subimos hacia las minas. El camino serpentea por la montaña. Nos detuvimos a contemplar el panorama: la cordillera Oriental bañada por el poniente, los páramos contra el cielo límpido, la llanura con sembrados y pastoríos y el Magdalena tortuoso. Las guacamayas en

bandada, los loros, los pelícanos... Arriba, muy arriba, casi encima de nosotros, el nevado del Ruiz; plata extendida sobre la montaña...

—Cuando llegamos a la mina, los ingenieros ingleses, los trabajadores, los aldeanos nos recibieron con un grito cerrado: ¡Viva el Libertador!

—Ese grito alegró mi corazón. Me sentí en la cumbre de mi carrera. Pero estaba cansado. Esa noche me retiré temprano y al día siguiente, de regreso, estuve silencioso.

—No importa, el ascenso a la mina fue un bello preludio de este viaje...

... que no termina.

JOSÉ

Fernando del Toro llegó a París procedente de Madrid y se alojó en casa de Simón. Había sido expulsado de España por un bando que obligaba a los extranjeros, en especial a americanos y filipinos, a salir del país, por la aguda escasez de trigo. ¿Era justo que luego de 300 años de explotación nos trataran de ese modo?

¿Qué había sido del famoso reloj de Azpeitia? Un fiasco. En la Academia solo recibió burlas. La construcción era tan rudimentaria que pocos se interesaron por él. Martín no se amilanó. Estaba seguro de sus logros y capacidades. Se enteró, por ejemplo, de que un tal Saussure hacía experimentos por las montañas de Suiza para medir alturas por medio de un termómetro sumergido en agua hirviente, encontrando que seiscientos cuarenta pies correspondían a un grado Reaumur. Los experimentos de Martín arrojaban resultados más precisos; Saussure estaba equivocado, porque su fórmula se basaba en una progresión aritmética, siendo que la ley de las densidades del aire comporta una progresión logarítmica. El suizo ya era miembro de la Academia y Azpeitia no... Escribió un documentado para demostrar su posición, sin resultado. ¿Qué peso tenía en la Academia Francesa la opinión de un americano del sur, frente a la de un suizo?

Tuvo más suerte como calculista en el recién creado Bureau du Cadastre, bajo la dirección del ciudadano Gaspar Reche de Prony. Allí se decimalizaba la medición del tiempo, y los ángulos del cuadrante y se calculaban los valores del seno. Se trataba de construir tablas logarítmicas y trigonométricas con 15 o más decimales. El equipo de colaboradores de Prony constaba de tres o cuatro “géométres” que diseñaban las fórmulas, 8 o 10 "algébristes" que las desarrollaban y 50 a 60 "ouvriers", que hacían los cómputos. Azpeitia comenzó de obrero y, meses más tarde, debido a su dedicación, ascendió primero a algebrista y luego a geómetra. En

las últimas semanas, olvidando la medición de alturas y su deseo de ingresar a la Academia, se entusiasmaba con la posibilidad de inventar una máquina para calcular. Afirmaba que la ciencia del cálculo llegaría a ser la reina del conocimiento humano.

Me contó Simón la mezcla de sentimientos que mantenían confundido al pobre Martín: decía que odiaba a España, y, en general, a Europa. Sin embargo, lo que más anhelaba era ser reconocido en los círculos científicos de ese continente. Cuando hablaba de su tierra natal se expresaba con nostalgia y decía que su mayor deseo era regresar, pero siempre estaba urdiendo algún proyecto para prologar su estadía en París. Cuando alguien le pedía que describiera su terruño, explicaba que en Popayán las naranjas son "valencianas", los jazmines "andaluces", los geranios "sevillanos"; "madrileñas" las mantillas que llevan las señoras, "toledanas" las rejas de las edificaciones. Las calles están adoquinadas como en cualquier ciudad española, el toque de las campanas sigue el mejor estilo peninsular. Todas las instituciones han sido calcadas de la tradición hispánica. Él mismo lleva con orgullo apellidos de alta estirpe castellana y vizcaína y sus padres tienen pergaminos que atestiguan su limpieza de sangre. Al escuchar esto, sus interlocutores franceses se burlaban:

—Odiar a España, en tu caso, ¿no es como odiar la propia madre?

EL AUTOR

José y Colette llegaron a Oxford y se instalaron en Peter's Inn, una vieja posada a la salida del camino hacia Stratford -Upon-Avon, a solo unas cuadras del Magdalen College, donde Sir Coburg tenía sus oficinas. Inmediatamente se iniciaron las sesiones de trabajo, que duraban hasta la hora del té. Se llevaron a cabo durante los meses de mayo y junio de 1826, en inglés, idioma que Carreño manejaba con excelencia. Coburg utilizó los servicios de un secretario amanuense, un joven estudiante de Oxford, quien según parece no intervino en los diálogos. Tomó notas de cuanto se dijo, con diligencia, e incorporó en los protocolos algunos documentos entregados por el entrevistado. Desde la primera sesión este manifestó su deseo de leer, al final de cada tarde, el trabajo del día y de añadir notas al margen, o tachar aquello que le parecía inconveniente. Coburg estuvo de acuerdo con esta práctica; el secretario se retiraba hacia las cinco y Carreño se demoraba unas horas más en la revisión de lo escrito.

JOSÉ

Nuestro vagabundeo nos llevó por el Valle de Leysse y, en días

sucesivos, por los macizos de Beauges y La Grande Chartreuse, al norte de Grenoble.

Visitamos el peñasco de Lémenc, donde se encuentran los vestigios de una colonia romana. Una torre sobre la colina vigila el valle adyacente y parece haber sido concebida como avanzada militar y lugar para emitir señales. Luego fue ampliada para que sirviera de fuerte. Lo que queda de la torre tiene una altura de noventa pies y revela un definido estilo dórico. Al acercarnos, varios muchachos de la vecindad se ofrecieron como guías. Contratamos uno de ellos, quien con soltura de lengua nos informó que el lugar había sido colonia romana, fundada por el propio César Augusto después de la batalla de Actium. En su época de mayor esplendor habían vivido allí hasta doce mil familias, informe exagerado porque los contornos de la ciudad nos indicaban que seguramente no cabían más de tres mil. En el sitio hubo un famoso templo dedicado a Diana, cuyas ruinas no pudimos identificar. Recorrimos los alrededores y vimos restos de baños, pedestales de estatuas, torres y, quizá, lo que quedaba de un anfiteatro de tamaño mediano. Hay una fuente romana al pie de la roca que aún utilizan los actuales moradores. El guía dijo que al sitio acudían arqueólogos y que, al vernos llegar, él había pensado que nosotros éramos de los tales. El año anterior, unos alemanes habían encontrado un busto de bronce, vasos, capiteles, fragmentos de dos estatuas de mármol y unas inscripciones latinas cuyo significado nuestro guía ignoraba.

Estas ruinas, y otras que visitamos en nuestro viaje, han sido saqueadas sin misericordia. En los pueblos vecinos, uno se encuentra en las fachadas de las casas trozos de mampostería, cornisas y lajas sacadas de las ruinas. Los campesinos las utilizan como canteras de materiales, sin consideración por el valor histórico y artístico y sin cuidado por parte de las autoridades.

A pesar de la indiferencia que Simón, otro tema que me interesó fue el de los minerales y los fósiles. Cuando se empieza a examinar un territorio desde esta perspectiva, nada parece más desesperanzador que el caos de las rocas, pero al ir registrando sus formas y su manera de estratificarse, y al especular y tratar de pronosticar sobre lo que uno puede encontrar más adelante, por ejemplo en el fondo de un valle o a lo largo de los correderos de las aguas, se empieza a ver con claridad la región y su estructura de conjunto se hace inteligible. Al fijar la atención de tal modo pudimos encontrar fósiles. Yo advertía las estrías, los cantos rodados, las morrenas laterales y terminales. Esta nueva inquietud nos orientó por sitios extraños y agrestes, lo que nos permitió disfrutar aún más de nuestro viaje.

Chambéry había sido, después de 1792, la capital del gobierno

revolucionario y esto le produjo cierto auge. En el Castillo Ducal está la capilla donde reposó la túnica de Cristo. A menos de una hora de camino encontramos la casona de Mme. de Warens, Les Charmettes, cuyos jardines recorrimos estudiando bajo los sauces las florecillas de finales de primavera. Ya de noche nos dirigimos a la casa para alojamos. La noble construcción es de ladrillo y sus esquinas, puertas y ventanas lucen adornos de material labrado. En los extremos hay rejas de forja, atacadas de orín. Un farol sostenido del artesonado derramaba torrentes de luz sobre la escalera, que se divide en dos a partir del primer descansillo. Hay estatuas de mármol sobre pedestales o en nichos. Nuestra emoción fue intensa al evocar las páginas que allí se habían escrito. Fue vértigo más bien lo que sentimos, vértigo al percibir la perspectiva que se abría ante nuestros ojos y que nos iluminaba los múltiples caminos que podía tomar nuestro destino.

Mis diálogos con Simón se hicieron un tanto abstractos. Hablamos, por ejemplo, de la lectura y la escritura. Pudimos establecer varios niveles: ¿cómo no preferir la observación directa de los fenómenos a la lectura de libros? Había que hacer distinciones. Para el botánico, cada estría de la hoja es una carta escrita que debe descifrar, un signo con el cual puede formar palabras que otros leerán de corrido. Igual sucede con el mineralólogo: en cada grieta de la roca se encuentra un vasto alfabeto. Estos profesionales no son otra cosa que traductores. La ciencia consiste precisamente en descubrir alfabetos, agruparlos de determinada manera e interpretar en ellos las leyes de la naturaleza. Quien marcha por este camino puede estar seguro de acercarse a la fuente del conocimiento.

Al extremo contrario están aquellos libros de moda, cuyo único efecto es el de pervertir a la juventud, o, en el mejor de los casos, el de atiborrarla con datos inútiles. Discutí con Simón sobre la proliferación de autores, que según pienso, es dañina para la sociedad. Casi todos los que se dicen escritores profesionales están corrompidos. ¿Quién lo duda?. Lo único que persiguen es escribir un libro que se venda y que los haga ricos y famosos, no importa cuál sea el tema. En el término medio entre la escritura de la naturaleza y la baladí de los insulsos está la de aquellos que buscan un fin ético, la de quienes a cambio de estimular las pasiones de los jóvenes, desean propiciar el cambio social, difundir los conocimientos de la ciencia o producir una obra de arte, que suplemente la de la naturaleza... ¿no pertenecía a estos últimos, precisamente, el gran Juan Jacobo, cuyas páginas, escritas aquí, en casa de Mme. de Warens, nos habían servido de estímulo en París, poco antes de iniciar nuestro viaje?

Continuamos hacia los Alpes. Encontramos trabajadores del gobierno que construían una carretera para traspasar los Alpes, hasta Turín, carretera que seguía en ciertas partes el trazado de la vía Aurelia, diseñada por órdenes del emperador Marco Aurelio y cuyos vestigios nos encontramos en la región.

En distintos lugares nos detuvimos a estudiar la arquitectura y a conversar con las gentes. Una tarde visitamos un castillo, que, según nos informaron, había sido levantado con planos de Mensard. Estaba rodeado por un parque de mil quinientos arapendes y cruzado por una avenida de olmos. Allí nos hospedamos. Nos recibió un hombre de cogote grueso, vestido con chaqueta de caza verde y polainas hasta la rodillas. Tenía a su lado un feo mastín y limpiaba una carabina. El hombre nos saludó de mala manera. ¿Qué se nos ofrecía? Le expliqué quiénes éramos, de dónde veníamos, hacia dónde marchábamos. Quedó satisfecho. Nos informó que la propiedad había pertenecido a una familia de la nobleza, cuyos miembros fueron guillotinados y sus propiedades confiscadas. Él era el administrador, a sueldo de la municipalidad. Los políticos locales se disputaban los derechos para usufructuarla. Hubo intrigas y asesinatos. La situación era tensa y el administrador había enviado su familia al pueblo vecino. Debía mantener abierto el ojo pues en el bosque se ocultaban espías. Tuvimos una noche tranquila y, a la mañana siguiente, reanudamos el camino, luego de agradecerle su hospitalidad.

Avanzamos hacia el Piedemont sin contratiempo. El clima era propicio, nuestros cuerpos se habían acomodado al sol, al viento y al ejercicio y recorríamos ocho o diez leguas en una jornada para tranquilidad de Simón. Aumentaban los chinches y aparecieron otros insectos que llaman "gnats" o "couzins"; también avispas, serpientes, escorpiones y lagartijas. Al llegar a las posadas, a veces teníamos que entrar hasta la cocina para solicitar una habitación. No parecían interesados en nuestra presencia. Como nos veían llegar a pie, se imaginaban que éramos vagabundos pobres y nos exigían el pago por anticipado.

Muchos campesinos viven de la misma manera que antes de la revolución, por causa de la tiranía de los terratenientes; mal alimentados y sin higiene. También hay abundancia de nobles. Son vanidosos, prepotentes, pobres y holgazanes. No cultivan sus tierras y sus mansiones amenazan ruina. Viven, por lo general, en casas en los pueblos, encerrados con privaciones y, según se dice, algunos pasan hambre. Pero cuando salen, principalmente a la iglesia, muestran vestidos finos y joyas y fingen devoción. No se educan, no desempeñan ninguna profesión y ni siquiera se dedican a la lectura: las mujeres se peinan y juegan cartas y los hombres salen de

cacería.

La religión es un negocio. Supimos de un terrateniente que contrató en un convento cierto número de misas por el alma de su padre, al precio de diez soles cada una. En cambio de rezarlas, los religiosos buscaron otro convento para que lo hiciera, a seis soles. En un pueblo, el cura reza una *Libera domine* en cada tumba del cementerio el día de las ánimas, al precio de dos soles, y no hay parroquiano que no contrate este servicio.

Durante la primera etapa, como he dicho, coleccionábamos plantas y piedras. Abandonábamos algunas al borde de los caminos, porque encontrábamos otras que nos parecían más interesantes. Pronto renunciamos a esta práctica, por nuestra incapacidad para transportarlas y porque Simón cada día estaba más impaciente. Al final me contenté con dibujar o tomar notas. En realidad, carecía de método. Ahora pienso que Simón me seguía la cuerda y en su interior se burlaba de mí. Debo decir que él no tenía genuino interés por ruinas antiguas, arquitectura, botánica, mineralogía o zoología. Le interesaba la historia y un poco la geografía y, sobre todo, retozar por los campos más bellos de Europa. Sus atributos físicos eran objeto de curiosidad de las jóvenes, quienes, al vernos, se acercaban a preguntarnos nuestro origen, circunstancia que Simón no despreciaba. A mí tampoco me iba mal. Enamoré más de una posadera mientras su esposo atendía borrachos en la cantina.

MARÍA TERESA

Jueves, 12 de septiembre.

Hasta ahora solo me he referido a Hipólita y Matea, querido diario, pero la servidumbre es numerosa. Hay más de veinte domésticos entre camareras, cocineras, cocheros, palafreneros, jardineros y bodeguero. Hay también en la hacienda decenas de blancos pobres, cientos de negros en las plantaciones y en los hatos y un grupo de indios que casi nunca llega hasta la casa. A pesar de esto me siento sola y a veces paso las horas sin ver a nadie. Las sirvientas tienen orden de no venir a las habitaciones si no se las llama. Mi mayor deseo es estar con Simón, pero él vive ocupado. Las pocas veces que regresa temprano cabalgamos o tomamos el té en el salón principal.

JOSÉ

El incidente que Simón tuvo con Teresa Tristán y que precipitó su salida para Viena, no trascendió a mayores. Al regresar de nuevo

a París, el caraqueño se movía con soltura en las altas esferas. En casa de Mme. de Villars, durante la última navidad, conoció a Alejandro Humboldt, célebre en los medios científicos, y quien acababa de regresar de un viaje por América. Corpulento, de ojos azules y ademanes delicados, había recorrido en compañía de su amigo íntimo Aime Bonpland un inmenso trayecto de valles y selvas. Simón me recalcó lo que esto significa para los señoritos europeos, que no saben atravesar ríos, espolear la mula atrancada en los fangales, ni arreglarle la grupa para que no colee; se sienten atacados por la fiebre y los insectos, asustados por los reptiles, incomprendidos frente a los dialectos de cada localidad. Su indefensión solo produce burla en los arrieros. Humboldt pretendía ahora minimizar aquellas dificultades. Su viaje cubrió desde el Golfo de Cariaco hasta Caracas. Ascendió a la Silla del Avila acompañado nada menos que por nuestro amigo, el padre Andújar, quien había demorado su pretendido viaje misionero. Visitaron la región del Orinoco y después de un corto viaje a la Habana, ingresaron de nuevo al continente por el río Magdalena, hasta Honda, para subir a Bogotá. En esta ciudad se relacionaron con amigos de Azpeitia, jóvenes que habían hecho sus primeras investigaciones bajo la dirección del gran Mutis, a quien todos respetaban. Aquellos jóvenes se quisieron unir al grupo de viajeros. El proyecto era atractivo porque los europeos esperaban embarcarse en algún puerto de la costa del Pacífico, quizá Guayaquil, para darle la vuelta al mundo, bajo el patrocinio económico de la Academia de Ciencias de París. Según parece, Humboldt no encontró, entre aquellos granadinos, la persona o personas que buscaba. De Bogotá salieron por el camino de Fusagasugá, pasaron por Pandi, Contreras, Ibagué; atravesaron el inhóspito camino del Quindío, hasta Cartago, donde descansaron. Luego, hacia el sur, por el bellísimo Valle del Cauca, a Popayán, donde fueron recibidos con todos los honores. Se hospedaron en la casa de la familia Azpeitia, situada en la calle 3a con carrera 5a, en pleno barrio La Pamba. El salón principal, que mira a un patio de geranios, fue el centro de sus actividades. Estaba decorado con imágenes de santos en urnas de cristal, un óleo del Nazareno con la cruz a cuestas, espejos con marcos dorados, sillas a la inglesa, de terciopelo, con flecadura de oro y alto respaldo, araña de cristal, guardabrisas y cornucopias, cortinas de damasco de seda en puertas y ventanas recogidas con cordeles de seda y borlas (la descripción es de Azpeitia). Humboldt y Bonpland recibieron los saludos del Obispo y las autoridades civiles, y también de boticarios y peluqueros, abogados, artesanos, maestros; un resto de viudas y solteronas y uno que otro muchacho de escuela que lograba sortear la guardia de sirvientas que tenían apostada a la entrada de la casa.

También acudió José Caldas, un primo de Martín, de quien se decía que estaba chiflado por el virus de los astros y las piedras. Caldas y Azpeitia mantenían correspondencia. El primero se beneficiaba de valiosos informes científicos y el segundo alimentaba, con la lectura de las cartas de su pariente, su nunca cicatrizada nostalgia por el terruño. Algunos de los incidentes de la expedición habrían de ser conocidos en París precisamente por esta vía. Caldas se unió al grupo para ascender al Puracé y luego para recorrer las tierras de la línea ecuatorial: el lúgubre desierto de Imbabura, el valle de Taguandó, la cima arrogante del Cayambe. En todas partes tiraron meridianos, observaron alturas del sol, fijaron latitudes, calcularon azimutes, coleccionaron plantas y piedras, observaron este o aquel fenómeno. Caldas sostuvo discusiones con los europeos y de manera generosa les entregó el tesoro de sus cálculos sobre la amplitud de la elíptica y detalles sobre los solsticios en aquellas regiones, producto de su trabajo de años. Este regalo hay que interpretarlo como un gesto de buena voluntad para ganarse la simpatía de Humboldt y Bonpland, ya que Caldas deseaba ardientemente seguir con la expedición alrededor del mundo. Por su dedicación y sabiduría habría sido el más valioso colaborador. Pero su temperamento retraído no fue del agrado de Humboldt. Este es vivo, locuaz, y, según se supo en París por carta del mismo Caldas, no escatimaba oportunidad para entregarse al placer. Al momento de partir de Quito, Humboldt prefirió la compañía de un muchacho bello y dispuesto, aunque ignorante de la ciencia, Carlos Montúfar, segundo hijo del Marqués de Selvalegre, en cuya casa se había hospedado magníficamente Humboldt y su comitiva durante su estadía en Quito.

El viaje alrededor del mundo, sin embargo, se frustró, porque fue insuficiente la remesa de fondos de la Academia que llegó a Guayaquil. Con lo recibido, la expedición zarpó por el Pacífico hacia México y Centro América y regresó a Europa.

MARÍA TERESA

Viernes, 13 de septiembre.

Los pichones han crecido. Hoy volaron del nido. Luego del medio día entré en la salita y encontré excitada a la pájara, revoloteando por todas partes. Emitía un sonido gutural, hosco y agresivo, que no había escuchado antes en ella. Parecía que fuese a atacar, o que se defendiera de algún peligro. Se posaba en el espaldar del sillón, subía hasta la ventana, iba al nido. Entonces descubrí que había un pichón en el suelo. Seguramente, al tratar de

volar del nido a la ventana, había caído en medio de la habitación. ¿Cómo ayudarle a salir? Quise coger el animalito, pero pegó tal brinco y tal aleteo que se me escapó. La pájara voló cerca de mi rostro. Me asusté. Estaba furiosa y temí que fuera a atacarme a picotazos. Entonces pensé en Hipólita. Ella podía ayudarle al pichón a salir al jardín. Fui a llamar a la esclava pero al llegar al corredor me llevé una sorpresa: un gato jaspeado cruzó como una sombra a mis pies. Todo fue tan rápido que apenas ahora me doy cuenta de lo sucedido. El gato se tragó al pichón. La pájara trató de agredirlo. El gato se agazapó erizando el pelo. La pájara voló por la ventana. Llamé a Hipólita y le conté lo sucedido. Se me salían las lágrimas. Ella, en cambio, se rió. En ese momento la odié. Luego vino con una escoba, tumbó el nido y barrió el cuarto.

JOSÉ

En uno de los pueblitos del Piedemont francés nos reunimos con Laurencio y con nuestro equipaje. Había cumplido su misión con eficacia, lo que fue premiado por Simón. Allí esperamos que avanzara la primavera y calentara un poco más el tiempo, antes de emprender el ascenso por la montaña; días que aprovechamos para recorrer la región. Los animales domésticos son flacos, lo que nos indicaba la pobreza de sus propietarios. En algunos puntos casi no se ven pájaros. Los cazan sin misericordia y los llevan a la mesa con el nombre de "gibler". Mucha parte de la pobreza, reflexionaba yo, se debe a su religión; hay exceso de días de fiesta, y exceso también de monjas y monjes, frailes y curas que viven a expensas de la feligresía. En las fiestas celebran con danzas y vino, y elevan tablados para el remate de animales y frutos, para beneficio de la parroquia.

Hablan provenzal, idiomas de origen italiano o patois —es decir, provenzal mezclado con francés y español—, pero no los escriben. Su forma de vida es primitiva y por aquellos lugares aún no llegan las leyes de la república. Las autoridades practican la tortura, la flagelación y el ajusticiamiento. Utilizan el sistema de la "corda", que consiste en amarrar al reo con sus manos a la espalda y alzarlo hasta una altura de dos pisos. La cuerda se afloja y él cae por su propio peso hasta una o dos varas del suelo, quedando suspendido. El procedimiento disloca los brazos y produce un dolor intenso; la persona que lo sufre queda inválida de por vida. Cuando se trata de asesinato pasional, el castigo consiste en quebrar vivo al reo por la rueda.

Laurencio, antes de tomar el camino de regreso hacia París, nos ayudó a contratar los servicios de un arriero y un ayudante, y a

alquilar mulas. Las del Piedemont son famosas por su resistencia. Algunas pueden cargar hasta seiscientas libras. Son el único medio de transporte por aquellas montañas. Si uno va a caballo, es peligroso encontrárselas, porque los atacan a mordiscos.

Partimos de madrugada, el día prometía despejado. Pronto notamos el cambio de aire: más puro y ligero. El arriero hablaba el provenzal y parecía preocuparse solo de los animales de carga. A su ayudante lo trataba a gritos. El sendero era, en ocasiones, tan escarpado, que nosotros preferíamos ascender a pie, lo que le causaba hilaridad al arriero. Más adelante optamos por quedarnos sobre la silla, aferrados a las crines y con las riendas sueltas.

Ya avanzado el día escuchamos un sonido de esquilas y al punto nos encontramos con mulas cargadas con algodón. Tuvimos que devolvernos un trecho. A pesar del escaso diálogo con los que las conducían, supimos que la fibra venía de Cayena y que iba para una fábrica de hilados de Lyon. Las rutas del contrabando cruzan los Alpes en muchas direcciones. Simón y yo nos acordamos con nostalgia de nuestro país. ¿Cuándo se iría a levantar el embargo en que lo mantenía España?

Solo esa noche nos dimos cuenta de la aventura en la que nos habíamos metido: el paso por los Alpes es peligroso. El primer incidente ya lo habíamos experimentado: el encuentro con caravanas, en un piso resbaloso, al borde de precipicios, por senderos de no más de algunas pulgadas de ancho. Los arrieros han construido explanadas o desvíos y la caravana más pequeña debe devolverse para darle vía a la más numerosa. En ciertos puntos el despeñadero se abre vertical y termina en el lecho de una quebrada. Yo, poniendo mi confianza en la mula, cerraba los ojos y me imaginaba que iba por un camino ancho...

Otro peligro es el de las avalanchas. Las bolas de nieve se desprenden con el calor del día y, al rodar, crecen hasta alcanzar tamaños monstruosos, capaces de destruir una casa. Bajan con tal rapidez que el viajero es arrollado antes de moverse de su sitio. Con suerte, y por lo avanzado de la primavera, ya no tendríamos este peligro.

Algunas mujeres y niños son transportados por peones, en sillas con sombrilla amarradas a la espalda. Estos peones ganan buenos salarios, sobre todo cuando son capaces de cargar matronas de grueso calibre. En nuestro viaje encontramos algunos de ellos.

SIMÓN

—En honor a la verdad, tengo que reconocer que muchas de las batallas que gané fueron fruto de la improvisación y el arrojo.

Siempre he tenido objetivos últimos, pero los medios para alcanzarlos no siempre los he podido organizar por anticipado.

—Es que la fortuna ha sido tu deidad favorita...

—Aunque ahora me da la espalda: ni siquiera me sirve para obtener un mísero pasaporte.

—Cierto. En Mompox le escribiste al vicepresidente general, Domingo Caicedo: "No he recibido todavía el pasaporte que rogué a V. me mandase para poder irme del país...". Eso fue el 21 de mayo. Ya estamos en diciembre... Me parece que lo más conveniente es olvidarlo. Trata, en cambio, de respirar esa brisa que entra por la ventana... esos olores salitrados.

—Aquí se respira sin esfuerzo... bueno... sin tanto esfuerzo como en Bogotá. Aquí todo sería fácil si no fuera por las noticias.

—Deja de pensar en Sucre.

—No puedo. Es la mayor tragedia... ahora resulta que Santander establece un nuevo gobierno. ¿Estarán relacionados estos dos hechos? Y si lo están, ¿qué será de mí?

—Si tu mente no puede apartarse de Bogotá, más bien piensa en Manuela.

JOSÉ

Fanny de Villars no llegaba a los treinta. La recuerdo de boca fina, el cuerpo menudo, bello, sensual; de mirada perturbadora porque el color de la pupila derecha difería un tanto del de la izquierda. Era la esposa del coronel Dervieu du Villars, quien poco después sería ascendido a General; un hombre de más de cincuenta años, rico y con poder en el gobierno, militar de carrera y quien en sus ratos libres se entusiasmaba por la botánica.

El salón de Fanny era uno de los más apreciados y rivalizaba con los de Mme. de Staël, Mme. de Segur, Mme. de Telleyrand, Mme. Houdetot, Mme. Helvetius. Fanny y su esposo reunían personajes famosos. La misma Mme. de Staël los visitaba con frecuencia. También Mme. de Recamier, el Príncipe Eugenio, el Visconde Lané, los generales Oudinot y Lameth, el conde Antoine Louis Destutt de Tracy, Julia Beccaria, Carlos Imboneti, amén del grupo de americanos entre los cuales estaban Montúfar, Azpeitia y Simón. Aquella navidad contó, además, con la presencia de Humboldt y Bonpland.

Ella descubrió un parentesco lejano con Simón por la línea Aristiguieta, lo cual les facilitó largas conversaciones, a las que se sumaron otros que alardeaban de conocer el Nuevo Mundo. Lameth, por ejemplo, en su juventud y en compañía del caballero Vaudreuil, viajó a Caracas por Puerto Cabello y Patanemo; conoció a Belén de

Aristiguieta, parienta de Simón, de quien estuvo locamente enamorado, según dijo. Visitó, además, la casa de campo de las Arrechedera en Tócome, y recordaba aquella época como la más paradisíaca de su vida.

Azpeitia, por su parte, encontró tema de conversación con Julia Beccaria, hija del célebre Cesar Beccaria, autor del tratado *De los delitos y las penas*. Los Beccaria tienen una línea española y el gobernador de Popayán por los años de 1790 se llamaba don Pedro de Beccaria y Espinosa.

También se hablaba en casa de Villars de Mme de Staël, esposa del barón Staël-Holstein, embajador sueco en París. Asociábamos su nombre con el de Rousseau, ya que ella difundía y criticaba su obra. Uno de los libros de Mme. de Staël, *De la influencia de la literatura en las instituciones sociales,* fue referencia obligada entre nosotros. No la conocimos personalmente esa temporada porque estaba de viaje por las cortes de Weimar y Berlín, pero, meses después, habríamos de frecuentar su salón en Roma.

Pero en el salón de la Villars se hablaba sobre todo de política: ¿Cómo se alineaban las potencias frente a los desarrollos de la guerra? ¿Qué había quedado de la República triunfante de Robespierre? ¿Quién iría a ser nombrado sucesor del Emperador? ¿Por qué José Bonaparte rechazaba el nada despreciable cargo de Rey de Lombardía? Y, respecto de nuestros propios intereses, ¿cuál era la situación en el Nuevo Mundo y cuándo iba a comenzar la confrontación armada?

Interesa Sr. Coburg, para el caso que nos ocupa, una digresión sobre las relaciones entre Fanny y Simón: Se enamoraron a primera vista. Me lo confesó él mismo por el camino hacia Milán. La chispa surgió, al igual que en todo gran amor, por la mirada. Ella, a veces, consciente de la fuerza incontenible de sus ojos, evitaba los de Simón, lo que encendía la obstinación del joven. Cuando en las reuniones hablaba el caraqueño, ella irradiaba una sonrisa que no pasó inadvertida para algunos. Luego, de repente, se miraban extasiados por largos minutos mientras el coronel y sus amigos discutían sobre armas, estrategias, batallones; sobre física o botánica o sobre intrigas y escándalos. Fanny supo jugar el juego y dosificar el influjo para mantener a Simón en ascuas. Y Simón saboreaba por anticipado lo que ya consideraba un triunfo. Una tarde encontraron la manera de comunicarse y, al primer descuido de los contertulios, se escaparon al altillo del tercer piso para consumar un primer escarceo de amor.

Bien sabía Simón que ella tenía marido, pero ambos se comportaron como si no existiese. En las reuniones, el coronel Villars le parecía a Simón un invitado más. Lo veía moverse con la

tranquilidad de un abuelo, vistiendo unos pantalones de color negro y un chaqué corriente; no con la vitalidad y la elegancia de un militar brillante del ejército napoleónico. El Coronel no le parecía un obstáculo mayor; vacilaba, sin embargo, cuando el hombre tomaba a su mujer del brazo para darle alguna orden al oído.

¿Valía la pena acosar a una mujer casada? Simón pensaba que sí; era una empresa digna de llevarse a cabo, inclusive con riesgo de la vida, ¡sobre todo si se trataba de Fanny de Villars!

Estoy seguro de que Simón era consciente del desenlace más probable: un duelo con un militar francés de alta graduación. ¡Nada más satisfactorio! ¡Qué bella oportunidad para demostrar su valentía! ¡Ponerle el pecho a las balas o a la espada por causa de una bella mujer! Además, ¿no era la ocasión para hacer conocer su nombre en las altas esferas de la ciudad? Simón Bolívar, un joven casi imberbe, oriundo de la colonial Caracas, conocido apenas por su riqueza legendaria, daría ahora qué hablar por su arrojo, por su pasión amorosa y, sobre todo, por su manejo magistral de las armas...

Entonces se sucedieron las citas: Marli, Meudon, Les Invalides, Faubourg de Saint Germain, teatro de la Opera, jardines del Louvre, galerías del Bois del Palais Royal. Visitaron galerías y museos y casas de la nobleza para admirar obras de arte. Pasearon por el Champ de Mars, junto a la escuela militar donde Napoleón había estudiado de cadete, pues allí se llevaban a cabo aquellas maniobras militares que tanto gustaban a Simón.

En el Palais Royal recorrieron las salas decoradas con la famosa colección del Duque de Orleans; cuadros que encontraron mal tenidos y peor iluminados. En verdad, poco interés tenía el caraqueño por el arte; era la disculpa que le permitía pasar días enteros con la muchacha. Se dio cuenta que su coche era de poca utilidad en esta etapa de su vida, por ligero, y lo cambió por una "carosse de remise", elegante y cómoda, que les servía para pasearse por parques y avenidas con los visillos corridos. A pesar del peligro de caer en las manos de un pícaro, contrató un "valet de place", que le permitía tener más tiempo para su amada. A los pocos días, el valet manejaba buena parte de su dinero y regulaba sus relaciones con el sastre, el barbero, el perfumador, el zapatero, el joyero, el sombrerero, el mercader de vinos, los sirvientes, las mucamas y el cochero. Olvidó por completo a Teresa Tristán y ahora París le parecía lo suficiente extenso para ofrecerles a él y a Fanny toda discreción y al mismo tiempo toda libertad.

EL AUTOR

Una tarde Coburg se dio cuenta que su entrevistado traía consigo un libro pequeño de pastas rojas, de papel apergaminado, escrito en griego clásico, del cual extraía información que anotaba en inglés en las márgenes de los protocolos. Pensó que se trataba de poemas o epigramas con los que Carreño quería adornar su texto; práctica que le maravilló y aprobó sin reparos. Tales notas, traducidas ahora al español, han sido intercaladas a lo largo de este texto.

SIMÓN

—Hay alguna correspondencia por despachar.

—Sí. Que se escriba una carta de agradecimiento al General Robert Wilson, por el buen comportamiento de su hijo, el Coronel Belford Wilson, que tan fielmente me ha acompañado en estos duros momentos de mi vida...

—¿Y Santander?

—Creo que con ese señor ya todo quedó dicho.

—¿No insistirás?

—No. Las cosas han de quedar como están. Ya no me resta mucho tiempo... Me hizo ver que no todo lo que yo vislumbré para la América era conveniente para la Nueva Granada. Él quería defender el pueblo granadino contra la rebelión de Páez. Su mayor ambición era la de ser presidente. Desde su punto de vista tenía razón al oponerse a mi presidencia vitalicia y hereditaria... Y basta de correspondencias. Más bien, que me traigan mi caperuza de paño azul, la que tiene forro de terciopelo, y mis botas. ¡Ya no aguanto estos malditos moscos!

JOSÉ

Abandoné Viena a finales del otoño y llegué a París para preparar el viaje con Simón, en cuya casa me alojé. Me uní al grupo de americanos y por semanas frecuenté el salón de Villars. Pero antes de continuar con la narración de aquella aventura, quisiera, Sr. Coburg, a modo de digresión, describirle una experiencia que me sucedió en París por aquellos días, experiencia que me parece de interés para mejor comprender mi concepción sobre la educación estética, que determinó la forma de relacionarme con Simón.

Al caminar por una de las galerías de ese suntuoso conjunto artístico que es el Louvre, me encontré con un cuadro de Giovanni Paolo Pannini, titulado "Fiesta musical en el teatro Argentino de Roma, el 15 de julio de 1747, en honor del Delfín de Francia, hijo de Luis XV". Yo había ido aquella tarde al Louvre sin un propósito

definido. Cuando el cuadro de Pannini atrajo mi mirada me sentí presa de cierta excitación. Allí pasé largos minutos. Representa un teatro inmenso visto desde la última fila de la platea. Está como seccionado en planos, cada uno de los cuales sirve de marco a los subsiguientes. El pueblo ocupa el espacio lateral y anterior, es decir, los pisos altos y las butacas distantes. En el plano siguiente aparecen los nobles, ordenados, según parece, por categorías ascendentes a medida que se acercan al centro. En el escenario están el Delfín y su prometida, a sus lados la orquesta y al fondo, en el punto donde convergen las líneas de fuga, una figura mitológica. El efecto es de abismo. La mirada se ve impelida desde lo más cercano y real, el pueblo, hacia los planos más elevados de una jerarquía, cuyo punto culminante no es una figura humana sino sagrada. Me llamó la atención el lugar preponderante que el artista le da a la música. El conjunto es armónico y está suspendido en el misterio metafísico de lo suprahumano, desde donde dimanan el poder y la distinción de la figura real. Y de ahí, de manera descendente, hacia los demás estratos de la sociedad. Implica, pues, una concepción orgánica y platónica, una manera efectiva de dominar el caos. ¿No era la representación más evidente del absolutismo? El efecto en mi espíritu fue similar al que obtuve en mi visita al palacio de Schönbrunn en Viena, en compañía de Simón, y que ya le he narrado. Muchas preguntas se agolpaban en mi mente: ¿no es el arte, acaso, el único esquema capaz de organizar el desorden?; el individuo, ¿no debe quedar sujeto a una totalidad que le dé sentido a su vida?; más aún, ¿dónde trazar el justo medio entre la parte y la totalidad?, ¿entre la libertad individual y el bien social?, ¿sería posible sustituir esa odiosa figura mitológica por otra más razonable, como la alegoría de la libertad o la justicia? Si en nuestro país americano anhelábamos un nuevo orden, ¿cómo establecerlo de manera que fuese, además de justo, unitario en su totalidad pero no autoritario, armónico y dispuesto hacia un fin? Al faltar la jerarquía española, tendríamos que establecer otra que llenase ciertas características: ser eficiente como totalidad y al mismo tiempo justa con el individuo...

En fin, fueron días de meditación que yo calificaría de trascendentales. Del viaje que nos proponíamos debía sacar el máximo beneficio para Simón. He dicho que yo consideraba en gran parte concluida su educación. En el curso del viaje iríamos a tener, de nuevo, horas de intimidad, durante las cuales el efecto de mi conversación podría tener consecuencias definitorias respecto a lo que todavía quedaba faltando: la profesión que ejercería por el resto de sus días. Por eso el viaje tenía que ser bien planeado, aún en sus detalles. Para tal fin me procuré ciertos libros: *The Grand Tour* de

Thomas Nugent, *Travels from Paris thro' Italy* de Bernard de Montfaucon, *A Sentimental Journey* de Laurence Sterne y, sobre todo, *Travels Through France and Italy* de Tobías Smollett, libro este que había estado de moda en París unos años antes y que llevamos en nuestro equipaje a modo de guía, por la agudeza de sus observaciones en cuestiones de costumbres, arte y ciencia.

Pero volvamos a nuestra aventura. Precisamente por tales libros supimos de la belleza de los glaciares en lo alto de los Alpes. Al ascender, en las posadas, preguntábamos por ellos. Me sorprendía ver que pocos de los habitantes de aquellos sitios se habían aventurado a conocerlos. A muchos les parecía demasiado arriesgado, pero la mayoría, simplemente, no había tenido la curiosidad de ir en su búsqueda. Ya casi al traspasar la cordillera nos hablaron de uno, no distante del camino que debíamos seguir. Nos propusimos dedicar siquiera un día a este propósito, para lo cual contratamos un guía de la región y le pedimos a nuestro arriero esperar entre tanto.

Amaneció lloviendo. Nuestro nuevo guía tenía cierta malformación en el paladar, que hacía que casi no se le entendiera cuando hablaba. Provistos de buenos zapatos de paisano con clavos de hierro, emprendimos la marcha en mula. Seguimos por un camino lateral de piedra, a través de un bellísimo bosque de castaños. Cuando cesó la lluvia y se despejaron los vapores, distinguimos, al frente, en la vertiente de otra montaña, un grupo de pinos de un gran tamaño, que debían tener más de un centenar de años. Así fuimos por espacio de una legua. A medida que ascendíamos admiramos el número prodigioso de cascadas que se desgajan a lado y lado del camino. En cierto punto encontramos una aglomeración de piedras que conforman una bóveda, por debajo de la cual se precipita el río. En el deshielo, el socavón es insuficiente para dar cabida a su caudal y el agua se desborda formando remolinos. Encima de los riscos, todo es quietud. Llegamos hasta un punto en el que ya no era posible seguir a lomo de mula; las dejamos en una pequeña explanada cubierta de nieve, bajo la arboleda. Los vapores y nubes se habían disipado y el día brillaba esplendoroso. Media legua más adelante encontramos en una cabaña a un grupo de pastores que hablaban el dialecto de la región. Allí nos calentamos frente a una fogata y compartimos con ellos las provisiones que habíamos llevado.

En la tarde recorrimos los alrededores: prados con pequeñas flores, plantas aromáticas, tramos cubiertos de nieve, peñascos. Por fortuna no soplaba fuerte el viento. El aire allí es quieto, insuficiente para la respiración, por lo que nuestro avance era lento. Nos internamos por un cañón, al fondo del cual encontramos la

base de la montaña más alta. Allí estaba el gran glaciar: increíble cantidad de nieve blanquísima, cuyo contraste con el azul profundo del éter nos produjo una honda emoción. La atmósfera tan diáfana produce un raro efecto y los objetos lejanos se ven cerca. Ni un ave, ni un ruido de vida perturba la solemne soledad.

Entonces el guía nos indicó que debíamos regresar. Teníamos apenas el tiempo suficiente, antes de que cayera la noche, y, además, temía un cambio de clima. Esto fue lo que pude entenderle de su habla entrecortada. Al llegar al bosquecillo donde esperábamos encontrar las mulas, el vaho del estiércol caliente en la nieve nos avisó su cercanía. Bajamos hasta la posada sin contratiempo, aunque el último tramo lo recorrimos a la luz de las estrellas.

MARÍA TERESA

Sábado, 14 de septiembre.

He soñado. Yo estaba presa en una jaula grande, en medio de un desierto. La jaula estaba llena de pájaros y yo misma me sentía revestida de plumas y chillaba. Otros pichones aleteaban a mi lado y me tenían ensordecida. Afuera, el terreno se extendía en todas direcciones hasta el confín del horizonte en absoluta soledad. Y junto a la jaula, unas sombras jaspeadas y felinas cruzaban veloces buscando la entrada.

Tengo miedo.

JOSÉ

Fanny sentía veneración por la Reina María Antonieta. Desde niña, en Austria, su tierra natal, la futura reina había recibido una educación estética y cortesana orientada hacia el cuidado de la belleza y el arte de la seducción, con tanto éxito que, con los años, llegó a ser el más alto modelo de coquetería, *glamour* y frivolidad. Como esposa recuperó el lugar que le correspondía al lado del soberano; lugar que por generaciones fue en Francia usurpado por amantes y favoritas. Tenía la sede de sus actividades en el palacio del Petit Trianon, en las inmediaciones de Versalles. Allí, en un ambiente fantástico de finos tapices, objetos en miniatura, joyas, espejos móviles, reunía a las personalidades del reino y manejaba los hilos sutiles de la intriga.

Fanny era presa del entusiasmo cuando, en sus paseos por París, le contaba a Simón leyendas sobre esa mujer que en muchos

aspectos era su modelo. Por largo tiempo había querido visitar aquellos aposentos reales, que permanecían cerrados al público y bajo el control oficial, pero ni el coronel, ni sus amigos franceses mostraron interés en acompañarla. Sobre este asunto existían recelos y en las altas esferas se evitaba, por agüero, hablar de la reina ajusticiada. Pero encontró en Simón un cómplice para llevar a cabo su propósito. Como tenía los contactos adecuados, fue fácil conseguir un salvoconducto y concretar la visita, que tuvo lugar un domingo frío y brillante. Fanny lucía un bello y descotado vestido blanco y no llevó capa ni sombrero. Después de caminar por el edificio principal de Versalles, fueron en busca del Petit Trianon. Descendieron del coche frente al imponente Grand Trianon y se internaron por los senderos del parque. Había un par de viejas construcciones campestres y, junto a una cerca, un grupo de obreros. El aire estaba quieto. Fanny se sintió invadida por la emoción y la tristeza y se recostó en el hombro de Simón. El Petit Trianon estaba al otro lado de un arroyuelo que se cruzaba por un puente de madera. La temperatura era cada vez más baja. En el puente estaba una mujer flaca, pálida, de cofia y túnica lisa, sin adornos. Al verla Fanny sintió un estremecimiento. En ese momento un viejo que usaba bastón y una chaqueta militar se les acercó y les pidió retirarse: "Este sector no está abierto a los visitantes".

Durante varios días Fanny estuvo recluida por causa del catarro que se ganó aquel domingo. Simón fue a visitarla; entonces se mostró más obsesionada que nunca con el tema de la reina. Desplegó una colección de cuadros, imágenes, panfletos sobre María Antonieta y le enseñó, en especial, un grabado de Jacques Louis David que la representa momentos antes de morir en la guillotina: ¿No era la imagen exacta de la mujer que habían visto en el puentecillo?.

El grabado de David no le interesó a Simón. Pensó que Fanny deliraba. En cambio se divirtió mirando las imágenes impresas por la época de la revolución, que la representan en las figuras más sorprendentes y en las posiciones más grotescas: desnuda, su cuerpo deformado con alusiones míticas, copulando con animales fantásticos o ruines: tal había sido la venganza del populacho.

SIMÓN

—¿Qué será del futuro de la patria?, ¿podrán mis compatriotas fundar una concepción unificada de sí mismos?

—Para que un pueblo mantenga su unidad solo se requieren ideas claras sobre el fundador y el mundo que les toca vivir.

—Bien, tal es la inquietud que ahora me embarga: ¿cuál es la

imagen que estoy ofreciendo?

—Te la describiré: vistes una camisa francesa prestada. Estás recostado en un catre estrecho en una casa española que no te pertenece. No te acompaña ninguna figura femenina, tú, que nunca te privaste de su presencia. Las gentes vienen a visitarte y salen espantadas de tu semblante, que no es otro que el de la muerte...

—Calla. Esa no puede ser la imagen que usarán en las monedas, ni en las estatuas, ni en las losas de mármol en las plazas.

—No te sorprendas: muchos querrán vengarse. Te representarán en posiciones abyectas; serás un monstruo lúbrico. Algunos te atribuirán un falo del tamaño de una cordillera. ¿Recuerdas a María Antonieta? ¿Acaso no la conociste personalmente?

—No sigas con tus necedades.

—Estás condenado a contemplar, desde el mármol y el metal, las malas pasiones de tus compatriotas.

—Un Bolívar atormentado permanecerá en las plazas públicas, a la sombra de las iglesias. Mi efigie está condenada, por los siglos de los siglos, a ver a los administradores de la cosa pública repartirse el dinero y el poder.

—Está bien que te acuerdes de las iglesias. Precisamente ahora, el cura sabanagrandeño Domingo José Fernández Natera te trae la comunión.

—Y ¿dónde está el padre Hermenegildo Barranco, que es el párroco titular de San Jerónimo de Mamatoco? A este paso, la próxima vez van a mandarme la comunión con el sacristán.

—Es que el padre Hermenegildo está visitando la feligresía de Santa Ana de Borda.

—Pues entonces, que entre la comunión. Así podré comer algo de sagú con yemas de huevo y un poco de vino. Estos condenados me están matando de hambre.

JOSÉ

En una de las veladas de año nuevo ocurrió en el salón de Fanny un incidente digno de mención. Decía el coronel Villars, refiriéndose al viaje de Humboldt por las regiones equinocciales y al libro que este escribía sobre el tema:

—Los ilusos que viajan por aquellas lejanías con la creencia de que van a encontrar al buen salvaje, engrandecido por el contacto integral y ancestral con la naturaleza, pronto se desilusionan: unas cuantas semanas son suficientes para observar lo bárbaro de sus comidas y bebidas, los lugares horribles en que habitan, la manera brutal de tratar a los viejos, a las mujeres y a los niños. Me parece que la experiencia de Alejandro refuta el sueño rousseauniano de

muchos de ustedes...

Azpeitia se apresuró a responder que en todo país, así sea "civilizado", hay suciedad, enfermedades, malos tratos, crímenes, atropellos: no era sino darse una pasadita por ciertos barrios de París y de otras ciudades que se dicen "civilizadas".

Humboldt ignoró las frases de Azpeitia y no se atrevió a contradecir a su amigo el Coronel. Más bien habló de lo "sublime" del trópico habitado por nativos desnudos. Quizás iba a defender la tesis rousseauniana, pero fue interrumpido por un viejo general que, exaltado, dijo que "bárbaro es aquél que come carne humana". Y citó la obra *Viaje al océano Pacífico* del capitán James Cook, que, a la muerte trágica de este, fue concluida por su lugarteniente, James King. Cook y otros marinos ingleses habían sido devorados por los nativos en Hawaii. ¿No era este un ejemplo clásico de barbarie?

Humboldt, de acuerdo con su costumbre, no respondió. Dejó que los circunstantes vaciaran su fogosidad. Ya le llegaría el momento de tomar la palabra e imponer su punto de vista. Alguno alcanzó a preguntarle ingenuamente a Humboldt cómo había logrado salir con vida de aquel destierro habitado por caníbales.

—No, allí no hay canibalismo, afirmó el sabio.

—¿Y las tribus en la selva?

—No, yo no vi canibalismo, repitió. Pero esto no significa que no haya barbarie...

Humboldt no estaba de acuerdo con la tesis del bárbaro caníbal. Ni siquiera tenía por verídico el relato de Cook y King. Invariablemente, la primera pregunta que los marinos ingleses le dirigían a los nativos era si comían carne humana. Pero —argumentó—, ¿cómo preguntaban, si desconocían los idiomas locales y los nativos no hablan inglés? Descubriéndose el brazo y simulando comérselo. Lo grotesco de tales ademanes llevó seguramente a los nativos a pensar que los propios ingleses eran los caníbales... o que el canibalismo era lo que más temían, con lo cual, los nativos descubrieron la única arma que podía ahuyentarlos.

La sutileza del argumento fascinó a los americanos. Los franceses se mostraron incrédulos. Humboldt habló con claridad. El canibalismo es una vieja tradición europea, sobre todo entre navegantes: se permite en caso de naufragio; las leyes no castigan a los infelices sobrevivientes que lo han practicado... ¿No será, más bien, que el dominador proyecta en el dominado la parte más oscura de su propio ser?

En nuestro descenso por los riscos alpinos del lado italiano ahondamos sobre el tema. Me di cuenta de la sabiduría que había en tal observación. Recordé que, en efecto, en el Poema de Fernán González, los castellanos acusan de caníbales a los moros, y en las

crónicas del descubrimiento, los conquistadores a ciertas tribus. Era la justificación moral que necesitaban para adelantar el exterminio. Por eso, la tesis del canibalismo es inadecuada para establecer las diferencias entre civilización y barbarie.

—¿No son la pena de muerte y la tortura, que se practican todavía en algunos lugares del Continente, a pesar de las tesis de Beccaria y otros, la mejor prueba de barbarie entre pueblos que se llaman civilizados?

Le narré a Simón un caso que había venido a mi conocimiento: en mi viaje de Londres a Filadelfia establecí amistad con el capitán Pascal, comandante del barco que me transportaba, quien me habló de cierto esclavo, un tal Olaudah Equiano. Lo había adquirido en un campo algodonero de Virginia para que le sirviera en la cocina. Con el tiempo no solo aprendió a hablar inglés sino también a escribirlo. Años más tarde, debido a su buen comportamiento, el capitán le facilitó el rescate. Ya libre se radicó en Londres, viajó por el Mediterráneo y Centro América desempeñando diversos cargos, participó en la expedición de Constantine Phipps por el Ártico en busca del polo norte y escribió un libro, *Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, The African, Written by Himself*, del cual el capitán poseía un ejemplar. El capitán estaba orgulloso porque el autor lo citaba con nombre propio y le dedicaba frases de agradecimiento. Me lo facilitó para leerlo. En un inglés impecable, se dirigía al Parlamento abogando por la finalización del tráfico de esclavos; me llamó la atención la manera como lograba presentar un punto de vista novedoso sobre las relaciones entre personas de distintas razas y culturas: Equiano, capturado en una pacífica aldea africana y embarcado a la fuerza rumbo a América, escuchó la lengua tan diferente que hablaban sus captores ingleses, vio sus cabellos largos y rostros enrojecidos, sus gestos rudos, la nave extraña y el alto y oscuro casco en el que lo embarcaron, y no le cupo duda que aquellos salvajes blancos de apariencia horrible lo habían apresado para comérselo.

—¡Excelente ejemplo de un bárbaro que se civiliza y lucha contra la barbarie de los civilizados! Te aseguro, sin embargo, que en el fondo de su corazón seguía siendo fiel al culto de sus propios espíritus, dijo Simón.

—¿Qué es, pues, un pueblo civilizado?

—Es aquel que, en primer lugar, tiene independencia y, además, espíritu y gusto. Es capaz de definir sus propios ideales. En sus gentes, el honor priva sobre el provecho, el pensamiento y la razón sobre el placer; el sueño de la inmortalidad sobre la existencia misma...

—Bellas frases, querido Simón. Es menester agregar algo

esencial que con frecuencia se olvida: civilizado es el que acepta y respeta la manera de ser diferente de otros pueblos.

—Hay más: en último análisis, todos los seres tienen de civilizados y de bárbaros. Por eso, los derechos humanos son de validez universal; por eso, todas las sociedades requieren una ley penal. ¿Cómo hacerle comprender a tanto europeo sin ilustración que ellos no son los únicos ilustrados y que los negros, los indígenas y los americanos no son los únicos salvajes?

Desde aquella época, Sr. Coburg, el dilema de la civilización o la barbarie me ha fascinado. He querido conocer casos que desvirtúan las concepciones corrientes de quienes se llaman a sí mismos "civilizados". Ud. bien sabe que el de Equiano no es aislado. Quizá conozca el de Francis Williams, un negro jamaiquino, que logró el título de bachiller en Cambridge; el de William Amo, que alcanzó el doctorado en La Haya, o el de Jacobus Capitein que ganó varios grados universitarios en Holanda. Los poemas de Phillis Wheatley, un esclavo negro, se imprimieron y circularon con gran aceptación por su calidad en Londres, no hace mucho... ¿No significa todo esto que la civilización y la barbarie no son marcas indelebles en el alma de las personas sino comportamientos que pueden ser enseñados y aprendidos?

MARÍA TERESA

Martes, 17 de septiembre.

Las tierras de la hacienda, no se sabe cuáles son ni hasta dónde alcanzan, pues más allá de los cacahuales y los tablones de caña, el ganado y las bestias se extienden cuanto quieren. Simón se ha dado a recorrer las estancias con Maraves y un grupo de capataces. Salen de mañana y en ocasiones pasan la noche en alguna estancia lejana. Simón me ha dicho que en este globo de tierra ignora cuántas estancias tiene. En esas tierras el ganado permanece vagabundo; cuando hay sequía, busca los pastos y las aguas y cuando llueve se dirige hacia los terrenos altos. Por eso hay tanto cimarrón. Maraves dijo la otra tarde que el mejor cuidador de las tierras es una buena manada de ganado bravo.

No conozco todavía la misión de los padres agustinos, sita, según creo, a dos días de viaje. Allí tienen un grupo de indios reducidos. Simón me explicó que los padres los van adoctrinando, y que, una vez los tienen concertados, los incorporan al servicio de la hacienda. Maraves es indígena. Hay otros capataces que vienen también de la misión. Los negros sirven principalmente en los

cultivos, en los trapiches, en el alambique y en la servidumbre de la familia. Los blancos pobres trabajan de peones y arrieros. Son los que llevan y traen las recuas por el camino de Caracas. Son muy estimados porque de ellos depende el correo, el abastecimiento de telas y utensilios y el despacho de productos. Algunos de estos blancos son cazadores de negros. En San Mateo no sucede tanto, pero en otras haciendas los negros se escapan hacia el interior del llano o hacia las sierras, debido a los malos tratos. Los patrones ofrecen buen pago cuando capturan algún cimarrón. Los buscan con perros amaestrados. En Aragua hay un destacamento de soldados al servicio de la hacienda. Sirven de escoltas cuando lo solicitamos, pero hasta ahora, gracias a Dios, no hemos tenido necesidad.

JOSÉ

Por el camino de Lombardía supimos de la presencia del ejército napoleónico, al cual el propio Emperador le pasaría revista en un amplio valle cercano al pueblo de Marengo. Por mi experiencia de Viena yo sabía que estos ejercicios teatrales de la milicia fascinaban a Simón; y, en efecto, se propuso no dejar pasar la oportunidad de verlo. Como debíamos desviarnos de la ruta, enviamos nuestro equipaje en la posta, consignado a Mr. Ray, un mercader inglés, banquero de gran probidad radicado en Milán, y para quien Simón llevaba, además, una carta de crédito expedida en París para sufragar los gastos de nuestro viaje.

Al acercarnos al poblacho rodeado de viñedos nos topamos con curiosos que venían de allende los Alpes y de otros lugares. Muy de madrugada nos metimos por unos bosques de hayas para ascender una pequeña cumbre que unos campesinos nos indicaran; había guardias en los caminos, pero nadie nos detuvo. Ganamos la cima poco después del amanecer y nos mezclamos con otros curiosos que se nos habían anticipado. El sitio era ameno; estaba cubierto de cipreses. A lo lejos se erguían las montañas azuladas por el efecto de la bruma matutina. Por el valle se veían aldeas y molinos. El trono del Emperador había sido colocado en una elevación, frente a la llanura, bajo una tolda de color marrón.

La espera fue larga. Desde temprano, por los caminos que llegan al valle, avanzaron los regimientos hacia los sitios asignados. Al medio día llegó Bonaparte, precedido de séquito y banda militar. El sol daba de lleno: los miembros del estado mayor, condecorados con medallas y en soberbias cabalgaduras, formaban un grupo numeroso. Los uniformes brillaban, las miradas eran audaces, solemnes los bigotes. Habíamos traído desde París un anteojo de campaña de una fuerza de aumento de 20, compuesto de objeto

acromático y sistema ocular de dos lentes con sus respectivos diafragmas, para mirar el plumaje de las aves en las arboledas; ahora veríamos hasta los menores detalles de esas águilas imperiales. El Emperador sobresalía por la sencillez de su vestido: charreteras, sombrero sin galón y casaca sin ornamento. Era fama que en público vestía con sencillez, con esplendor en privado. Los batallones identificados por sus banderas e insignias, los trenes de artillería, los escuadrones de caballería, se extendían cubriendo el horizonte. Los oficiales de ordenanza, vestidos de rojo, cruzaban al galope para llevar instrucciones entre los varios sitios de mando. El valle, cubierto por miles de hombres, que marchaban como un solo animal o que se alineaban impecablemente, reverberaba bajo el sol cenital. Pero lo que más nos conmovió fue pensar que esta inmensa multitud estaba lista a inmolarse a la menor señal del hombre de la casaca sin ornamento.

Los toques de las cornetas eran conmovedores; resonaron por horas mezclados con el redoblar de los tambores. Las montañas devolvían los ecos y el valle se convirtió en una inmensa caja acústica.

Napoleón no saludó a nadie; podía estarse durante horas sin mirar a derecha o izquierda, inmóvil, como una estatua. Demostraba tener conciencia de su majestad; se exhibía como se exhibe una efigie divina y utilizaba el espectáculo para dominar a su ejército. No era sino observar el temor en los rostros de los campesinos que nos acompañaban y de los soldados que lográbamos enfocar con el anteojo. Por fin, estas gentes humildes se sentían agentes de la historia.

¿No era este el mejor signo de los tiempos modernos?

Al terminar la parada y mientras descendíamos en busca de alguna casa campesina para hospedarnos, Simón me contó, con un entusiasmo que rayaba en la admiración, las varias oportunidades que había visto en persona al Emperador. La primera fue a comienzos del año dos, en Amiens, cuando efectuaba su primer viaje por Francia, antes de su matrimonio. Le causó cierta perturbación emocional y le aumentó su interés por la política. Más espectacular fue la de aquel 2 de diciembre en la Catedral de Notre Dame de París, con motivo de la coronación. A pesar de que el Coronel Villars y su esposa y algunos de sus amigos franceses tenían invitaciones a la ceremonia, Simón y otros americanos no lograron que sus nombres fueran incluidos en las listas de honor. Solo le quedó la posibilidad de mezclarse con el populacho en las inmediaciones de la Catedral. Allí se presentó lleno de rabia por la discriminación de la que se creía objeto, y sin compañía, porque ninguno de sus conocidos quiso acompañarlo. Desde el Pont Neuf

debió abrirse camino a empellones para acercarse a la fachada de piedra ennegrecida. Ya en el atrio pudo apreciar la multitud que colmaba las naves, las banderas que forraban columnas, dinteles y bóvedas, algunas imágenes de santos en las paredes laterales. Tuvo que empujar aún más para divisar el altar mayor cubierto por nubes de incienso y coronado por tres magníficos vitrales que resplandecían de azul, rojo, verde y amarillo. Por las galerías, entre las columnas y bajo las ojivas del primero y del segundo piso se habían dispuesto sitiales para reyes y príncipes de países lejanos, para militares y dignatarios del régimen. Los cardenales vestían de púrpura y el papa Pío VII de blanco. La música fluía desde el coro y las notas del órgano resonaban por la catedral. Simón, empinándose cuanto pudo, con el corazón al galope y los ojos humedecidos, alcanzó a presenciar el gesto de aquél otrora oscuro teniente de artillería, cuando tomó la corona de manos del Pontífice para ceñirse sus propias sienes. Y en Marengo, al recordar aquella experiencia, Simón me dijo:

—La corona parecía cosa miserable frente a la aclamación universal que despertaba su persona. ¿Podrá acaso imaginarse un espectáculo más gótico?

SIMÓN

—¿Acaso no es el héroe la medida de todos los hombres?

—¿Quieres continuar? Ya no hay tiempo para más sandeces.

—Escucha sin interrumpirme: la grandeza de un pueblo se mide por sus héroes y estos por la magnitud de los obstáculos y de la obra ejecutada.

—Te digo que son sandeces: héroe es solo aquél que está convencido de que es el mejor. Tú has dudado, luego no eres héroe.

—¿Qué dices?

—Digo que el heroísmo es la fe con la que el ser se reverencia a sí mismo, fe que nace del ejercicio pleno del destino.

—Pues si tal es la medida que quieres adoptar, has de saber que así me sentía yo en el año 16. Ejercía a plenitud mi destino. Yo era la manifestación ineluctable del poder, capaz de todo, hasta del ataque y la apropiación cruenta.

—Solo estabas connaturalizado con la violencia, pero eso no es suficiente... Te arriesgabas más de lo debido, no actuabas con sabiduría, te cegabas con lo que creías tu propia grandeza, desafiabas innecesariamente la muerte.

—Era el más rápido, el más duro. De mí irradiaba la fuerza que animaba a mis subalternos. Por eso merezco el más alto honor.

—Recuerda lo que una vez te dijo Carreño: héroe no es quien

más fuerza bruta posee. Puede ser el más sensitivo, el más frágil.

—¿Tenía razón? No lo sé. Recuerda que las primeras palabras de Eneas son para manifestar que hubiera preferido morir en Troya. Sueña con ese instante pretérito, con lo bello que hubiera sido perecer en el combate. Siente nostalgia por la lucha, cuando se lanzaba a lo más hondo del conflicto dejando a su paso cadáveres ensangrentados. No evitaba el filo de ninguna espada. Estaba movido por una obsesión: matar a muchos antes de morir.

—Si vemos la totalidad de su vida, en Eneas privó, no el desprecio por la muerte sino el amor por su esposa y por su hijo. Por ellos hubiera deseado habitar una ciudad ya fundada: sedes quietas, morada tranquila.

—Pero los dioses se lo niegan. Fundará una ciudad para su descendencia y él no tendrá tiempo de gozarla. Insisto que su grandeza deviene no de su apego a la vida sino de su desafío a la muerte. Respecto a mí mismo, decías que mi diosa favorita es la fortuna. Pues no. ¿Por qué no me concedió la suerte de morir en el campo de batalla?

EL AUTOR

Cuando visité la biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford, antes de entrar, quise admirar la profusión de gárgolas que adornan las fachadas. Estaba en el primer patio, frente al edificio en el cual comenzaría mi gestión. Fue entonces cuando, por ver las gárgolas, me encontré sobre el dintel la siguiente inscripción: Quod Feliciter Vortat Academic Oxioniens Bibliothecam Hanc Vobis Reipublicae que Liberatorum; saludo de bienvenida, promesa de éxito, dicha y libertad para beneficio de los pueblos y exaltación de la academia. No dudé que pronto coronaría mi empresa. Pero un segundo más tarde, mi entusiasmo quedó congelado: a mi izquierda se abría el vacío dibujado por muchos arcos encajados unos en otros. Mi mirada se despeñó hacia lo que creí infinito: otros edificios, separados entre sí por patios idénticos, y unidos todos por el corredor de arcos, me indicaban la magnitud de la biblioteca y la pequeñez de mis recursos. En cada edificio adiviné salones y salones, unidos también por corredores de arcos, todos forrados con libros en estanterías hasta el techo. Bien podría pasarme el resto de mi vida sin vislumbrar el final de la tarea. Sonaron las doce en todos los campanarios de Oxford. De nuevo recapacité: la biblioteca no es infinita, tampoco el tiempo de que disponemos; lo es la búsqueda.

JOSÉ

En otra de aquellas veladas en París se hablaba tanto de botánica y geografía, de cultura y arte, que Simón se sentía harto. Fanny no le había dedicado esa tarde ni siquiera una mirada. ¿Cómo torcer la conversación hacia la política? Si lo lograse, quizá Fanny, que se interesaba poco por este tema, pensaría de nuevo en Simón. Todos irían a intervenir, algunos se exaltarían, la confusión sería total y, fácilmente, podrían escaparse, como de costumbre, al tercer piso...

Pero las cosas no sucedieron así. El general Lameth, de manera espontánea, se interesó por las últimas noticias de la América del Sur. Tal como él veía las cosas, Francia iba camino de dominar Europa. Caían las monarquías; ya se había metido en Italia, en Austria, en los Países Bajos, en las ciudades alemanas. Aquello iba a extenderse a América.

Humboldt intervino:

—El imperio español está derrumbándose solo; en los países de la América del Sur no hay hombres preparados para darle a España el último empujón, ni para tomar las riendas del gobierno...

Mientras decía estas palabras, su mirada de acero se posó en Simón. Pasaron unos instantes de silencio que hicieron crecer el dramatismo. Mirada y silencio que Simón no olvidará por el resto de su vida.

Humboldt sentenció:

—¡El camino de Francia en la América del Sur está libre!

Simón le sostuvo la mirada al teutón y se sintió orgulloso de ser el centro. Apartó, haciendo alarde de seguridad, una copa que reposaba sobre la mesa que tenía por delante y sonrió; todo esto para ordenar sus pensamientos y dar una respuesta contundente. Iba a expresar una protesta aireada y a darle una lección a ese científico que se creía dueño de la sabiduría. Al buscar el rostro de Fanny para mejor saborear el éxito, se dio cuenta que ella ardía de indignación. A pesar del maquillaje eran visibles la palidez y la rabia que la embargaban. Algo sucedió en el ánimo de Simón; se turbó, quizá, porque no supo interpretar los signos en el rostro de ella. Seguía siendo el centro de la atención y todos esperaban su respuesta, pero el joven había quedado mudo. Azpeitia también se había sentido aludido y al ver la vacilación de su amigo, tomó la palabra y trató de desmentir al sabio. Esta intervención poco convincente del payanés salvó a mi pupilo de una humillación mayor.

—¿Por qué Humboldt se había dirigido a Simón de una manera tan evidente, estando presentes otros americanos? ¿Por qué había asumido una actitud de semejante arrogancia? ¿Debían entenderse

sus palabras como una afrenta personal?

El concepto que Simón tenía de Humboldt por la época de nuestro viaje era ambiguo. Admiraba su inteligencia, su capacidad para convencer, sus conocimientos extensos, su don de gentes. Le reprochaba ese interés por querer ser siempre el centro de la atención. Reconocía que con sus frases certeras modificaba comportamientos y derribaba convicciones. Pero era demasiado sensible al elogio y se creía dueño de la voluntad de los jóvenes que seleccionaba para que le hicieran la corte. Mi amigo me aseguró que sus investigaciones tenían más de pose que de vocación. Durante los primeros encuentros en casa de Villars, al calor de los vinos, el láudano y la música, el alemán había querido echarle el anzuelo a Simón, extendiéndole una invitación dudosa. Luego había intuido el amor del joven por Fanny y cambió de estrategia: ya no era seducción sino ataque.

Aquella experiencia tuvo, me parece Sr. Coburg, una consecuencia importante: ahora estaba convencido de que los países americanos, más que estudiosos de pétalos y peristilos olorosos, lo que necesitaba era guerreros, conductores de masas y, sobre todo, conocedores de los secretos de la política.

MARÍA TERESA

Lunes, 23 de septiembre.

Ayer estuve con Simón en el mercado de Aragua. En Madrid nunca iba a las plazas de mercado, porque mi padre me lo tenía prohibido, pero aquí mi esposo insiste en que debo tomar contacto con las gentes. Por el camino encontramos carretas de bueyes rebosantes de frutas. La plaza estaba atiborrada de mesas con toldas de lona, con utensilios, yerbas, drogas, escapularios, telas de colores, gallinas colgadas de las patas. Todos gritan y ofrecen sus productos; viene gente de muchas leguas a la redonda. El señor cura pasa pidiendo contribuciones para la iglesia. En las afueras hay tabernas. Algunas son de propiedad de viejos soldados españoles retirados. Otras de criollos pobres. Venden aguardiente y guarapo, tasajo, chorizos, jamones, mortadelas, arroz, manteca y fríjoles. También galletas, sal y confites. Los domingos es cuando más se llenan, pero los otros días también vienen grupos, sobre todo de negros, a beber, porque los capataces les dan permiso. Dicen que el guarapo los fortalece. Los bultos de yute les sirven de asiento.

El olor que despiden estos sitios es apestoso. En realidad, lo que más me impresiona son los olores. Huele a sudor y a tierra, a grasa frita y a yerbas, a excremento de animales, a aguardiente y guarapo, a cacao y café. Las habitaciones de los esclavos también

huelen; evito pasar frente a ellas por el aliento de animal carnívoro, de trapo viejo y húmedo que sale de allí.

A Simón le divierte el barullo de los domingos. Ayer habló con el cura y el comisario, el escribiente de la notaría y con un comerciante de telas. Todos lo conocen y se descubren la cabeza cuando pasa. Él pregunta por los precios de las cosas y saluda a las señoras que pasan hacia la iglesia o que van de compras acompañadas de esclavas que llevan los canastos.

Al regresar por la tarde, junto a las barracas, nos detuvimos, sin desmontar, a presenciar la fiesta que tenían los negros. Los hombres llevan pañuelo al cuello y las mujeres flores en la cabeza. Hacen ruido con las maracas, los tambores y con sus instrumentos de caña que soplan por un extremo. Interpretaban los "golpes de Aragua". El entusiasmo por el baile subía. Toman a las hembras y las agitan como trapos. Bailan también los viejos y los niños.

En medio de la plaza había pipas con aguardiente y bebían de ellas con libertad. Un mayoral les daba carne de cerdo y había fogatas para asarla. En los días de fiesta, las mujeres se enroscan el pelo, se hacen caminitos o se lo planchan. Los hombres usan zapatos de becerro y las mujeres una especie de sandalia. Son frecuentes las pendencias por rivalidades de celos. Es que hay pocas mujeres, porque su rendimiento en las plantaciones es bajo. Los capataces prefieren hombres. Las mujeres trabajan en la mayoría y tienen un valor menor en el mercado.

JOSÉ

Simón se metía en las habitaciones de Fanny, inclusive cuando ella aún no se había levantado; le acercaba a su cama algún libro o periódico, un vaso de agua o alguna prenda de vestir; abría las cortinas, la acompañaba en su "toilette", opinaba sobre los productos de tocador. Si ya estaba vestida, admiraba el traje que había escogido para el día, el color, la textura o le llamaba la atención sobre cualquier desajuste en el peinado, en el ruedo de la falda o en la lazada de una cinta.

Fanny gastaba parte de la mañana en su atuendo personal; quería estar siempre a la moda y, para lograrlo, contrataba "cutturieres" y ayudantes de modistería. Las reglas del buen vestir le exigían acortar o alargar faldas y capas, o cambiar el color de los forros y, como su armario estaba bien surtido, había trabajo para un número de artesanos. Adquiría telas, zapatos, adornos, cremas, coloretes, polvos. Prefería el tafetán para el verano, las sedas estampadas con flores para la primavera y el otoño, satines y damascos para el invierno. Simón descubrió un estante con pelucas.

Este aditamento venía en desuso desde los tiempos de la revolución, sobre todo entre los jóvenes. Fanny tenía unos cabellos tan largos y abundantes, tan bellos y bien tenidos que habría sido ridículo vestir una de ellas.

Al anochecer, Fanny, generalmente, lucía esplendorosa: parecía navegar por los salones, con sus faldas esponjadas como velas al viento. Entonces no faltaba algún "petit maitre" que le hiciera la corte. Estos petimetres abundan en París. Adoptan modales afeminados, usan polvos en la cara y el cabello y son ligeros de lengua; recitan, cantan y pretenden dar muestras de ilustración; repiten cumplidos y frases hechas, que ofrecen a las damas que encuentran a su paso y, solo por el placer de mostrarse en público, buscan las horas de mayor tráfico para hacerse limpiar las botas por algún "decrotteur" en la esquina del Pont Neuf.

Lo más detestable es la doble moral que practican: les parece necesario pagarle al prestamista, pero no al sastre. Se precian de decir la verdad, pero consideran un triunfo cuando engañan a una mujer. Si un caballero le da acogida a un petimetre en su hogar, la primera prueba de reciprocidad será la de hacerle el amor a su esposa, o a su hija o sobrina; en último caso a la mucama. Pero son las damas las que propician estas situaciones. Los invitan con cualquier pretexto. Juegan cartas, sobre todo el Whist, y practican otras delicias de salón. Por supuesto, no todas son como Fanny, porque en ella todo era auténtico. Otras, con menos condiciones, posición o dinero, participan en el juego galante con vestidos pasados de moda, con joyas de fantasía y falsos mechones de pelo. Imitan los gestos de las que consideran sus modelos y generalmente terminan en los brazos de algún petimetre de la peor calaña.

Simón, por desgracia, adoptó, aunque con elegancia y estilo propio, algunas de las maneras de estos individuos. Fue su forma de participar en esa sociedad, de ser aceptado. Yo se lo critiqué. Para mí, la cortesía y la educación no hay que cifrarlas en el vestir sino en el comportamiento: uno debe hacerse agradable a los demás y para esto se requiere sentido del decoro y delicadeza de sentimientos, virtudes que no siempre encuentra uno en aquellos que se rigen por la moda, la vanidad y el deseo de sobresalir.

SIMÓN

—La entrega del héroe es mayor que la del santo, su sabiduría mayor que la del profeta, su retórica superior a la del poeta: no hay virtud más alta que la del heroísmo. A su lado, cualquier otra condición queda magnificada. Lo que en los seres comunes es defecto, al lado del heroísmo se vuelve cualidad. Su egoísmo trae

beneficios indudables para sus compatriotas, porque su amor de sí es una afirmación sin reservas del mundo y eleva la vida hacia la región del triunfo.

—No delires más, querido Simón. Pon los pies sobre la tierra. ¿Qué te queda? Solo lo que te llega por los sentidos: afuera se distinguen una gallina negra y un pollito blanco. Y más acá, un gallo saraviado y tres gallinas oscuras. Buscan grillos en la yerba. Tienes que levantarte un poco de esa cama dura y estrecha para divisar por la ventana. Entran olores y el ruido del cutu cutu de las gallinas. Alguien silba. Otro corta leña en la lejanía. Y escuchas, sobre todo, el viento por la arboleda.

—Más bien preocúpate por el vejigatorio en la nuca que me tiene irritada la piel...

—Sí, habrá que llamar a Reverend. ¿Qué más quieres? Ya el médico te untó linimento vesicante de Gondret y te dio a beber agua de linaza. Pero sigues delirando.

—Si solo son delirios lo que digo, apaga ya, lector. ¿No estás cansado de leer?

JOSÉ

Una noche de farra Simón, Martín y Fernando se tomaban las últimas copas en un café cercano a la Eglise de la Madeleine. Martín no paraba de hablar de uno de sus libros favoritos, *Esquisse d'un tableau historique des progrés de l'esprit humain* de Condorcet, según el cual el modelo de razón lo ofrecen las ciencias matemáticas y, en especial, la Física de Newton. La observación, la experimentación y el cálculo son los únicos métodos válidos para el estudio de la naturaleza. El *quid* del asunto radicaba, según Martín, en que si la física era el paradigma excelso de todo saber, cualquier planteamiento filosófico o religioso quedaba reducido a mera opinión.

Simón estaba harto de cháchara erudita. Como ardía en deseos de ver a Fanny, lo interrumpió para proponer alquilar un coche y buscar un grupo de músicos para llevarle una serenata. Esta interrupción brusca molestó a Martín. Fue cuando le dijo:

—Estás loco. El coronel te asesinará en menos de lo que canta un gallo... ¿conque enamorado de la maga? ¡Vaya, vaya, mi querido caraqueño! Nuestra amiga ha hecho una conquista más para sus caballerizas...

No terminó la frase. Simón le propinó un golpe en la cara. Rodó Martín con estrépito de vidrios entre las mesas. Simón iba a lanzársele ciego de ira pero Fernando lo detuvo. Vociferó, lo retó a duelo de florete, o con el arma que quisiera. La gente se agolpó

alrededor.

Martín se levantó por sus propios medios. Buscó sus anteojos y los encontró destruidos bajo una mesa. A consecuencia del golpe, los vidrios le produjeron pequeñas heridas en el rostro, y lo tenía inundado de sangre. En ese momento no manifestó deseos de contraatacar.

—¡Cobarde!, le gritó Simón al ver su vacilación, y furioso se alejó del lugar.

Ahora el ofendido era Martín y esa misma noche aceptó el duelo.

Como se sabe, los duelos están prohibidos en Francia desde la época de Carlos IX, prohibición que, dado el puntillismo de los jóvenes, ha tenido poca efectividad. Lo disimulan bajo la apariencia de un encuentro fortuito o viajan al exterior o a lugares apartados para evitar la ley. Un duelo entre extranjeros es cosa extraña y la preparación exige la ayuda de padrinos y emisarios. Fernando, consciente de la gravedad, se propuso mediar entre los dos amigos para evitar una tragedia. Se reunió a solas con Simón. Este insistía en el duelo. Aquél le hacía ver lo inadecuado: no eran ellos los que tenían que velar por el honor de Fanny, no valía la pena destruir la amistad entre americanos en el exilio, surgirían bandos y se perderían de vista los fines políticos que exigían un esfuerzo común. Luego habló con Martín, quien reconoció que sus palabras habían sido ligeras y las atribuyó al vino. Ofrecía presentar disculpas, pero, a su vez, exigía que Simón se disculpase.

Fernando tuvo una segunda conversación con Simón. Procedió, con tino, a ponerlo al tanto de la vida alegre de su amada. En su jardín, la primavera era fugaz. Había que saber jugar el juego, coger la rosa en su mejor momento y dejar libre el campo a los nuevos jardineros. Simón escuchó en silencio. Lo aquejaba una palidez mortal y sus labios temblaban de indignación. Quizá pasó por su mente la idea de darle también a Fernando su merecido. Se levantó de la silla y durante largo rato miró hacia el exterior —al vacío—a través de la ventana. ¿Quién no ha tenido en sueños la sensación de caer en un precipicio? Simón se sentía en un hueco negro y sin fondo. Estaba enamorado y a la vez atormentado por la duda. Sí, en su espíritu luchaban dos sentimientos. ¿Será cierto que Fanny es una coqueta? ¿Me miente, acaso, cuando en el lecho se me entrega con pasión? ¡Imposible! ¡ella solo me quiere a mí! ¿No me lo demuestra a cada paso?

Si retiraba la propuesta de duelo, él mismo se sentiría cobarde. Si persistía, cualquiera que fuese el resultado solo lograría poner en evidencia la infidelidad de la muchacha. El Coronel sería informado por las malas lenguas de París que Simón Bolívar, el petimetre

caraqueño, se había hecho matar por el amor a su esposa. ¡Lástima que no fuese el propio coronel Villars quien lo retase! ¿Qué beneficios le traería a Fanny la situación, tal como se planteaba? ¿No era el duelo para ella más perjudicial que benéfico?

En ese momento, cuando en lo hondo de su ser luchaban la pasión amorosa, los celos, el honor, no me cabe duda, Sr. Coburg, que Simón evocó las disertaciones de Martín en el Ildefonso, que Simón, siendo poco más que adolescente, escuchó con devoción. Con él había aprendido una nueva manera de ver el mundo y adquirido confianza en las capacidades del ser humano, que sin límites de casta, raza o nación puede develar los misterios de la naturaleza o dominar circunstancias adversas del destino.

Simón regresó de la ventana y le dijo a Fernando que aceptaba las excusas de Martín y que le enviaba un recado de amistad. Se abrazaron. Al despedirse, Fernando sentenció:

—Varium et mutabile semper femina.

MARÍA TERESA

Jueves, 26 de septiembre.

Son las cinco de la tarde.

Hoy cumplimos cuatro meses de casados.

Ha llovido después del medio día, pero la mañana estuvo soleada. En esta época, cuando sale el sol, es un sol ciego y triste. Parece que hacia el oeste hay inundaciones, pero acá, cerca de la casa, los prados no están encharcados. A las once, Simón y yo salimos a cabalgar por los alrededores del laguito. Las hojas brillaban bajo el sol. Vi una nube de mariposas moradas. Las aguas estaban claras y me alegré. ¡Todo es tan bello a pesar del calor y la humedad!

Simón salió de nuevo después del almuerzo y prometió regresar temprano para el té. No le importa que esté lloviendo; ojalá no tarde. Para esta noche hemos ordenado una cena especial.

Luego de la siesta he estado frente al espejo. Quiero estar bonita. Desde que llegamos, mi piel en el rostro y las manos se ha oscurecido. ¿Será el sol y el viento? Yo me cuido. Simón dice que me he empalidecido. No me parece... ¡Oh, creo que ya llegó! ¡Oigo las herraduras en el empedrado de la caballeriza!

JOSÉ

Pasaron semanas sin verse los amigos. Simón siguió frecuentando la casa de Villars, pero los celos desgarraban su

corazón. Al recibir su sonrisa y al mirar esos ojos de misterio se sentía más subyugado que nunca y, luego, al verla actuar con desparpajo y recibir atenciones de militares, artistas, científicos de todas las calañas, petimetres de ocasión, al verla comportarse dueña y señora de su amplia corte, Simón no encontraba consuelo y no sabía qué partido tomar. La duda había avinagrado su pasión y ahora era más cauto al demostrarle sus cuidados. Diseñó una nueva estrategia: cortejó otras damas, hizo alarde de supuestas conquistas amorosas, multiplicó las ausencias en el salón de Fanny. Pero al menor gesto de su amada caía de nuevo a sus pies.

El punto culminante de este período fue la recepción que Simón ofreció en su casa en honor del Coronel y su esposa. Había prescindido de los servicios del "valet de place" porque, en efecto, y tal como se lo habían advertido, resultó un pícaro. Contrató personalmente cocineros, renovó el surtido de su cava, adquirió mantelería y completó el servicio de vajillas y cubiertos. Extendió invitaciones a personas cuya amistad creía haber ganado, revisó su vestuario y seleccionó él mismo las piezas musicales que habría de tocar la orquesta. Al caer la noche, cuando se encendieron las luces y comenzaron a llegar las carrozas, Simón recibió el más duro golpe: un paje le entregó una tarjeta ribeteada en oro, redactada de puño y letra del Coronel, excusándose de asistir él y su esposa, y sin mayor explicación. Esto lo recibió como un insulto. Si lo hubiese sabido dos o tres horas antes, habría cancelado el banquete; ahora era demasiado tarde. Gaucher y Gothard, en uniformes radiantes, conducían a los invitados al salón principal. Las viandas, al cuidado de Marienne y Catherine, estaban en la última etapa de preparación. La mesa de los vinos, la champaña, los licores fuertes que incluían dos preparados distintos de láudano, esperaba reluciente bajo la luz de las arañas. La orquesta estaba presta y comenzaría a tocar cuando Simón lo ordenase. ¿Cómo sortear la situación?

Se retiró a su cuarto. Quizás una lágrima de estupor rodó por su mejilla. Y al verla en el espejo se avergonzó de sí mismo... reaccionó. ¡Haría de esta velada algo inolvidable! ¡Carajo! ¡Daría de qué hablar!

SIMÓN

—Una negra barre el piso de tierra junto a su rancho de paja, más allá de los tamarindos. A veces canta, pero ahora está en silencio. Supongamos que se llama Ramona. Su hombre, Domiciano, está con una nueva moza. Ramona lo sabe; ella es humilde, nunca le reclama esas cosas. Los amores de estas gentes son amores tristes y

dispersos.

—Deja de pensar en pendejadas.

—Estas no son pendejadas. Es el mundo, que sigue su marcha.

—Piensa más bien en los rectores del mundo, en aquellos que pueden cambiarlo.

—¿Insistes en delirar?

—No es delirio. Son hechos comprobados: nunca asumí riesgos pequeños, nunca busqué beneficios nimios, nunca pedí ni acepté favores, nunca me quejé.

—Eso sí lo sé: nunca has sido humilde.

—Nunca busqué ni acepté aprobación de subalternos, nunca dudé de mi poder...

—¿Nunca?

—... nunca me tembló la mano para establecer mi fama. ¿Cómo no despreciar al cobarde y al adulador? No hay héroes humildes, ni suplicantes, ni arrodillados. Ningún favor humano sirve de premio al heroísmo. La gloria es el único pago y, también, lo único que sobrevive al héroe...

EL AUTOR

En los papeles a los que tuve acceso en Oxford no aparece ningún escrito con las conclusiones o recomendaciones de Coburg al canciller Canning, ni datos sobre el libro que el profesor se proponía escribir sobre América y sobre Bolívar. Acudí repetidas veces, con resultados negativos, al excelente servicio de información de la red electrónica de la biblioteca y a ciertos ficheros de uso restringido. De Coburg solo encontré una monografía sobre Jefferson, fechada en 1816, es decir, anterior a las conversaciones que sostuvo con Carreño. Insistía en mi pesquisa porque me parecía de la mayor importancia conocer cómo había reaccionado Coburg frente a la información obtenida. Busqué alternativas. Quizás en los archivos del Foreing Office en Londres encontrase los datos que faltaban. A pesar de la carta de presentación que me otorgó el Embajador de mi país y de mi insistencia con varios funcionarios, me fue negada la posibilidad de consulta. Ciertas preguntas me tenían obsesionado: ¿De qué sirvieron aquellas sesiones confidenciales que ahora transcribimos para el público en general? ¿Qué efecto tuvo el aporte del humilde maestro caraqueño en las decisiones de la alta política internacional del Reino Unido? ¿Cómo cambió el destino de la historia con su discurso? Traté de consolarme pensando que, dadas las circunstancias, en el Foreign Office no iría a encontrar documentos que me sirvieran, porque Coburg le habría trasmitido a Canning sus conclusiones de manera oral. Pero si este fuese el caso,

pensaba, el profesor, en vista del cúmulo de documentos obtenidos en las entrevistas, habría tenido que redactar resúmenes, esquemas, agendas, o por lo menos señalar los párrafos más significativos en los documentos mismos. Regresé a Oxford, pero de nuevo estaba en un punto muerto, puesto que por ninguna parte encontré huellas de tales actuaciones. Me invadió la frustración: ¿dónde quedaba el carácter puntual y exacto de los ingleses?

Con los meses he llegado a la siguiente conclusión: las entrevistas de Carreño con Coburg no tuvieron impacto en la política exterior inglesa. Solo le sirvieron al caraqueño para obtener fondos para su regreso a América.

Coburg era un positivista sin fisuras. Creía que la historia es un asunto científico y que es posible, a través de ella, conocer la verdad de lo sucedido. Descreía de toda magia, premonición o hecho no comprobable. Con estas premisas había fundado la cátedra de historia de Oxford, para que sirviera de modelo al mundo civilizado. Iba a ser la primera de su género, pero se llevó un chasco cuando supo que los alemanes se le anticiparon por pocos meses, pues a comienzos de 1810 se inauguró en Berlín la primera cátedra de historia científica. Para la fecha en que Carreño terminó sus entrevistas e inició su viaje a América, Coburg estaba convencido de la naturaleza desatinada de las notas marginales y del contenido de ciertos episodios, naturaleza que bien podrá juzgar por sí mismo nuestro inteligente lector. Desde la óptica de su positivismo a ultranza, el sabio inglés debió pensar que su entrevistado era un loco o un hábil timador.

JOSÉ

Simón, mirándose en el espejo y como dándose órdenes a sí mismo, se propuso inaugurar el baile con Marguerite, la bella hija del Conde de Brandó. Se mostraría arrogante y alegre y a nadie le daría a conocer sus sentimientos de frustración...

Regresó al salón luciendo su mejor sonrisa. Su presencia era magnífica, pues vestía el uniforme azul celeste con adornos dorados. Buscó a Gothard, quien llevaba aquella noche las patillas peinadas y perfumadas y el cogote más colorado que de costumbre, y le envió recado a Marguerite de su deseo de iniciar con ella el baile, honor que ella aceptó complacida. Entre tanto, Gaucher, quien oficiaba de maestro de ceremonias, anunciaba la llegada del conde Antoine Louis Destutt de Tracy y del filósofo Pierre Cabanis. Ya habían llegado Carlos Inboneti, Julia Beccaria y otros amigos, tanto americanos como franceses. Con la presencia de estas figuras, el éxito de la velada parecía asegurado.

Destutt de Tracy merece algunas palabras de presentación. De unos cincuenta años, había sido Brigadier del ejército francés y miembro de los Estados Generales. Alborotó los mentideros cuando renunció a su brillante carrera militar para dedicarse a la filosofía. Figura destacada del salón de Mme. Helvétius, acababa de publicar el primer volumen de su obra *Elementos de Ideología*, en el que asegura que esta es parte de la zoología. Sus epígonos fueron llamados despectivamente "ideólogos" por Napoleón, acusándolos de falta de realismo; apodo que fue suficiente para hacerlos célebres y consagrar el libro. Mas el punto de contacto con Simón no eran estas circunstancias sino la política: el Conde se interesaba por América, era asiduo corresponsal de Franklin, Jefferson y otras figuras y buscaba la amistad de los americanos que pasaban por París.

En cuanto a Cabanis, Simón lo conoció por intermedio del Conde; quedó fascinado con la idea pregonada por aquél, de que el pensamiento es una secreción fisiológica, como la bilis, y que el concepto de alma es perjudicial para la sociedad. Cabanis tenía la misma edad de Tracy y se ufanaba de la amistad de Mirabeau, Condocert y Holbach.

Un grupo de damas ataviadas de encajes y flores aguardaba la llegada de los galanes para iniciar el primer baile. Simón se acercó a Marguerite, ordenó a la orquesta romper el silencio y haciendo una reverencia, alargó el brazo para rodear su fino talle. Ella miró a su alrededor, buscando alguien con quién dejar el abanico; inclinándose un poco, puso la mano izquierda sobre el brazo de su compañero y, ligeros, empezaron a danzar sobre el parqué resbaladizo y brillante.

La atención general quedó prendada de los movimientos de la pareja. Simón hizo girar a la muchacha con vuelo de faldas y, acercándosele, recorrieron el espacio en varias direcciones. Por encima del hombro de Marguerite escudriñó la concurrencia. Era consciente de su maestría en la danza. ¿No era este su gran triunfo? ¿No estaba allí la flor y nata de la sociedad parisina?

Esta alegría aparente, este triunfalismo enervante lo acompañaron por horas. Se divirtió pieza tras pieza con las muchachas más bellas de la fiesta. Hacia las once bailaba con Simone, la esposa del consejero de estado Malin. Con giros mesurados recorrían el gran salón lleno de parejas. A cada paso, Simón decía "pardon, mes dames" y maniobraba entre un mar de encajes. Simone, maliciosamente, entre vuelta y vuelta, acercamiento o separación a la que se veían sometidos por el ritmo de la música, llevó la charla hacia Fanny de Villars. Y de improviso dijo que tenía relaciones secretas con el Príncipe Eugenio. El joven

perdió el paso y estuvo a punto de abandonar a su pareja en la mitad del salón.

—¿Qué te pasa, querido? ¡Todo el mundo sabe que Fanny es la mayor coqueta de París!

Por fortuna la pieza terminó enseguida. A partir de ese momento los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Simón apresuró copa tras copa y acudió al láudano más de lo debido. Vagó atolondrado por los salones. Demoró la señal para pasar a manteles. Junto a la mesa de los licores encontró a Cabanis conversando con Claude Fauriel, un joven poco mayor que Simón. Había sido secretario privado del ministro de policía, Fouché. Decía Fauriel en ese momento:

—¿A dónde nos llevará el Corso? ¡Su ambición no tiene límites!

Cabanis se mostró incómodo al notar la presencia de Simón. "He aquí una pequeña conspiración", pensó este y se decidió a participar. Fauriel dijo otras frases contra Napoleón. Cabanis trató de desviar el diálogo hacia cierto comentario publicado por Mme. de Staël en la *Décade Philosophique*. Simón se dio cuenta de la maniobra de Cabanis, llamó al mesero de la champaña, forzó un brindis y se expresó sobre Napoleón en términos aún más fuertes. En ese momento Gothard se acercó a Simón para susurrarle que no era posible retardar más el servicio de comidas, so pena de que se arruinasen. El anfitrión dio por fin la autorización de pasar al comedor. Mientras se hacían los anuncios con las fórmulas del protocolo, Simón apuró otra dosis de láudano. Ya instalados frente a las mesas, Simón propuso un brindis general "por la Gloria de Francia"; todos prorrumpieron en manifestaciones de alegría. Luego elogió al gobierno, pero poco después denigró de él con frases entrecortadas. Repitió algunas de las que había usado en privado con Fauriel y Cabanis, seguro, quizá, de que muchos pensaban como creía que pensaban estos. Las malas lenguas dijeron que a Napoleón le había dado el título nada honorífico de "detestable aborto de la desgraciada Córcega". Expuso ideas jacobinas y realistas. Incurrió en repeticiones. Tartamudeó. La confusión fue total. Por fin se quedó callado. Tomó una copa, quizá con el deseo de hacer otro brindis, pero perdió el equilibrio. Quedó sentado, bañado en champaña, mientras se prolongaba el más embarazoso silencio. No hubo aplausos.

El silencio era tan molesto, que Destutt de Tracy tomó la palabra. De manera hábil citó alguna frase elegiaca de Simón y a partir de ella configuró una pieza oratoria neutra. Se refirió al "entusiasmo y nervio" de las jóvenes figuras de la América del Sur, "en quienes descansa el futuro de aquellas naciones"...

Tracy sentía una amistad sincera por Simón. Recibió aplausos de

cortesía. La orquesta llenó el vacío que dejaban las palabras y los meseros apresuraron el servicio de comedor. Al concluir la fiesta, los más amigos, y entre ellos Fernando del Toro, se retiraron preocupados por las consecuencias que, a no dudarlo, iría a tener la intervención de su coterráneo.

Se equivocaron. Aunque no recibió tarjetas de agradecimiento, salvo una esquela de Fauriel, tampoco recibió la visita de la policía. Pero empezó a notar que su nombre era suprimido de las listas de invitación. Le llegaron rumores: Como Bolívar era jacobino o realista y, además, calumniador de la gloria francesa, y dado el ambiente político, era menester cobrar distancia...

Simón supo evaluar las nuevas circunstancias: necesitaba tiempo para dejar acallar los rumores y también un estado de ánimo distinto para evaluar su relación con Fanny. Había llegado el momento de buscar mi compañía y emprender el proyectado viaje por el sur de Francia y por Italia.

SIMÓN

—Luego vino el golpe más duro: el congreso, reunido primero en Tunja y luego en Bogotá, apoyó a Santander y aprobó una constitución contraria a los derroteros de la boliviana.

—Tus fuerzas decaían: ya no eras el héroe ni el Libertador; eras un esperpento que se resistía a desaparecer.

—Y aún sin yo levantar la cabeza, me golpearon de nuevo en la convención de Ocaña, con el triunfo de las tesis federalistas y con la disminución del poder del ejército.

—La balanza se inclinaba hacia el lado contrario. Cuando comenzaron tus dudas ellos encontraron un suelo firme para afianzar sus decisiones. Páez aprovechó tu prolongada ausencia en el sur para levantarse contra Santa Fe; Santander aceitó los engranajes políticos para manipular la Convención y destruir tu obra política. José de la Mar sacó ventaja de las aguas turbulentas en Colombia expulsando las fuerzas de la República e imponiendo su predominio en el Perú, Bolivia y Ecuador. Hizo salir a Sucre de Bolivia y se aprestó para una guerra con Colombia. Y en Santa Fe se organizaron secretas "sociedades de salud pública" para tramitar tu asesinato...

—Para actuar es necesario la ilusión; hoy no me queda ninguna. La horrible verdad las ha ido matando.

—Por eso ya no te cabe ningún consuelo. Al desechar las imágenes ilusorias con las que los dioses te engañaban, has podido percibir todo lo absurdo de la existencia.

—Quisiera todavía dejar volar la ilusión. Qué no daría por sentir crecer mi entusiasmo como antes, cuando veía marchar las legiones, rítmicamente, a la manera pírrica y al son de los caramillos.

—Esa imagen ya no te sirve. Tal como está planteado el presente, el futuro no te ofrece esperanza.

—He servido a una sola deidad: la libertad. Ella me dio fuerzas para sostener la justicia de mi causa.

—Ahora ya no crees siquiera en la libertad. ¿No es ella una de esas ilusiones con que los dioses se divierten engañándonos?

—He ahí la fuente de mi mayor sufrimiento: conozco lo engañoso de las ilusiones. Ahora sé que lo conozco todo, incluyendo el conocimiento de que no es posible conocer nada. He perdido todo control...

—Incluyendo el control de tus orines.

—Sí, la empresa de mi vida fracasó.

—Toses sin expectoración. Te dan tisana por agua común.

—Mi némesis está en mí mismo. A mis pies se abre el abismo del nihilismo.

—Entremos, pues, en cosas más inmediatas: a José Palacios le debes la remuneración por sus servicios.

—Tienes razón. Que le entreguen ocho mil pesos.

JOSÉ

Llegamos a Milán, capital de Lombardía. La región había estado bajo dominación española hasta comienzos del XVIII, cuando pasó a la corona de Austria. Ahora sufría la tutela francesa. Luego de gestionar el pago de la carta de crédito con Mr. Ray, tomar posesión de nuestro equipaje e instalarnos en una pensión confortable, nos dedicamos a visitar la ciudad. La Catedral data del siglo XIV, pero aún está en construcción. La torre tiene 120 varas de alto y el edificio está adornado con más de un centenar de torrecillas góticas y más de 300 estatuas de mármol. Aquel día, una legión de artesanos la decoraban para una nueva coronación de Napoleón. En el interior, los andamios obstruían las naves y se elevaban hasta las bóvedas, a una altura inverosímil, por lo que fue poco lo que pudimos apreciar.

En la iglesia de la Madonna delle Grazie admiramos "La Cena" de Leonardo. Recorrimos también el castillo de Francisco Sforza y, por la noche, en el teatro de la Scala, escuchamos al "castrati" Pacchiarotti en la representación de "Las bodas de Fígaro". De todos los eunucos que habíamos conocido, tanto en Viena como en París, Pacchiarotti era el de la voz más extraordinaria, pero también el más deforme.

Entre las cartas de presentación que traíamos había una para Alejandro Manzoni, un joven escritor de la misma edad de Simón. Julia Beccaria era la madre de Alejandro; y ella, a su vez, la hija del célebre Cesar Beccaria, autor del tratado *De los delitos y las penas* que ya era considerado como la base del derecho moderno y había inspirado a los redactores del código penal de los Estados Unidos y a autores como Adam Smith y Malthus. Julia disfrutaba del prestigio de su padre. Se casó con el conde Pedro Manzoni, con quien tuvo a Alejandro. Luego Julia abandonó a su esposo para irse con Inboneti a París. Simón y yo la visitamos en esta ciudad antes de partir. Nos recibió con cariño e informalidad. A pesar del embarazo que Simón sentía cuando se le mencionaba su malogrado discurso, ella se empeñó en comentarlo. Dijo que la velada había sido "divertida" y que había gozado con las “ocurrencias” de Simón. Se mostró complacida por nuestro viaje a Italia y nos instó a visitar Milán, y, en especial a su hijo, para quien redactó una carta de presentación. Me llamó la atención que incluyese mi nombre con apelativos laudatorios, porque solo ese día me había conocido. Al

tomar contacto con el carácter de los italianos comprendí su gesto: son, sin duda, los maestros de la hipérbole.

SIMÓN

—Ardo en deseos de plantearte una famosa disyuntiva y me animo a hacerlo ahora que te ha bajado la fiebre: ¿felicidad o gloria?

—Nunca he gozado de un hogar estable y, aún hoy, carezco de refugio. Tengo fiebre, deliro, no como. Paso algún trago de caldo de hueso y el vómito me ahoga al momento. Escupo sangre y los accesos de tos me dejan en extrema debilidad. Ha surgido una nueva complicación: los órganos de la digestión están irritados, la lengua áspera, seca y, según dice Reverend, colorada en las orillas. Solo entonces he llegado a entender que entre el sueño y la realidad se abre el abismo del olvido. Por el sueño he penetrado al fondo de las cosas y me he dado cuenta de la inutilidad de la acción. Pero ya no es posible enderezar este mundo que se desploma... opté por la gloria y ahora sufro las consecuencias.

—Comprendo. Por eso en este momento prefieres lo inmediato. Mira, por ejemplo, esta hormiga que sube por tu brazo. Es rojiza, tiene un aguijón minúsculo.

—Hormigas hay por todas partes... Allí va otra por la sábana, negra, tan pequeña que no puedo ver si tiene aguijón.

—¿Quieres extirparlas? Necesitas tus anteojos; quién sabe dónde quedarían.

—Con ellos sí que podría analizar esos animalejos. ¡Dios! Si estuviera aquí Carreño ya estaríamos escribiendo un libro sobre las hormigas, sus clases, sus órganos de reproducción. ¿Recuerdas el interés que mantenía por estudiar todo tipo de vaginas? Las de las plantas, los insectos, los vertebrados, hasta las de...

—¡Calla! Ese es el lugar de la ausencia...

—¡Qué va! ¡Es el lugar del origen! Seguro me habría dicho que, con las abejas y las avispas, las hormigas conforman el orden de los hymenópteros...

—¿Hymen qué?

—Nombres, solo nombres. ¡Que obsesión la de algunos por nombrar el mundo!

—Nombrándolo lo organizan. Esa era la filosofía de Carreño. Y a propósito de hymenópteros, ¿qué se hicieron?

—Se metieron bajo la sábana. Las siento como si caminaran por mi cuerpo. Una sube por la pierna derecha... ¡Coño, me está picando! ¿Por qué no las mataste?

—Tú lo has dicho: la acción es tan despreciable, que no vale la

pena siquiera aplastar una hormiga...

—¿Sabes? Sobre este asunto de la felicidad, la gloria y las hormigas me queda flotando una impresión de asfixia... el héroe se diluye en el caos como una hormiga en cualquier lecho desordenado.

—Cierto, ¡qué pantanosa incertidumbre!

JOSÉ

Una mañana nos dirigimos al castillo Manzoni, en la villa Brusiglio, no lejos de Milán. El coche de alquiler atravesó un bosque de alerces por la estribación de la montaña, al final del cual aparecieron sus muros. El coche nos dejó frente a una puerta abierta, guardada por dos esfinges de granito y el cochero se dispuso a esperarnos. La puerta era de bronce, con grabados. Entramos en un salón. En los muros y las columnas, en nichos de distintos tamaños, había jarrones y vasos orientales; las bóvedas estaban orladas de guirnaldas. Las paredes eran de mármol amarillo salpicado de azul, efecto que yo atribuí a un ingenioso tratamiento químico. Un sarcófago con la estatua de un hombre apoyado en un cojín, ocupaba el lado norte; en su mano exhibía un pergamino con esta inscripción: "deja de soñar, acuérdate de actuar".

La soledad del recinto nos tuvo desconcertados hasta que un criado, quien seguramente venía espiándonos desde la penumbra, se nos acercó para preguntarnos el motivo de la visita. Frisaba en los sesenta años, de ojos azules como de porcelana. Le entregamos la carta de Julia para Alejandro. La tomó y, sin decirnos nada, desapareció por donde había llegado. Transcurrió todavía un rato. Entonces llegó Alejandro. Su contextura, su andar pausado, la cortesía con la que nos recibió me indicaron que, a pesar de su juventud, llevaba una vida de encierro. De inmediato nos invitó a alojarnos en el castillo; despidió nuestro coche y envió a su criado de ojos de porcelana hasta la pensión en Milán para recoger el equipaje. Al darse cuenta de nuestra curiosidad por la disposición del salón, me dijo, sin entrar en detalles, que era producto de los embelecos de sus antepasados. El castillo había pertenecido a los Manzoni por generaciones y cada una había dejado su huella. Hubo alquimistas, artistas, guerreros... ya tendríamos oportunidad de conocer las historias relacionadas con cada detalle.

Fuimos honrados con su hospitalidad por varios días. Vivía prácticamente solo. Tenía una servidumbre reducida y pasaba el tiempo en la biblioteca. Había abrazado la profesión de escritor y a ella dedicaba su esfuerzo. Era serio y circunspecto, demasiado taciturno y solitario para su edad.

Esa primera noche nos reunimos frente a una chimenea. Al fondo, unos pastores danzaban en la superficie de un gran espejo. Nos preguntó por nuestro origen y por el motivo del viaje. Sabía poco de América, pero su interés fue sincero. Cuando le dijimos que habíamos estado en Marengo y que, además, Simón había presenciado la coronación de Napoleón en París, se emocionó y nos pidió que le narráramos detalles. Me sorprendió su entusiasmo; tomó notas. Simón, animado por el buen vino con el que Alejandro nos obsequiaba, se dejó llevar también por el entusiasmo. Yo no sabría precisar, Sr. Coburg, cuáles eran los sentimientos de Simón hacia el Emperador por aquella época, pues le escuché conceptos contradictorios. Ciertas facetas de su vida lo admiraban: la forma hábil como se había elevado desde su origen humilde hasta las altas esferas, la manera como estaba cambiando la historia, el poder casi sobrenatural que podía ejercer sobre los pueblos. Simón se fijaba en su capacidad histriónica y el uso de su propia persona y de cuanto lo rodeaba para causar efectos de opinión. Pero también podía injuriarlo, acusarlo de crímenes, rechazarlo con desprecio. Aquella noche con Alejandro estuvo neutro, y más bien nos contó incidentes que precedieron el acto de coronación en la Catedral de París. La pregunta que todos nos hacíamos era: ¿por qué Napoleón había tomado en sus manos la corona, arrebatándosela a su Santidad el Papa Pío VII, para colocársela él mismo en sus sienes? Simón tenía una explicación: el gobierno francés negociaba con la Santa Sede un nuevo concordato. Querían curar viejas heridas de la revolución y, de parte de Napoleón, ganarse el fervor del pueblo francés. En una ocasión este dijo en público que "a los que no creen en Dios no se los gobierna, se los fusila". El Papa, para corresponderle, concluyó una encíclica con esta perla: "si sois buenos cristianos, seréis también buenos demócratas". Este tipo de manifestaciones mantenían los ánimos en expectativa. Muchos decían que Pío VII era un estafeta de Bonaparte y que la mejor prueba era que tenía en su habitación un ejemplar de la Enciclopedia de d'Alembert. Con la mediación del cardenal Consalvi, las partes firmaron un concordato por el cual se reconocía que el catolicismo era la religión de la mayoría de los franceses y se abría la puerta para futuros entendimientos. Para lograr su firma, el Vaticano removió ochenta obispos por "anticonstitucionales". La situación se puso delicada cuando Bonaparte, sin discusión alguna, agregó 27 artículos "orgánicos" al concordato. Con la esperanza de negociar tales artículos, y luego de consultas y vacilaciones, Pío VII accedió a oficiar la coronación.

Simón habló también de las consejas que circularon "sottovoce" por los salones de París. La víspera fue de expectativa; ya llegaban

los dignatarios y la ciudad lucía sus mejores galas. La emperatriz Josefina visitó protocolariamente al Papa y, sin medir las consecuencias de sus palabras, confesó que estaba casada solo por lo civil. Pío VII montó en cólera y se negó a participar en la ceremonia: no iría a consagrar una pareja ilegítima según el derecho canónigo. Cuando Bonaparte lo supo, pensó en un sustituto. ¿Un cardenal?, ¿el arzobispo de París? Seguramente expondrían el mismo impedimento. Además eran subalternos del Papa. ¿Un rey o gobernante de otro país? Napoleón estaba por encima de todos. Habría que comenzar por cambiar el escenario; ya no sería en la Catedral, lo cual implicaba aplazar el acto. Los emisarios iban de un edificio a otro, intervinieron diplomáticos de ambas partes y de las naciones amigas. Finalmente se encontró una solución a la cual el Emperador quiso oponerse pero luego tuvo que acceder: desposarse aquella misma noche por la iglesia, en un acto privado que se mantendría en secreto. No cabía duda. La presión del Papa había indispuesto su ánimo. Para reafirmar su orgullo tenía que humillarlo. No tuvo que esperar para sacarse el clavo; al día siguiente se le presentó la oportunidad.

—¡Qué insolencia: coronarse a sí mismo!

Y para admiración nuestra, Alejandro dijo que tales gestos nada tienen de insolentes. Se deben a lo que llamó "la naturaleza del héroe verdadero". El hombre noble, elevado, tiene conciencia de su superioridad, la demuestra y la pregona. Nada más contrario a su carácter que la modestia... y como para reafirmar su convicción, se ofreció para gestionar pases de cortesía para que lo acompañáramos a presenciar la coronación como Rey de los Romanos en la catedral de Milán.

Tal fue nuestra segunda visita a la Catedral. No quiero alargarme ahora en los detalles de aquella experiencia. El lujo de la ceremonia me impactó. Yo no podía concebir tanto derroche en tan poco tiempo. Tenía que ser muy grande para que tantos grandes se postraran a sus pies. Alejandro compartía mi emoción. Simón, por el contrario, no estaba tan conmovido. Me dijo que empezaba a sentirse harto del espectáculo de las coronaciones y del servilismo de los señorones.

MARÍA TERESA

Lunes, 30 de septiembre.

Ayer domingo fuimos a la aparcería de Santa Lucía, como a dos horas de cabalgata. Por fortuna no llovió, aunque el cielo estuvo cubierto. Estábamos invitados a la casa de Pacho Landínez, blanco

pobre, quien es el arriero más viejo y de mayor confianza de San Mateo. María Antonia, su esposa, tiene fama de ser la mejor costurera de la región. También estaban sus hijos casados, con sus esposas y los niños.

Nos ofrecieron un almuerzo típico de yuca, trozos de plátano verde, carne salada de res y presas de gallina recién sacrificada, acompañados con un caldo espeso y humeante en totumas. Quedé encantada con la sencillez y la hospitalidad de esta gente.

SIMÓN

—¡Qué horrible fue la noche! Miríadas de animalitos invisibles transitaron por la piel. Orina incontinente, tisana pectoral, untura anodina en el pecho, sagú por alimento...

—Nada de lo humano pudo llevarme a la plenitud. Y aún en las circunstancias tristes en que me hallo, no cambiaría mi lugar con ninguno de mis congéneres, por afortunado o feliz que pareciese. Prefiero seguir siendo Bolívar, con todo el peso de su destino y su tragedia.

—Estás reducido a tu propio y mísero ser, alimentado con tu propia sustancia, rumiando tu desconsuelo, ¿y tienes aún fuerzas para decir lo que dices?

—Vencer implica llegar.

—Pero, ¿llega uno alguna vez a alguna parte?

—Pronto llegaré: mi cuerpo no da ya más.

JOSÉ

Alejandro no dejaba de hablar del Emperador. Estaba fascinado con la figura de ese militar que encarnaba, según él, el más alto símbolo del espíritu. Napoleón solamente podía ser comprendido en el contexto de la historia, quizá como la manifestación misma de una voluntad suprahumana...

Simón no pudo ocultar una sonrisa burlesca. Aprovechando algún descuido de nuestro anfitrión, me dijo al oído:

—No cabe duda, José, Italia es el país de la hipérbole...

Nuestro anfitrión venía trabajando en un poema elegiaco. Distaba mucho de su terminación, pero ya podía recitarnos algunos versos; y en efecto, nos leyó unos de tan subido tono que Simón se sintió molesto: lo interrumpió para protestar, subrayando las pretensiones totalitarias de Bonaparte y los peligros de caer en situaciones más aberrantes que las que se pretendía combatir. Enfatizó el hecho de que las grandes figuras son, a veces, causantes de tal grado de violencia, de tal situación de injusticia, que su paso por el mundo es una tragedia para los pueblos que tienen que soportarlos. Todos los poetas alaban al poderoso... ¿quién se ocupa

del débil?

Soy consciente que Simón puso en estas palabras toda la fuerza de su reproche, arriesgando, quizá, la amistad con Alejandro, y dispuesto a salir del castillo Manzoni y continuar nuestro viaje. Su estado de ánimo no soportaba una palabra más de alabanza al Corso. Pero Alejandro no se sintió molesto; con toda calma respondió:

—El novelista.

Explicó que el novelista está llamado a cumplir un papel protagónico en las sociedades del futuro. Dijo que los géneros en la antigüedad habían sido la epopeya y la tragedia, la leyenda y el cuento; que el ensayo floreció en el siglo XVIII, pero que el XIX sería el de la novela. Esta llenaría los vacíos dejados por la historia; en ella cabía el destino de los humildes, olvidado siempre por los historiadores y por los poetas. Con la novela, el arte lograría un carácter popular, no ya para satisfacer el gusto estético de los diletantes, sino para iluminar la mente de todos. Habló de la novela histórica, género que creía que se encontraba inexplorado, y que servía para mejor representar la realidad en todos los niveles.

Nos llevó a su estudio privado, localizado a un lado de la biblioteca, en la otra parte del castillo. Para llegar a él era necesario pasar por galerías de salones de cuyas paredes colgaban un buen número de cuadros, tan oscurecidos por el polvo de los años, que era difícil decir qué o a quién representaban. Alejandro no nos había traído por esta parte del edificio, quizá porque aún no habíamos ganado del todo su confianza. Los libros se acumulaban en los anaqueles de la biblioteca, que cubrían las paredes hasta el techo. Había miles de ellos; en medio del salón, una gran mesa con volúmenes antiguos, algunos abiertos. Al lado, una pequeña sala iluminada: los rayos solares entraban por la ventana y lanzaban como un polvillo rojizo sobre los muebles. Afuera, un bello paisaje de praderas y jardines. Dentro, en un extremo, un escritorio grande, de caobo. Los papeles estaban organizados en arrumes cuidadosos. Sobre un atril, un libro: *El Quijote*. Me acerqué a mirarlo. Era una edición española de 1763, abierta en el comienzo del capítulo 37 de la primera parte. Me emocionó y hubiera querido hablar de Cervantes y también, por qué no, de Garcilaso, pero me contuve porque me di cuenta que Alejandro estaba a punto de descubrirnos algo íntimo. Nos señaló unas butacas de cuero y nos invitó a tomar asiento. Él lo hizo en su silla de trabajo, junto al escritorio.

—Ferno y Lucía es el título de esta novela que estoy escribiendo.

Su mano se posó sobre un legajo de papeles manuscritos, como acariciándolo.

—Es sobre la gente del común y transcurre en Lombardía, hacia

1630, época de la dominación española. Un prepotente, con ínfulas de nobleza, don Rodrigo, acecha a la bella Lucía y trata de impedir su matrimonio con Ferno, un simple del lugar. En vísperas de la boda intimida al cura, don Abbondio. Este cede y pospone la boda. Lucía se refugia en un convento y Ferno huye a Milán. Entre tanto, llega la peste y el pueblo sufre hambre, miseria, desolación. Enferman los protagonistas. ¿Qué mejor escenario para presentar los abusos del poder?, ¿la verdad sobre la vida del pueblo y de los débiles?

Alejandro se extendió en detalles. Algunos pasajes los había recogido de leyendas. Se había documentado en textos de la época... leyó trozos aquí y allá, párrafos moralistas, datos históricos, anécdotas, frases poéticas, observaciones psicológicas y sentencias. Había tomado la iniciativa en el diálogo y Simón y yo escuchábamos, en silencio, fascinados, la agudeza de su análisis y lo sensato de sus planteamientos. Del conjunto pude inferir una preocupación educativa y un apego, quizás excesivo, a la historia, pero, según pienso, de todos los incidentes de nuestra estadía en casa de Alejandro, este episodio fue el que más honda huella dejó en el espíritu de Simón.

EL AUTOR

Mi trabajo se ha limitado a transcribir los manuscritos, resumir divagaciones pródigas y verter el material al español. He respetado, hasta donde me fue posible, las notas marginales, que constituyen el grueso de las intervenciones en primera o segunda persona, transcritas bajo los titulillos de "Simón". Las interpreto como un diálogo perenne e inacabado de una conciencia consigo misma en el umbral de la muerte.

Carreño era un individuo fogoso; escribía y hablaba de manera torrentosa y, en las entrevistas, recreaba de memoria episodios ocurridos hacía 20 o más años, lapso en el cual la evolución de su pensamiento y el cúmulo de experiencias le habrían motivado múltiples perspectivas de análisis. Supongo que se sintió incómodo ante el rigor académico de Coburg y su secretario. Carreño, seguramente, estuvo más dado al desbordamiento verbal, al parafraseo de los textos que amaba y, en general, a la emoción y a la nostalgia, que a la objetividad y a la exactitud. He tenido la sospecha de que le atribuye a Bolívar, a otros personajes, o se atribuye a sí mismo, hechos o conceptos que solo vino a conocer después por noticias de prensa, lecturas, conversaciones y viajes, y que lo hizo con el único propósito de exaltar la imagen de Bolívar. Es evidente que deseaba demostrar su heroísmo y el mesianismo de

su obra. También, alejar cualquier sospecha de “relaciones íntimas” entre el maestro y el joven alumno, a pesar de los largos meses de convivencia. No deben olvidarse las consejas que circularon sobre Humboldt y Bonpland, las relaciones dudosas entre Esteban Palacios y Mallo, de las cuales había sido testigo en Madrid, ni el escándalo mayúsculo protagonizado por el Vizconde Castlereagh, predecesor de Canning en el Ministerio y convicto de homosexualismo. Castlereagh, acosado por el chantaje y las intrigas de figuras de prestigio de la corte, se suicidó en vísperas del congreso de Verona.

JOSÉ

Un par de días después, camino de Turín, viajábamos en una "vettura" alquilada. El día fue caluroso y ahora la brisa refrescaba. Bordeábamos un lago cuya superficie de espejo se teñía de arreboles; los ruiseñores en la arboleda se disponían a dormir. Hablábamos del hombre en su estado natural y de sus instintos de paz.

—¡La dominación española! ¿No se te hace un cuento conocido? El deseo de poder, ¿no es el origen de todos los males? La novela que escribe Manzoni contiene verdades universales; también en América cualquiera puede señalar situaciones parecidas: el español prepotente y lascivo que le causa sufrimiento a jóvenes inocentes.

—La historia de los novios es aleccionadora, no cabe duda, le contesté a mi compañero, pero si la comparamos con lo que sucede en Venezuela es clamorosamente ingenua. Lo único que tenemos en común es la dominación, pero yo pregunto: ¿si acabamos con ella, seremos felices? Lo dudo. Allá tenemos ingredientes que aquí ni siquiera se sueñan. Fíjate, Simón, la geografía. Nuestros valles y ríos y selvas y animales de ninguna manera equivalen al lugar ameno que estamos recorriendo. Cuando en el Orinoco llueve, llueve de verdad. Allá los insectos sí son insectos, sus serpientes parecerían aquí dragones. La naturaleza americana tiene más de demoníaca que de arcádica. Nuestra principal batalla es contra la naturaleza, pero no es la única batalla. Aquí no tienen, ni en sueños, el conflicto de razas nuestro. Si acabamos con el español, vendrán los enfrentamientos entre negros y blancos, llaneros y serranos. En Europa la guerra se hace para eliminar la preponderancia de una casta, que en el fondo tiene la misma cultura, la misma religión, las mismas tradiciones de las demás castas. Por eso, el que sube, ejemplo Napoleón, pronto imita los vicios de los que caen, y todo queda dentro de la misma cultura. La tarea política que nos espera tiene que ser la de encontrar equilibrios, amalgamar contrarios que hasta hoy han sido irreconciliables. Mejor dicho, tenemos que

empezar de cero. Sí, nuestro conflicto es más hondo que cualquier conflicto que puedan imaginarse los novelistas europeos.

SIMÓN

—La imposibilidad de lograr la victoria nunca me disuadió de la lucha. Me atraía tanto el fin como el camino. Me sentía un monstruo de energía y necesitaba una tarea monstruosa para expelerla.

—¿Y ahora?: sopor, abatimiento, poca tos; expectoración nula. Solo puedes pasar sagú con vino.

—La muerte, y sobre todo la violenta, ya sea que la reciba o la dé, siempre tuvo sentido para mí. Quien teme la muerte es esclavo de otro más poderoso. Yo, que dediqué mi existencia a la libertad, fui dejando en mi camino hordas de esclavos horrorizados de morir... Pero volvamos a lo fundamental: que sean quemados los papeles guardados en tres baúles en poder de Juan Pavajeau. Allí están las pruebas de la mala fe y la infamia de los que me han perseguido. Ordeno destruirlos para evitar su publicación, con la cual se causarían nuevos males a la patria.

—Y a Vargas Tejada, ¿qué le dirías?

—Pon cuidado: todo hombre es dos hombres y el verdadero es el otro. Cuando velo, el otro duerme. Cuando sufro el otro goza. Cuando lloro el otro ríe. Pero al morir nos unimos y seremos uno.

JOSÉ

Nos acercábamos a Turín. Recorríamos uno de los territorios más bellos de nuestro periplo. Viñedos, cerezales, sembrados de durazno, pera y manzana. Vimos huertos de melón de Castilla y de sandía, que nosotros llamamos patilla en América. Estas frutas son populares en el verano: bellas muchachas las ofrecen, ya tajadas. Las gentes las comen en la calle, de pie, con las manos.

Entramos por la puerta de Niza, pasamos por la elegante Piazza di San Carlo y nos hospedamos en la pensión Bona Fama, en una esquina de la inmensa Piazza Castel.

El Barón Franz Schönenberg, amigo de la familia Manzoni, era tan apasionado por el arte, que había adquirido un castillo en las afueras de Turín y lo usaba como centro de sus expediciones por Italia. Allí pasaba temporadas. Alejandro nos animó a visitarlo y nos dio una carta de presentación. Explicó que el Barón se interesaba por América y que le gustaría conocernos. Además, tenía una hija, Gerda. Al despedirnos, con un guiño le dijo a Simón:

—Visita a Schönenberg aunque sea solo para conocer a Gerda;

estoy seguro que no te defraudará.

Luego de recorrer la ciudad enviamos con el "vetturino" un recado al Barón, quien nos respondió con amabilidad y nos invitó a pasar algunos días en su compañía.

Llegamos al atardecer. La torre era visible desde lejos. Al acercarnos, las almenas y los baluartes nos causaron grata impresión y, al penetrar por las galerías, que no eran grandes, sentimos lo acogedor del ambiente. Nos esperaba el Barón, de alta estatura y facciones amables, de unos cincuenta y tres años de edad, quien de inmediato nos acompañó a unas habitaciones en el ala norte de su castillo, donde nos alojó. Disponíamos de un par de horas para descansar, pues hacia las ocho nos reuniríamos de nuevo en el comedor principal para la cena.

Simón ardía en deseos de conocer a Gerda. Esa noche vistió su uniforme de Cadete de los Llanos de Aragua. A la hora señalada, un criado vino en nuestra búsqueda y nos guió hasta el comedor. En estos primeros recorridos pudimos apreciar la riqueza y profusión de obras de arte que adornaban el castillo y, sobre todo, lo bien conservadas que se veían, en comparación, por ejemplo, con las que habíamos encontrado donde Manzoni. Las paredes del comedor estaban adornadas con incrustaciones de lapislázuli tan bien dispuestas, que el efecto era alucinante. Allí estaba Fanz sonriente, pero no vimos a su hija; pronto se inició el servicio y mi joven compañero sufrió una contrariedad: Gerda no asistiría, pues visitaba unas amigas en Turín. El Barón esperaba su regreso para el día siguiente.

A pesar de sufrir la gota, el Barón gustaba del buen vino y la buena comida. La cena fue magnífica y, por supuesto, hablamos de América. El Barón conocía antecedentes políticos tan antiguos como las revueltas de Tupac Amaruc y la provincia del Socorro. Quería saber detalles de los últimos desarrollos. ¿Qué ayuda prestaban las logias? Había conocido en la corte de Potsdam a Francisco Miranda a quien admiraba y de quien esperaba grandes acciones. ¿Eramos sus amigos?, ¿profesábamos sus mismos ideales? Nos puso al corriente de episodios de su vida relacionados con su carrera militar en el ejército español, la expedición al Caribe, su participación en la guerra de liberación de Estados Unidos, en la Revolución francesa, su ascenso a Mariscal de Campo; y luego, de sus viajes por Inglaterra, Holanda, Alemania, Grecia, Turquía, Prusia y Rusia. Muy pocos europeos podían mostrar un récord similar. Visitó el lugar de la batalla de Maratón, la cueva de Pausanias y fue propietario de una lujosa residencia en Atenas. Schönenberg lo envidiaba, porque visitar Grecia era su sueño dorado, y porque este no era fácil de realizar a causa de la ocupación otomana. Dijo que Miranda era una

persona excepcional: parecía dominar todos idiomas, poseer los secretos del arte, la política, la ciencia, la geografía, la tradición hermética. Era el defensor de causas novedosas: los derechos cívicos de la mujer, la abolición de la tortura en los juicios penales y luchaba contra lo inhumano de los regímenes carcelarios. Su fortuna parecía ser inagotable y poseía el secreto del amor, pues las más encopetadas caían en sus brazos. Sus relaciones con Catalina II, la Emperatriz de Rusia, ya eran legendarias: fueron fulminados por el amor a primera vista. La conoció en Kiev en la primavera de 1787, por intermedio del Príncipe Estanislao Poniatowski, sobrino del Rey de Polonia y amigo de Franz. Pero lo que más le llamaba la atención a Schönenberg era la pasión que demostraba el Mariscal al hablar de la libertad de los pueblos de la América del Sur. Recordaba una frase: "¿No es hora de hacer algo en América? Hay tres caminos: la intriga, la propaganda y la violencia. Elijo la última, y el medio será a través de un alzamiento campesino".

—¿Cuál es vuestra opinión?, ¿están los campesinos listos a luchar por su libertad?

En estas y otras consideraciones pasamos la velada. Uno de los encuentros memorables de Schönenberg y Miranda había tenido lugar en Sans Souci, quizás el conjunto arquitectónico, según sus palabras, más soberbio de Europa. A su lado, Versalles o Schönbrunn parecerían aldehuelas de campesinos. Sans Souci, dijo, es un parque de mil fanegadas que alberga decenas de palacios, monumentos, lagos, bosques, jardines, en las afueras de Potsdam, a orillas del río Havel. Miranda y Schönenberg caminaron por los jardines que rodean el palacio principal y, al caer la tarde, se detuvieron frente a un conjunto de doce piedras sobre la grama, que parecían simples pasos de un camino a medio construir. Una de ellas se distinguía por ser un poco más grande. Miranda se acercó y leyó: "Fredrich der Grosse". No había monumentos, ni cruces, ni epitafios, ni siquiera fechas. Solo la mención escueta del nombre. Recorrió las once piedras restantes y en cada una encontró un nombre. El Barón se mantuvo en silencio. Miranda caminó en redondo leyendo una y otra vez las inscripciones:

—¡No puede ser! ¿La tumba del Emperador?

En efecto, allí, en compañía de sus once perros favoritos, estaba enterrado Federico el Grande, quien había concebido Sans Souci como un lugar de retiro para sus reflexiones estéticas y filosóficas; ese emperador, protagonista de las guerras de sucesión de Austria y de la de los Siete Años, quien se había anexado Polonia y conquistado Silesia con el único fin de obtener mármol para sus palacios y quien había dedicado su vida a escribir tratados en favor del despotismo ilustrado.

Simón escuchaba encantado. Miranda habría dicho: "¡Qué contraste! Tanto brillo y tanto mármol, tanto poder y tanta gloria, tanta razón al servicio del absolutismo, ¿todo para terminar bajo una piedra burda, manchada por el moho?. Tal había sido su voluntad. Federico diseñó no solo los palacios sino también la tumba. Desde ella se apreciaba, de manera inigualable, la magnificencia del edificio central. Además, ¿no era suficiente ostentar el nombre de Fredrich der Grosse para que el mundo entero cayera de rodillas?

SIMÓN

—¿Qué más le dirías a Vargas Tejada?
—Unos versitos:

¡Cielos, qué escucho! ¡El hijo idolatrado!
que de orgullo y de gloria me llenaba,
destrozando en los campos de batalla
las huestes invasoras de la Patria:
cubriéndome hoy de afrenta y de ignominia
en ambicioso y en traidor se cambia.

El que este nombre tan glorioso infama
no es ya mi hijo, ni tuyo, es un aborto
de una tigre, engendrado allá en Hircania,
es un monstruo fatal que ha vomitado
del hondo Erebo la espantosa rabia.

JOSÉ

Otra noche conversábamos, después de la cena, en un salón de medianas proporciones, alumbrado solo con un candelabro de tres velas. Una de las paredes, como tantas otras del castillo, estaba adornada con un fresco cuyas figuras, a la primera impresión, me parecieron mitológicas. Solo días después se fue perfilando en mi conciencia la forma satánica trascendental que emanaba del fresco. El sitio era, quizás, un templo secreto. El barón, al guiarnos hacia ese rincón, no aludió a nada en especial. Le había solicitado a la servidumbre retirarse y él, personalmente, nos servía los licores. Por buen rato la charla fue ligera. Luego habló de logias y doctrinas secretas, de heráldica y alquimia, del tarot. Las velas se fueron apagando y hacia la media noche solo quedaba una encendida. Simón y yo cabeceábamos y cuando Franz lo notó, nos dijo que era hora de retirarnos, pero que antes quería que viéramos el repujado

de los muebles. Acercó la vela a una de las sillas y nos dimos cuenta que habíamos estado sentados en la rosa de los vientos y colocado el ojo del culo en el centro del universo. El espaldar representaba una nave con sus velas desplegadas. Al verla, Simón no pudo ocultar una expresión de zozobra. Por los bordes del grabado se apreciaban los 22 arcanos mayores y los 56 menores. El barón sugirió que al sentarse las personas al azar en una u otra silla, y las relaciones que se tendían entre ellos durante la velada, permitían leer, a quien poseyera el secreto de los signos, correlaciones entre el destino individual y la evolución del cosmos. No entró en explicaciones. Ya tendríamos ocasión de volver sobre el tema. No lo hicimos. Las veladas siguientes transcurrieron en otros salones. Quise preguntarle sobre los signos, pero se mostró esquivo. Traté de regresar, porque quería ver el fresco y el repujado de los muebles a la luz del día, pero parecía que el sitio había sido borrado del mapa del castillo; la servidumbre decía no conocerlo. He meditado, Sr. Coburg, sobre aquél asunto, y he llegado a creer que el barón nos condujo allí con el ánimo de avizorar el futuro. El misterio es aún más complejo: según pude colegir después, Simón, al mirar el espaldar de la silla en la que había estado sentado, asoció la nave allí representada con la que había visto en su pesadilla en el Ildefonso al pasar frente a las playas de Santa Marta, por la época de su primera navegación.

MARÍA TERESA

Martes, 1 de octubre.

Son las once de la mañana. Llueve; llovió toda la noche. Hace días casi no escampa. Las praderas están inundadas; ha muerto ganado. Simón salió temprano con el capataz Maraves y otros hombres; iban a visitar el hato de San Joaquín. Dizque allí hay represamientos de aguas y las pérdidas son mayores. ¿Qué necesidad tiene de irse por esos descampados de Dios bajo estos aguaceros?

Hipólita acaba de traerme una infusión. Dijo que era agua de menta. El pocillo está aquí, sobre la mesa, a poca distancia de mi nariz y el aroma llena la habitación. Y afuera, la lluvia. Hay un vapor de humedad en todas partes. Las sábanas no se secan y ahora huelen más que de costumbre. Y el cielo siempre gris.

SIMÓN

—Todas las cosas parecen tener un significado, menos los cadáveres.

—Si pretendes hacer ahora chistes, te equivocas: tengo el pulso deprimido, hablo y nadie me responde, ni siquiera los esclavos que siempre me rodean: ministros, generales, coroneles, edecanes, escribientes, ordenanzas, lacayos, sirvientes, meretrices, cocineros. Solo escucho la voz de mi conciencia: tú, que te empecinas en decir sandeces. ¿Seré ya cadáver?

—No, todavía. Pero, ¿te das cuenta? Esas listicas que te gusta repasar son residuo de tu propensión al poder. ¡Qué cosa horrible es haber sido el supremo! Y fíjate en la paradoja: sin ministros, generales, coroneles, edecanes, escribientes, ordenanzas, lacayos, sirvientes, meretrices, cocineros y demás especies, nada podías lograr. Los llamas "esclavos"; eran ellos los que te alimentaban, te custodiaban, te informaban, te complacían —inclusive en la hamaca —, te animaban, te escuchaban... se interponían entre tu persona y el mundo. Habías llegado a la triste condición de ser esclavo de tus esclavos. ¡O totiens servus!, ¡Oh, tú, aún más esclavo!. Ellos eran los dueños de las vituallas y de la manera de conseguirlas, de los sistemas de comunicación, de los armamentos y demás suministros, manejaban tus asuntos diarios, ponían en práctica o entorpecían tus decisiones. Cada uno, dentro de su ínfimo cargo, era un tirano.

—Son los mismos pequeños tiranos que ya, sin mi presencia, se están repartiendo el territorio, las migajas que quedan del poder. Y de paso, destruyendo mi obra.

—Todos creen buscar la libertad, igual que tú lo has hecho. Todos son prisioneros de ella, pero pocos se dan cuenta de que ella es solo un sueño.

—Sí, solo existe para ser soñada.

JOSÉ

El Barón Schönenberg poseía dos sedes: el gran castillo de sus antepasados en Brandenburgo, su tierra natal, en el que habitaba parte del año y donde tenía el grueso de sus colecciones artísticas, y el de Turín, que ahora visitábamos y que era una especie de estación de paso, desde donde organizaba recorridos por diversos lugares de Europa y en especial por Italia. En Turín recibía noticias de tesoros, ordenaba restauraciones, embalajes, proyectaba excavaciones. Durante nuestra visita nos condujo por las varias galerías y talleres y nos presentó a los artesanos italianos a su servicio. Poseía una interesante colección de monedas, excelentes cuadros de los mejores maestros, bocetos, bronces y piezas esculpidas en mármoles de alto valor, como el "giallo antico" y el

"verde antico", ya prácticamente inconseguibles en su estado bruto.Uno de sus cuadros, del pintor Rubens, nos llamó la atención: una mujer está siendo forzada por un sátiro; parece rechazarlo, pero cierta expresión de gozo la desmiente. En otro, apreciamos a Leda y el cisne; este la posee y ella se contuerce por esquivez o goce, escena que es un prodigio. En el comedor, frente a un patiecillo sembrado de rosales, tenía un grueso vidrio tallado con arabescos y con las firmas de personas ilustres que habían sido sus huéspedes. Allí le ordenó a uno de sus grabadores imprimir nuestras firmas, que estampamos primero en un pergamino para que le sirviera al artesano de modelo.

Pero no era un simple coleccionista. Durante los varios días que gozamos de su hospitalidad, nos habló de géneros, escuelas, épocas, tendencias y demás formas de clasificación. Conocía los nombres y distinguía las obras, el estilo, las técnicas de centenares de artistas de los siglos pasados. Leía sobre el tema lo que se publicaba y mantenía correspondencia con otros eruditos. Dos autores lo tenían fascinado por la época de nuestro encuentro: Winckelmann y Hemsterhuys. Del primero nos obsequió un ejemplar, en francés, de su *Historia del arte* y del segundo nos leyó y explicó pasajes de la *Carta sobre la escultura y sobre los deseos*. Schönenberg había desarrollado un sistema lógico sobre la representación literaria de las artes, que denominaba "ekfrasis" y sobre el cual se proponía escribir un libro. Se había inspirado en las teorías de Lessing y en su famosa polémica con Winckelmann respecto a la interpretación del Laoconte, estatua de la cual poseía un ejemplar. Nos demostró, con gran lucidez, los argumentos de Lessing para sustentar su idea de que la escultura como género representa el espacio y sugiere el movimiento, mientras que la literatura representa el movimiento y sugiere el espacio.

Pasando a otro asunto, Sr. Coburg, el Barón contó una anécdota que me parece de interés por el contexto que agrega a las circunstancias de nuestro viaje. Había sucedido en su castillo de Brandenburgo. Se trataba de un robo de joyas en tan extrañas circunstancias que aún era motivo de comentarios. Poco después de la noche de navidad pasaron por la región unos gitanos. Dos mujeres andrajosas se acercaron y se ofrecieron para leer la fortuna. Cuando las vieron ya habían entrado hasta el patio principal. De inmediato fueron expulsadas. Nevó copiosamente. Hacia la media noche un guardia escuchó un silbido; no se repitió y lo atribuyó al viento. A la mañana siguiente apareció un rastro en la nieve, que iba desde el muro exterior hasta la fachada principal. Las huellas parecían de dos personas, aunque alguno conjeturó que se trataba de un animal. Solo tres días más tarde se descubrió el robo en una

habitación del tercer piso, que daba al patio. El Barón, después de indagar, concluyó que los gitanos habían sido los autores. Las mujeres que visitaron el castillo pudieron, de una sola mirada, establecer alturas, distancias, rutas para escalar los muros, con una sagacidad desconcertante. Uno de los albañiles señaló una gárgola tan prominente y tan estratégicamente localizada, que un buen tirador de soga había podido utilizarla para escalar.

¿Fueron las mujeres las autoras? La fachada perpendicular, la altura y la gárgola como único apoyo exigían la intervención de un experto maromero... y todo por una pared congelada en medio de la oscuridad. ¿Por qué no ladraron los perros? En todo caso, los gitanos desaparecieron de la región y las joyas de su cofre.

SIMÓN

—Prisionero de los afanes de mi propio pasado, impedido para la comprensión esencial de lo que soy, como uno que duerme, me aferro al impulso de seguir soñando el mismo sueño humano, dolorido o dichoso, por su deslumbrante contingencia...

JOSÉ

Mientras yo me dedicaba al arte y a atender las charlas interminables del Barón, Simón y Gerda se entretenían en cabalgatas y coloquios. Simpatizaron desde el primer momento, lo que parecía complacer al Barón. La muchacha era, en verdad, encantadora. Había sido pretendida por Alejandro, pero el temperamento sombrío del poeta, su poco interés por los juegos al aire libre y por los caballos no dejó prosperar entre ellos más que una respetuosa y ocasional amistad. Simón, por el contrario, recibió el asombro de la joven cuando demostró su dominio del arte de la equitación. Cabalgó los especímenes más briosos de la caballería de su padre y le enseñó a la muchacha dos o tres trucos llaneros que a ella la llenaron de alegría.

Pero debíamos continuar nuestro periplo. La tarde anterior a nuestra partida, Simón y Gerda tardaron más de lo acostumbrado. Habían salido hacia un lago del sector oriental de Turín. A las cinco cayó un chaparrón. Cuando llegaron ya era noche; la muchacha no acudió al comedor. Su camarera la excusó afirmando que tenía un leve resfriado. El Barón nos atendió con suntuosidad de carnes y verduras. A propósito, los vinos de su bodega tenían un lejano sabor de agraz, como no he vuelto a catar desde entonces. Nos despedimos. A la mañana siguiente la "vettura" de alquiler nos conduciría hacia Venecia.

Simón y yo dormíamos en habitaciones contiguas, cada una provista de chimenea. Un lacayo nos acompañó, y, como de costumbre, encendió una antorcha junto a la escalera y luego las chimeneas en cada habitación. Nos proveía, además, de velones y despabiladora. Conversé con Simón en el corredor mientras el lacayo terminaba sus labores; luego nos dimos las buenas noches. Pasé a mi cama que tenía, en cambio de cortinas, un mosquitero de argollas en una varilla de metal que, al correrse, producían un sonido inconfundible.

Yo quería dormirme al punto para hacer acopio de energía; sin embargo, permanecí un tiempo despierto. En algún momento me venció el sueño, más tarde desperté sobresaltado: alguien había descorrido con brusquedad el mosquitero. Pero no era el mío, porque a la lumbre de mi chimenea, que estaba por concluir, pude apreciar que este continuaba en su lugar. ¿Qué había originado el ruido? Sentí entreabrirse y cerrarse una puerta; salí a tientas al pasillo. Allí comprendí: había sido en el cuarto de Simón. Me acerqué: entonces escuché la voz y los suspiros apasionados de Gerda.

EL AUTOR

Los documentos que consulté están foliados, envueltos en papel grueso, cinteados y marcados con rojo con el número 13216, en la sección B del salón "Reserved Archives" de la biblioteca Bodleiana. Agradezco a Mrs. Constance Moore, bibliotecaria jefe de esa institución, su guía para localizarlos y su autorización para trabajar con ellos a mis anchas durante mis visitas en el verano de 1995. Debo declarar que la pista que me llevó a Oxford la encontré en una hoja manuscrita por Carreño, en la que anotó el valor del dinero recibido de Coburg y algunos gastos de viaje. Este papel, que a primera vista carece de importancia, está entre los documentos aún no clasificados del Fondo Pineda de la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá.

SIMÓN

—En las batallas todo era claro: asediábamos al enemigo, adosábamos escaleras a las barricadas, nos protegíamos de la artillería. Trepábamos a las cimas o descendíamos a los valles y ocupábamos el territorio. Triunfábamos y con cada triunfo se fortalecía la patria...

—Te engañas. Lo que estaba claro era que se hundía, senil e impotente, el gran organismo del imperio español.

—No me humilles. Los guerreros pagamos nuestra cuota. Fueron los ministros los que nunca pudieron articular un nuevo organismo que sustituyera al del imperio.

—Durante el imperio había respuestas, aún antes de que las preguntas fuesen formuladas. Con tu república solo hay preguntas sin respuesta.

—Por eso, como última solución, pensé en la dictadura.

—También te engañas. ¿Era el momento? Estabas sumido en el océano de las contradicciones, vagabas perdido por el negro laberinto. Como apoyo invocaste la religión —¡tú, que siempre la combatiste!—. Optaste por "leyes menos complicadas y más seguras y eficaces", por "un orden fuerte y estable". Tuviste la desfachatez de citar a Napoleón. Te propusiste volver a comenzar una tarea de unión bajo tu mando. Ahora ibas a ser fuerte y decidido...

—Eres duro en juzgarme. Sentía que ciertos sectores querían la dictadura. Me pareció que era un sacrificio más que debía hacer por la patria.

—Ahí estuvo el engaño: habías perdido contacto con el pueblo. En la campaña de Venezuela, en la de la Nueva Granada, inclusive en la parte inicial de la del Sur, la lucha tenía sentido, los caminos estaban escritos en el mapa del firmamento y entre el pueblo y tu propio ser había unidad. Tú eras parte —la más importante, sin duda— de una totalidad que se movía en busca de su propio destino. En cierto momento se rompió la unidad. En los corazones anidó la lumbre mezquina del interés particular.

—Cierto. El mapa que yo quise dibujar en el firmamento fue echado a la hoguera de las pasiones... mas, ¿cómo parar este maldito hipo?

—Hay que llamar a Reverend. Estás con el mismo desvarío. No esputas casi nada...

JOSÉ

En Venecia hicimos lo que hacen todos los visitantes: admiramos el flujo lento de las aguas del Canale Frescada, los "palazzi" antiguos alineados a las orillas del Canale Grande, respiramos el aire sosegado del Campo Margherita, paseamos, de noche, en góndola, al ritmo de bellas canciones de artistas ambulantes, cuyas embarcaciones se unían a la nuestra en los trayectos. Nos proveímos de buen tinto y vagamos por los callejones oscuros, que albergan el alma milenaria de la ciudad. Espiamos el moho que carcome los alféizares, cenefas, muros, dinteles y cornisas y que amenazan hundir en los fangales esa joya de ciudad. Cruzamos el Ponte Scalzi, el Rialto, el Accademia, el Sospiri. Y, por supuesto, escuchamos el

concierto sabatino de la banda municipal de Venecia en la Piazza di San Marco. ¿Cómo no recordar el vitral que representa "El baile de Salomé" en la Basílica?, ¿los frescos y óleos del Palazzo Ducale? ¿los "spaghetti alle vongole" y la "zuppa de pesce" del Ristorante Peoceto Risorto en la calle della Donzella?

Estábamos hospedados en el Palazzo Ca'D'oro, en el sector de Cannaregio, a la orilla del Canale Grande. Es uno de los palazzi patricios mejor conservados, según nos habían dicho, aunque después descubrí que la conservación se limita a la fachada y a los dos primeros pisos. Su interior está decorado con esculturas, muebles, tapetes, bronces y mármoles. A la entrada, uno se encuentra un inmenso San Sebastiano de Mantegna y en el comedor, una Venus de Ticiano. El Palazzo posee también Tintorettos, Carpaccios y Giorgiones.

Simón y yo solíamos recorrer la ciudad. Toma una hora cruzarla a pie, en cualquier dirección. Visitamos el embarcadero de los Incurables, cuyo nombre se refiere a las pestes que de tanto en tanto la asolan y, a veces, reducen su población a la mitad. Abundan los edificios ruinosos, enormes y sombríos, que utilizan para las cuarentenas. En el puerto había barquitos, de esos que llaman "peota", preferidos por los nautas del Adriático. Quisimos visitar el arsenal, guardado por dos estatuas griegas que representan leones. En su interior funden piezas de artillería, armamento de varias clases, anclas y otros elementos navales. Se dice que la armería contiene material suficiente para organizar un ejército de treinta mil hombres. Simón quería ver este poderío, pero fueron inútiles los esfuerzos, pues no traíamos cartas de presentación. Tuvimos mejor suerte en las fundiciones de vidrio, las fábricas de espejos y los talleres de murano. Al calentar el sol nos deteníamos en alguna "botillería" para probar, por unos cuantos cequines, deliciosos helados venecianos: a mí me encanta el de marrasquino y a Simón el de cereza. Otras veces tomábamos sorbete de naranja, durazno o pera, con abundante hielo. Muchos creen que los refrescos y los helados son perjudiciales para la salud, por fríos. Yo disiento de esta creencia.

En esta ciudad, en el sitio menos pensado, se levanta un vientecillo que viene de no sé dónde y trae olores fétidos. A veces la ciudad huele a mierda. En parte se debe a la existencia de sanitarios públicos en las orillas de los canales, donde las gentes hacen sus necesidades sin ningún recato. Pero también vienen otros olores: de algas en descomposición, de fangos milenarios, de podredumbre acumulada.

En San Marcos, en el palacio ducal y en el Rialto, encontrábamos damas con quienes queríamos hacer amistad, pero

casi no había ninguna que no tuviese su "cicisbeo". Es una costumbre que habíamos observado en otros lugares, pero que en Venecia nos pareció más acentuada: Toda mujer, y en especial la casada, gusta de mostrarse en público en compañía de un caballero que no es su esposo, a veces más joven que ella. No hay recelo: el cicisbeo y el esposo se tratan como hermanos cuando se cruzan en la calle y la esposa y la amante se abrazan con muestras de cariño en el mercado o en el altozano de la iglesia.

Poco después de nuestra llegada conocimos a un rico armador turco que se hospedaba en nuestro hotel y cuyo navío estaba al pairo en la Laguna Véneta: Rafael Hythlodaeus. Explotaba con beneficio las rutas del Adriático y del mar de Creta, hasta Nicosia y Egipto. De alta estatura, el rostro siempre sonriente, llevaba con orgullo un enorme sombrero de tres picos, adornado con una pluma negra. En Venecia se interesaba por el comercio del cristal de murano. Al saber nuestro origen nos dijo, con un tono que en ese momento interpreté como irónico, que América pronto iba a ser el centro del mundo, y nos interrogó sobre las posibilidades de comercio en el Caribe y sobre nuestras experiencias de viaje por las Antillas, pues proyectaba visitar aquellos lugares. Su sueño era establecer una ruta entre el Medio Oriente y la América del Sur. ¡Lástima los monopolios que ejercían españoles, portugueses e ingleses! Pero las cosas iban a cambiar... entonces nos habló de lo que ya todos conocían: la inminente caída del imperio español, el auge de Francia, la libertad de rutas que pregonaba el liberalismo económico. ¿Cuándo regresábamos a Venezuela? ¿Estábamos interesados en servirle de agentes de comercio si cambiaba la actual situación?

Una tarde lo acompañamos a la vieja capitanía del puerto. Al llegar al salón que sirve de entrada, nuestro amigo se fue hacia las oficinas para llevar a cabo alguna gestión, mientras Simón y yo quedábamos boquiabiertos ante un inmenso atlas. ¡Qué atlas! En París habíamos analizado representaciones del globo, de los continentes y los países. En la Academia de ciencias de aquella ciudad tienen una sección cartográfica y allí vimos una copia del "Theatrum orbis terrarum" del holandés Ortelius, quien había sido cartógrafo mayor de los reyes de España. En él, los territorios son manchas amorfas, decoradas con animales fantásticos o querubines, todo producto más de la fantasía que de la ciencia. Solo el Paraíso Terrenal parece estar ubicado en el lugar exacto. Habíamos buscado otros mapas, siempre obsesionados por conocer la ubicación y el tamaño real de nuestro país, pero, por lo visto, la ciencia de la cartografía aún no ha entrado en una etapa de desarrollo comparable con la de otras ciencias. Esperan las noticias y

mediciones de viajeros como Humboldt, y los contornos cambian con frecuencia. Aún en los más recientes, Venezuela, la Nueva Granada y el Caribe aparecen sin forma definida. Por ejemplo, en el mapa "Partie Occidentale de la Terre Ferme" de Sir Robert de Vaugondy, se representa por provincias el territorio de Panamá hasta la Guinea. Allí, el Río de la Hacha y el golfo de Coquivacoa aparecen más cercanos a Cartagena de Indias que a La Guaira, lo que contradecía nuestra propia experiencia de viaje. Las cartas al uso señalan sitios específicos: un golfo, la desembocadura de un río, una ciudad, pero ninguna revela una totalidad armónica que le dé sentido a cada una de las partes.

Lo que se presentaba a nuestra vista era otra cosa. Dibujada sobre una extensa pared estaba la superficie de la tierra, de manera sistemática. Siguiendo el viejo principio de Mercator, la esfera terrestre había sido convertida en cilindro, dejando abiertas las regiones de los polos y, luego, el cilindro en superficie plana. Las líneas este-oeste, norte-sur, estaban representadas con claridad, aunque subsistían deformaciones en los márgenes. Tales deformaciones, propias de este sistema, explican por qué Groelandia aparece tan grande, comparada, por ejemplo, con Venezuela, que por estar cerca de la línea ecuatorial, se ve pequeña. Así, un territorio situado a 80 grados de latitud, se ve con una superficie 36 veces mayor que la verdadera. Los países tropicales queden visiblemente minimizados.

¿Cuál era, pues, la novedad? ¿Por qué nos entusiasmamos en aquella vieja capitanía de puerto?

En los mapas más antiguos, incluyendo el de Mercator, el corte vertical pasa por Jerusalén. Con el tiempo, tal corte se ha movido hacia la izquierda, primero a Roma, luego a Londres y París, es decir, al sitio que los europeos señalen como centro del universo. El cartógrafo que trazó el atlas de Venecia, cuyo nombre desconozco, había desplazado tal vertical aún más hacia el oeste. América ya no era un territorio marginal; era, virtualmente, el centro mismo de la representación. El simple desplazamiento de una línea produjo en nosotros un efecto catártico, una anagnórisis que, sin duda, habría de tener consecuencias en el destino de Simón.

El mapa político del mundo está en transformación. No así el mapa físico. América del norte aparece como un inmenso territorio, mucho más extenso, inclusive, que Europa. Se agiganta por estar distante del trópico y comporta un problema que nos pareció insalvable: ¿Cómo conservarlo unido políticamente sin medios expeditos de comunicación? El globo aerostático hacía furor por aquellos años en París, pero como solución política me pareció ridículo. La única forma sería, quizá, otorgarle a los distritos lejanos

una autonomía absoluta. Más que un país, el proyecto tenía que concebirse como una asociación de países. En cambio, la América del sur era otra cosa. Simón se expresó con entusiasmo. Si corregimos mentalmente las distorsiones, la primera conclusión es que Venezuela, la Nueva Granada, Centro América, el Caribe y las tierras al sur de la línea ecuatorial sobre el Pacífico configuran una extensión igual o mayor que la de Estados Unidos. Recordó que después de la visita a México con Azpeitia, habíamos soñado con que esta ciudad fuese el sitio para establecer la capital del nuevo país que surgiría de las ruinas de la dominación española. Ahora, frente al atlas de Venecia, tal idea nos pareció absurda: una capital no puede estar a 80 leguas del puerto marítimo más cercano. La localización era otra: Panamá. El Istmo es el centro de una inmensa estrella, cuyas puntas están en Guayana y en la desembocadura del Amazonas, en el alto Perú, en Chile y la Tierra del Fuego, en México y la Florida, en el Caribe. Panamá es el ombligo de un territorio inmenso cuya unidad está dada de antemano por la posibilidad del transporte marítimo, posibilidad que falta en Estados Unidos. El desarrollo de esta forma de transporte marcha, a no dudarlo, a un ritmo más veloz que el de vuelo en globo... pero había algo más desconcertante: Panamá es el centro de una estrella aún más grande. ¡Es el cruce de todas las rutas! El aforismo de que todos los caminos llevan a Roma es una farsa: ¡Llevan a Panamá! Los americanos del norte tendrán que servirse del Istmo para pasar de la costa este a la del oeste de su propio territorio. ¿Cómo, hasta ahora, a nadie se le había ocurrido fundar en Panamá la capital de América? Este lugar tenía una superioridad estratégica que no igualaba ningún otro de Europa ni de la América del norte...

MARÍA TERESA

Viernes, 4 de octubre.

Anoche soñé que estaba frente al espejo: vi mi rostro pálido, mis ojos negros, grandes y profundos, muy tristes. A mi alrededor, un silencio y una oscuridad densa. Solo se iluminaba el espejo en el sitio de los ojos, que brillaban de manera extraña. Al despertar, la imagen seguía grabada en mi memoria. Corrí al espejo y, en efecto, me sorprendió mi palidez. Por un segundo pensé en la muerte y estuve a punto de deprimirme, pero escuché los pájaros cantar en el jardín. En algún punto mugen los terneros; es hora del ordeño. Entonces pensé en Simón y me alegré.

SIMÓN

—El mapa alimentó la utopía y parecía ilimitado; no señalaba límites sino caminos, lugares ajenos. Allí los americanos iríamos a ser "otros", tan importantes como los "unos" europeos.

—¿Por qué la utopía se vislumbra siempre en un mapa?

—No siempre; a veces también en una narración. Pero ante un mapa hablamos de norte, distancia, velocidad, tiempo. De repente, esas nociones adquieren sentido y exigen hechos. Ya no son especulaciones sino necesidades de la hora.

—¿Y cómo cruzar la frontera entre la ficción geográfica y la realidad política?

—No hay diferencia. Carreño me dijo que el mapa político estaba en permanente evolución... "no así el mapa físico". Pero, ¿no se trata de un único mapa? ¿Qué es un mapa físico sin una concepción política?

—Solo desierto.

—Desierto que se convierte en utopía cuando se le agrega el aspecto político...

—¿Dónde fundar, entonces, la Civitas Amaurotum?, la capital de la utopía?

—¡En Panamá, por supuesto!. La cosa se enredó con el maldito congreso anfictiónico.

JOSÉ

En esta ciudad las campanas tañen de manera especial los domingos, sobre todo durante el verano. La luz inundaba el cuarto y desde la ventana veía el viejo canal y los palacetes bajo el sol. Me bañé el rostro y los brazos en agua fresca de una vasija que tenía junto a la cama. La noche anterior habíamos recorrido las tabernas del puerto buscando muchachas que fueran de nuestro agrado y ahora Simón dormía a pierna suelta en la habitación vecina. Salí a caminar.

El patio estaba desierto por lo temprano de la hora. En una de sus esquinas me llamó la atención una puerta entreabierta en la que no había reparado hasta entonces: allí comenzaba una escalera que parecía remontarse hasta los pisos superiores. Desvencijada y crujiente, olía mal; me aventuré a subir, porque me hacía la ilusión de contemplar la ciudad desde la azotea, bajo el sol de la mañana. Arriba me encontré en un salón penumbroso; unos pocos rayos de luz se colaban por una ventana podrida. Al mirar hacia afuera vi las palomas revolotear sobre los techos y las cúpulas, pero parte del encanto se perdía por los muros carcomidos de otros edificios que recortaban el horizonte. Luego, cuando mis ojos se acostumbraron a

la semioscuridad interior, se abrió ante mí un panorama mucho más sugerente y dramático: las paredes estaban cubiertas por lienzos y frescos que representan, hasta donde era posible apreciar, escenas de esplendor de otras vidas y otras épocas. No sé que oscuros pensamientos cruzaron por la mente. Duelos de amor, batallas, intrigas cortesanas, sepulcros floridos. Todo el abismo del pasado y el vértigo de las edades superpuestas. Continué mi exploración: una galería de habitaciones en ruina, cortinajes en hilachas aún cubriendo las ventanas, arañas de murano como ahorcados colgando de los techos, espejos turbios sin reflejo, muebles como huesos arrumados, basura: formas no identificables, como el tesoro de un naufragio antiguo, ahora cubierto por los corales y las algas.

MARÍA TERESA

Sábado, 5 de octubre.

Hoy me vino un recuerdo que me ha perseguido desde la mañana: el salón principal de la casa de Ustáriz en Madrid, a donde solía ir con mi padre a reunirme con Simón. Inmenso. Cubierto de gobelinos y lienzos apagados. Las cornisas y los rincones lóbregos, a pesar de la luminaria de los candelabros y las lengüetas de fuego de las chimeneas. En el recuerdo veo varios grupos. Unos hablan de política, otros juegan al ajedrez o a las cartas; Simón y yo, en el canapé de la entrada. Pasan los criados con licores y bocadillos. Es el atardecer y afuera cae una llovizna menuda de finales de invierno. Simón se ha quedado mirándome. Siento sobre mí la luz que sale de sus pupilas; me entra, me traspasa. Quiero sostenerle la mirada, pero me turbo y no acierto a continuar con la charla. Enmudezco.

—María Teresa: usted sabe cuánto la amo. He decidido solicitarle a su padre autorización para casarnos, pero antes quisiera conocer su opinión.

En ese momento fui el ser más feliz de la creación. ¿Podré ahora decir lo mismo?

SIMÓN

—Aparecieron tribus que no figuraban en ningún registro, derroteros que no estaban escritos en ninguna constelación. Nuevos directores que no participaron en ningún congreso, en ninguna batalla, en ningún ejército. ¿Dónde están los héroes que al pasar por el crisol de la muerte renacerán refulgentes en el seno de la comunidad?

—Si te refieres al héroe antiguo que moría al concluir su obra y luego era venerado por los suyos como un dios, te engañas. El moderno no termina su obra, su victoria no es total.

—Quizá tengas razón: Se me acaba el tiempo y no he concluido. Y sin concluir no habrá veneración.

—No es cuestión de tiempo. La lucha mayor no se lleva a cabo en el campo de batalla. Podrías guerrear por siglos pero ya no estás en sintonía con el mundo. Pronto serás un desecho del que todos querrán desprenderse. Restan pocas fuerzas, que debes usar, no para luchar contra lo que ya no es posible sino para arreglar tus últimos asuntos. ¿No le debes a Fanny de Villars una explicación?

—¡Fanny!!, ¡Dios Mío!... me la mencionas y siento como si una sábana de seda se deslizara sobre mi piel desnuda... llama a Fernando que quiero escribirle... ¿te extraña que piense en ti, estando yo al borde del sepulcro? Ha llegado la última aurora; tengo al frente el mar Caribe, azul y plata, agitado como mi alma por grandes tempestades; a mi espalda se alza el macizo gigantesco de la Sierra con sus viejos picos coronados de nieve impoluta, como nuestros sueños de 1805. Por sobre mí, el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz... y tú estás conmigo porque todos me abandonan; estás conmigo en los postreros latidos de la vida, en las últimas fulguraciones de la conciencia... Espera; tráeme un espejo.

—Y ¿para qué quieres un espejo?

—Tráelo. Sí, ese, el veneciano. No importa que sea viejo ni que esté embotado. Me gusta su forma rectangular, su delicado marco dorado, adornado de guirnaldas. Debe haber visto muchos rostros.

—Al mirarte ni te distingues. Por ser tan usado ha perdido la capacidad de reflejar la identidad.

—Lo que en él rebota es anónimo: tengo los ojos apagados, la lengua seca, blanquísima, las arrugas más hondas, el pelo más blanco.

—La mano te tiembla. Las fuerzas vitales te abandonan.

—Sin embargo, Reverend continúa a mi lado. Con su ayuda terminaré esta carta... remedios pectorales, unturas anodinas, vejigatorios, sinapismos, refrescos en la cabeza y frotaciones espirituosas en los extremos...

JOSÉ

El atlas marcó nuestras conversaciones: en el Istmo era posible abrir un canal que uniera los dos océanos y, junto a él, construir bodegas, fábricas. Se recibirían productos de muchos territorios para trasformarlos y reembarcarlos con destino a todos los

continentes. Solo se requería el empujón al español y el liderazgo que uniera intereses regionales en una sola empresa de fundación. Venecia fue el escenario que le dio impulso a tales sueños. La ciudad había sido también cruce de caminos; su poderío fue posible por la localización estratégica: vía hacia el norte y el este de Europa, principio y fin de las líneas de navegación del Adriático y el Mediterráneo ... sin embargo, ¡qué pobre localización geográfica la de Venecia comparada con la de Panamá! Sobre todo ahora, que el avance técnico permitía mejoras inimaginables en la navegación. Solo aquél atlas podía señalarnos tantas oportunidades.

Rafael Hythlodaeus: perdí las señas de tu sede. Aún recuerdo el sombrero de tres picos con su pluma negra y el gesto elegante que usabas para saludar con él. Ni Simón ni yo tomamos en serio la oferta para servirte de agentes de comercio. Pero ahora, después de los años, tu recuerdo está vivo en mi memoria. A través del pensamiento quiero enviarte un mensaje de simpatía, por tu ayuda para hallar nuestro lugar en el mapa del mundo. Una vez encontrado, fue fácil dibujar el camino de la libertad.

EL AUTOR

El diario de María Teresa Rodríguez del Toro reposa en la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá, en los legados que el Coronel Anselmo Pineda Gómez y sus sucesores, le han hecho a esa institución. No parece que a la fecha haya sido identificado por los investigadores y ni siquiera por los empleados de la biblioteca, pues aún no aparece en los catálogos. Lo ofrezco, pues, al lector, como una verdadera primicia.

SIMÓN

—Comprendí que la paz, que es bella, solo trae afeminamiento.

—Bella pero transitoria como el cuerpo de la madre.

—Yo debía seguir mi viaje hacia lo alto. Así me lo exigía la ley sublime, la ley de la libertad.

—Fue cuando te decidiste por la carrera de las armas. Abandonaste el calor del cuerpo materno, que es el mismo calor de lo bello y de la poesía.

—El camino de Venecia a Ayacucho quedó despejado.

—Fue Páez el primero en dudar. Dudó de ti, de tu misión, del organismo que estábamos construyendo. Y la duda es contagiosa. Desde entonces. La duda mató la ilusión y se destaparon los odios.

—Se puso en movimiento el mecanismo del sálvese quien pueda; quisieron regresar a lo íntimo del refugio femenil, desoyendo la ley

de la razón. La armonía de las esferas quedó rota para siempre.

—Por eso eres ahora solo un ruido suelto y prescindible: tienes hipo y los gases pujan por salir por tu ano. La cabeza calurosa, frío en los pies. El pecho no se afloja y los orines son pocos...

JOSÉ

Corría el mes de agosto. El día era soleado, el paisaje monótono. El ambiente estaba impregnado de un olor vago a cebolla, tomate y ajo. Nos alejábamos de Florencia por el camino hacia Roma en una "vettura" más veloz y elegante que las que habíamos usado en los trayectos anteriores. Yo me habría sentido satisfecho en la "cambiatura", que es un sistema más barato, equivalente al de la posta en Francia, pero ahora Simón, quien nunca reparaba en gastos, estaba afanado por llegar a Roma.

Simón se mostraba especialmente taciturno. Parecía dormir. Yo mismo me sentía cansado. La estadía en la ciudad, aunque corta, había sido intensa. Al llegar a Florencia, en casa de un librero, encontré la afamada guía de Giuseppe Bianchi, *Ragguaglio delle Antichitá e Raritá chesi conservano nella Gallería Mediceo Imperiale de Firenze*, que nos fue de utilidad. Visitamos la biblioteca Mediceo Laurenziana que contiene siete mil manuscritos antiguos. Esta fue una de las experiencias más destacables del viaje. Vimos los escritos de Maquiavelo, en letra muy bella de su propio puño, los de Petrarca, Ariosto y Tasso y un ejemplar del famoso *Corpus Hippocraticum*. Muchos de estos libros tienen empastes de cuero y oro y los cuidan como reliquias. Había una *Eneida* del siglo V, en pergamino, anotada por un cónsul romano. La abrí al azar y recité y traduje para Simón algunos versos del libro IV, los cuales, a causa de los hechos que sucedieron posteriormente, y que a su tiempo será menester referir, vale la pena consignar aquí:

Huc ubi delatus Cumaeam accesseris urbem
Divinosque lacus et Averna sonantia silvis,
Insanam vatem adspicies, quae rupe sub ima
Fata canit, foliisque notas et nomina mandat.

Se refiere al consejo que Heleno Priámida le da a Eneas antes de su llegada a Cartago. Le insinúa dirigirse a Cumas, donde habita la sibila que canta a los hados y vive bajo una roca. Ella le expondrá las cosas por venir. El último verso me llamó la atención: "Señales y nombres que envía a las hojas", que interpreto como que la adivina poseía el don de la escritura.

Visitamos, también, el Palazzo Vecchio, el Bautisterio, la capilla

de los Médici, el Palazzo degli Uffizi, el Ponte Vecchio. Caminamos por las orillas del Arno, sembradas de viñedos. El sitio sería paradisíaco si las aguas del río fuesen cristalinas; son, por desgracia, fangosas. La ciudad posee plazas, palacios, fuentes, puentes, estatuas, arcadas. Un inmenso Príapo antiguo, de tres pies de altura, está colocado sobre las robustas piernas de un león. En cada esquina nos parecía ver los fantasmas de Dante, Miguel Angel, Galileo Galilei, Savonarola, Giotto, Rubens, Ticiano.

Algunas iglesias son magníficas y están adornadas con mármoles finos, como el jaspe y el verde antiguo; en otras abundan las imágenes de bulto de santos afligidos y deformes. Las ceremonias religiosas son concurridas y en ellas pudimos apreciar la belleza de las florentinas. Acudimos a la Santa Croce, cuya fachada negra y blanca, de extrema fealdad, se alza en una plaza polvorienta. La nave, a la primera impresión, luce desmantelada; su piso cubierto con lápidas hasta el crucero. Allí vimos un monumento a Maquiavelo que algunos fieles confundían con el de un santo, pues tocaban la piedra o la besaban, en señal de devoción. Al salir de la iglesia nos acercamos a un corrillo y nos topamos con una de las curiosidades de la Toscana: el "improvisatore", que compone y recita sobre cualquier tema. Luego, en el taller de artesanías anexo a la iglesia, compré esta réplica del cristo bizantino que adorna la nave central y que, aunque no soy creyente, llevo conmigo: me sirve de amuleto.

En ocasiones, más que estudiar frescos y pinturas famosas, me detenía a interpretar los letreros que uno encuentra en iglesias, cantinas, burdeles, sanitarios públicos, muros exteriores. En las iglesias prohiben a las gentes escupir en el recinto y llevar perros. Los fieles dejan registro de curaciones milagrosas, conflictos familiares resueltos, visiones sobrenaturales. En un burdel encontré un antiguo poema goliárdico en latín dedicado a la virgen María y, a su lado, la prohibición de usar datura estramonio y polvo de cantárida o mosca española, sustancias que estimulan el goce venéreo. Los copiaba en mi libreta con el objeto de clasificarlos y estudiarlos. Estos escritos, Sr. Coburg, son una cantera de sabiduría que, según creo, nadie se ha detenido a considerar.

En Florencia el sexo es bello y abundante. Insistimos en su búsqueda y acudimos a una de las puertas de la ciudad, famosa porque en las tardes del verano, cuando comienza la brisa, allí van estacionándose los coches. Las damas permanecen en los carruajes y los "cicisbei", con los pies sobre los estribos, las entretienen con sus charlas ligeras. Como las muchachas del burdel no nos parecieron tan distinguidas como lo habíamos deseado, acudimos a la puerta con la esperanza de ligar un par, pero el chichisbeo es tan intenso

que pocas oportunidades nos dejaban a nosotros, extranjeros, que no teníamos vínculos locales ni manejábamos la "lingua toscana" con soltura. La última tarde la suerte nos sonrió: cazamos dos jóvenes apuestas. Fuimos en grupo al restaurante Buca di San Rufillo, en la Piazza della Signoría. Comimos en abundancia y bebimos el buen vino de la región. Luego, sin mucho esfuerzo, accedieron a acompañarnos a nuestras habitaciones, cobrándonos a tres cequines la hora. Mi compañera, cuyo nombre he olvidado, se despojó sin ningún preámbulo de su hermoso vestido blanco, de su corpiño de encaje, de sus enaguas de velo, sus calzones apretados a la cintura, sus pequeñas calzas de algodón, sus escarpines blancos... y con una risita desvergonzada me invitaba desde el lecho. Entonces supe que era una de las que llaman "birraias", porque su comportamiento en público es discreto y parecen "signorine" de la mejor familia.

Simón soñaba con su florentina, o acaso meditara en tantos nombres, tantos hechos, tanta historia acumulada en aquella ciudad. El coche se detuvo en una pequeña población para darle de beber a los caballos y para que nosotros saboreáramos un sorbete helado. Mientras esperábamos a que el "vetturino" nos hiciese la señal para reanudar el viaje, observamos la cantidad inusual de gente que llenaba las calles. Una carpa había sido instalada al otro lado del pueblo y una comparsa anunciaba un programa de "attrazioni di varietá". Fuimos allí llevados por la curiosidad y, en efecto, sobre la carpa un gran aviso de colores rezaba "Palazzo di Cristallo" y por los alrededores pululaban payasos, mogigangueros, poetas, tocadores, bailarines, acróbatas y saltimbanquis, con todo un séquito de mujeres y niños. Hacían preparativos y pregones para la función de la tarde.

No sé por qué me llamó la atención una vieja sentada sobre un fardo. No hacía nada, solo miraba inmóvil, hacia la distancia. Sus facciones parecían más eslavas y su piel más clara que las de los demás miembros de la comparsa. La boca, ligeramente entreabierta, dejaba ver un diente partido. Simón también se fijó en ella. Más tarde intercambiamos impresiones. ¿Por qué nos había llamado la atención? Tenía un aire de distancia, una dignidad, una libertad interior que parecía absoluta. Simón me confesó que él se había sentido ante ella como desnudo, como si estuviera al arbitrio de esa oscura voluntad de mujer.

A poca distancia de ella, un hombre, vestido con pantalones negros bordados con arabescos, botas altas y camisa de seda ancha, de color morado, recitaba en medio de un círculo de curiosos. Era uno de los tales "improvisatori". Simón y yo nos acercamos. Su entonación, el ritmo que imprimía a los versos, el tono profundo

nos cautivó, aunque poco comprendíamos el sentido. Los parroquianos le ofrecían monedas y palmoteaban. De repente, dirigiéndose a toda la concurrencia pero señalando a Simón, dijo:

Or ti piaccia gradir la sua venuta:
libertá va cercando, ch'e sé cara,
come sa chi per lei vita rifuta.

Hubo una ovación y todos miraron a mi amigo. Reaccioné ofreciéndole una moneda al gitano, pero este la rehusó. El gesto arrancó nuevas exclamaciones. Simón y yo nos quedamos desconcertados al sentirnos blanco de las burlas del artista y del pueblo. Repetían a coro los versos y algunos tocaban a Simón. Nos abrimos camino a empellones hasta el coche y le pedimos al conductor que partiera de inmediato. Más adelante lo hice detener y le pregunté si podía repetir los versos del trovador; los recitó al instante. Los copié en mi libreta y con un poco de esfuerzo desentrañé su sentido. Años más tarde supe que eran de Dante: "Dígnate acoger su llegada con benevolencia. Va buscando la libertad, que es tan amada como lo sabe quien por ella está presto a sacrificar su vida". El incidente había sido molesto y nos tenía intrigados. Pronto lo asocié con la mujer sentada en el fardo. Entonces me aquejó una duda que no me atreví a comunicarle a mi amigo: Ella, mentalmente, le dictaba al trovador los versos que debía recitar.

MARÍA TERESA

Martes, 8 de octubre.

Anoche, en la mesa del corredor, había un libro en francés, que Simón ha venido leyendo; una jarra de ron, dos vasos y una vela encendida. Simón sirvió ron y me ofreció. Me dijo que unos sorbos ayudan a bien dormir. Recibí el vaso y a poco lo dejé junto a la jarra, sin probarlo.

Él bebió. Yo me apoyé sobre la baranda y vi el prado cubierto de luciérnagas. Entonces un insecto enorme vino a estrellarse contra la vela, apagándola. Me sobresalté.

—La noche está clara, dijo Simón.

En efecto, la luz de las estrellas era tan intensa, que por el suelo del corredor se dibujaban las sombras de los pilares. Algunos de ellos tenían hasta tres, porque venían reflejos de varios lados. La silueta sombreada de la arboleda se veía nítida, al final del prado. ¿Por qué será que las casas y los árboles se ven más altos de noche?

No encendimos la vela. Permanecimos largo rato en silencio. Simón terminó su vaso de ron, se me acercó, me besó y lentamente nos fuimos por el corredor, hacia mi alcoba.

SIMÓN

—Lima: oropel y lujo: danza, champaña y mujeres.

—Mujeres... ¿te acuerdas de Jeannette?

—¿Cómo no? Jeannette Hart, la cuñada del comodoro Isaac Hull, héroe naval de la emancipación de Estados Unidos. ¡Una de las más bellas que he conocido! El comodoro me invitó a celebrar el día nacional de su país a bordo de la fragata "United States", nave insignia de la flota del Pacífico, que se hallaba de visita en El Callao. Allí estaba Jeannette y desde el primer momento me encantó.

—¿No fue el comodoro Hull quien te hizo entrega de aquella medalla de oro, de más de una onza, con la efigie de George Washington y que, entre otras inscripciones, reza *In hoc signo vinces*?

—No...la medalla me llegó por conducto de Lafayette; pero da igual, porque Hull me dijo aquel día que nadie más digno de poseerla que yo. Luego de la muerte de Washington, había pertenecido a Mrs. Martha Dandridge Custis, su esposa. Fue el obsequio de la ciudad de Williamsburg al general Washington luego de la batalla de Yorktown, la última de la guerra de liberación para expulsar a los ingleses. Pero recuérdame a Jeannette...

—Sitúate en el palacio de la Magdalena, el patio iluminado por antorchas y el gran salón con luminarias. Por los corredores, las viejas alfombras del Cuzco; en las paredes, armaduras y blasones. Lucías uniforme azul con bordados de oro y botas relucientes hasta las rodillas. Te liberaste de un tumulto de aduladores y coquetas y bailaste con Jeannette polkas y valses sin cesar. Estabas sofocado con el brillo de sus ojos, la sensualidad de sus labios, la fragancia de su escote. En un momento todos dejaron de bailar y, en círculo y admirados, quedaron pendientes de la pareja. La conducías por el intrincado arabesco de la danza...

—Lo recuerdo y me emociona. Recuerdo también que en el fondo de la sala, debajo de un dosel, estaba mi imagen dibujada, con la inscripción "Creó la República de Colombia, restauró la del Perú y dio la paz a América". A los lados, entrelazadas, las banderas de estas dos naciones.

—Esa sensación no era nueva: no solo veías imágenes tuyas por doquier; también te narraban las noticias de tu gesta, las leyendas de tus hazañas, las que muchos te atribuían. En la profundidad de los salones, por los caminos y los pueblos, te hablaban de ti, de lo

que eras y de lo que habías hecho. El pueblo había creado a su héroe y tú te enfrentabas a tu propio yo endiosado, como si te miraras en un espejo y te asombraras de tu propia imagen.

—¡Qué extraño era todo eso! ¿Cómo vivir en el mundo real y al mismo tiempo en el mito?

—Ese fue, precisamente, el paso que nunca pudiste dar.

—¿Cómo así?

—Míralo con el incidente de Jeannette; nunca un romance te había causado tantos problemas.

—El coronel Jack Percival era su enamorado; venía en la fragata con el comodoro. Me sorprendió besándola cuando la conducí al consulado de su país la noche del baile. ¡El insensato nos interrumpió! Me reclamó que él iba a casarse con ella y que yo tenía amores con Manuela. Yo le di dos cachetadas y él desenvainó la espada. Intervinieron los guardias. Le envié un padrino para acordar el duelo. ¡Habría hecho cualquier cosa por Jeannette!

—Hull se opuso al duelo y trasladó a Percival a otro navío.

—Entre tanto, Jeannette tuvo el valor de romper con el coronel. Me declaró su amor: "Si no vienes a verme, Simón, yo iré a verte a donde te encuentres".

—Las visitas se sucedieron. En prenda de amor le regalaste el rosario que había pertenecido a tu madre.

—Es aquí donde viene al caso la medalla. Quise primero regalársela, pero ella se negó a recibirla repitiendo las palabras de Hull, que era un regalo del gobierno de Estados Unidos al de Colombia. Opté entonces por ofrecerle el rosario de mi madre. Y con lágrimas en los ojos lo aceptó, pero me puso una condición, que dejara a Manuela: ¡Quería casarse conmigo!

—Te negaste.

—Fue lo que la hizo regresar a su país. Se llevó el rosario...

—Y un hijo tuyo, que perdió antes de que naciera.

—¡Cállate! Ten en cuenta que no fue el duelo lo que me asustó, ni la idea de un hijo o del matrimonio; fueron los celos locos de Manuela, que estuvieron a punto de causar una tragedia.

—No, no era Manuela la que causaba tragedias, eras tú. Ya ves lo que te digo: no lograbas unidad en la grandeza. La imagen que tú tenías de ti era diferente a la que el pueblo tenía de ti. Estabas derrotado por la duda. Ni siquiera en cuestiones de amor lograbas un comportamiento coherente. Usufructuabas el esplendor ganado, esa imagen mítica que ya se extendía por los continentes, pero ya no creías en tu destino.

—Tenía que guardar las apariencias... sobre todo ante las mujeres... ¿Cómo no comportarme como un dios cuando todos me tenían por tal? ¿Cómo claudicar a la grandeza?

—En Lima te asustaste ante tu propia imagen. Te consolaste pensando que era una vacilación momentánea. Pero Manuela te manejaba como a un pelele. Y, hastiado de ella, se la jugabas con cuanta muchacha bonita se presentara en tu camino. Ya carecías de unidad y de valor. Eras más débil que el más miserable subalterno. Vagabas perdido por el laberinto. ¿Recuerdas aquella frase que Carreño te leyó en un viejo manuscrito de la *Eneida* en Florencia?: crudelis ubique luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.

—Si: el luto cruel por doquier, por doquier el pavor y la imagen de la muerte multiplicada...¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Tal ha sido tu existencia, tal el resultado de todo lo que tocas.

JOSÉ

Al entrar en Siena, Simón, por su repentino afán de llegar a Roma, insistió en avanzar algunas leguas más, a pesar del cansancio y de que las posadas disponibles en el tramo siguiente no eran de buena calidad. Dejamos la ciudad y, hacia las siete de la tarde, el "vetturino" se detuvo junto a una casa, negándose a seguir porque las bestias desfallecían. Descendimos en busca de la patrona mientras el conductor las conducía al establo. Nadie salió a recibirnos. Seguí hacia la cocina, donde encontré un joven que atizaba un fogón de leña.

—¿Podemos alojarnos?

Quizá no me comprendió, pues me lanzó una mirada y sin responder se ocupó de lo suyo. Aún no había oscurecido. Fui a la pesebrera; allí el posadero cuidaba los caballos y charlaba con el conductor. Tuve que esperar para que nos guiaran a unas habitaciones olorosas a polvo. Más tarde llegó un paisano, que fue recibido por el posadero con manifestaciones de amistad. Resultó ser un "maestro de capella" de un monasterio vecino. En el albergue había una espineta en mal estado y maestro, posadero y "vetturino" se dedicaron a tocar y cantar. El muchacho de la cocina nos sirvió cordero duro, verduras frías y vino ordinario y Simón, silencioso, pasó la velada en un extremo del patio, oyendo el coro improvisado.

Al día siguiente salimos de madrugada. Apenas salía el sol cuando Simón me soltó el siguiente sartal de preguntas:

—¿Cuáles serán, José, los motivos que llevaron al conde Desttut de Tracy a abandonar una carrera militar brillante para abrazar la filosofía? Cabanis también abandonó la política para hacerse escritor. ¿Son incompatibles, acaso, las letras con las armas y con la dirección de los pueblos?

Simón me reintrodujo de un tajo en las viejas polémicas de

Viena, cuando yo trataba de ganarlo para la ciencia mientras él se deleitaba con la música o se entusiasmaba con las paradas militares. Me di cuenta que estaba inquieto por su futuro: en pocos meses regresaríamos a París; la vida de jolgorios y amores festivos que allí había llevado ya no parecía ofrecerle halagos. Era hora de tomar decisiones. Su inteligencia, su dinero, sus relaciones en América y Europa le permitían escoger con libertad. Era él, y nadie más, quien debía hacerlo; pero, paradójicamente, Sr. Coburg, cuanta más libertad uno tiene, más difícil es tomar decisiones. Y en verdad que el tiempo apremiaba; así lo comprendía el muchacho. Era cuestión de optar por una profesión y asumir las consecuencias con entereza.

Le hablé de la filosofía. Me parecía que tanto Tracy como Cabanis buscaban en ella la realización personal, una vía de acceso a la fama, una tranquilidad interior incompatible con el ejercicio de la milicia o de la política. En estos campos eran seguidores. Si hubiesen continuado en el servicio público, habrían estado condenados a ganarse el pan a órdenes de figuras de autoridad. Odiaban la fuerza física y, como eran inteligentes, se retiraron con la ilusión de hacer carrera como filósofos. Además, la filosofía les daba una independencia de pensamiento nunca antes soñada.

Simón respondió: intuía la profundidad que se abre a los pies de quien entrega la vida a la metafísica. Me dijo que el camino del filósofo y, en general, del escritor o el artista, es el de la soledad; que así lo había entendido durante la visita a Manzoni. Las mentes más brillantes del viejo mundo —Tracy y demás ideólogos; Rousseau, Diderot, Voltaire y toda la tropa de enciclopedistas; Kant, Hegel, Schleiermacker, Goethe... el mismo Beethoven y los compositores —también ellos escriben, aunque con códigos diferentes— se agotan en la soledad. Buscan el motivo de su vida ante una página en blanco, en el abismo de la mente, en las escrituras huyentes y siempre cambiantes de los libros. ¿Encuentran la verdad? Eso estaba por verse. Había llegado a creer que la labor de tales genios tenía mucho de simple manejo de artefactos o signos:

—¿No has notado que cuanta más escritura, menos sentido tiene la vida? En Europa hay demasiada escritura y por eso las cosas empiezan a carecer de sentido.

Argumentó que el diálogo del filosofo es estéril: dialoga consigo mismo o con los muertos. O también con otros filósofos que parecen muertos. Él quería dialogar con los vivos. En América hay pocos filósofos y los músicos no tienen idea de corcheas ni pentagramas, pero están esas gentes que llenan los mercados, analfabetas, de ritmos vitales, en quienes resuena la alegría de la lengua viva y cuya música no es creación solitaria sino colectiva. Como en

América todo está por hacerse, es menester trabajar con la comunidad. Y para llegar a ella —dijo, dándole un giro inesperado a sus ideas—, ¿no es el ejército, arrancado de su seno, el mejor camino? Y agregó: La milicia no es solo cuestión de fuerza física o de obediencia ciega: el guerrero tiene que ser ducho en las batallas del espíritu, no solo para conocerse a sí mismo, sino, también, para forjar la voluntad de sus allegados y orientarla hacia los fines que se buscan. Convengamos en que sin un espíritu sereno y reflexivo no es posible guiar un ejército, defender una ciudad, conjurar los intentos del enemigo, combinar designios, definir estrategias; acciones todas del entendimiento en las que no tiene parte alguna la fuerza física.

—De acuerdo, dije. Pero eso no significa que el filósofo sea un cobarde que se aparta de la vida civil. El solo hecho de publicar un libro tiene consecuencias políticas y militares impredecibles.

—El militar tampoco puede abandonar la reflexión, explicó. Hay una zona en la que ambas profesiones —las armas y las letras— se confunden. Me parece que la importancia de una y otra debe medirse más bien por los objetivos logrados.

—Según eso, no hay duda que las letras llevan la delantera: tienen por objeto iluminar el camino hacia la libertad.

—Y no hay libertad sin justicia. Si no se le da a cada quien lo suyo, el camino de la libertad está ensombrecido.

—Libertad y justicia no existen sin la paz. La filosofía es el territorio de la paz, porque permite comprender lo que piensan y sienten los otros.

—Es posible, pero el objeto de las armas es también el de lograr y mantener la paz. La paz es el mayor bien que los hombres pueden desear. Pero en América hay que lograrla con la guerra.

Me di cuenta que por esta vía Simón estaba ganando puntos a favor de la carrera de las armas. Apelé entonces, maliciosamente, a su propensión al lujo y a la vida fácil:

—La vida del soldado es más sacrificada que la del letrado. Aquél está siempre en trance de perder la vida...

—Ser eminente en las letras —interrumpió— tampoco es fácil. Cuesta tiempo, vigilias, vahídos de cabeza, indigestión; hay intrigas, odios. Surgen enemigos donde uno menos lo espera. Muchos han sido descabezados por sus ideas. Pero este no es mi caso. No temo el peligro ni me asusta la lucha, porque esta es el alimento perpetuo del alma y prefiero enfrentarla por el camino de las armas. El secreto está, me parece, en saber extraer la gota de miel que hay en todo barril de hiel.

Permanecí pensativo. Luego le dije que en la carrera militar pocos alcanzan distinción y reconocimiento; los más se quedan para

carne de cañón; se ahogan en la hiel sin nunca probar la miel.

—Tú sabes, José, me dijo con ironía, que yo no nací para ser segundón. El tono y la mirada tenían algo de acusador; interpreté que, según él pensaba, yo sí había nacido para tal. Y agregó, dejando aflorar su soberbia: por eso no me hago músico ni científico: en estos campos las máximas posiciones ya están ocupadas. Cuando hablo de las armas no estoy pensando en nada distinto a ser el comandante único, el héroe máximo. Y no me importa sacrificarlo todo para lograrlo.

Lo dijo con una seguridad que me abrumó: quizás estuve a punto de sonreír de incredulidad, pero su rostro había tomado un rictus de trascendencia que me dejó frío. En el fondo de su corazón, Sr. Coburg, tenía que anidar una inmensa duda: ¿héroe máximo?, ¿jefe único? Yo me preguntaba: ¿tendrá el valor siquiera de intentarlo? ¿Qué lo lleva a decir semejantes sandeces?

Comprendí que los hados jugaban con su destino. Juno le había abierto las puertas del placer, del dinero y la juventud y, hasta entonces, lo mantenía atado a la sensual Europa. Ahora Júpiter lo reclamaba con la gloria, instándolo a viajar a América para inmolarlo en el altar de la libertad. Simón sufría estos conflictos y su conciencia estaba partida en dos hemisferios: para soñar el sueño de los dioses mayores, tenía que renunciar al sueño humano del vino y la mujer.

—No importa, José, quienes sean nuestros padres, nuestros abolengos. Importa quiénes somos, qué tenemos: inteligencia, conocimientos, facultades. Antes, el noble todo lo recibía con solo presentar sus pergaminos, pero eso ha terminado; en nuestra época es necesario demostrar lo que cada quien puede lograr. El heroísmo ya no es algo que se hereda sino algo que se logra...

Se extendió sobre la lucha como crisol de los hombres superiores. Habló con fogosidad y yo lo dejé; mi sorpresa iba en aumento. Nunca lo había encontrado tan convincente.

—Todo hombre libre es un guerrero. La lucha es la base del heroísmo y, sin este, la vida no tiene sentido.

De nuevo pensé en los hados. El héroe debe cumplir con lo que le ordena el hado, alzarse sobre sí mismo y renunciar a todo, menos a la gloria. ¿Era sincero en lo que me decía? Me di cuenta que Simón estaba en la mayor encrucijada; iba a comenzar el sueño de la ciudad eterna y, al hacerlo, tenía que negarse la posibilidad de ampararse en la condición temporal y mentirosa de los hombres corrientes.

Dijo que la historia del héroe es la de sus batallas, de los obstáculos que se interponen en su camino. El tamaño de su gloria es la medida de los peligros que ha salvado. Está preso entre los

límites de su alma y su primera victoria ocurre cuando logra traspasarlos. Tal es la lucha que estaba librando por el polvoriento camino a Roma y yo era el único testigo. Definió al héroe como un fiel esclavo de la libertad, esa diosa despiadada que paga los servicios recibidos con una condena trágica: la muerte. Pero con esta, el héroe obtiene el más alto premio al que puede aspirar el ser humano: la inmortalidad. Agregó que a pesar de todo, el héroe es un agente creador de vida, cuya labor, sin desafío, nada significa. No solo el héroe: el pueblo, la humanidad entera están condenados a ganarse la vida siempre en lucha contra la muerte: de ahí la necesidad de guerrear...

Todavía no le creía. No era posible que este muchacho mimado, predispuesto al placer y a la comodidad, pudiese decir estas palabras, y que fueran sinceras. Y por algún tiempo me pareció que aquel discurso era un juego de artificios, como los malabares retóricos de los "improvisatori" de la Toscana. Transcurrieron años, Sr. Coburg. Simón se convirtió en el líder de la América del Sur. Tuve que convencerme de mi equivocación. ¿Fueron fundadas mis dudas? O, por el contrario, ¿esas razones le habían penetrado en su conciencia hasta modificarle el carácter y convertirse en obsesivos propósitos de vida?

EL AUTOR

El azar puso en mis manos el diario de María Teresa Rodríguez del Toro una tarde de 1994 en la que, dejándome llevar por la curiosidad, encontré en el fichero del Fondo Pineda de la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá, bajo el número de orden 14608, pieza 50, Sala 1, un tomo titulado *Reflexiones morales i filosóficas* de Antonio B. Pineda, (Bogotá, Imprenta del Estado de Cundinamarca, 1863). Llené la papeleta correspondiente, la presenté en la ventanilla de préstamos y luego de cierta espera, el empleado me pasó un viejo libro de pastas negras. Al entregármelo dijo:

—Casi no lo encuentro. Estaba en los estantes del sótano. Le garantizo que nadie lo ha abierto en años. Tenga cuidado porque las hojas pueden estar pegadas y se rasgan con facilidad.

Me fui a un rincón del salón de lectura, buscando la luz que entra por el ventanal que da a la esquina de la carrera quinta con calle 24. Eran las dos de la tarde.

SIMÓN

—¿Cómo sucedió?

—Bien lo sabes. Lo hemos repasado tantas veces.

—Pero aún no lo comprendo.

—Es pertinente volver sobre los hechos, ahora que te ha cesado el hipo, pues en este caso, Reverend acertó con sus dos cucharaditas de antiespasmódico. Cuando venías victorioso del Perú, en cambio del recibimiento triunfal que esperabas, las consejas te trajeron rumores de descontento. No querían entender las facultades que la constitución de Bolivia te concedía. Decían que era el preámbulo de tu proclamación como rey de Colombia; por eso, el orador principal en Fontibón habló de la constitución de 1821 y no de los triunfos en el sur.

—¡Repugnante!

—Espera. En la recepción en el palacio de San Carlos, los amigos de Santander portaban armas de fuego bajo los chalecos. No querías darte cuenta que el ambiente era tenso, que muchos no te querían. Imprudente, te fuiste a pasear a Soacha en compañía de José Ignacio París. Pedro Carujo lo supo; buscó cuatro conjuros y, bien armados y montados, se fueron en tu búsqueda.

—¿Confundió los caminos?

—Regresó esa tarde sin cumplir sus propósitos. Luego asististe al baile de máscaras que, en tu honor, celebraban en el Coliseo. Los palcos estaban llenos; las autoridades ocupaban el escenario. En la puerta había tumulto y muchos pretendían entrar sin ser invitados. La controlaba Ventura Ahumada, el jefe de policía, quien, sin duda, dejaba pasar armas. La orquesta preludió una contradanza. Te rodeaban ministros, magistrados, diplomáticos. Santander llegó hasta ti, a empellones. Te saludó.

—Para no desairar el protocolo.

—Estaba sudoroso, pálido. Le temblaba la mano.

—Pensé que era él quien venía a...

—No. Tenía el tabardillo, estaba afiebrado. Había guardado cama. Solo se levantó para ir a saludarte. ¡Bien lo sabes!

—¡Quisiera creerlo!

—Es cierto. Muchos te lo confirmaron. Te tomó del brazo con gesto brusco.

—¡Abusivo!

—Al oído te dijo que temía por tu seguridad.

—Sí, eso me dijo. Recuerdo su mal aliento.

—La gente se apretujaba. Había nerviosismo.

—Nadie quería perderse la carnicería...

—Fue cuando Santander te llevó hacia la salida. Tú estabas lelo, te dejaste llevar. No entendías.

—Aún no lo entiendo.

—Allí también estaba Ibarra, abría paso a codazos. Te fuiste detrás de él. Santander, pegándose a tu espalda, extendía los brazos

a la altura de tus hombros, con la capa abierta como una pared.

—¿ Y Córdova?

—Allí estaba, por supuesto... pero no se acercó. Ibarra y Santander te acompañaron hasta la puerta de Palacio.

—Sí, no querían hablar. Se veían asustados.

—Te salvaron la vida.

—¿Debo declararme deudor?

—Debes hacerlo. Coloca a tu enemigo en su justo nivel. Ahora que habitas el tiempo de los dioses y aprecias la totalidad de la vida como un aleph, entiendes el favor recibido de los espíritus protectores.

—¡Llamas protector a Santander!

—Sí.

—Quizá prefería matarme de manera menos dramática, sin testigos. Si quieres hablar de protección, háblame de Carreño: nunca pudo dejar de ser mi maestro; ¿dónde estará?

—Supe que estaba en una escuela en la Paz. Me dijeron que se desnudaba ante los niños para enseñarles anatomía.

—¡Siempre tan amante del método natural!

MARÍA TERESA

Miércoles, 16 de octubre.

Los Martínez han pasado varios días con nosotros. Tienen una estancia de ganado y caña a diez horas de viaje, por el camino de Caracas. Allí pernoctamos cuando veníamos para San Mateo. Recuerdo que en aquella ocasión me impresionó un aviso que tenían a la entrada de la hacienda: "se venden terneros y negros". Ahora ya no me importan tanto estas cosas.

Juan Alberto es el padre. Luis Antonio, el hijo mayor, tiene 24 años y Graciela, su hermana, es de mi edad. Juan Alberto deseaba ver cómo beneficiamos la caña. Había sido amigo del padre de Simón, compañero de armas en las milicias de los Llanos de Aragua, y quería presentarme a sus hijos, quienes, por lo regular, viven en Caracas. La casa estuvo animada durante la visita. Simón y yo servimos de anfitriones: organizamos cabalgatas, almuerzos en la arboleda, cenas en el comedor principal. El clima estuvo fresco y, por fortuna, llovió poco. Simón hizo venir de Aragua un grupo de músicos para amenizar las veladas. Los hombres hablaron de Napoleón, de la corte, de la colonia; jugaban cartas y bebían. Graciela es alegre y me contó historias galantes. Ha leído dos novelas francesas y prometió prestármelas. Me temo que mi francés no es tan bueno como el de ella, que vivió en París por un año. Pero

me ha dicho que no es difícil. Simón podrá ayudarme. Aquí, en la hacienda, nadie más tiene idea del francés. El señor cura de Aragua me parece que sí lo sabe, pero me daría pena preguntarle.

La segunda noche había velas encendidas en la mesa, en el aparador y en los candelabros de tres brazos. Y dentro del aparador, la vajilla de plata y cantidad de piezas de porcelana de china, de fondo blanco, con flores de colores. No sé por qué me fijé en esos detalles. Quizá porque desde donde yo estaba sentada, todos estos objetos, que habían sido brillados con motivo de la visita, recibían una luz especial. Como abrieron las ventanas y no había viento, zumbaban los insectos atraídos por las llamas, pero nadie les prestaba atención.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo hermosa que es Graciela: el cabello le caía con suavidad hasta la cintura; traía un vestido de moda que le resaltaba el talle. Cuando pasamos al comedor la vi caminar y sentí envidia. Tal vez mi vestido no es tan bello como el de ella: yo traía falda de brocado carmesí adornada con dibujos bordados en oro, zapatos de raso y medias blancas de seda; jubón de la misma tela que el faldón, con dos falditas abiertas por delante. La parte alta del pecho quedaba al descubierto y lucía mi collar de perlas, el que me regaló Simón. Luego, en la mesa, se me pasó la envidia, porque ella me seguía hablando de las novelas. Juan Alberto brindó por la pareja que formamos Simón y yo y dijo que yo era una dama bella y distinguida, lo que me hizo sonrojar. Simón y Luis Antonio también dijeron brindis bonitos. Esa noche tomé dos copas de champaña.

Al final de la cena Graciela nos propuso montar una comedia del arte, de la manera que ella había visto en Europa, para ser representada la víspera de la partida. Cada uno debía preparar un diálogo o una recitación, de acuerdo con un plan, que ella esbozó en ese momento. Quería que yo hiciese de duquesa, ella sería mi dama de cortesía, Luis Antonio haría de general y Simón de poeta. Todos se entusiasmaron. Cuando Graciela explicó que el militar y el poeta competían para ganar el corazón de la duquesa, yo me negué.

—No seas bobita, es solo un juego.

Entonces le dije que yo más bien hacía de dama y así se acordó. Al salir del comedor no sé por qué se me grabó el siguiente detalle: Hipólita le señalaba a una de las esclavas un cucarrón de los grandes, achicharrado en las llamas de la lámpara principal.

La noche de la representación, Luis Antonio usó un uniforme de gala de Simón, que lo hacía parecer ridículo, porque es más alto. Improvisó sobre combates y nos reímos. Luego se refirió a la liberación de la colonia. Ahí paró la risa. Juan Alberto miró a lado y lado para ver si había testigos. Solo estaba Matea, y su rostro no

reflejó cambio. Fue entonces cuando Simón dobló la rodilla, tomó la mano de la duquesa y le recitó una décima, y yo quedé muy impresionada, porque nunca le había conocido esta habilidad. Graciela respondió con ingenio; no podía ocultar un brillo en sus ojos, un gesto de alegría y triunfo. Quedé helada porque Simón prolongaba la escena más de lo necesario. Caí en un sillón. Mi brazo colgó, inerte, entre los pliegues de la falda. Simón vino y me cargó a mi habitación. Pronto me pasó el vahído, y ese fue el final de la comedia. Me quedan dudas: ¿manipuló Graciela el evento para que Simón se le declarara? La declaración de Simón, ¿fue sincera? Si no, ¿de dónde le salieron esos versos?

JOSÉ

Hay un detalle que no quiero pasar por alto, señor Coburg. Cuando habló de sacrificio lo hizo a título personal. No me puso en la circunstancia obligante de expresarle mi adhesión; nunca me lo ha pedido. Mi propia encrucijada no excluía la participación en sus planes, pero yo tendría que decidirlo por mí mismo. El convencimiento que él expresaba únicamente a él comprometía. Aquellos diálogos fueron una confesión que yo recibí, como he dicho, con incredulidad, pero me permitió intuir los vericuetos de su mente. Yo no sabría decir cuándo tuvo él claro su destino. Quizás antes del matrimonio con María Teresa... tal vez frente a las playas de Santa Marta, en aquella noche de pesadilla durante nuestro primer viaje, o durante su encuentro con la bruja Tarcisa, en Cuba. Yo le dije que todos los jóvenes tienen arrebatos de heroísmo, pero que con el tiempo derivan hacia actitudes serenas. No era su caso; dijo que lo suyo no era fiebre de un día sino certeza forjada con lentitud, no sin vacilaciones, y que tales vacilaciones eran cosa del pasado. Lo que comenzó como charla entre amigos terminó en pacto definitorio de la historia de mi país.

Negros como gitanos, por causa del polvo del camino, cruzamos el Tíber por el Ponte Molle e ingresamos a la ciudad por la Porta del Popolo. El sector está adornado con jardines y era parte del antiguo Campus Martius. Nos hospedamos en la Pensione Beatrice, en la Via dei Serpenti, cerca del Foro, a la que fuimos conducidos por el cochero. Al día siguiente, en otro coche más adecuado para transitar por la ciudad, recorrimos lugares históricos. En el monte Aventino, al pie del fuste de una columna derruida, bajo el sol de media tarde, y como si por fin Simón hubiese encontrado el sitio adecuado para la ceremonia que se proponía, dijo, sin previo aviso, pero con toda seriedad:

—Juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma

hasta no romper las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.

El cochero, que no entendía la lengua castellana, y yo, fuimos los únicos testigos. No hubo comentarios y regresamos en silencio.

SIMÓN

—En la primera escena brilla el sol. El libertador de diez millones de americanos se dirige a su palacio, rodeado por el pueblo que lo vitorea. Su visera de plumaje tricolor se enreda en las guirnaldas de laurel que penden de los arcos triunfales. Todos quisieran tocar al semidiós. Se oyen salvas de artillería, repique de campanas, coros de niños que entonan himnos de gratitud.

—En el interludio, Manuela me lee cuando tomo el baño. Se había negado a acudir alegando que le dolía la cara. Insistí y ella acudió finalmente. Cenamos en la habitación y pasamos al lecho. A las once dormíamos. La espada y las pistolas estaban sobre la mesa.

—En la segunda escena, la noche es negra. Bolívar, desaliñado y enfermo, salta por un balcón; lo persigue un siniestro puñal. Por los pasadizos de palacio cruzan sombras en silencio. El hacha de la muerte descarga sus golpes sobre las cabezas de los guardias. A lo lejos, disparos y gritos de ¡muera!

EL AUTOR

El volumen *Reflexiones morales i filosóficas* que consulté aquella tarde en la Biblioteca Nacional es, en realidad, una miscelánea. En la contratapa, con letra manuscrita cuidadosa, hay un índice. Aparecen, además de las *Reflexiones*, siete piezas de extensión distinta, que enumero a continuación:

Antonio B. Pineda, “Manifestación de extrañeza por la suplantación de candidaturas”, Bogotá, Imprenta El Mosaico, 1860.

Antonio B. Pineda, “Defensa de la candidatura del General Herrón”, Bogotá, Torres A. Impresor, 1860.

Antonio B. Pineda, “Sofía, Romance Neogranadino”, Bogotá, Imprenta El Mosaico, 1860.

José María Gaitán, “El Dr. Temis”, Bogotá, S. Impresor, 1851.

Varios, “Corona Lírica” dedicada a la compañía Luisa y a su maestro compositor i director de orquesta Román Isaza", Cartagena, Imprenta Ruiz e hijo, 1863.

Anónimo, “Sermón de un cura”.

José Somoza, “Mi primera sensación benéfica”.

MARÍA TERESA

Viernes, 22 de octubre.

Sin querer he escuchado una conversación entre Simón y Maraves. Yo dormía la siesta en la hamaca del corredor y ellos pasaron hacia la mayoría. No se dieron cuenta de mi presencia. Dijo Maraves:

—Han vuelto a celebrar el rito, esta vez en la explanada, al otro lado del lago.

—Déjalos. Tienen derecho a rendirle su culto al Babalao.

—Pero los blancos están nerviosos. Temen una desgracia. Pacho Landínez vio anoche la Bolefuego, tan grande como un farol. Se niega a partir con la recua...

LIBER QUARTUS

URBS ROMA

JOSÉ

Encontramos sorpresas en casa de la misión diplomática de Prusia ante la Santa Sede. Acudimos allí porque Alejandro Humboldt nos había dado en París carta de presentación para su hermano, el barón Guillermo, quien era el embajador. Uno de los ministros nos recibió; tenía noticias de nuestra posible visita. Alejandro había pasado por Roma pocos días antes, con un grupo de viajeros, entre quienes estaban Gay-Lussac, Vauquelin y Bonpland. Preguntaron por Simón y por mí, pues de acuerdo con sus cálculos ya debíamos estar en Roma. Siguieron hacia Pompeya y, ahora, de seguro, efectuaban las observaciones preparatorias para ascender al Vesubio, ascensión que proyectaban para finales de septiembre o principios de octubre. En la embajada nos dejaron una nota de invitación para el caso de que quisiéramos acompañarlos. Con el grupo de científicos vino Fernando del Toro, quien prefirió quedarse ante nuestra próxima llegada, y por el interés que le despertó la ciudad. Pero la mayor sorpresa era otra: una apasionada carta de Fanny para Simón, que recibió de manos del ministro. Mi compañero la leyó con aparente frialdad. Luego me la pasó. La cito de memoria:

"No me escribes y nada sé de ti, pero lo que más anhelo es tenerte a mi lado. ¿Hasta cuándo huirás de mí? He sido culpable, pero no tanto como te habrán dicho, o como tus celos te habrán hecho imaginar. Deseo abrirte mi corazón y espero que por lo menos terminarás de leer la presente: el ser que se agita en mi seno es tu hijo. Desde que nos amamos, nadie me ha tocado. Nunca antes fui tan digna de tu amor; no me desprecies. Si no regresas pronto, creo que todo habrá terminado".

La leí un par de veces. Su caligrafía era hermosa. Podría jurar que, a pesar del tiempo transcurrido, el papel todavía estaba impregnado con su perfume; firmaba simplemente: "Tu querida Fanny". Entonces levanté los ojos para mirar a Simón; iba a abrazarlo y a manifestarle mi emoción, pero ya no estaba junto a mí. Un conserje mi indicó que acababa de salir al jardín. Allí estaba llorando en medio de un rosal florecido. Nos abrazamos.

—¡Un hijo, José!, ¡un hijo!, ¡voy a ser padre!

Y sin esperar mis reacciones dijo:

—¡Ya mismo parto para París!

Yo traté de disuadirlo. La carta estaba fechada hacía meses. ¿No sería más prudente indagar por noticias frescas? ¿Por qué no buscar primero a Fernando del Toro?

Simón no alcanzó a contestarme porque en ese momento un

funcionario nos informó que el embajador Guillermo nos esperaba en su despacho.

Alto y rubio, escasos sus cabellos, una sonrisa franca y una mirada sin sombras; salió detrás de su gran mesa de trabajo con el más espontáneo gesto de bienvenida. ¿Por qué no le habíamos avisado con anticipación la fecha de nuestro arribo? Quería darnos tratamiento de diplomáticos. Nos alojaríamos, por cuenta del gobierno que él representaba, en el Hotel Campo di Fiori; allí haría trasladar nuestro equipaje. Deseaba ponernos en contacto con el señor Philipp von Humann, secretario personal y colega en sus estudios arqueológicos, quien nos guiaría por la ciudad imperial. Organizaría una recepción para presentarnos a Mme. Germaine Necker, baronesa de Staël, al historiador Jean Charles Léonard Sismondi y a otras personas interesadas en dialogar con nosotros sobre la situación de las colonias españolas en América...

Quedamos abrumados con sus palabras. Empero, Simón tenía su cabeza y su corazón en otro lugar y no encontraba manera de afrontar el conflicto. De repente logró interrumpir:

—Agradezco a su excelencia las muestras de hospitalidad que nos brinda pero, por desgracia, debo suspender mi estadía en Roma. Asuntos de suma urgencia me reclaman en París.

—¿Malas noticias?

—Acabo de leer una comunicación y aún no sé si la noticia es buena o mala...

—En todo caso —balbucí, tratando de sortear la situación— debemos ver primero a Fernando del Toro... ¿Lo conoce Su Excelencia?

—Por supuesto. Llegó con mi hermano. También él ha estado pendiente de vuestra llegada. Se hospeda en el hotel Campo di Fiori.

El embajador nos dejó partir, no sin antes invitarnos a regresar tan pronto hubiésemos aclarado nuestros asuntos.

Al salir de la embajada, Simón quedó sumido en la incertidumbre. Sus inquietudes no eran nuevas: la consecuencia más probable de su relación con Fanny era la paternidad; probabilidad que, ahora, con la carta, se convertía en certeza. Desde que supe su "affaire" yo temía complicaciones y no acataba a definir qué era peor, si un duelo o la llegada de un hijo. Mas, a pesar de nuestra mutua confianza, él nunca me hizo partícipe de los detalles ni me pidió consejo. De repente los hechos se precipitaban: la carta hizo que, de un tajo, me revelara sus secretos y me autorizara para opinar sobre ellos. No era el momento de lamentarse; era preciso intentar algo, en seguida. Pero ¿qué?

Caminamos en busca del coche. Simón, contrario a lo que

ocurría cuando estaba emocionado, hablaba de manera torrencial. Ahora mezclaba exclamaciones, palabras de amor, de reproche, de consternación. Accionaba poseído por el furor. Se detuvo en mitad de la calzada y, tomándome violentamente del brazo me dijo:

—¿Comprende Ud. José?

Pocas veces me daba ese tratamiento, pues casi siempre me tuteaba. Lo miré al rostro. Estaba pálido. Me di cuenta que en ese momento yo era para él un total extraño. ¿Cómo ayudarle? Y sin soltarme dijo:

—¡Mi hijo también luchará por la libertad!

Esa frase lo calmó: ya tenía una solución que encajaba en sus propósitos de vida. De inmediato nos fuimos en busca de Fernando. Lo encontramos en el hotel: saludos y abrazos, expresiones de alegría. El temperamento de Simón se serenó en presencia de su amigo. Pasamos al comedor para tomar un refresco; un empleado de la embajada se ocupaba del equipaje. Luego, Fernando sugirió aprovechar el par de horas que quedaban de la mañana para pasear en coche por la ciudad; en la puerta nos esperaba el que Simón tenía alquilado. Nos dirigimos hacia el Quirinal. Ahora, el estado de ánimo de mi pupilo cambiaba. Mientras Fernando y yo hablábamos alegremente, Simón se hundía más y más en el mutismo. Yo adivinaba sus sentimientos. Al pasar por la columna del Capitolio, Fernando ordenó detener el vehículo: teníamos que admirar el conjunto de edificios del sector; estábamos junto a la Basílica Ulpía. Caminamos. Simón traía el rostro desencajado y la mirada perdida y no le prestaba atención a las palabras admirativas de Fernando. Este lo notó: ¿te sientes mal? Como respuesta, Simón no tuvo inconveniente en enseñarle la carta de Fanny. Pasaron momentos de expectativa mientras la leía.

—Fanny está bien. El niño murió. No sabía que era tuyo. ¡En París circulan tantos rumores! El coronel de Villars y su esposa han viajado a Normandía y no regresarán a París sino a finales del otoño. Ella tuvo un aborto no provocado... me parece que en junio. Estuvo delicada; la vio el Dr. Charonne. El coronel actuó públicamente como si el hijo fuese suyo.

Simón no salía de su desconcierto.

—¿Qué clase de rumores circulan?, alcanzó a decir, con una vocesita ahogada por la ansiedad.

—No quisiera herirte; debes recibirlo con calma. Algunos piensan que era vástago del Príncipe Eugenio.

No se habló más. Aún me emocionan aquellos recuerdos, Sr. Coburg. Recorrimos los alrededores de la columna de Trajano. Sin saber qué decir ni cómo continuar nuestro diálogo, nos detuvimos a contemplar la figura de ese emperador vestido con un simple

uniforme de soldado, allá en lo alto: la mano derecha en un gesto conciliatorio, la izquierda asiendo la lanza. Paz y guerra en una sola actitud; altivez, nobleza.

Nos alejamos. Simón, con mano firme, rasgó la carta de Fanny en pequeños trozos y los fue dejando caer. La brisa los dispersó. Dijo:

—¿Sabían que Trajano era español?

SIMÓN

—Héroe es aquél que posee el don de transformar lo baladí en sublime.

—Por eso extendí un perdón general sobre los esclavos sublevados que atentaron contra mi vida: Florentino González, Vargas Tejada, Agustín Hormet, Carujo, Santander...

—¿Baladí la conjura? ¡No puedes decirlo en serio! Esas apreciaciones benévolas, esas vacilaciones son las que empañan tu imagen heroica. ¡Ojalá los hubieras ajusticiado!

—Ya no tenía fuerzas para esos excesos. Comenzaron a rasguñar mi conciencia órdenes que había juzgado necesarias y que firmé sin que me temblara la mano, como los fusilamientos de Piar, de Padilla, de presos de La Guayra. Mejor dicho, no podía hacer fusilar a todo el mundo: Obando, José Hilario, Córdova...

—¿Córdova?, ¿lo habrías perdonado también? Por fortuna se te anticiparon los ingleses.

—Irlandeses querrás decir. Recuerda que Irlanda es también un país subyugado. Fue Ruperto Hand, por instrucciones de Daniel Florencio O'Leary. ¡Quién lo creyera!

—Quién sabe si Rafael Urdaneta no metió allí también su cuota. Era la oportunidad para quitarse de encima a un contendor...

—Me dolió su muerte. Yo lo quería. Si hubiésemos tenido la oportunidad de hablar, él habría comprendido la conveniencia de una monarquía respaldada por alguna potencia, como Inglaterra o Francia. ¿No es esta la única forma de gobernar estas repúblicas anárquicas?

EL AUTOR

Antonio B. Pineda era el hijo mayor del primer matrimonio de Anselmo con doña Josefa Valencia Caicedo, distinguida dama payanesa. Llegaría, como su padre, al grado de coronel y habría de tener influencia en los medios culturales y políticos de su época. De los ocho textos que contiene el volumen, él fue autor de cuatro. Me pregunté, sin encontrar explicación, ¿por qué su padre los hizo

empastar en compañía de panfletos de autores varios o anónimos? ¿Cuáles eran sus criterios de clasificación?

Otro detalle me llamó la atención: "Reflexiones" ostenta en su carátula dos frases escritas, sin duda, de puño y letra de Antonio: "Dedicada como prueba de veneración, respeto i gratitud al señor Anselmo Pineda" y, a renglón seguido: "Escepticismo: no hay mujer virtuosa ni hombre grande. El corazón humano está dominado por el egoísmo". Consideré la extraña mezcla de alusiones: al hablar de "hombre grande", ¿se refería a su padre, el "venerado" Anselmo? ¿Lo consideraba egoísta? ¿Y qué pensar respecto de su madre?

MARÍA TERESA

Martes, 22 de octubre.

Simón está de viaje. Ha ido a La Guaira para embarcar cacao para España. Los barcos escasean y, cuando hay alguno disponible, se presentan rebatiñas entre los productores para lograr cupos en las bodegas.

Mi soledad es grande; paso las horas mirando el jardín por la ventana. Hoy me di cuenta que ya conozco los nombres de casi todas las plantas: crisantemo, mirto, níspero, orégano, jazmín, trinitaria, siempreviva, rosa, lirio, geranio. Y mientras las miro, pasan las ideas por mi cabeza. A veces recuerdo el noviazgo en Madrid: una tarde de otoño, cuando paseaba en carroza por las avenidas del Prado, de repente lo vi en un hermoso alazán que tenía una semiluna en el pecho y patas finas: despertaba admiración. Era un caballo traído de Córdova para su uso exclusivo. Vestía uniforme azul con insignias doradas, botas altas, relucientes: ¡una aparición! Se detuvo junto a la carroza, me hizo una leve inclinación de cabeza y continuó su camino.

Seguí encontrándomelo. Bien me cuidaba de no demostrarle emoción, pero cada día sentía necesidad de verlo. Me vestía con los más finos encajes y mantillas, vestidos de seda. Cierta tarde cabalgó a mi lado. Me palpitó el corazón y temí que él lo notara. Debíamos hacer una bella estampa, porque las gentes se detenían a mirarnos: la carroza de mi padre, decorada con incrustaciones de concha y oro, con dos lacayos empelucados en los estribos y los caballos al galope. Y él, arrogante y bello, en su cabalgadura. Necesité todo mi dominio para fingir indiferencia.

Dejé de verlo por semanas y me parecía que lo había perdido. Cuál no sería mi alegría y mi sorpresa una noche, a comienzos de invierno, cuando llegó acompañado de su tío, para asistir a una recepción que daba mi padre. Esa noche hablamos por primera vez.

JOSÉ

No volvimos sobre el tema de la carta de Fanny, y, hasta el día de hoy, desconozco el fin que tuvieron aquellos amores. De lo que sí estoy seguro, Sr. Coburg, es que por la época de la visita a Roma se jugaba el destino de Simón y, por ende, el de nuestro pueblo. Cada palabra que se dijo, cada monumento visitado, cada concepto discutido, dejaron en su conciencia marcas definitorias. ¿Habrían cambiado sus propósitos militares si hubiese nacido el hijo de Fanny? ¿Lo habría reconocido como propio?, ¿Habría huido con ella y el niño a América? Si hubiera sido niña, ¿la habría rechazado?

SIMÓN

—Unos lloran, otros rezan, otros corren y dan órdenes. La gente del servicio está en la capilla. Joaquín, ese jovencito de la servidumbre que a veces le hace mandados a Reverend, se fue a traer el cura.

—Ya llega, ha caído la noche. Allá en el patio suena la campana y todos están de rodillas. Encendieron luces y arreglaron floreros a la entrada.

—Falta lo peor: todos van a querer entrarse al cuarto con el cura.

—¡Qué descaro! ¡Saquen esas luminarias! ¡Esto no es una procesión de ánimas!

—¡Bien dicho! Mira cómo salen llorando.

JOSÉ

En Roma se respiraban los aires del Risorgimiento. Ya la ciudad y los territorios vecinos habían sido declarados "República Romana" con la ayuda del ejército francés, y esta experiencia creó un espíritu de renovación cultural y política que nosotros pudimos comprobar y que habría de tener su primer resultado poco después de nuestra visita, cuando la ciudad fue denominada "Imperial y Libre".

Guillermo Humboldt ejercía la diplomacia cuando se lo permitían sus estudios. Era apasionado por la arquitectura y la lingüística y por aquella época adelantaba, en compañía de su secretario Humann, investigaciones arqueológicas en la misma Roma. Contribuyó, como tantos otros alemanes y franceses, a descubrir y saquear los tesoros de la ciudad, con destino a los museos y palacios de la nobleza de sus países. De otro lado,

Humboldt creía que el estado es un mal necesario, cuya acción debe conservarse, en lo posible, en los márgenes de la actividad social, actuado solo de manera subsidiaria cuando las demás fuerzas no logran el bien general. Esta máxima regía sus deberes de funcionario público.

Humann, por su parte, era un verdadero erudito de la historia romana y avezado investigador. Con Guillermo levantaba un plano de la Urbs Roma en la época de Dioclesiano y Constantino, cuando su arquitectura reflejó la historia acumulada de siglos y la plena madurez del imperio. Joven, apuesto pero discreto, además de su nativo alemán, hablaba con perfección el francés y se defendía bien con el español y el italiano. En cuanto al latín, era un verdadero maestro: traductor de antiguos pergaminos, discutía con su jefe complicados problemas sintácticos. Tal fue la persona que el embajador puso a nuestra disposición para que nos sirviera de guía.

Temprano en la mañana nos dábamos cita en el hotel; nos acompañaba Fernando del Toro y a veces el mismo embajador. Yo me había provisto del *Itinerario instruttivo diviso in otto stazioni o giornate per ritrovare con facilitá tutte le antiche e moderne magnificenze di Roma* de Giuseppe Vasi, que leía de madrugada para tener noticia de los lugares a visitar.

El conocimiento que Humann tenía del latín era tan avanzado que prefería usarlo, en la medida en que pudiéramos seguir sus explicaciones. Era la manera de trasladarse y trasladarnos al pasado. Si teníamos dificultad en comprenderle resumía lo dicho en francés o español. En la elaboración del plano usaba los nombres originales: Basilica Iulia, Forum Romanum, Aedes Divi Augusti, Saxum Tarpeium, Capitolium, Tabularium, Templum Iunonis Monetae, Templum Veneris Genetricis, Forum Iulium, Forum Augusti, Templum Martis Ultoris, Templum Divi Traiani, Templum Minervae, Templum Pacis, Mausoleum Hadriani, Tiberis, Campus Martius, Thermae Agrippae, Via Flaminia, Mons Esquilinus, Mons Aventinus, Via Appia, Via Aurelia, Thermae Neronis, Anphitheatrum Flavium... Aquellos días marcaron una de las épocas más fructíferas de mi vida. Ningún cicerone habría podido ser mejor que Humann. De su mano nos sumergimos en la historia, seguimos paso a paso el nacimiento, apogeo y descenso del mayor imperio que la humanidad ha conocido y especulamos sobre las causas de la decadencia: unas preguntas nos inquietaban: ¿hasta dónde es posible el progreso?, ¿tiene un límite?, ¿es inevitable la decadencia?

SIMÓN

—Hace poco más de un año sufrí de bilis nerviosa. No me sentía

capaz de continuar en el servicio público, así se lo manifesté a mis íntimos, para que ellos fuesen pensando en las soluciones más convenientes.

—Ya ves, no eras indispensable; Sucre podía reemplazarte.

—¿Eso crees? Te equivocas; quizá Sucre hubiera hecho algo, pero no le dieron oportunidad. Mira lo que sucede: cualquier gamonal se cree presidente y declara la independencia de su parroquia. En un continente en el que no existen instituciones capaces de garantizar el orden y la justicia, es necesario elegir a dedo a aquellos individuos que por la fuerza de su prestigio y de su fama puedan mantener un mínimo de orden social. Lo malo es que tales individuos son escasos. Faltando Bolívar y Sucre, ¿quién?

JOSÉ

Nada tan agradable en el verano como visitar las innumerables fuentes adornadas con estatuas que posee la ciudad. El agua llega desde ríos y lagos conducida por acueductos. Tal abundancia, sin embargo, no ha motivado a los romanos a ser limpios. Las basuras se acumulan en la Piazza Navona, adornada con tres fuentes, una de las cuales es, sin duda, la más bella de Europa. En las avenidas y patios palaciegos se acumulan los desperdicios y, en días calurosos, huelen a amoníaco, por la descomposición.Extraña pensar que siendo la ciudad el hogar de tanto cardenal y tanto príncipe, ninguno ordene abrir canales para secar pantanos y pudrideros y así mejorar el aire que se respira. La Roma moderna no cubre más que un tercio del espacio amurallado, lo que indica que la ciudad antigua era más populosa que la actual. Quedan terrenos incultos, cubiertos con ruinas y basuras. Allí los vecinos establecen sus muladares y los ganados pastan con libertad: hasta la Piazza Sta. María Maggiore parecía un corral de vacas y el Coliseo una caballeriza cuando los visitamos. En tales casos, para llevar las cosas a las proporciones y al esplendor de antaño, es necesario una buena dosis de imaginación.

Humann nos contó que el Coliseo fue construido por Vespasiano, quien empleó treinta mil esclavos judíos en la obra, y que en su inauguración se sacrificaron cinco mil bestias. Allí murieron devorados miles de cristianos y otros perseguidos. Los romanos eran bárbaros y se deleitaba con tales espectáculos. Presenciaban con placer el ajusticiamiento de delincuentes, cuyos cadáveres descuartizaban y exhibían por las calles o arrojaban desde lo alto de la roca Tarpeia. Cuando los reos eran famosos, en los lugares públicos permanecían las cabezas y miembros en descomposición, al igual que hoy en los territorios dominados por españoles. El Circo

Romano, de trescientas yardas de ancho, estuvo adornado con obeliscos y estatuas. Tuvo un canal construido por Julio César, con cocodrilos y otros animales acuáticos. Heliogábalo, en un alarde de derroche, lo hizo llenar de vino para representar en él una batalla naval. Entretanto, el pueblo se mantenía en la miseria.

A medida que visitábamos la columna Miliana, de donde partían los caminos del imperio, el Palazzo Farnese, el Capitolio y otros sitios famosos, Humann nos hablaba de los estilos jónico, corintio, toscano, de los maestros artesanos traídos de Grecia, de arquitectos, constructores, emperadores, tribunos, de conquistas e intrigas palaciegas. Admiramos la estatua de un león comiéndose un caballo, encontrada en la puerta de Ostia, junto a la pirámide de Cayo Cestios. Vimos varias "Spintria" o escenas eróticas en los muros de antiguos lupanares y en monedas de bronce acuñadas durante los primeros años del imperio, pues el sexo circulaba con libertad. La ciudad es una especie de gran cebolla; capas superpuestas que es necesario descubrir. En la villa Rancureuil, el emperador José II construyó sobre las ruinas un lugar que le sirviera de alojamiento cuando llegaba de visita; ahora estaba destinado a depósito de antigüedades. En el colegio romano, que funcionaba en un antiguo edificio imperial de dos pórticos, visitamos una biblioteca, que en otro tiempo fue dirigida por los jesuitas, donde tienen los materiales y textos que usaba el célebre Atanasio Kircher.

Nos llamó la atención la cantidad de devotos de todos los continentes que deambulan por la ciudad buscando santuarios para ofrecer sus oraciones. Algunos de estos sitios son tan famosos que, para entrar, es necesario someterse a largas colas. El fanatismo es mucho: el pie derecho de la estatua de Moisés de Miguel Ángel, en la iglesia de San Pedro de Víncula, está cubierto por una placa de bronce, para evitar el desgaste de la estatua, pues muchos quieren tocarla y besarla. Vi una vieja desdentada que estregaba sus encías sobre la placa, mientras otros la empujaban para que les dejara espacio. En Santa María Maggiore está la Scala Santa, puesta allí por orden de Sixto V. Consta de veintiocho escalones de mármol, que estaban en la casa de Pilatos, en Jerusalén, y que Jesucristo subió en el momento de la pasión. No se pueden montar sino de rodillas y están tan gastados, que las autoridades han puesto sobre ellos unas tablas para protegerlos...

MARÍA TERESA

Viernes, 25 de octubre.

El aroma de las flores es avasallador. Me marea. Hipólita me dijo: ¿cuánto ha dormido a la luz de la luna? En su rostro había una sonrisa extraña, en sus ojos, un resplandor. No sé qué respondí. Ella me ayudó a levantarme de la mecedora. Ya debía ser medianoche; me había quedado sola, en el corredor, mirando el firmamento. Aún no ha llenado la luna. Luego me acompañó a mi habitación. La casa estaba solitaria y solo ardían los restos de dos velas en el salón, que antes, durante la cena, había estado tan bellamente iluminado. En la habitación Hipólita me ayudó a desvestirme. Me dijo: "le he preparado una tisana para que duerma bien". Sobre el chifonié estaba el pocillo de porcelana. Me lo trajo. Lo bebí a sorbos. Sentí que estaba muy cargado de ron. No protesté. Luego me dejé llevar por el sueño mientras escuchaba un perro que ladraba con lentitud a la luna.

JOSÉ

Germaine Necker, baronesa de Staël, fue, hasta su muerte, hace ya casi diez años, una mujer de condiciones sin par: bella, rica, inteligente y generosa. Su mirada inquisidora podía leer de un golpe lo que uno llevase en la conciencia. A pesar de los años, el rostro y el cuerpo conservaban su encanto, circunstancia que atribuí a lo refinado de su arte en el vestir y en el actuar. La conocí de falda de raso, corpiño endurecido por brocado de plata, amén de una famosa perla negra que colgaba en mitad del escote. Lucía sus pechos con orgullo: cuando el corpiño se le subía un tanto, lo bajaba de nuevo con un ágil meneo de hombros. Había alquilado para su estadía en Roma una casona vecina a la villa d'Este, a donde nos tomaba llegar cerca de una hora en coche, desde nuestro hotel, por la vía Gaeta. Allí fuimos conducidos por Guillermo Humboldt y allí conocimos otras figuras de prestigio, como el ya mencionado Sismondi, el escultor Thorwaldsen y el embajador de España, José de Valencia y Soto, conde de Mesinas, de quien será menester hablar más adelante.

Germaine era aficionada al láudano y durante aquellos días lo usábamos con frecuencia. Nos obsequiaba con un preparado, cuya fórmula era de su invención: opio diluido en vino de Málaga, azafrán, canela y clavo. Justificaba su uso con el argumento de que había sido el fármaco preferido por Luis XIV, Richelieu, Ronsard, Pedro el Grande, Catalina de Rusia, Federico II de Prusia, María Teresa de Austria, Guillermo III de Inglaterra y Goethe. En dosis altas produce sueños agradables, libera del miedo, quita el hambre y el dolor, asegura tranquilidad de espíritu, presencia de animo, rapidez y éxito en las decisiones, paz de conciencia e imparcialidad,

virtudes que, por supuesto, habíamos experimentado, pero que durante aquella temporada pudimos apreciar en mayor grado, por la frecuencia de su uso. Algunos de sus efectos no se logran con la primera dosis, sino por su acumulación, que en mi caso no es fácil, ya que su costo está más allá de mis posibilidades.

Las veladas se iniciaban hacia las cinco de la tarde, a veces antes. Durante aquellas calurosas tardes romanas, Germaine nos ofrecía también generosos vinos blancos Orvieto de Umbría y de la casa Castelli Romani del Latium, que servía fríos y acompañábamos con aceitunas y quesos. El diálogo se calentaba a medida que el láudano y los licores lograban su cometido.

El genovés Jean Charles Léonard Sismondi acompañaba a Mme. de Staël en su viaje por Italia; había estudiado en un seminario protestante de Lyon durante la Revolución. Luego, huyendo de la guerra, se retiró a la Toscana para continuar estudios. Era un enconado crítico del avance de la técnica y de lo que él llamaba "el liberalismo salvaje". Ahora preparaba su libro *Los nuevos principios de la economía política* para combatir las ideas de Adam Smith. Hablaba de la naturaleza de las crisis, los riesgos de la competencia ilimitada, la sobreproducción de bienes y la incapacidad de las masas para acceder al consumo. Según él, nada nuevo sucede en la Europa de hoy. No solo la política y la milicia sino también las artes, las ciencias, la filosofía, tienen sus causas en la Italia de los siglos XII a XVI, cuando surgió con fuerza el milenario espíritu de Roma. Lo que hoy sucede es efecto del antiguo esplendor de los césares: ha cambiado la sede pero su fuerza continua. Los llamados idiomas romances son solo dialectos del latín; el cristianismo, que ahora se bate en retirada por el avance de las ciencias positivas, es un mero epílogo del paganismo...

Su verbo era convincente. Lo escuchábamos con atención y aprendíamos de él. También nos indagaba sobre América. Sus preguntas eran concisas y orientadas a iluminar los temas de su interés: ¿cómo eran los medios de producción en Venezuela y demás países de la América del sur?, ¿qué sucederá cuando sea abolida la esclavitud?, ¿cómo era la tenencia de la tierra?, ¿cuál el nivel medio del ingreso y el consumo?, ¿la capacidad de ahorro de la población?, ¿existían estadísticas sobre las tasas de ahorro e inversión?, ¿cuál podía ser el papel del estado una vez terminase la dominación española?, ¿cuáles los productos principales?, ¿el intercambio con otras naciones?, ¿los niveles de educación técnica?, ¿el grado de monetización?, ¿cómo convertir el viejo sistema de trueque en un moderno sistema monetario?

Debo reconocer que eran más las preguntas que las respuestas. Siempre he creído que es más difícil preguntar que responder, es

decir, definir el problema que encontrar la solución. Sismondi tenía una agudeza mental desconcertante. Sus preguntas sistemáticas abrieron perspectivas en nuestras mentes. Los jóvenes americanos en Europa hablábamos con soltura del futuro de nuestros países, sobre todo cuando nos encontrábamos frente a una botella de vino, pero ¿éramos conscientes de la labor que emprendíamos? La avalancha de preguntas de Sismondi nos puso en guardia en cuanto a nuestra propia solidez intelectual. Más o menos sabíamos cuáles eran los recursos físicos, la producción agropecuaria, la configuración racial del pueblo, el estado de los caminos... pero, ¿cuáles los recursos mentales?, ¿con qué conceptos iríamos a fundar un nuevo sistema de justicia?, ¿un cuerpo legislativo?, ¿dónde estaban los administradores de la cosa pública? La guerra sería apenas el comienzo. A la estrategia militar exitosa debía seguir una estrategia política más compleja. El mayor escollo, no había duda, era el nivel general de la educación. Yo, que había sido maestro de escuela, bien conocía esta dificultad: la había expresado en mis *Reflexiones sobre los efectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas y los medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*, ensayo que había presentado, sin obtener respuesta, al cabildo de Caracas en 1794, como he dicho en otro lugar. Antes que educar párvulos, teníamos que formar maestros. ¿Cómo crear una democracia participante con una población esclavizada, a la que por siglos se le había negado hasta el más elemental de los derechos, el derecho de pensar libremente? ¿Cómo insuflarle a un pueblo con mentalidad de conquistado, una concepción libre de la vida?

EL AUTOR

Luego me sumí en la lectura de la pieza que me pareció más interesante: *Sofía, Romance neogranadino*. Es una novela corta dedicada a "los señores Enrique i Eusebio Umaña Ricáute, en prueba de amistad", escenificada en la región de Fusagasugá en la década de 1830. Narra las persecuciones ejercidas sobre los últimos representantes del realismo español, en aquellos primeros años de la república.

Me concentré con tal atención en la novelita que se me pasó el tiempo. Al final de la tarde el empleado se me acercó para manifestarme que era hora de salir, que ya estaban cerrando la biblioteca. Aún me faltaba harto número de páginas para concluir su lectura. Me parecía que bien valía la pena someterla a un análisis cuidadoso y me propuse regresar al día siguiente para obtener una fotocopia. Ya me levantaba cuando noté al final del volumen unas hojas manuscritas. Rápidamente las examiné: no están tituladas ni

aparece el nombre de su autor. Tampoco figuran en el índice manuscrito de la contratapa. Comienzan simplemente con la fecha "lunes, 23 de septiembre de 1802". El papel está amarillento, la tinta borrosa en algunos lugares. La caligrafía es de una belleza excepcional; supuse que era de mujer. Leí algunos renglones pero ya el empleado me urgía a devolverle el libro y salir. Se lo entregué, solicitándole que, por favor, no lo regresara al sótano, porque yo volvería al día siguiente para continuar con la lectura.

JOSÉ

El carácter de Simón se había transformado. Ahora estaba menos interesado en francachelas y pasaba más tiempo leyendo. Desde las charlas literarias con Manzoni en Milán se le agudizó su interés por los libros. Las bibliotecas y librerías se volvieron lugares de visita obligada. No es que antes no las hubiese visitado, solo que ahora era insistente; sabía escoger mejor, leía con detenimiento, hablaba con confianza de lo que leía y desarrolló un espíritu crítico. Tomaba notas y cuando decidía leer determinado texto, lo buscaba sin cansancio. Siempre llevaba consigo una lista de obras que quería adquirir. La amistad con Guillermo Humboldt, Humann, Sismondi, Mme. Staël y luego con el escultor Thorwaldsen le dejaron huellas importantes. Tenía derroteros: lo que preguntaba o los sitios históricos que escogía, respondían a necesidades sentidas, como si siguiera las coordenadas de un mapa mental. La historia de la Urbs Roma lo tenía fascinado y consultaba con frecuencia el plano latino de Humann. Un día le preguntó:

—¿Es posible utilizar los avances de la cartografía para dibujar, no una situación en el pasado, sino en el porvenir? ¿Cómo trazar el contorno de las futuras naciones de América?

Por aquellos días su territorio imaginado era de límites difusos y con elementos fantásticos, como los de los navegantes del siglo XVI. Aún hoy, me parece, son más los vacíos que las presencias en la carta de Colombia. Pero estos veinte años de lucha han servido, Sr. Coburg, quizá, para modificar la naturaleza de las preguntas y eliminar algunas de las fantasías de nuestro sueño utópico.

MARÍA TERESA

Domingo, 27 de octubre.

Anoche hizo calor, tanto que la camisa se me pegaba al cuerpo; no usé el mosquitero. La ventana estaba cerrada y llamé a Hipólita para que la abriera. Ella la abrió y dijo: "debe arroparse bien porque

al amanecer enfría". Y se fue. Entonces me dormí. Y de repente desperté. La luz de la luna entraba por la ventana. Me pareció haber escuchado el aletazo de un murciélago contra los muros. Me cubrí con la sábana pero levantaba el borde para mirar. Junto a la cómoda había una sombra. Pasé largo rato mirándola. Era una rata grande, sus ojos despedían un brillo dorado. Y desapareció. No supe cuándo se fue, ni por dónde. Fue entonces cuando me vino el susto. Imaginé que el animal podía subirse a mi cama. Salté, abrí la puerta y salí al corredor. Estaba iluminado por la luna llena; vi la hamaca y pensé que hasta allí no subiría la rata. Me eché en ella y me quedé mirando la luna; no había nubes. La brisa había cesado. Los árboles estaban inmóviles. Llegaban ruidos de insectos y dentro de mi cabeza sentí un lejano rumor, como de aguas. Luego ladraron los perros. Recordé que Matea había dicho que los perros pueden olfatear los fantasmas.

Esta mañana Matea se enfadó. Me dijo que era malo dormir bajo la luz de la luna.

SIMÓN

—La visita del cura me dejó pensando en Dios. ¿Existe, acaso?

—Ningún pueblo se ha fundado hasta ahora sobre los solos principios de la ciencia y la razón; estos desempeñan una función accesoria. Se requieren otras fuerzas. La afirmación perenne y constante del ser, solo es posible bajo los auspicios de algún dios. Piensa en esto: cuanto más vigorosa es una nación, tanto más particular es su dios.

—Quizás por eso la idea de dios me ha atormentado siempre: ha sido el mayor estorbo para establecer el concepto de libertad. Con Dios pasa lo mismo que con la muerte: es necesario perderle el miedo.

—¿Perderle el miedo a Dios?

—Sí, y a la muerte. Si yo no existiese, ellos tampoco existirían. En mí adquieren realidad, conciencia de sí.

JOSÉ

Bertel Thorwaldsen era de origen danés. Vivió en Reykjavik, Islandia, donde su padre fue tallador de madera. Asistió a la academia de artes de Copenhagen y allí ganó una beca para estudiar en Roma. Se hizo célebre cuando Antonio Cánova, el gran escultor italiano, elogió públicamente su obra. Ahora, en el salón de Mme. Staël, fascinaba a los circunstantes con sus inquietos ojos de un azul claro y su acento extranjero. Hablaba del proyecto de un

friso con la figura de Alejandro para el Palazzo Quirinale y de unas piezas colosales con las figuras de Cristo y los doce apóstoles, que soñaba algún día exhibir en Copenhagen. Hablaba también de política. Como tantos artistas de la época, no podía ocultar su admiración por la empresa napoleónica...

—¿Qué extraño coqueteo existe entre el arte y el poder?, ¿entre los emperadores, de un lado, y los poetas, los escultores o los músicos, de otro?

El arte tiene una función política. Desde siempre los poderosos han necesitado dominar el espacio público: plazas, avenidas, templos. Y nada más adecuado para ejercer este dominio que la obra de arte. La arquitectura y la escultura han sido las preferidas; también la música, como espectáculo de masas, y el teatro en España, en la época de los Felipes. Todo gran artista ha soñado con una obra total, que sea como el aleph del orden social; una obra que aglutine de manera orgánica a los miembros de la sociedad, en una suerte de estructura. Solo se necesita que las gentes se sientan parte de tal obra. Thorwaldsen lo sabía perfectamente.

Entonces les narré nuestra experiencia en Marengo: un ejército inmenso bajo una sola voluntad. Evento colectivo de significación emocional y estética; cada soldado, un punto en la gran arquitectura viva. ¡La organización militar como obra de arte! ¡La masa moldeada por la mano del general-artista! ¿Existe, acaso, una materia prima más noble?

Humboldt replicó que tal imagen nada tenía de novedoso. Era una simple aplicación de una idea milenaria de uso corriente en las logias: Dios como arquitecto y el mundo como su obra de arte. Sismondi, quien había estado en silencio esperando el descenlace, intervino, aterrado, y dijo que por esta línea de pensamiento se podía justifica el absolutismo más aberrante. Cualquier emperador con pretensiones de artista podía sentirse un dios con derecho a utilizar a su amaño y para su propia satisfacción el material humano... Soltó una sentencia con la que quedó cancelado el tema: Natura inimica sunt libera civitas et rex, un estado libre y un rey son enemigos naturales...

SIMÓN

—¿De qué tamaño es la obra que construí?, ¿quedó concluida, o es apenas un esbozo?, ¿podrá con este esbozo soñar algún día, algún otro artista soñador, otra vez el sueño de la patria?

—¿Es tan alta la fiebre que ahora quieres ser artista? ¿Por qué arropas tu incertidumbre política con el lenguaje de la estética?

—Dices bien. La estética, hermana de la libertad, nivel femenino

de la razón, me sirvió para comprender la sociedad como un cuerpo bello y para soñar con un programa en el cual el individuo y el universo actuaran en armonía. Yo veía la estética elevarse con noble audacia sobre la miseria de lo cotidiano. La imagino libre: recibe normas solo del espíritu. Es autónoma, en ella predomina la imaginación; en ella tiene la historia su progreso más visible... bajo su bandera, imagino un Estado en el que el libre albedrío llegue hasta su propio límite y de manera espontánea evite pasar al territorio del libertinaje. Es que la libertad no puede ser formulada sin un mínimo de sensibilidad estética: esta hace florecer la iglesia pura y el estado ideal, que no tienen necesidad de subyugar a nadie ni sacrificar la dignidad para manifestar su gracia.

—Ya te lo quisieras, gran iluso. Ahora sabes que todas esas frases bellas han quedado sin sentido. Si los individuos pudieran darse a sí mismos la ley desde el abismo de sus conciencias, gracias a esa pretendida sensibilidad estética universal, no hubieras requerido imponer tus decretos burdos desde la jerarquía. Tu tragedia es conmovedora: no pudiste legislar sin violencia. ¿Cómo hacer que la ley no sea algo impuesto sino algo que brota de cada uno?, ¿cómo definir, sin dudas, el denominador común que anida en la conciencia de venezolanos, granadinos, quiteños, peruanos, de llaneros y serranos, de pescadores y agricultores, de blancos, pardos, mestizos, negros e indígenas? ¿Existe, Dios mío, algún vínculo entre tantas diferencias? ¿Cómo construir un poder político con base en una miríada de casos particulares? ¿Debe lo bello y lo justo imponerse? ¿Por qué no surgen espontáneos?

—Te excedes en las preguntas cuando no hay respuestas. Lo que sí queda claro es que todos los gobernantes, incluyendo al propio Simón Bolívar, hemos caído en la tentación de seducir a los gobernados con los encantos falsos de la retórica y la propaganda.

—Para tener éxito como gobernante, militar y artista, tenías que haber primero resuelto el gran dilema: la razón está al servicio de lo general, la estética de lo particular. ¿Cómo hermanarlas? Escogiste la razón. Para imponer el orden que creías razonable, aplicaste dosis demasiado altas de autoritarismo.

—Lo hice cuando comprendí que no habría consenso.

—Si de verdad existiese ese consenso moral del que hablan los filósofos, sobrarían los gobernantes y los militares y todos serían artistas.

—Pues sí. Es evidente que no lo hay, y que nunca se logrará. Y tal es la justificación del absolutismo.

—Tú, que amas las paradojas, observa la siguiente: los revolucionarios franceses están decididos a difundir por el orbe a cualquier costo la igualdad, la libertad, la fraternidad. Son tan

autoritarios como el peor dictador.

MARÍA TERESA

Martes, 29 de octubre.

Hoy me desperté inquieta, como si alguien estuviese junto a mi cama. Mi primer sentimiento fue de tristeza: Simón está en Caracas; la casa parece más grande y los salones están tan silenciosos y oscuros que el ruido de cualquier pisada rueda interminable. Oí el tintineo de la vajilla desde cuando Hipólita salió de la cocina con la bandeja del café. Venía canturreando. Llegó al comedor y escuché la chanza que le hizo al negrito Pascasio. Este, seguramente, subido en la escalera, limpiaba los apliques de yeso manchados con el humo de las velas, en el techo, alrededor de la lámpara principal; labor innecesaria, pues con los años, el hollín ha sido tanto que la superficie blanca ha quedado destruida. Pero Pascasio no tiene otro objeto en su vida que el de limpiar durante el día lo que en la noche volverá a tiznarse. Hipólita, riéndose, quizá, de la expresión del negrito, se internó por la galería de habitaciones, y cada momento me parecía que el tintineo de la vajilla sonaba más duro. Cuando entró en mi cuarto noté que ella traía un vestido morado, cuyo ruedo llegaba hasta el suelo y, en el pelo, un pañuelo amarillo. Me sirvió el café con pastelillos de maíz y dulce de guayaba. Bajé de la cama y busqué mi bata. Pensé que la había dejado en el sillón. Hipólita la encontró en la silla del pasillo.

El cielo de la mañana se veía a través de la ventana. Era azul, pero yo sabía que con el calor del mediodía se pondría gris. Por fin dejé de mirar el cielo. Hipólita arreglaba las sábanas. Yo no me sentía bien, sabía que había soñado, pero ahora no recordaba nada. Volví a acostarme. Ella dijo:

—¿Le dejo la ventana abierta, niña Teresa?

—No, ciérrela.

Hipólita se retiró. ¿Por qué llevará hoy pañuelo amarillo?

JOSÉ

El epílogo de aquellas conversaciones ocurrió días después. Una mañana, en el comedor del hotel, estando Simón, Fernando y yo, aquél nos narró el siguiente sueño:

A la entrada de una bahía rodeada de selvas milenarias se levanta una estatua de mujer con una antorcha en alto. Las gentes pueden ascender hasta la parte superior por retorcidos senderos y escalones interiores. Es tan alta que desde la antorcha, que sirve de

terraza y mirador, se divisa el territorio de cinco repúblicas. La hilera de los que quieren entrar a la estatua y ser parte de ella, llega hasta los confines del mundo.

SIMÓN

—Has venido caminando en círculos cada vez más estrechos. Vas llegando, finalmente, al punto en el que caerá la hoja fatal. Ya no eres más que tu sombra, pronto no serás más que un nombre...

—Pero qué nombre: ¡Bolívar!

MARÍA TERESA

Lunes, 4 de noviembre.

Simón ha regresado. ¡Qué alegría! Trae buenas noticias porque logró embarcar la mercancía. Ahora se la pasa discutiendo un plan de siembras con Maraves. Pero a mí, este hombre no me gusta. Tiene una mirada oscura, una manera extraña de moverse. Me da la sensación de que sabe más cosas de las que dice. Simón confía en él. Por eso no me atrevo a expresarle mi opinión, ni a hacer preguntas. No debo meterme en los asuntos de la hacienda.

JOSÉ

Tirados en la grama sobre tapices y cojines de seda, en la parte más sombreada del parque de la casa de Mme. de Staël, gozábamos de la brisa y del el espectáculo de las nubes blanquísimas moviéndose por el horizonte, mientras recitábamos poemas latinos. Achispado por el vino, el láudano y la poesía, pregunté por qué el embajador Humboldt no se nos unía con más frecuencia en nuestro jolgorio. Mme. de Staël, con una risita, dijo que "ahora está muy ocupado". Pronto se supo que no se debía a exceso de trabajo diplomático, ni a sus estudios arqueológicos: pasaba las tardes con cierta damita de la ciudad. La intriga no duró, pues la romana quiso saborear en público lo que el embajador prefería para la intimidad... Humboldt estaba casado con Caroline von Dacheröde, tenían varios hijos y formaban un matrimonio ejemplar, como habíamos comprobado por invitación que nos hicieran una noche a su residencia.

Les narrábamos nuestra vida en Caracas, Madrid, Viena, los músicos famosos que allí conocimos, los incidentes de nuestro viaje por el sur de Francia, por los Alpes, Milán, Turín, Venecia y Florencia. Comentamos sobre el gitano que había llamado a Simón

"Liberatore" utilizando unos versos de Dante. Los temas festivos, las frases de ingenio, la ironía y el chisme ocupaban las horas. El ambiente era agradable, pero en mi caso particular, Sr. Coburg, debo confesar que siento reato de conciencia cuando este tipo de situaciones se prolonga más de lo debido, porque me hago el reproche de estar perdiendo el tiempo. Era consciente de la altura intelectual de los circunstantes y, si tenía ocasión, prefería encauzar la charla hacia temas de más sustancia. El tiempo me ha dado la razón: hoy se considera a Guillermo Humboldt, con Goethe y Schiller "la tríada" del genio alemán. Gran amigo de aquellos dos poetas, mantenía con Schiller correspondencia abundante, pues por una época estuvo interesado en la estética. Escribía sobre ella y había desarrollado conceptos originales, sobre todo a partir de la lectura de *Hermann und Dorothea* de Goethe, obrita que nos recomendó como uno de los hallazgos más interesantes de los últimos años. En París realizó experimentos con Gay-Lussac. Luego, atraído por la riqueza artística de Roma, se hizo nombrar embajador en esta ciudad. Como se sabe, es, además de arqueólogo, un pozo de sabiduría en asuntos del lenguaje. Por aquellos días se interesaba por el país vasco, su lengua y su cultura, y preparaba un viaje por aquel territorio. También había iniciado estudios de lenguas orientales. Yo, que he sido traductor, maestro de gramática, políglota y profesor de idiomas y siempre he sentido fascinación por los secretos del habla, no podía aspirar a un interlocutor más distinguido. No voy a repetir aquí las recomendaciones de lectura, las largas sesiones sobre filología y fonología, ni sobre su tesis, que considero revolucionaria, sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia en el desarrollo espiritual de la humanidad. Estaba convencido de que el verdadero conocimiento es el que se funda en la experiencia viva; que el lenguaje media entre los individuos pero que acrecienta las diferencias, que no tiene existencia real más que en cada acto de habla, que no es *ergon* sino *energeia*, no un sistema sino un método, un "saber hacer" o "saber técnico". Dijo que una lengua no es algo que uno posee, sino lo que nos permite poseer un mundo, que el carácter de la cultura se expresa por el lenguaje... La realidad asume una representación diferente de acuerdo con el lenguaje con el que se expresa. ¿Qué mejor forma de ampliar el conocimiento que la de aprender lenguas extranjeras? Creía que una de las mayores riquezas de la América del sur era, precisamente, su extraordinaria variedad de lenguas. Según él, en nuestra América no existía una cultura, ni una identidad, ni una realidad. Existía una multiplicidad de mundos en contacto... ¿Qué se estaba haciendo para estudiarlos?

—Pues nada, respondí. Antes algunos curas doctrineros

estudiaban las lenguas de los indios para mejor llevarles el mensaje religioso. Ahora, lo usual es imponerles el castellano, con el ánimo de crear una cultura uniforme dentro del sistema de valores español. Le conté que a los esclavos negros venidos de Africa, provenientes también de tribus distintas, con lenguas diferentes, se les "civiliza" obligándolos a hablar solo el castellano, y que, por lo general, una generación más tarde ya nadie conoce el idioma de sus ancestros...

—¡Qué barbaridad!

SIMÓN

—¿Tú, que te crees héroe, no te da vergüenza morir en la cama?

—En esta etapa terminal me niego a ser ejemplo para nadie.

—¿Entonces?

—Que mis restos mortales sean depositados en Caracas, mi patria. Allí, a pesar de todo, no faltará quien me considere héroe y me levante un monumento.

JOSÉ

Simón hablaba de los pueblos americanos, pero hablaba en general. Sus propósitos particulares, su juramento en el Aventino, su vocación heroica eran secretos solo conmigo compartidos. ¿Por qué tanto celo?, ¿estaba inseguro de su derrotero?, ¿temía hacer el ridículo?, ¿quería, con los años, darles a estos señorones una sorpresa? No lo sé. En los salones de París se hizo famoso por su facilidad de palabra y su optimismo desbordado. En Roma, por el contrario, se expresó con mesura y sentido común. Mostraba confianza en el futuro. Era consciente de la necesidad de preparar jóvenes, no solo en las labores de la guerra sino en las de la paz. Se requerían colegios y universidades, expediciones botánicas y geográficas, viajes de estudio a Europa y Estados Unidos; antes de iniciar la contienda era necesario saber con cuántos líderes se contaba. ¿Cuáles países del resto del mundo estaban interesados a terciar en favor de las colonias? Estos temas prolongaban las tertulias: Inglaterra, por supuesto, era la principal interesada. Pero sostenía una confrontación con Francia y tenía que sortear conflictos con sus propias colonias en diferentes partes. ¿Estados Unidos? La posibilidad de lograr su atención era remota: aún no consolidaba su territorio. ¿Prusia? Tampoco. Las movidas del Corso no le permitían apartar los ojos de Europa. ¿Francia? Era una posibilidad, pero ¿cómo ganar el favor de Napoleón quien seguramente no consideraba terminada su labor en el viejo

continente?

Sismondi habló, no de comprometer un país sino de atraer la iniciativa privada: bancos, comerciantes, industriales, armadores, no importa de qué nacionalidad. En todas partes había gentes ricas con deseo de aumentar su dinero. La riqueza sin dueño de la América del sur era el mayor polo de atracción. Ocurrirían migraciones, surgirían emporios por doquier...

EL AUTOR

Una semana más tarde regresé a la Biblioteca Nacional. Había crecido mi inquietud respecto del manuscrito de 1802. Era evidente que se trataba de un diario. El Coronel había nacido en 1805, en El Santuario, Antioquia, y, por lo tanto, el diario pertenecía a otra persona. ¿Quién? ¿Cómo lo había obtenido?

Por suerte el tomo apareció sin mayor demora. Para este momento me había olvidado de la novela *Sofía* y todo mi interés se centraba en el diario. Lo leí de un tirón. Los nombres propios me revelaron que se trataba de un documento de valor excepcional para la historia de América. Era, nada menos, que el diario íntimo de María Teresa Rodríguez del Toro, la esposa del Libertador.

JOSÉ

En cuanto a Mme. de Staël, sus ideas y su estilo literario eran paradigmas en el continente. Simón y yo habíamos leído sus libros y teníamos idea de su carácter y su pensamiento. Salió de París por causa de su apoyo a los Girondinos y estableció en Coppet un lugar de encuentro de intelectuales. Ya fuese allí o en París, Weimar, Viena o Roma, su salón era centro de atención de filósofos, artistas, políticos. Cuando la conocimos hacía diez años vivía con Benjamin Constant, el novelista franco-ruso quien con frecuencia se le compara con Stendhal. No tratamos en persona a Constant, porque aquel verano él viajaba por Holanda, pero leímos sus obras. Lejos estábamos de imaginar, Sr. Coburg, la actitud rencorosa que ha adoptado recientemente contra Bolívar. En Weimar, Mme. de Staël y Constant establecieron relaciones con Goethe, Schiller y los hermanos Schlegel, cuyas obras nos invitó a leer. Ella se dedicaba ahora a reunir materiales para su próxima novela, *Corinne*, en la que quería abordar el tema de las diferencias culturales entre los habitantes del norte y los del sur de Europa. Tenía obsesiones: ¿por qué el centro de poder se mueve de un lugar a otro? Sin duda, por los cambios del conocimiento. Por siglos el poder había estado a orillas del Mediterráneo. En el siglo XVII se trasladó hacia el norte:

Prusia, Holanda, Inglaterra, rutas que bien podían trazarse en el mapa de los descubrimientos científicos. Ahora estaba en Francia. ¿Significaba esto un regreso al Mediterráneo? España y Rusia se mantenían en la periferia. ¿No eran ambas las naciones más fanáticas en cuestión religiosa? Y en el futuro, ¿cuáles serían los senderos del poder?, ¿qué papel iría a desempeñar Estados Unidos?, ¿cómo se jugarían las cartas en relación con la América del sur?

Nos relató sus conversaciones con Goethe en Weimar. El poeta imaginó un personaje de origen aldeano, Fausto, de mediana edad, que a cambio precisamente de conocimiento, le había entregado su alma a Mefisto. ¿No era Fausto el signo más claro de los tiempos? Con el pacto buscaba destruir la superstición para abrirle a millones el espacio de la libertad. Goethe, con su *Fausto*, le estaba señalando al género humano el camino hacia la madurez, los estadios superiores de la evolución. Nuestra anfitriona explicó que Goethe era un admirador del conde Saint Simon y asumía como propios los sueños del iluminado francés, sueños que otros descartaban, por utópicos: un canal para unir el Danubio con el Rhin, otro que atravesase el istmo del Suez... y el más necesario: un canal por Panamá, que sería, de seguro, construido por Estados Unidos. ¿No había este joven país emprendido la conquista del Oeste? ¿No estaban ya ocupados los territorios allende las Montañas Rocosas?

Al oír esto Simón y yo cruzamos una mirada de complicidad. Tanto él como yo estuvimos tentados a interrumpir su charla para decirle, a gritos si fuese necesario, que no serían los Estados Unidos sino la Nueva Granada y Venezuela, unidos y poderosos, los llamados a construir el canal. Era nuestro derecho natural y estábamos dispuestos a defenderlo a cualquier precio. Tal es, sin duda, Sr. Coburg, el propósito que ha movido a Simón Bolívar a convocar en Panamá el congreso anfitriónico. Teníamos que informarle a Mme. Staël que Saint Simon y Goethe no eran los primeros en soñar con este asunto. Ya en la primera mitad del siglo XVI los españoles intuyeron la conveniencia de construirlo. Así lo atestigua el libro de Manuel Serrano y Sáenz, *Las exploraciones del istmo de Panamá en los años 1527 a 1535*. Hernán Cortés fue comisionado por el emperador Carlos V para desarrollar los primeros diseños. El tema era desde entonces motivo de debate: hay que leer los escritos de Saavedra y Fajardo y Antonio Galvao. Goethe y Mme. de Staël le atribuían a Estados Unidos el derecho y la capacidad. ¿Por qué no a nuestro país, heredero directo de lo bueno que hubiese tenido el imperio español? ¿Nos creían tan imbéciles? En ese momento, por desgracia, la explicación era obvia: Estados Unidos consolidaba su integridad territorial, su poder político y económico y ya era respetado, mientras nosotros

sufríamos aún la usurpación extranjera y ni siquiera habíamos comenzado nuestra tarea de independencia. Aunque el coloso del norte no tuviese el derecho, tenía la capacidad. Las cosas han cambiado en estos años, y ¡a qué velocidad! ¿Qué pensarían hoy? ¡Ya no parece tan obvio que sea Estados Unidos y no Colombia el llamado a emprender la magna obra! Y mientras nos movíamos incómodos en nuestras sillas, Mme. de Staël citaba a Goethe y profetizaba que a lo largo de las costas del Pacífico, donde la naturaleza ofrece los puertos más capaces, se levantarán centros comerciales para el intercambio entre China, las Indias Orientales y Europa, pasando siempre por América. En estas circunstancias, el canal es una obra imprescindible. Lo que fascinaba a nuestra ilustre anfitriona, sin embargo, no eran tanto aquellos proyectos maravillosos de ingeniería, sobre los cuales nosotros, desde Venecia, también teníamos ideas propias, sino la manera como Goethe los convertía en poesía sublime. Ya circulaba un primer fragmento del *Fausto* y pronto iríamos a conocer el poema en su totalidad. Los técnicos y científicos, inspirados a veces en la poesía, mejoran por lo regular su interpretación de lo real. Goethe, en cambio, inspirado en proyectos específicos, revoluciona la poesía... Mme. de Staël seguía hablando pero nosotros ya no la escuchábamos. Solo nos repetíamos una y otra vez:

—¡Un canal por Panamá! ¡Dios mío!

SIMÓN

—¿Quién es este monarca sin cetro ni corona extraviado en el centro de su palacio?

—Los inocentes pajes ya no están más. Ahora cada uno combate por un reino sin dueño todavía.

—Las damas de la corte preparan el exilio.

—¿De quién pues esta mano inhábil, estos ojos que solo ven fronteras indecisas o el viento que dispersa los restos del banquete?

—Llegué tarde, no tengo nada que hacer aquí, no he reconocido los puentes levadizos y ese que se tendía no era el que yo buscaba.

—Me expulsarán los últimos centinelas despiertos aún en las almenas: también ellos preguntarán quién soy, cuál es mi reino.

JOSÉ

En casa de Mme. de Staël conocimos al embajador español ante el Vaticano, José de Valencia y Soto, conde de Mesinas. Tenía sesenta y cinco años y aparentaba diez más, debido, sin duda, a alguna enfermedad grave. Su rostro era seco y estaba surcado por

pequeñas arrugas, sobre todo alrededor de los ojos. Los cabellos eran blancos y escasos y la nariz recordaba el pico de alguna ave tropical. Cuando se enteró de nuestro origen caraqueño y de la alcurnia mantuana de Simón, trató de hacerse a nuestra amistad. A pesar de sus atenciones, debo confesar la antipatía que sentí hacia él. Al ser presentados, luego de las fórmulas de rigor, nos espetó dos preguntas cuya motivación no disimuló: ¿Qué noticias teníamos de Venezuela y la Nueva Granada? ¿Sabíamos, acaso, del paradero de Miranda? Al embajador Humboldt le había también demostrado su inquietud, tratando de indagar de qué lado estábamos nosotros, si éramos agentes de Miranda, espías o conspiradores.

Con el ánimo de ganar nuestra confianza, me parece, el mismo día de la presentación se nos ofreció para conseguirnos una entrevista con el papa Pío VII, ofrecimiento que Simón aceptó en el acto. Humboldt, que estaba presente, se sorprendió; él mismo habría podido ponernos en contacto con el pontífice, pero no se imaginó que pudiéramos tener interés.

—¿Cómo no?, exclamó sin ironía Simón. El poder de la Iglesia en América es infinito...

De nuevo las circunstancias de la colonia se hacían centro de la conversación.

—¿Cuál es la posición del clero frente a los asuntos políticos?

—¡Oposición cerrada! ¡Rechazo absoluto a cualquier brote de insurrección!, se apresuró a decir Mesinas.

Yo disentí. Dije que, en verdad, en las altas esferas existía una alianza entre prelados y funcionarios públicos, pero que en los pueblos, las minas, las haciendas, las misiones de catequesis, en llanos y selvas, los sacerdotes doctrineros estaban más cerca del negro y del indio, del campesino pobre, que de los poderosos. Entre aquellos curas de valles y montañas había muchos que apoyarían una reforma de los sistemas. Yo, que había vivido en tales sitios, podía testificarlo.

Estas observaciones mías fueron mal recibidas por el español, que no pudo disimular su palidez. No se habló más del asunto y desde ese momento nuestras relaciones con el diplomático fueron frías. Acabarían por romperse con los incidentes de la visita al papa.

Esta tuvo lugar una mañana de comienzos de septiembre. Por insistencia del embajador y ante lo recargado de la agenda pontificia, nuestros nombres fueron agregados a una lista de nobles polacos que habían solicitado audiencia desde hacía meses. Nos dimos cita temprana en la plaza de San Pedro, frente a la basílica. El lugar estaba inundado de gentes de muchos países: mendigos, devotos que entraban de rodillas en el templo en espera de algún milagro, peregrinos humildes, diplomáticos y otras personas de

alcurnia. Los curas y monjas eran muchedumbre. Los había de sotana negra, blanca, morada, de zapatillas de hebilla plateada. Había pregoneros y vendedores de estampas, medallas, grabados con la efigie del Papa o de los santos. En muchos rostros se leía la ilusión de que el Pontífice saliera por alguna de las ventanas a bendecir a la multitud. Se acechaba también la llegada de cardenales y prelados que, al descender de sus carruajes, repartían bendiciones. El conjunto semejaba más un mercado persa que el santuario mayor de la cristiandad.

Cuando estuvimos reunidos con nuestro anfitrión, ingresamos directamente a las salas pontificias, custodiadas por la guardia suiza. La recepción tuvo lugar en un aposento pequeño y apenas duró unos minutos. No hubo espera; Pío VII vino acompañado de dos cardenales. Su rostro me pareció afectado por la bilis, su mirada cansina y su voz apagada. Se iniciaron las presentaciones; primero los polacos. Un vocero recitaba los títulos de cada uno y el aludido caía de rodillas y se acercaba para besar la cruz que el pontífice exhibía en sus sandalias. Recibía la bendición y pasaba el siguiente. Cuando llegó nuestro turno, Mesinas hizo las presentaciones hablando un italiano excelente. Debíamos ajustarnos al mismo ritual. De Simón dijo que era caraqueño de familia española, rico, católico y devoto. Este inclinó su cabeza, mas no se arrodilló. Sí lo hicimos Fernando y yo. Debo confesar que este gesto humillante fue una dura prueba y que en aquel momento me sorprendió la altivez de Simón. Mesinas había comentado que Su Santidad acostumbraba leer algunas palabras de bienvenida en el idioma de sus visitantes. Nos bendijo de nuevo en latín, uno de los cardenales le pasó un escrito y leyó unas frases en polaco, para gran satisfacción de quienes nos acompañaban. Luego se retiró seguido por sus cardenales, sin depararnos siquiera una mirada. Mesinas nos indicó otra salida; estaba indignado. Por experiencia sabía que sus invitados españoles recibían siempre la más bella alocución; en esta oportunidad, Pío VII se había fastidiado.

Iniciamos el recorrido por los corredores atiborrados de obras de arte. Frescos, tapices, óleos, bronces, mármoles. Al llegar a la segunda sala, conocida como la Stanza della Segnatura y, mientras admirábamos el inmenso lienzo de Rafael titulado "La verdad", el embajador, con la voz quebrada por el disgusto, le reprochó a Simón:

—¿Por qué no os habéis arrodillado?

—Porque no he tenido por costumbre arrodillarme ante nadie.

—¡Pero se trata nada menos que de Su Santidad!

—Los actos serviles no lo hacen más digno.

Mesinas se separó de su lado. A partir de ese momento quedó

suspendido todo diálogo entre los dos.

Avanzamos por la Sala di Constantino y por la Capella di Beato Angélico. Caminamos con paso sostenido. Para examinar en detalle lo que estas salas contienen necesitaríamos meses, años quizás. Evoqué a Winckelmann, el arqueólogo y bibliotecario alemán, que había dedicado los mejores años de su vida a estudiar y clasificar las miles de piezas que duermen el sueño de los siglos en los sótanos del Vaticano, y de quien tanto nos había hablado en Turín nuestro querido amigo, el barón Franz Schönenberg. Lo que veíamos ahora era apenas una porción de todo lo que aún estaba por exhibir, clasificar y conocer. ¿Qué secretos escondían las otras edificaciones que veíamos por las ventanas, rodeadas de rosales y parques de cipreses? La ciudad de los papas es un laberinto milenario. La imaginación nunca podrá apreciar en su verdadera dimensión el valor de las piezas de arte allí acumuladas y ni el contenido, en muchos casos siniestro —historias inconfesables de papas y cardenales— de sus archivos.

Fernando acompañaba al embajador; yo marchaba detrás, con Simón. Solo nos detuvimos en la Stanza di Eliodoro, ante un cuadro de gran formato, que representa a Atila a punto de invadir Roma, en 410. Con inusitado detalle refleja la actitud fiera del conquistador y el temor en los ojos de Inocencio I. Al fondo, la ciudad imperial, vencida de antemano. ¿Una prefiguración, acaso, de lo que sucedía por aquellos años entre la Santa Sede y el creciente poder napoleónico?

MARÍA TERESA

Miércoles, 13 de noviembre.

Son las seis de la tarde. He venido a mi habitación a cambiarme para la cena. Me he mirado al espejo largo rato y veo en mis ojos una sombra que antes no veía. No, no es una sombra sino más bien un brillo. ¿Brillo? Bueno, no encuentro la palabra; algo en mi mirada, algo que no puedo describir. Es que una vaga inquietud me viene creciendo desde hace días... pero tampoco acierto a describirla.

SIMÓN

—El regalo que conmigo enviaba la diosa libertad, ya no tengo a quién entregarlo.

—¿Quién va a recibirte nada, con ese semblante hipocrático que traes?

EL AUTOR

¿Cómo llegó a manos de Anselmo Pineda el diario de María Teresa?

En este punto solo puedo aventurar conjeturas: al morir María Teresa en Caracas en enero de 1803, Bolívar regresó a Europa, llevándose las pertenencias íntimas de su esposa. La historia registra la visita que el joven viudo le ofreció a su suegro, don Bernardo, en Bilbao, y la entrega que le hizo de unas joyas y un ramillete de encajes, recuerdos de María Teresa. Luego viajó por España y Francia y pasó una temporada en Viena, en compañía de su maestro José Carreño, tal como ha quedado registrado en estas páginas. En algún momento de desahogo pudo hablarle de los papeles de su esposa, y, quizá, confiarlos a su custodia. Opino que Carreño los guardó durante toda su vida en un famoso baúl de cuero que siempre llevaba consigo, junto con sus propios escritos y sus pobres pertenencias. Al regresar Carreño a América en 1826, estuvo en Bogotá en busca del Libertador. Por aquella época, Pineda era oficial escribiente de la Secretaría de Hacienda y seguramente conoció a Carreño. Sería, sin embargo, entre 1845 y 1849 cuando el diario pasó a manos del Coronel, siendo este prefecto del Caquetá y del Cauca, por nombramiento que le hiciera el Presidente, General Tomás Cipriano de Mosquera. Residía en la población de Túquerres. Carreño, ya casi octogenario y sumido en la miseria, venía del Alto Perú en viaje hacia Bogotá, donde esperaba obtener una pensión de parte del gobierno. Al llegar a Túquerres, Pineda le ofreció vivienda, una asignación modesta y un grupo de alumnos a quienes tutoriar. Estas serían sus palabras:

—Aquí hace más falta un hombre como Ud, don José, que en Bogotá.

José vaciló, pero poco después recibió noticias del ascenso al poder del General José Hilario López, reconocido opositor de Bolívar. Con esta noticia se le desvaneció a Carreño la ilusión de una ayuda oficial en Bogotá. Aceptó la oferta de Pineda y permaneció en Túquerres. Pocos años después moriría Carreño, no lejos de allí, en el oscuro poblacho costanero de Amotape.

JOSÉ

Todos los caminos llevan a Roma, dice el adagio y, en Roma, todos los caminos llevan a la Sixtina. Mientras nos acercábamos, ninguna de las personas de nuestro grupo parecía interesarse en las obras de arte amontonadas en corredores y salones. Una pregunta

estaba a flor de labios: ¿Falta mucho? Ansiosos, no queríamos ver lo que veíamos por ver lo que aún no veíamos. Entonces, apresurando el paso, le manifesté a mi compañero mi sorpresa ante tanta joya:

—Aquí es donde vienen a parar las contribuciones, los diezmos, las primicias, las recolectas para "las misiones" de todos nuestros queridos clérigos del territorio americano...

—Claro, que pagan con vales postfechados para la eternidad. Pero desde que Lutero descubrió que aquí, en Roma, estaban vendiendo la eternidad, dejamos de creer en ella. A propósito, ¿te diste cuenta dónde lleva su Santidad el signo de la cruz?

—En las sandalias.

—¡Tal debe ser la estimación que le tiene!

El ingreso a la Sixtina lo hicimos por una puerta lateral que en nada presagiaba la maravillosa visión de los frescos pintados por Miguel Angel Bounarroti en su cúpula. Allí estaban las figuras, muchas de ellas contorsionadas en ángulos restringidos. Las veía crecer o achicarse por momentos, como si el conjunto adquiriera una extraña movilidad. La separación de la luz de las tinieblas, la creación de las aguas, de los planetas, del sol y la luna, de Adán y Eva; el diluvio, la embriaguez de Noé, David, Goliat, Judit y Holofernes, la destrucción de la tribu de Ahab, la serpiente de bronce, los ancestrales de Cristo, los profetas y, sobre todo, el monumental Juicio Final que corona la cúpula.

—¿Cómo resistió el florentino el esfuerzo de cerca de doce años, acostado boca arriba, trabajando en andamios, a esa altura de vértigo y con técnicas bastante primitivas?

Salimos en silencio. En la plaza de San Pedro, donde nos esperaban los coches, había crecido la multitud. Debimos cruzar a empellones por entre una procesión de viejos, lisiados y locos que se interponía en nuestro camino. Nos despedimos del embajador con pocas palabras; nunca lo volvimos a ver. Y ya de regreso, mientras los caballos hacían resonar sus herraduras por los empedrados de Roma, hablábamos Fernando y yo de los frescos de la Sixtina. Fernando me decía que nunca había tenido una impresión artística más profunda. Yo estuve a punto de manifestarle el mismo sentimiento, pero recordé la audición privada a la que habíamos asistido con Simón y otros amigos en Viena, en casa de Her Ludwing. Ambas experiencias, aunque producidas por medios distintos y recibidas por sentidos diferentes, tenían un no sé qué de común. No quise o no supe expresarlo; me parecía que en ambas había estado en contacto con la manifestación más alta del espíritu y de lo sagrado.

En el trayecto de regreso, y después de un largo silencio, de repente Simón comenzó a hablar de las sibilas.

—¿Las recuerdan?

Yo no las recordaba.

—Son dos, explicó: la délfica que aparece junto a "La Embriaguez de Noé", representa una bella joven que mira con ojos asustadizos hacia un lado y sostiene en su mano izquierda un pergamino, que no lee. Y la persa, una anciana fea, con un libro de pastas rojas en la mano, y quien parece leer con atención y angustia.

—Las sibilas, ¿no eran aquellas mujeres que podían leer el futuro? ¿por qué te llamaron la atención?, preguntó Fernando.

—Por lo que expresan en sus rostros, por el contraste entre la joven y la vieja, sus actitudes frente a la lectura y, sobre todo, la sensación de angustia que trasmiten. La joven como si estuviese viendo algo horrible, la vieja como si lo estuviese leyendo en ese libro misterioso. Sus rostros reflejan el temor que se puede sentir al conocer el fin trágico de un destino.

MARÍA TERESA

Jueves, 14 de noviembre.

Descubrí un jardincillo al otro lado de la casa, tras una tapia. No sé por qué no había reparado en él. Quizá porque queda al lado de la talabartería y de esta sale siempre un olor tan penetrante, que al pasar por ahí me siento al borde del mareo. Pero hoy estaba cerrada. Venía, con Hipólita y Matea, de regreso del laguito. Cuando se dieron cuenta que yo lo había descubierto, no pudieron negarse a mostrármelo. Hay matas distintas a las del jardín principal: ajenjo, tabaco, altamisa, caracucho, cardosanto, yerbabuena, mejorana y matarratón. Fuimos repasándolas una a una y ellas me dijeron para qué sirven. Me mostraron el beleño, la dulcamora, el gordolobo y la belladona. Las negras son muy expertas en esta botánica y dicen que sirve para curar cualquier mal.

JOSÉ

Volvimos al tema de las sibilas cuando visitamos el templo de Apolo en el Palatino, en compañía de Philipp Humann. El alemán habló de los libros sibilinos que, en hexámetros griegos, reunían las manifestaciones de los oráculos y de cuya existencia hay noticia desde la época de Solón. En Roma estuvieron durante siglos bajo la custodia de los "Quindecimuiri sacris faciundis", sacerdotes que, en número de quince, como lo expresa su nombre, tenían por misión

consultarlos a solicitud del Senado. Ofrecían luces en los momentos de crisis del imperio, señalaban los ritos y los sacrificios que se debían ofrecer a los dioses y, en casos especiales, servían para predecir el futuro.

Hubo dos colecciones Sr. Coburg, que me permito describir porque, aunque parezca extraño, todo ese material narrativo viene al caso. Una, de cinco ejemplares, estuvo guardada en el seno de una roca en el templo capitalino de Júpiter, pero fue consumida por las llamas en 83 a.C. La otra, de tres, adquirida por el rey Tarquino el Grande y guardada en el templo que ahora visitábamos, también fue destruida, a comienzos del siglo V. Esta colección constaba originalmente de diez libros de pastas rojas y había pertenecido a la sibila de Cumas. Cuando el rey quiso comprarla, la sibila le pidió un precio enorme. El rey se negó, ante lo cual la propietaria quemó tres ejemplares y le ofreció seis por el precio original. De nuevo el rey se negó y la sibila quemó otros tres. Entonces el rey aceptó los últimos tres por el precio exigido. Del décimo libro nada se sabía.

Simón preguntó por la localización de Cumas. Philipp le explicó que se trataba de un pequeño promotorio al norte de la bahía de Nápoles, cerca de Pozzuoli. Cumas fue en la antigüedad la colonia griega más avanzada en la península itálica, justo en el límite del territorio etrusco. Luego se convirtió en centro de comercio. Allí estaba la gruta de la sibila, el "Antrum immane" descrito por Virgilio, pero cuya localización exacta se desconocía.

Habíamos venido prolongando nuestra estadía en Roma debido a la hospitalidad de nuestros amigos y a la riqueza cultural e histórica de la ciudad. Aún existía una lista de sitios que nos habría gustado visitar, sobre todo porque contábamos con la compañía de Philipp. Por eso me sorprendí cuando esa noche, después de la conversación sobre los libros sibilinos, en el comedor del Hotel Campo di Fiori, Simón me informó que partiríamos al día siguiente para Nápoles.

Mucho tiempo después entendí que la causa de ese súbito deseo de partir estaba relacionada con el "Antrum immane" de Cumas; en esa oportunidad, Simón no adelantó ningún comentario. Era usual entre nosotros que tales decisiones se tomasen como consecuencia de un diálogo en el que mis opiniones tenían un peso igual a las de Simón. Yo prefería permanecer en Roma. Teníamos noticias de sitios de interés que aún no conocíamos, como Ostia Antica y la Villa Borghese. Las veladas en casa de Mme. de Staël eran agradables y se prolongarían hasta finales del otoño. Dije, además, que no era conveniente partir de improviso, que debíamos despedirnos con cortesía e, inclusive, corresponder las atenciones recibidas. Simón se mostró exigente y cortante. Le pregunté,

entonces, si estaba interesado, en verdad, en ascender al Vesubio con el grupo de científicos. ¿Desde cuándo se había apasionado por los cráteres? Sobra decir que esta pregunta fue hecha con ironía, con lo que solo logré enfurecerlo más. Terció con tino Fernando para decir que Nápoles tenía sus propios encantos que bien valía la pena conocer; que seguramente llegaríamos tarde para el ascenso al Vesubio, pues ya había transcurrido tiempo considerable desde que los científicos pasaran por Roma y que sería conveniente aplazar siquiera un par de días nuestra partida para presentarle al embajador Humboldt, a Philipp y a Mme. de Staël y demás amigos nuestros respetos. Así quedó acordado. Cedí porque al fin y al cabo Simón era quien sufragaba mis gastos.

Fijamos la salida para el tercer día a la hora del meridiano. Simón le regaló a Mme. de Staël un bello camafeo de ónice que había adquirido en un anticuario de Florencia, al embajador un códice latino medieval en el que había invertido una gruesa suma en Turín. Para Philipp una invaluable artesanía de murano.

Cuando salimos de París, a comienzos de la primavera, nuestro equipaje era mínimo y no teníamos inconveniente en compartir nuestro coche con otros viajeros. Con los días, los fardos fueron aumentando, por la forma exagerada de Simón de comprar joyas, artículos finos, trajes costosos de moda, casacas de colores, sombreros de alta copa, y, sobre todo, libros sobre los más variados temas. El paso por las aduanas se había convertido en un martirio, que le costaba a Simón ingentes sobornos. La situación era aún más contradictoria, porque los libros que adquiría con tanto esfuerzo y pasaba por las aduanas a tan alto costo, los regalaba una vez leídos a cualquier amigo o conocido. De igual manera regalaba joyas y demás artículos. Yo era el primer beneficiado. Pero a pesar de su generosidad, el bagaje crecía, por lo que los últimos desplazamientos los habíamos hecho en carruajes alquilados para nuestro uso exclusivo.

En esta ocasión se requería un coche amplio. Se trataba no solo del equipaje sino también de la presencia de Fernando. Además, esperábamos un camino polvoriento y caluroso. Eran las últimas semanas del verano y la temperatura venía en ascenso. Al marchar hacia el sur, encontraríamos el sol calcinante y la tierra reseca. ¡Qué diferencia con aquellas frescas jornadas de primavera que tanto habíamos gozado por las estribaciones de los Alpes! El día de la partida, Simón y Fernando se fueron de madrugada en busca del vehículo. Mi sorpresa fue grande cuando regresaron al hotel, poco antes del mediodía, con una carroza de dos tiros, puestos para ocho personas, dos conductores en el pescante y un mozo de ayuda. Parecía el cortejo de un príncipe. Es que ahora Simón gastaba con

largueza y se hacía tomar por tal...

Mi inquietud venía en aumento: ¿Qué había motivado la súbita decisión de partir? Estaba seguro que no era el interés científico. Tampoco existían, que yo supiera, caprichos de faldas; menos una enemistad súbita. En algún momento me había manifestado, como al pasar, su deseo de conocer las escuelas de eunucos de Nápoles. Nos habíamos preguntado qué sentirán esos pobres seres, esclavizados desde niños, en el seno de las sociedades que se dicen civilizadas. ¡Cómo aborrecerán a los que gozan de lo que ellos no pueden gustar! En esa ciudad castran dos o tres mil chiquillos cada año; muchos mueren y los que sobreviven los educan para el canto. Los vimos actuar en varias ciudades, admiramos su voz, pero jamás habíamos experimentado el éxtasis que algunos diletantes pregonan cuando ven un capón paseándose por las tablas. No, este no podía ser el motivo que impulsaba a mi joven amigo...

¿Tenía prisa por concluir el periplo italiano para regresar a París? ¿Fanny? Por un momento pensé que, en efecto, se trataba de la muchacha. Pero ella regresaría a París solamente a finales del otoño. Se me ocurrió también que Simón estaba ansioso por irse a América. Pero si éstas fuesen sus inquietudes, ¿para qué ir hasta Nápoles si luego tendríamos que embarcarnos rumbo a Marsella? Me parecía más práctico buscar un navío en Lido di Ostia, en Fiumicino o Civitavécchia. O en Génova, vía Pisa.

Lo que más me preocupaba era el cambio en su temperamento. Se había convertido en un lector apasionado y con frecuencia lo sorprendía el alba todavía embebido en la lectura. Permanecía abstraído, casi no participaba en el diálogo y, cuando lo hacía, era para expresar conceptos tajantes o dar órdenes en un tonito autoritario que comenzó a fastidiarme. Desde niño manifestó un carácter altivo, pero conmigo siempre había sido conciliador y cortés. Había visto en mí a un maestro y a un amigo y acataba mis puntos de vista. Al fin y al cabo yo era mayor que él: sentí que esa situación estaba cambiando. Simón asumía ya su propio destino. Sospeché que pronto terminaría mi labor.

SIMÓN

—Siempre tuve motivos para querer la vida. Su sentido se me daba sin esfuerzo. ¿Cómo llegué a este mísero estado?

—Tú bien lo sabes: por la época de la batalla de Ayacucho te dejaste asaltar por la duda. Desde entonces las cosas ya no fueron claras. La negra duda que todo lo corroe le arrebató a tu vida su sentido. Tus propósitos fueron tan efímeros como volutas de humo y con cada paso te hundías más en el abismo. Al salir de Bogotá ya

todo parecía inútil: tuviste que soportar, además, el oprobio y el escarnio...

—El oprobio y el escarnio me tendrían sin cuidado si no fuera por esa constante y destructora sensación "del para qué", que, como una aguja, se me ha clavado en el corazón.

MARÍA TERESA

Sábado 16 de noviembre

Hoy estuve en el laguito. Antes de bañarme, las dos negras encendieron fuego para cocinar los plátanos y conversaban muy contentas. Yo caminé por los alrededores y me interné por un sendero para mí desconocido, sin que ellas se percatasen. La arcilla estaba blanda y mis pies se hundían en ella y, mientras caminaba, recordé la casa de mi padre en Madrid, la de Astrearena, allá en la calle de Fuencarral: las alfombras blandas en esos salones hondos, oscuros, cerrados, con muebles y cuadros que nadie mira. Avanzaba entre los árboles y de repente vi un hormiguero horrible, que dejé de lado; más adelante la maleza estaba crecida y apenas se distinguía el sendero; parecía que nadie hubiese venido por aquí en mucho tiempo. A mí me gustaba, de niña, meterme por aquellas salas, a las que nadie entra, aunque, para decir verdad, sentía miedo. Abría cajones olvidados, buscando láminas de santos que tenían expresiones tan tristes que se me grababan en la mente y reaparecían en mis sueños. Quizá miré hacia atrás, a causa de algún ruido, y tropecé, pero ni caí ni me golpeé. ¿Qué será de mi padre? Hace mucho que no recibo carta. Pobre. Vive solo, sobre todo después de que murió mamá. Me dolió dejarlo cuando me casé. Llegué a un sitio en el que la maleza es más alta. El color de la luz se tornaba amarillo. Cuando en la oscuridad de aquellas salas entraba la luz por alguna rendija de la ventana, me quedaba maravillada, porque veía como animalitos o partículas de polvo que flotaban en el resplandor amarillo; desaparecían si abría la ventana de par en par. El sendero desemboca en un pequeño claro en medio del cual hay una laja de piedra; sobre ella, plumas y guayabas picadas por los pájaros. Me quedé mirando las plumas no sé cuanto tiempo. Pero la que más me impresiona es la imagen de Santa Bárbara, que colgaba detrás de una puerta: tiene un pecho descubierto; se lo corta un cuchillo que nadie parece asirlo. La santa mira con un aire, no de dolor, sino de gracia... o quizás de gozo. No, no debería pensar en esto... Iba a regresar, pero no acerté a encontrar el sendero. Me sentí extraviada y por un momento no supe si estaba en el bosque o en el salón. Fue una extraña sensación

de vacío, de tiempo detenido. Quizá no duró más de un segundo, porque al momento oí la voz de Hipólita... o la de mamá, que me sacaba del gozo... Me dejé conducir de regreso. Pasamos el hormiguero y la negra dijo que estos animalitos pueden cortar y llevar a su guarida todas las hojas de un árbol en una noche. Pero ahora no se veían por ningún lado. Luego me acompañó al baño. Ella se dio cuenta que yo había encontrado las plumas y las frutas; no hizo comentario y yo nada pregunté. Tampoco le hacía preguntas a mi madre.

JOSÉ

Encontramos grupos de zingaris esparcidos por la ruta, y, al acercarnos a Nápoles, pequeñas plantaciones de adormidera a los lados del camino. Esta planta crece silvestre en la cuenca del Mediterraneo, pero aquí, por estar cultivada, parece más abundante. Los menciono porque están relacionados con hechos singulares que todavía nos esperaban en nuestro periplo.

Entramos a la ciudad un atardecer de arreboles y brisas marinas por el camino de Aversa. Atravesamos la Piazza Vittoria para tomar la vía Niccolo Tommaseo. El aire olía a sal, fritura de ajo y bacalao crudo. El coche se detuvo frente al número 14; un edificio del siglo XVI, de alta fachada de piedra, restaurado y bien conservado. Era el Hotel Le Fontane al Mare sugerido por Alejandro Humboldt en su carta de invitación. Allí nos darían noticia de los científicos. Y, en efecto, en nota dejada con el conserje, Bonpland nos informaba que la ascensión al Vesubio iba a ser el 28 de septiembre y que, entre tanto, estaban hospedados en la villa de un napolitano rico en las cercanías de Pompeya, donde adelantaban excavaciones. Teníamos, pues, cuatro días para acudir a la invitación. Podíamos dedicar un par de ellos a conocer Nápoles y el 27 acercarnos a Pompeya. Lo decidimos esa misma noche y, al día siguiente, le enviamos razón a los científicos con un mozo del hotel sobre nuestro arribo a Nápoles y nuestras intenciones de acompañarlos al Vesubio.

Aquella noche pasaron cosas de recordar. Nos habíamos retirado temprano en nuestras habitaciones por causa del cansancio del viaje. La comida fue frugal y la conversación decaía. El mutismo de Simón parecía más acentuado. Subí a mi habitación, me tendí en el lecho y caí en un sueño profundo, pero algún tiempo después desperté sobresaltado. Aunque el aire de la habitación estaba fresco, el calor me sofocaba y sentía malestar estomacal. Encendí la bujía, busqué un poco de caolín para la acidez, que siempre llevo en el equipaje, y lo bebí mezclado con agua. Luego me dirigí al balcón, que quedaba muy elevado sobre el nivel de la calle. La luna rielaba

de azul sobre el mar calmo de la bahía de Nápoles. El cielo estaba límpido y la ciudad en silencio. Al fondo, la línea del horizonte se veía interrumpida por una pequeña mancha oscura. Debía ser la isla de Capri. Y acá, debajo de mi balcón, los techos se extendían hasta la playa. Tan impactante fue la sensación recibida que decidí acercar una silla y disponerme a pasar el resto de noche frente a ese espectáculo único.

La cabeza se me llenó de inquietudes: ¿qué iba a ser de mi futuro? Por meses venía acompañando a Simón Bolívar. La selección de su carrera había sido mi preocupación central, hasta el punto de olvidarme de la mía. Lector desordenado y autodidacta, traductor, mozo de granja, aprendiz de impresor, contable, maestro de escuela, reformador fracasado de la educación, de la sociedad y de la ortografía, dado a la especulación filosófica, conspirador sin éxito, masón de primer grado, practicante del magnetismo, aprendiz de todos los idiomas, viajero impenitente... ¿qué me quedaba de ese peregrinar? Nada sólido. Nada que ahora pudiera servirme de punto fijo para recomenzar mi vida. A ver, repasemos, me dije: primero el amor. ¿Qué será de la gorda María Ronco? A lo mejor todavía arrastra su mísera existencia en Caracas. Nada me interesa de ella, a pesar de seguir siendo mi esposa legítima. ¿Qué de Mary-Lo? Ella me contrató como ayudante en su granja lechera a orillas del Susquehanna y acabamos compartiendo el lecho. Con ella mejoré mi inglés, pero yo tenía inquietudes diferentes a las de pasar la vida ordeñando vacas. Conocí a la virginal pequeñuela de pelo rojo como los arreboles de su tierra, Pámela, la hija del librero de viejo de Filadelfia. En la imprenta donde yo trabajaba, luego de las labores del día, venía a sentarse en mis rodillas, ¡ella, la coqueta, que se hacía de ingenua! para que le recitara a Garcilaso, porque dizque le interesaba aprender la lengua castellana. A causa de Pámela tuve que salir de afán de la Unión... ¿E Inge, la tirolesa? Viuda joven que regentaba una posada en el camino de Insbruck y en cuya intimidad conocí los rudimentos del alemán... Sí, mis relaciones femeninas han sido de ocasión. Nunca me dolió abandonarlas, cuando el viento del destino sopló de un ángulo diferente. Yo había creído sentir predilección por las pecadoras, pero ahora me daba cuenta que, por el contrario, prefería las que hacían el papel de madres; vagos sustitutos de aquella que nunca tuve a mi lado; o mejor, de aquella que me repudió. Nací expósito y en cada falda he buscado el refugio que me faltó en la niñez ¡Qué cosa curiosa! Bajo la noche napolitana me di cuenta que casi todas era mayores y, sobre todo, voluminosas, de tetas grandes y grandes caderas, de brazos hercúleos, de muslos enormes como embarcaciones de pesca. Seguro veían en mí a un pobre huérfano a quien adoptar a falta de

hijos y, de paso, encontrar quien les ayudara en las faenas del campo o de la posada...

¿Debía adoptar como mío el juramento de Simón?

Esta pregunta me taladraba en el desvelo de aquella noche frente Capri. En el Aventino, cuando él expresó su resolución de liberar los pueblos de América del yugo español, mi sentimiento fue doble, tal como he mencionado: de incredulidad, pues desconfié de las capacidades de este jovenzuelo prepotente; no cabía en mi cabeza su vocación de heroísmo, su ceguera frente a los escollos inmensos y los peligros que se disponía a afrontar; su juramento tenía que ser una mera pose teatral, un propósito fugaz que desaparecería con el primer desmayo. De pasividad y burla: ahora que recuerdo los hechos de entonces, Sr. Coburg, con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta que, frente a la exaltación de Simón, yo no podía reprimir una sonrisa de burla. A lo trascendental y solemne de su actitud yo respondía con descreimiento. Y él se dio cuenta. No me lo reprochó, pero desde ese momento comenzamos a distanciarnos. Temo que nunca me lo perdonará. ¿No había sido yo quien, durante meses de conversaciones íntimas lo había conducido precisamente a tomar tal ruta? ¿Sería que yo, su maestro, al defender tal o cual argumento, lo había hecho sin convicción?. ¿Jugué yo un juego peligroso y al momento de las definiciones le saqué el culo a las consecuencias? Solo esta línea de pensamiento podía explicar su cambio radical hacia mí. ¿Estaría esperando que yo reaccionara y le declarase mi adhesión irrestricta a sus planes y a su liderazgo? En verdad, para mí no era posible abandonar mi cómodo lugar de maestro consentido y bien remunerado para convertirme en su lugarteniente. Pero cada día era más claro que ya él no necesitaba directores: buscaba seguidores.

Las cosas hacia el futuro eran, pues, oscuras. Había otros luchadores que nos llevaban ventaja, Francisco Miranda en especial. Se venía rumorando que el viejo militar preparaba una expedición para atacar a los españoles en algún sitio de la costa americana. Su prestigio era inmenso. Tenía apoyo de varios gobiernos, era un guerrero experimentado. Simón, a pesar de su dinero, no podía desconocer estos hechos. Tendría que aceptar su preeminencia y ponerse a sus órdenes, aunque, precisamente por su fortuna material, y también por su abolengo, la posición de Bolívar sería respetada. Y en tal caso, ¿cuál sería mi lugar? Un tercer o cuarto nivel: un simple soldado. Yo no tenía ancestros ni haciendas y no me sentía con las fuerzas ni el entusiasmo para iniciar, a mi edad, la carrera de las armas, ni mucho menos para someterme a la más baja jerarquía. Mi puesto estaba, más bien, en la escuela pública: maestro de párvulos. ¿Dónde refugiarme mientras aparecía la

escuela?

De repente me aquejó una ira recóndita: sentía hacia Simón un afecto avasallador, pero al mismo tiempo, un odio, unos celos y un desprecio infinitos. Yo lo protegí del más pequeño roce, lo mimé por años, me pasé noches enteras en vela cuidando su salud o preocupado por sus andanzas. Era, si me permite la palabra Sr. Coburg, un ser de mi propia invención. Había sido el objeto de mis más altas ilusiones, pero al mismo tiempo, había absorbido mi alma, mi inteligencia, mi vida misma.

¿Qué será de mi vida sin él? Nada... pero, ¿cómo continuar a su lado como un simple apéndice?

Sentí frío. La noche estaba seca; olía a sangre, a barro. El cielo parecía fatigado, se aproximaba el amanecer. Había estado allí, en ese balcón, frente al mar Tirreno, grandioso escenario de tanta historia milenaria, pero en cambio de buscar la inspiración de los hados para crear nuevos proyectos, había gastado el tiempo lamentándome de mi mísero destino: ¡pobre destino de paria! Me levanté para regresar al lecho; eché una mirada por la calleja oscura, ya llegaba la primera claridad. Y allá, junto a la esquina, vi acercarse un caminante solitario. Venía embozado. Se detuvo frente al hotel, entró. Yo cerré el balcón y me refugié en mi cama. Poco después escuché al caminante subir el último tramo de la escalera y entrar en la habitación vecina. Era Simón.

SIMÓN

—¿Cómo salir de este maldito atolladero?

—No le temas al laberinto de la propia alma: tiemblan los hombres cuando no pueden eludir la pregunta de qué han hecho, qué han llegado a ser. Piensan que es más fácil conocer a los demás que a ellos mismos. Pero, ¿cómo conocer a los demás sin primero conocerse bien? ¡Hay que contemplar a la humanidad en el espejo de la propia alma!

—Es lo que estoy tratando de hacer en esta ya larga meditación. Si le encontrara un sentido a mi vida, la vida de las naciones que he fundado tendría también sentido. Por eso, en el estado en que me hallo, ya no hay diferencia entre el interior de Simón Bolívar y la vida exterior de la Gran Colombia.

—Si la situación de la Gran Colombia es tan confusa como la tuya, ¡pobrecita! ¡Has creído que dándole forma a tu devenir le darás forma al mundo! ¡Eres mil veces iluso!

—No te exaltes. Es que llevo en mí la conciencia de mi pueblo. Gozo contemplando la sucesión de mis actos, seguro de no encontrar ninguno que mi pueblo llegue a negar.

—En eso, quizá, tengas razón, aunque no sé en qué pueda beneficiar a nadie. En la etapa terminal de tu existencia, nada distinto puedes ofrecerle a tu pueblo que lo que disciernes contigo mismo, conmigo, en lo más íntimo de tu ánimo. Al hacerlo les otorgas lo más grande que existe: la mirada serena y abierta de un ser libre.

—No sé qué llamas libertad cuando las funciones del cuerpo están ya paralizadas, la mirada moribunda y la fiebre galopante. Solo me queda un pequeño resquicio de luz. Allí ocurre este íntimo discernir.

—Pues esa lucecita es la última libertad que te queda. Aprovéchala. Sobre ese resquicio de luz debes volver la mirada. No lo hagas sobre la oscuridad porque, en tal caso, ya no saldrás de ella.

—Me consuelas porque mientras haya luz habrá esperanza. ¡Es que solo puedo contemplarme como libertad! ¡Oh libertad!, tú eres para mí lo originario, lo primero, lo más íntimo.

—Eso está bien dicho: a medida que el reloj contaba las horas y el sol marcaba los años, el horizonte de luz se te iba cerrando y te acercaba más y más a este momento. Ya pronto morirás, bien lo sabes. Solo te resta prepararte callada y cuidadosamente con la sabia decisión de la renuncia.

—¿Renuncia sin lograr el objetivo? ¡Debo captar bajo ese leve rayo de luz, aunque sea solo por un instante, la imagen completa de mi ser! ¡Una sola imagen! Con ella tendrá mi pueblo una explicación verosímil de mi destino y, en consecuencia, de su propio destino. ¿Cómo unificar en una imagen estos mil fragmentos, esta catarata de contradicciones, esta multiplicidad de entidades en el proceso de hacerse y deshacerse?

—Pides un imposible. Date cuenta que para nombrarte a ti mismo necesitas del lenguaje. Y ¿qué es el lenguaje? Un ejército de metáforas, metonimias, antropomorfismos que se pone en movimiento cuando pretendemos buscar la verdad y, en especial, la verdad del propio ser. No es posible concebirse a sí mismo sino como sucesión de fenómenos fugaces, de palabras y conceptos que se anulan y se destruyen recíprocamente. Nunca lograrás asirlos, fijarlos como totalidad en un solo cuadro.

—Tus palabras me sobrecogen. Ese pequeño rayo de luz que cae sobre la confusión me muestra que no soy tan libre como creía, que la libertad es mera ilusión, que soy solo un engranaje en la gran rueda en movimiento que todo lo arrastra, incluso a mí mismo. Harto de vagar por la red infinita de la retórica, voy dejándome caer por el silencioso abismo del sinsentido...

—Sí. Quien no ha podido lograr el equilibrio entre el interior y

el exterior, entre su propia vida y la vida de su pueblo, debe extinguirse. Por eso es mejor morir.

MARÍA TERESA

Miércoles, 20 de noviembre.

No puedo dormir, me ha despertado el calor. No quiero abrir la ventana para no hacer ruido. El silencio es agobiante y no sé qué horas son. La habitación de Simón está oscura, también en silencio. Todo está oscuro, con excepción de esta página blanca alumbrada por una pequeña bujía que he encendido para escribir. Me parecía que yo estaba llena de ideas y cosas interesantes para traer a mi diario, pero ahora todo se me ha escapado. Luz en la página, oscuridad en mi mente. ¡Qué paradoja! Volveré a la cama, pensaré en Simón. ¡Lo quiero tanto!... ¡Pero a veces lo siento tan lejano!

JOSÉ

En la mañana estuve atento a sus movimientos. Estoy seguro que durmió o leyó en la cama hasta el medio día. A la una, Fernando y yo lo encontramos en el comedor. Estaba fresco y alegre. Nos dijo que había salido temprano a caminar por los muelles del barrio Santa Lucía y por los alrededores del hotel. Me sorprendió que quisiera mentirnos de ese modo, pero no lo contradije. Al atardecer recorrimos las viejas calles del Spacca Napoli, la Piazza Dante y la Piazza Cavour. Parecía conocer ya estos sitios, lo que me expliqué por su salida nocturna. Luego nos invitó a acompañarlo a cenar esa noche en la Trattoria Avellinese, en la vía Silvio Spaventa, cena a la cual acudiría un personaje que dizque había conocido esa mañana en la recepción del hotel y con quien había salido a pasear. Se trataba de un misionero alemán, de nombre Reinhold Urban. Y, en efecto, poco antes de las nueve de la noche llegamos a la vía Spaventa, estrecha, llena de coches estacionados y sitios de diversión. No fue difícil encontrar la mencionada tratoría; allí estaba el alemán. Ojos pequeños, de azul intenso, cabellos largos, desgreñados, no llevaba distintivo de clérigo y sus ropas parecían sucias o descuidadas. Simón nos presentó y se puso dicharachero. Pidió una botella de vino rojo Falerno y, luego, con la comida, una de blanco Lacrima Christi, ambos de la vecina región de la Campania. Se dirigió a Urban como si fuesen amigos. Fernando y yo estábamos un tanto intrigados y yo supuse que no había sido en la recepción del hotel sino en París donde se habían conocido.

Luego de la primera copa empezaron a hablar de los tatare o

zingaris, como si simplemente retomasen un viejo diálogo. Algunas ideas expresadas por Urban, que ahora recuerdo de manera desordenada, pero que estimo de interés para comprender la cadena de hechos que habría de desatarse, son los siguientes:

Son descendientes de antiguas culturas. Carecen de la escritura corriente pero manejan otros códigos: piedras dispuestas de cierto modo en las encrucijadas, plumas de aves, herraduras, huesos, cintas de colores que colocan en las entradas de las ciudades o en las orillas de los caminos. Carecen de historia y no se preocupan por el futuro. Preparan bebedizos de yerbas y hongos que solo ellos conocen, de efecto alucinante. Por los meses de septiembre y octubre celebran sus fiestas rituales. Pasan los años, llega la guerra o la paz y ellos permanecen indiferentes. ¿Por qué los pueblos que se dicen "civilizados" los persiguen y exterminan?. En ciertas regiones de Alemania los cazan como si fuesen animales salvajes. En Hungría los acusan injustamente de canibalismo y los ajustician. Aún en Inglaterra, como Ud. sabe, Sr. Coburg, son ahorcados de manera selectiva, para escarmentarlos y alejarlos de las tierras de su Majestad.

Supimos que Reinhold Urban le había dedicado su vida a evangelizarlos. Recorría Europa en su búsqueda y les enseñaba las doctrinas de Cristo. Durante el último año había convivido con ellos en las regiones de la Calabria y la Campania. La mayoría tienen creencias musulmanas y bramánicas. Quizá su origen estuvo en Nepal, pues de allí proviene el signo de la svástica que muchos de ellos utilizan como amuleto, sobre todo en la versión que tiene las patas hacia la izquierda.

Pero por aquellos años circulaba otra hipótesis que fue la que Urban acogió: su origen más probable era algún territorio en la vertiente del Nilo. En 1799, unos soldados franceses demolían un antiguo muro para ampliar su cuartel en el poblado de Rashid, o Roseta, como lo llaman los europeos, en uno de los brazos de la desembocadura del Nilo, en el Delta Occidental. Allí encontraron una piedra de basalto negro, cubierta de signos, que fue llevada al Instituto Nacional de El Cairo. Los franceses la cubrieron con tinta de imprimir, y con un rodillo de caucho obtuvieron copias en pergamino, que fueron enviadas a investigadores de varios países. En 1801 la piedra pasó a manos de los ingleses, cuando Sir Ralph Abercromby venció a los franceses en Egipto. Urban estaba indignado, pues ese tesoro arqueológico que le pertenecía a Egipto, había sido llevado a Londres. Ahora se encuentra en el Museo Británico. Los signos pertenecen a tres lenguas: griego, jeroglífico y demótico, o sea, la forma hablada y popular del jeroglífico. Una de las copias obtenidas en el Cairo por los franceses había caído en

manos de un amigo de Urban, el diplomático sueco J.D. Akerblad. El entusiasmo de Urban podemos calificarlo ahora de ingenuo, pero aquella noche logró mantener nuestra atención. Creía que la piedra contenía la clave para desentrañar no solo el origen oscuro de los nómadas, sino otros secretos de la ciencia. Ahora sabemos lo equivocado que estaba. El francés Jean Francois Champollion, hace poco, logró interpretar los jeroglíficos. Los textos nada tienen que ver con el origen de los nómadas, pues transcriben un decreto con motivo de la coronación de Ptolomeo V Epifanio, rey de Egipto, en el siglo II a.C., en la ciudad de Menfis.

Lo que más me maravillaba era el entusiasmo que manifestaba Simón por el tema: cuando la conversación parecía desviarse, la volvía a encauzar con sus preguntas. ¿De dónde le vino ese súbito interés por los bohemios?

SIMÓN

—De repente se me presentó la gran oportunidad: a la cabeza del ejército más grande del orbe, entraría en Buenos Aires y luego en Brasil. Allí consolidaría mi obra.

—Ya te dije: habías comenzado a dudar. Estabas asustado con la piel del tigre que tú mismo habías cazado.

—¡Qué carajos!

—La duda ya venía haciendo su labor lacerante y subversiva. Unos pocos meses antes, arrobado todavía por ideales heroicos, no habrías demorado un solo instante en iniciar la marcha. Pero ya era tarde: comenzaba tu descenso al abismo. No pienses en lo que pudo haber sido; más bien ponle atención a estas frotaciones que te hacen en los extremos y a esa cucharada de cordial que prepara Reverend; quizás te den alguna mejoría.

JOSÉ

Regresamos al hotel después de la media noche. No volvimos a hablar del tema ni a mencionar al misionero alemán, cuyo encuentro y conversación Fernando y yo consideramos un simple divertimento. Disponíamos de dos días en Nápoles. Al atardecer del primero asistimos a la opera "Proserpina" de Giovanni Paesiello. Este compositor, protegido de José Bonaparte y Joaquín Murat, era oriundo de Nápoles y, luego de haber cosechado triunfos en San Petersburgo, Viena y París con obras como "El Barbero de Sevilla", "El amore contadino" y "La molinera", regresaba triunfante a su ciudad natal. El segundo fuimos hasta Nisidia para apreciar el paisaje y, al atardecer, hicimos nuestros preparativos para viajar a

Pompeya. Veíamos con interés la visita a sus ruinas y el ascenso al Vesubio y deseábamos bañarnos en las playas de Amalfi. Tal sería el broche de oro que cerraría nuestro periplo italiano.

Pero a la mañana siguiente Simón no apareció en el momento de la partida. El conserje nos informó que había salido antes del alba, dejando una nota con el siguiente mensaje:

"Debéis partir sin mi compañía. Permaneceré cerca de Nápoles atendiendo un asunto personal. No hay ningún peligro y no debéis temer por mí. Nos encontraremos de nuevo en Le Fontane al Mare en unos diez días. Para Humboldt y el grupo de amigos, mi saludo más caluroso".

No tiene objeto describir el desconcierto que nos aquejó a Fernando y a mí. Tras deliberar sobre las alternativas a nuestra disposición, decidimos partir para Pompeya. Tampoco tiene objeto narrar las peripecias de nuestra visita a las ruinas y el ascenso al cráter en compañía de los científicos. Desde el primer momento pensé que Simón había encontrado en Nápoles alguna de sus amigas y que se disponía a pasar unos días en su compañía; quizás una mujer casada, situación que lo obligaba a mantener, inclusive frente a nosotros, la mayor reserva. Fernando estuvo de acuerdo con esta hipótesis. Especulamos durante el viaje, sin resultado, sobre cuál sería la identidad de la dama. Cuando Humboldt y demás amigos conocieron la nota de Simón, no vacilaron en acoger nuestras suposiciones y el incidente fue, durante días, motivo de broma.

SIMÓN

—¿Por qué te fuiste tan pronto, María Teresa? Habríamos vivido una vida de sosiego, dedicados a las labores del campo, al comercio y a la familia. Pero no desesperes: no tardo en reunirme contigo... y tú, Juan Vicente, tampoco desesperes. Nunca quisiste la guerra. Traías un telar, un arado mecánico y máquinas para hacer papel y monedas; te acompañaban tres técnicos de Estados Unidos y soñabas con una era de progreso. Un mal viento hundió el bergantín Neri en las Bermudas y desde ese día me dejaste solo en esta empresa de titanes, que no sé quién irá a concluir...

EL AUTOR

¿Recibió el coronel en pago por su hospitalidad o a título de donación el baúl con papeles que traía Carreño? ¿Fue consciente de su contenido? Las preguntas pueden multiplicarse: ¿qué otros documentos había en el baúl?, ¿acaso cierto librito de pastas rojas escrito en griego clásico? ¿Dónde están?, ¿son parte de lo que hoy

se denomina "El Fondo Pineda" de la Biblioteca Nacional de Colombia?

Hay que tener en cuenta que Anselmo Pineda desempeñó un papel importante en los acontecimientos de su época y que la posesión de documentos de esta naturaleza bien podía comprometerlo y causarle dificultades, pues, para muchos, el mero nombre de Simón Bolívar era una especie de anatema y desencadenaba los mayores odios. Tal como narra Pilar Moreno de Angel en una monografía sobre el coronel publicada por la Academia Antioqueña de Historia a comienzos de la década de 1980, Pineda era conservador, amigo y confidente del General Ospina, uno de los conjurados de la noche septembrina. Desempeñó diversos cargos públicos y participó en campañas militares al lado de las fuerzas del gobierno, sobre todo en la guerra de *Los Supremos* que estalló en el sur del país, en 1839. Fueron memorables sus intervenciones contra las guerrillas de Pasto en las batallas de Buesaco, La Laguna y Chuaguabamba, cuando apenas era capitán, bajo el mando del general Pedro Alcántara Herrán. En premio a su valor, Herrán lo ascendió a sargento mayor en el campo de batalla. Luego fue ascendido, también en el campo de batalla, al grado de Teniente Coronel por el general Juan José Flores, mandatario del Ecuador. Flores había sido llamado a colaborar con las tropas del gobierno colombiano contra el general José María Obando, sublevado al lado de las guerrillas. En 1841, siendo ya coronel, Pineda fue nombrado comandante militar en Antioquia.

Su vida estuvo, pues, marcada por persecuciones y cambios en la política, por desplazamientos militares, conjuras y pruebas de lealtad. Debía dejar sus pertenencias bajo custodia de otros y sufrir largas ausencias de su hogar. Tuvo que ingeniarse la manera de conservar determinados documentos dentro del mayor secreto, hasta que las circunstancias le permitieran darlos a la publicidad.

Pineda era un obsesionado coleccionista de cuanta hoja volante, panfleto, documento oficial y privado, poema callejero, reclamación escrita, invitación o pésame circularon en Colombia entre 1800 y 1880. La cantidad de papeles que reunió durante su vida es tal, que aún hoy muchos de ellos no han sido tocados por los investigadores. Mi impresión es que los legajos así acumulados le sirvieron de escondite sin par.

MARÍA TERESA

Sábado, 23 de noviembre.

Hipólita nos sirvió la cena. Hoy tenía una expresión tan lúgubre que pensé que era muy desgraciada. ¿Qué edad tendrá?

SIMÓN

—Pero, ¿será definitivo este triunfo de la duda sobre la certeza?, ¿del caos sobre el orden? ¿Es, acaso, imposible imaginar un nuevo héroe, joven y ambicioso, que se eche sobre los hombros la responsabilidad de establecer el destino de la patria?

—La pregunta viene al caso porque, en cuanto a ti concierne, ya todo ha concluido. Por causa de los vejigatorios ni siquiera has podido dormir. Te los habías quitado, pero Reverend ordenó que te los colocaran de nuevo.

—¿Cuándo terminará la tortura? ¿Cuándo comenzaré a experimentar esa especie de embriaguez, de alejamiento, que dicen que precede y facilita la muerte?

JOSÉ

Semanas después navegábamos en el Aquilone rumbo a Marsella, por el mar Tirreno. El tiempo era magnífico; los nautas estaban complacidos porque no era de esperarse tal bonanza para aquellas calendas del otoño. Por lo general, el tráfico disminuye al acercarse el invierno y ya no es posible encontrar un expreso a Marsella por la vía del Bocche di Bonifacio, entre las islas Córcega y Serdeña, sino que debíamos bordear la costa en un recorrido de más duración. Seguíamos, pues, una ruta no distante de tierra y, de tarde en tarde, el contramaestre nos indicaba en la línea del horizonte la aparición de algún poblacho de la Riviera di Levante o algún accidente geográfico.

Hicimos puerto en Lido di Ostia, Livorno y La Spezia. Hasta la isla de Elba el mar estuvo calmo y avanzamos con los trapos desplegados. De repente, al llegar a este lugar, tuvimos tres días de absoluta quietud. El capitán informó con toda naturalidad que se trataba de los alciones, es decir, aquellos días durante los cuales estos pájaros incuban sobre las aguas. El incidente me recordó la extraña quietud que años antes demoró nuestro viaje frente a las playas de la Guajira. ¿Qué extrañas correspondencias aquejaban nuestro sino?

Cuando vino el viento llegó acompañado de nubarrones. Pronto ráfagas veloces azotaron la cubierta y el capitán ordenó recoger parte de las velas. Era el Lebeche, un viento fuerte del sur —oeste propio del invierno, que los antiguos llamaban Lybicus y que levanta olas enormes.

Al entrar al mar de Liguria el tiempo se hizo aún más difícil. Debíamos permanecer largas horas en el estrecho camarote que compartíamos los tres amigos. El mutismo de Simón no cedía y

nuestras relaciones ya eran tensas. A esto había que agregarle las sacudidas del navío, que nos impedía dedicarnos a la lectura. Estábamos ansiosos por llegar a Marsella y retornar a París, por ver a nuestros amigos y tener noticias de América.

A la entrada de cada puerto casi siempre teníamos que sufrir un altercado entre el capitán y las autoridades. Había que pagar derechos por atracar en la rada o en el muelle, derechos que, según aseguraba el capitán, no iban a parar a la tesorería local, sino que se los embolsillaban los recaudadores. En algunos sitios, sin embargo, tales derechos servían para mantener faros encendidos en las costas y en los puntos de peligro. También sufríamos el asedio de los aduaneros que con frecuencia querían ver nuestros equipajes, aunque no fuésemos a desembarcar en el lugar.

Las noticias eran alarmantes. La escuadra franco española, al mando de Villeneuve, había partido hacia las Antillas, lo que nos causó conmoción al saberlo, porque imaginábamos que su objeto sería el de sofocar todo brote de insurrección y abrirle vía a una dominación francesa en la América del sur. Pero luego se nos hizo evidente que el viaje de la escuadra tenía otro fin: atraer a los ingleses al Caribe, de manera que dejaran desprotegida a la Gran Bretaña, lo que facilitaría una invasión de las tropas de Napoleón. Fue un simulacro fallido: los ingleses no cayeron en la trampa. De regreso, Villeneuve se vio obligado a enfrentarlos en Finisterre y fue derrotado. Napoleón le ordenó refugiarse en Brest, pero Villeneuve desobedeció y zarpó rumbo a Cádiz. Napoleón se enfureció, lo despojó del mando y nombró a Roslly, pero este no logró posesionarse, porque Villeneuve, para resarcir su honor, se enfrentó en Trafalgar apresuradamente a los ingleses, comandados por Nelson. El descalabro fue total y dio al traste con los esfuerzos de Godoy por dotar a España con una marina eficaz.

Francia contra-atacó por tierra. Francisco II, sin declarar la guerra, invadió la Baviera. Hubo intensos combates en Ulm y Austerlitz. Las tropas napoleónicas ocuparon Viena. El caos en Europa era total. ¿No era esta la oportunidad que requería América para lograr su independencia?

Solo ahora, Sr. Coburg, después de tantos años, es posible reconstruir con cierta claridad aquellos episodios del galimatías bélico del año cinco. En aquel recorrido hacia Marsella, en los puertos que tocábamos, solo recibíamos fragmentos, noticias parciales o contradictorias; unas recientes, otras que eran ecos deformados de hechos ocurridos meses atrás. Los artículos de prensa aseguraban poseer la verdad, solo para ser desmentidos por otros artículos que leíamos en el puerto siguiente.

En una ocasión supimos que las tropas francesas estaban

aquejadas de hambre y que el Corso había confiscado las cavas de la abadía de Melk para entregarle una botella a cada soldado. Era Brumario del año XIV. ¿Qué pensaría de esto nuestro admirado Her Ludwing? ¿Continuaría en Viena? ¿Le seguiría dedicando sinfonías a Bonaparte? Supimos también de la muerte de Schiller, ocurrida durante la primavera, en Weimar. De él sabíamos de memoria, como he dicho, su bello canto "Au die Freude". Su obra de teatro Guillermo Tell se representaba con éxito por doquier...

Nos dimos cuenta que nos acercábamos a Génova porque empezaron a aparecer embarcaciones pequeñas, y porque sobre los acantilados se veían los magníficos castillos de la nobleza local. Hacia las cuatro de la tarde, bajo un cielo ceniciento, divisamos la ciudad, que vista desde el mar presenta una imagen deslumbrante. Está construida sobre montañas al borde de la playa que, en semicírculo, forman como un anfiteatro de gran altura. Lo primero que se divisa es el delgado y elegante faro en el lado oeste del puerto, que ya habían encendido. Poco después nos encontramos entre muros cortados de piedra, bien artillados y listos para la defensa. Desembarcamos. Nos hospedamos en "La Croix de Malthe", una excelente posada no lejos de los muelles.

Allí pasamos tres días mientras el Aquilone era avituallado y el capitán conseguía carga para los puertos franceses. Entonces nos dedicamos a visitar la ciudad. Sus calles viven llenas de gente y los almacenes están bien provistos. Nos llamó la atención la "Annunciata" por la belleza y la profusión de sus decorados, la Catedral, por su estilo retorcido, el Ponte Carignano que une dos partes de la ciudad, por su altura y su elegancia. En las tabernas es muy popular el Asti Spumante, un excelente vino proveniente de la región de Asti, en el Piedemont. Una tarde, al pasar por el teatro Ducal, tuvimos una agradable sorpresa: esa noche presentaban precisamente Guillermo Tell, en homenaje al recién desaparecido Schiller. De inmediato nos hicimos a los boletos correspondientes. Fue así como, por un corto espacio, nos trasladamos por los países de Schwys, Uri, Unterwalden, por el lago de los cuatro cantones, los picos del Itaken, las montañas de nieves perpetuas y escuchamos los cantos aldeanos, el sonido del viento entre los árboles, las esquilas del ganado... todo bellamente dispuesto por los telones y la coreografía. Pero lo que verdaderamente nos emocionó hasta las lágrimas fue la escena final: Ulrico de Rudenz, vendido al poder austríaco, se ve obligado por Tell a declarar libres a sus siervos. Estos, reunidos a orillas del Schoechen, aclaman a su héroe:

¡Libertador!, ¡Libertador!, ¡Viva Guillermo Tell!

SIMÓN

—En otra época lloraba de felicidad cuando declamaba el "Himno a la alegría". Hoy solo puedo recordarlo con tristeza.

—¿Qué mejor contraste para evaluar el estado en que te hallas?

—Sí; y no hay remedio.

—Eres un héroe caído; un ángel en desgracia a las puertas del infierno. Tus dioses penates hace rato te han abandonado.

—Bien lo entiendo: ahora mi único desafío es luciferino. Por eso gozo con el morbo, con esta mezcla voluptuosa del dolor y la amargura, con la desolación. He entrado en la edad de la perfecta culpabilidad.

—Ya no tienes más vida que la que te da la estima y el recuerdo de los demás.

—¡Qué optimismo! ¡Ojalá siquiera un solo ser humano me recuerde algún día con cariño o admiración!

MARÍA TERESA

Domingo, 1 de diciembre.

Duermo en una cama enorme con baldaquín forrado en damasco.

Anoche me acosté temprano y me dormí al momento. Soñé que caminaba por un bosque en el que estaban los muebles y los cuadros de la casa de mi padre. Me acompañaba alguien a quien odiaba, pero no podía verle el rostro. Quise correr. Me desperté llorando. Simón, de pie, me miraba con un candelabro encendido.

—¿Has tenido pesadilla?

—Sí.

Me cubrió con la sábana y me besó en la frente.

JOSÉ

Pasamos frente a Mónaco, puerto que se ha ido quedando por fuera de las rutas marítimas debido a que sus aguas son de poca profundidad. El tiempo seguía siendo frío, pero no había huracán y el mar estaba en condiciones aceptables de navegación. Encontramos cerca de la costa una buena cantidad de "felucas", esas embarcaciones primitivas de cabotaje impulsadas por diez o doce remeros. Cuando las olas y los vientos lo permiten, llevan pasajeros y mercancías entre los poblados de la ribera. Algunas viajan hasta Marsella. Encontramos también góndolas de cuatro remos.

En Niza, el Aquilone apenas se demoró dos días. Es un puerto

concurrido por embarcaciones que viajan a Serdeña, Ivica y los puertos de Italia y España. Allí se comercia en especial con sal, vino y claveles. Estos se producen en los alrededores; los envían por la posta a París, Londres y otras ciudades, empacados en cajas de madera. Quien los compra, les corta un trozo de tallo, los coloca por dos horas en agua con vinagre y la flor recobra su lozanía. De ahí pasan a los floreros para durar una o más semanas.

Pero carecíamos ya de mayor interés por conocer las particularidades de cada sitio; solo nos interesaba llegar a París. Alguien sugirió correr la posta desde Niza, pero luego de una corta indagación supimos que el viaje se hacía de manera más expedita por Marsella, con mejores caminos, mejores albergues y en menor tiempo. Así, refrenamos el afán y esperamos que el navío nos llevara por la ruta originalmente trazada. A la incomodidad del camarote, que nos traía a todos de mal humor, se sumaban las preocupaciones sobre el futuro. Simón no alcanzaba a elaborar un programa de acción; varios temas lo mantenían en suspenso: el caos político y militar de Europa, la falta de noticias de Caracas y sus sentimientos encontrados respecto de Fanny, a quien amaba con pasión pero despreciaba por coqueta. Había un cuarto asunto, causa de frialdad en nuestras relaciones: el misterio que rodeaba su desaparición en Nápoles.

La víspera de nuestra llegada a Marsella, estando en cubierta gozando de una mañana soleada, aunque fría, por fin Simón abordó este espinoso asunto.

—Os debo una explicación sobre lo que sucedió en Nápoles mientras ascendíais al Vesubio, pero no he encontrado la manera de hacerlo creíble...

Voy a tratar, Sr. Coburg, de repetir sus palabras. Han transcurrido tantos años que, en verdad, no sabría decir dónde terminan los hechos y dónde comienza la fantasía, qué pertenece al libre albedrío y qué al destino inconmensurable. No sé que hilos oscuros se tienden entre lo sucedido en la Hacienda Santa Bárbara y Cumas. ¿Cómo destejerlos? Santa Bárbara está al comienzo, cuando efectuábamos nuestra primera navegación. Cumas al final. En ambas ocasiones sucedieron, estando yo ausente, actos de amor con mujeres de otras razas, premoniciones, imágenes de guerra. Por eso, sin juzgar ni analizar, me limito a narrarlas con el único objeto de atar los cabos que hubiesen quedado sueltos en esta narración.

El primer signo de alarma lo recibió poco después de salir de París, en la vía a Lyon. Cuando el cochero se detuvo para darle a beber a los caballos, junto al campamento de los gitanos, vino hacia él una vieja con el pretexto de leerle la suerte. "Bien sabéis que yo no soy supersticioso, pero debo confesar que sentí terror al mirarla

a los ojos". Fue un cruce fugaz; vio dos carbones encendidos y sangrantes, y, según parece, los volvió a ver muchas veces en sus sueños.

El siguiente episodio ocurrió al salir de Florencia, cuando un juglar le dedicó una copla y lo llamó "Liberatore". A su lado había una gitana inmóvil, como cincelada en piedra, cuya imagen solo después vino a asociar con la de la gitana de Lyon, quizá también durante un sueño. En la Sixtina su asombro fue grande al repasar los frescos de la cúpula. Intuyó que Miguel Ángel había utilizado la misma modelo para representar a las dos sibilas. La délfica con rostro de niña y la persa con rostro de vieja eran la misma mujer. Más sorprendente aún: había llegado a creer que todas ellas, las representadas y las reales, eran la misma; un solo ser con muchas manifestaciones o en los distintos momentos de una vida excepcionalmente larga. Éstas eran apenas vagas sensaciones al salir de la Sixtina, pero con los días se le habían convertido en convicciones.

Pronto apareció un nuevo motivo de inquietud: al reflexionar sobre la ruta que debíamos tomar, confesó que le había parecido pertinente continuar en Roma hasta mediados del otoño y, luego, partir por la vía más expedita hacia París. Pero en sus sueños o desvelos algo lo impulsaba a visitar Nápoles. Privó el impulso nocturno. Creo que fue Humann, sobre todo con sus historias sobre la sibila de Cumas, quien precipitó la decisión. Simón se encontraba nervioso y no acertaba a dominar sus pesadillas. Se alarmó cuando cerca de Aversa encontramos nuevamente a los zíngaros. En el hotel Le Fontane, aquella primera noche, cuando ya dormía, fue despertado por el conserje, quien le instó a descender a la recepción. Allí, un tipo desconocido lo saludó con estas palabras:

—¡Simón, Simón, Liberatore!

¿Quién era? ¿Cómo sabía su nombre? ¿Cómo se había enterado de su llegada? ¿Por qué le apodaba también "Liberatore"?

Por conducto de una gitana dizque había sabido de su llegada a Nápoles. Cuando el recién llegado vio el descreimiento, la sorpresa o el rechazo en el rostro de Simón, se excusó por lo que calificó broma de mal gusto. El extraño explicó que sabía de Simón Bolívar por referencias de amigos. Mencionó al barón Schönenberg y a los hermanos Humboldt. Alejandro, a quien había saludado hacía poco durante su estadía en la ciudad, le había confirmado lo inminente de nuestra llegada. Con estas referencias Simón decidió vestirse y salir con el visitante. Conversaron en una taberna del puerto. Se trataba de Urban, el misionero alemán.

Simón no dejó de pensar que algo de cierto podía haber en la afirmación de Urban de que una gitana había anunciado su llegada.

Casi desde la propia salida de París se había encontrado con personas de aquella raza; encuentros en apariencia casuales, pero que bien podían tener un significado más hondo. ¿Qué extraña cadena de hechos podía haberse gestado?, ¿acaso un hábil montaje?, ¿una patraña del embajador de España ante el Vaticano? En otras palabras, ¿estaba siendo víctima de espionaje?

Simón se dio cuenta que, a pesar del desprecio con el que son tratados en muchos lugares, los gitanos se mueven con demasiada libertad por todo el continente. Cualquiera puede servirse de ellos para espiar. ¡Qué no darían ciertas autoridades españolas por conocer los desplazamientos de personas como Miranda! Cualquier americano que pudiera ser señalado como agente de la subversión, debería imaginarse que alguien está tras sus pasos. Además, Simón pensó en el discurso contra Napoleón que había pronunciado en París durante la frustrada fiesta en honor de Fanny... También las autoridades francesas podían tener interés en conocer sus movimientos. ¿Qué asechanzas misteriosas se habrían urdido contra Simón Bolívar en la sombra perfumada de los grandes salones?

Decidió llegar hasta el final, pero no se atrevía a hacernos partícipes a Fernando y a mí de estos pensamientos que bien pudieran estar basados solo en intuiciones. Quería rechazar cualquier explicación misteriosa o mágica que pudiera venir por la vertiente de las sibilas, de las gitanas, de las cartas de adivinación, de los destinos marcados por la rosa de los vientos, tal como había insinuado el barón Schönenberg una noche en Turín. Pero no podía desconocer que, objetivamente, había destellos de lo insondable en algunos momentos del viaje. Prefería echarle mano a algo más tangible y racional, como la posibilidad de ser vigilado por razones políticas. Si se tratase de lo primero, lo mejor sería olvidarse del asunto. Si de lo segundo, era necesario llegar hasta el fondo. Durante aquella conversación nocturna con Urban en la taberna del puerto napolitano, le pareció que, si quería hablar con los gitanos, el misionero era el mejor conducto.

No había tiempo que perder. Como ya le había enviado mensaje al científico aceptando su invitación para el ascenso al volcán, Simón decidió que Fernando y yo debíamos acudir a la cita mientras él visitaba la tribu. Por eso dejó aquella nota y partió con Urban antes del alba.

Viajaron a Pozzuoli a caballo y allí pernoctaron. Durante el siguiente día recorrieron los alrededores en busca de huellas. Los gitanos cambian de sitio con tal facilidad que si no se conocen sus costumbres, nunca se da con su paradero. En unas playas tristes cargadas de sales, maderámenes de barcos inservibles, aves blancas y moscardones, Urban, como si leyese un mapa, encontró, en la

trabazón a medio consumir de una fogata ya fría, lo que él interpretó como el señalamiento de una dirección. Hicieron varias leguas y, con la última luz de la tarde, vieron unos acantilados frente al mar. Allí Urban halló otra señal; cruzaron a la derecha y se internaron por la llanura de eriales. La luna ascendía y al fondo una montaña llenaba el horizonte. Vieron fogatas: allí estaban los zíngaros y Urban explicó que celebraban la fiesta de Sara la Negra, su santa patrona. Fueron recibidos por el Balubach, su jefe, quien abrazó con sentimiento a Urban y pronunció un discurso en una lengua para Simón desconocida. Los invitó a descansar y luego a participar en la fiesta. Tomaron asiento en el círculo de antorchas y fogatas. Solo en ese momento comenzó Simón a darse cuenta dónde se había metido: pies descalzos con costras de tierra reseca, pieles ajadas, ojos apagados pero inquietos, ancianas con la cabeza cubierta con pañuelos desteñidos y fajones anchos de abalorios en la cintura, tenderetes de lona con parches de colores, un olor pestilente, mezcla de sudor humano, excremento de mulo y perfume barato; un juego de naipes gastados sobre una mesa rústica, una mariposa azul disecada, adherida con alfileres a una tabla, y, más allá, fuera del círculo, caballos viejos, en apariencia enfermos. ¿Eran estos los espías que buscaba? ¡Qué papel ridículo estaba haciendo!

Hubo música de violines y tambores, zapateo y palmoteo, rezos del Balubach y salmodias en coro. Los músicos soplaron en cornetas de cobre dobladas en U. Urban dijo que eran ritos e instrumentos de la más rancia antigüedad. Sirvieron ponche, que Simón degustó como único antídoto para combatir su desolación. Se hizo el propósito de partir a la mañana siguiente. Más tarde apareció una joven de gran belleza: cabellos negros, sueltos, que despedían un viso azuloso, ojos con destellos dorados, piel oscura, faldas de muchos pliegues, largas hasta los tobillos. Danzó sola. Simón quedó como fulminado por sus gestos, por su elasticidad, por su encanto. Ella giró y dio una vuelta tan cerrada que el vuelo del vestido, abriéndose en abanico, descubrió las piernas y vino a cubrir a Simón, pues ella concluyó hincándose a su lado.

Conversaron. Se llamaba Ansira, hablaba una mezcla de provenzal, dialectos italianos, expresiones andaluzas. Simón no reparó en su limpieza; se fijó, más bien, en su mirada. Le parecía que sus ojos despedían una luz "que asía los objetos, como si los arropase o como si pudiera ver a través de ellos". Cuando Simón había bebido suficiente ponche y cabeceaba de sueño, Ansira le anunció:

—Mañana será luna llena. Iremos a la cueva. Debes estar preparado.

En el vagón que les servía de hospedaje, Urban dijo que ella era respetada por sus poderes de adivinación y tuviera cuidado porque los gitanos son en extremo celosos. Un canario cantó en la vecindad; amanecía. Simón soñó: estaba frente a dos puertas, una de marfil y otra de carey. "Quise tomar la segunda, pero la sombra de mi padre, que como sabéis nunca conocí, me indicó que aún no había llegado la hora de enfrentarme a la verdad y a lo eterno. Debía tomar la de marfil, que era la de la ilusión, la guerra y la mentira, la del tiempo terrenal".

A la mañana siguiente decidió aplazar la partida. El campamento estaba casi desierto. Los hombres se habían marchado llevándose los caballos. Alguna mujer se ocupaba de oficios domésticos, uno que otro niño sucio correteaba por ahí; Ansira no apareció por parte alguna. El terreno era rocoso y abundaban las lagartijas que escapaban por las hendiduras del suelo. La imagen descolorida de la patrona Sara estaba en un altar burdo en medio del campamento, rodeada de flores de asfodelo. Urban dijo que era la flor de los abismos y del olvido.

Ocuparon la tarde visitando las ruinas de un templo antiguo cercano. Había un bosquecillo que no estaba surcado por senderos; los arbustos de ramas nudosas y follaje oscuro servían de albergue a unos pájaros minúsculos de cuello grueso y cuerpo rechoncho. Del templo, que había estado localizado junto al risco de la montaña, no quedaba más que algunas piedras entre la maleza. Según la leyenda, había sido construido por Dédalo en honor a Apolo, cuando llegó huyendo del reino de Minos. En las piedras unas imágenes borrosas representaban las relaciones de Pasifae y el toro, y al minotauro, que fue su fruto. Urban especuló sobre las claves que le permitieron a Ariadna resolver los caminos del laberinto...

SIMÓN

—Quisiera escuchar de nuevo la música de Beethoven.

—¡Ahora te parecerá tan diferente!

—Lo sé: antes sonaba con los tonos más extravagantes de la esperanza. Hoy fluiría como un eterno duelo...

MARÍA TERESA

Martes, 3 de diciembre.

¡Qué alegría! ¡Me siento feliz! Simón me ha dicho que pasaremos las navidades con sus hermanas en el Palmito.

EL AUTOR

¿Cómo llegó el diario a la Biblioteca Nacional?

Cuenta la historiadora Moreno de Ángel que en dos oportunidades Anselmo Pineda le hizo donaciones importantes. En 1849, el ofrecimiento de su colección fue tramitado a través del Congreso y desató una controversia nacional, porque implicaba la destinación de algunos fondos para cubrir gastos de clasificación y encuadernación. Se le acusó de leguleyo, de no conocer siquiera los títulos de las obras que quería donar. Un articulista anónimo escribió en la Gaceta Mercantil de Santa Marta (año II, número 100) que se trataba de una colección que contenía "todos los disparates e insultos que se han escrito en nuestro país desde 1810". Solo en 1851 le fue aceptada su oferta. Entregó 425 volúmenes empastados y, además, una cantidad importante de hojas sueltas, folletos y otras piezas. El Congreso comisionó al propio Pineda para dirigir la clasificación del fondo y para que ordenara la encuadernación del material suelto. Pero vino una nueva contienda civil y el coronel fue encarcelado. La biblioteca fue entregada a un grupo de "cívicos" que trastornó, mutiló y revolvió las obras. Al ser liberado, Pineda regresó a su labor y se hizo cargo, además, de otros dos fondos: el del Dr. Manuel Ancízar y el del General Joaquín Acosta.

Al cotejar las fechas del tomo que contiene el diario de María Teresa, es evidente que este no pasó a la Biblioteca en la donación de 1849-1851, porque las obras de Antonio B. Pineda fueron publicadas apenas en la década de 1860.

SIMÓN

—Dijo Reverend que orinaste sangre.

—Ya estoy en las últimas gradas de mi declinar, ¡soy-para-la-muerte!

—Cálmate. Aún no has saltado.

—¿Que no he saltado al abismo? ¿crees que todavía tengo chance de dejar algo positivo a futuros?

MARÍA TERESA

Miércoles, 25 de diciembre.

¡Qué fiesta la de anoche!

Rezamos la novena junto al pesebre. Cantamos villancicos. Hubo juegos de pólvora y música de cuerdas; regalos para todos y, luego, la gran cena. A la media noche asistimos a la misa de gallo.

Cuando repartimos los regalos pasé un momento de confusión. Al terminar la novena se presentó Matea seguida de ocho criadas, todas vestidas de blanco, con faldas largas y sueltas y balacas de colores en el cabello. No dejé de notar que Matea lucía un pañuelo amarillo, que no concordaba con el atuendo. Traían grandes bandejas de postres y frutas y regalos que Simón había comprado para todos. Matea encabezaba el grupo y traía un estuche mediano de carey con incrustaciones de marfil y oro, y una tarjeta: "A nuestra querida María Teresa, de parte de María Antonia y Juana". La música había cesado, lo mismo que la pólvora. Callaron y todos los ojos se posaron en mí. Sentí que mi rostro se ponía encarnado. Abrí con cuidado la tapa de carey y tomé una rica prenda de olán blanco, con bordados también en hilo blanco y encajes. Al alzarlo me di cuenta que era un faldellín precioso. En otra tarjeta adherida a la contratapa se leía: "Faldellín con que fue bautizado Simón Bolívar Palacios el 30 de junio de 1783". ¿Cómo habrán podido darse cuenta que estoy esperando bebé, si esta sorpresa la tenía yo reservada para dársela a Simón el día de año nuevo?

Mi confusión fue total. Sonreía pero por mi rostro corrían las lágrimas. No supe qué decir ni cómo dar las gracias.

JOSÉ

La fiesta se reanudó al atardecer. Ansira danzó como la noche anterior. Cuando la luna ya estaba en su cenit, Simón y Ansira se internaron por el bosquecillo y cruzaron las ruinas del templo. Las aves graznaron entre la maleza. Ella iba delante buscando la entrada de una cueva que Simón y Urban no habían notado en su paseo de la tarde. La vieron con claridad porque la luna la iluminaba; entraron. Las paredes en piedra blanca, de formación volcánica y como si fuesen de marfil, producían un efecto fantástico en el cuerpo de la muchacha. ¡El también estaba explorando el Vesubio! La cueva era, sin duda, alguno de sus cráteres. ¡Qué no daría Humboldt por conocerla! Pero su interés en aquél momento nada tenía de científico. La muchacha seguía delante: su cabello suelto, la flexibilidad y armonía de sus movimientos, los talones de sus pies... sobre todo los talones, que al asentarse sobre la greda y al doblarse hacia adelante para impulsar el cuerpo, quedaban por un segundo levantados brillando bajo la luna. Nunca se habría imaginado que esta parte del cuerpo pudiera ser objeto de su deseo. Luego ella lo guió por una galería lateral. El terreno descendía y al momento la oscuridad fue absoluta. Había una tarima labrada en la piedra, cubierta de paja. Se abrazaron. Ansira olía a animal o a maderas en fermentación. La sintió furente, los senos duros, las

caderas y los muslos tersos. La creyó virgen y se le enardeció más el ánimo. Ella no opuso resistencia y dirigió su impulso con mano experta. Cuando las rábidas bocas descansaron, continuó la unión por un tiempo indefinido. Simón pensó en la calma del ahogado que flota entre las algas, pensó en el cóndor que navega por el aire sosegado, en la roca, que permanece en la profundidad de la tierra, sin que nada perturbe su descanso.

¿Soñaba?, ¿estaba narcotizado?

Svásticas sobre un fondo negro, trompetas zíngaras resonando en la inmensidad de la noche, la figura del padre vestido de militar, la sibila, rutas de montañas, abismos, guerras, muchas guerras, sangre espumeante, soldados con ropas robadas de mujer, enfermedad, hambre, vejez, miseria, muerte. Llegaron las furias, las arpías, las gorgonas, los centauros, la quimera, la hidra, el triforme Escila, Briareo, Gerión. Aunque cayeran los ejércitos del rey, las guerras no cesarían... Estaba en el umbral; aún podía devolverse, pero se dio cuenta que no lo haría...

Ahora Ansira tenía un dejo de cansancio y ronquera en la voz; había perdido su timbre. Salieron. Amanecía. Él marchaba delante. Iban en silencio, pero él escuchaba la respiración pesada de su compañera, sus pasos lentos sobre el suelo de piedras, sus traspiés ocasionales. Al llegar al campamento subió al vagón y se echó a dormir al lado de Urban. Una vieja reavivaba, absorta, el fuego de una de las fogatas. Corselete amrillo, falda roja. Entonces escuchó el canto del canario.

Simón no volvió a ver a Ansira. En el momento de tomar las cabalgaduras, el Balubach se le acercó, lo abrazó de manera emocionada y le regaló un pequeño libro de pastas rojas, escrito en griego. Al medio día partieron de Cumas hacia Nápoles.

MARÍA TERESA

Domingo, 19 de enero de 1803.

Tengo fiebre. He tenido fiebre desde hace doce días, según me dijo Simón, aunque para mí todo este tiempo ha sido una sola e interminable noche. Caí contra el borde de la cama al tropezarme con una arruga de la alfombra. El golpe fue en la sien derecha. Perdí el sentido. Me baja la fiebre cuando me hacen fricciones con alcohol, como hoy; por fin me animo a escribir estos pobres renglones. Han venido a verme varios médicos y me han dado medicinas. Hay unas imágenes que no se me apartan de la mente: la mirada de Santa Bárbara y el cuchillo que corta su seno, las plumas de gallo en el bosque, un pañuelo amarillo. Le he preguntado a

Simón y él me ha dicho que todo ha sido una pesadilla que debo olvidar. No se mueve de mi lado, está nervioso, me besa y me dice que estoy mejorando. Yo sé que es para consolarme. El cura ha venido y hoy me impondrá los óleos. El dolor de cabeza no me deja pensar. Sé que pronto moriré.

EL AUTOR

En 1856 comienza una nueva etapa en la vida de Anselmo Pineda: es nombrado comandante del Istmo de Panamá por el presidente Manuel María Mallarino. En el 58, Intendente de Santa Marta, donde se desposó por segunda vez. En el 66, contrariando, quizá, su credo, ingresó en la logia masónica de "Los propagadores de la luz" y, en el 68, hizo su segunda donación a la Biblioteca Nacional, que fue aceptada por el Presidente Santos Gutiérrez.

No me parece que el diario de María Teresa, ya empastado en el libro que contenía los textos de su hijo Antonio, fuese parte de esta segunda donación: ¿por qué entregar el valioso documento sin antes llamar la atención del público o de los historiadores, arriesgando que cayese en manos de empleados inescrupulosos?

Mi tesis es que el volumen permaneció en poder de la familia después de la muerte del coronel, sin que ninguno de sus miembros hubiese siquiera sospechado su existencia. Pineda murió en 1880.

Según la monografía citada, doña Leonor Pineda de Uribe Cuella, descendiente por línea directa del coronel, entregó a la Biblioteca el último legado en 1978, consistente en trece volúmenes y un resto de folletos sueltos, papeles y manuscritos que se incorporaron al Fondo Pineda. Las leyes del azar me señalaban como el afortunado investigador que iría a difundir los detalles de la triste luna de miel de Simón y María Teresa.

JOSÉ

Aunque ya se adentraba el invierno, el clima era benigno y concluimos sin percances nuestra navegación. Al entrar en el puerto de Marsella, apreciamos desde la borda los edificios blancos y bien construidos que lo rodean y que le dan aspecto de una vasija oval. Allí la congestión de naves era mayor que en los demás puertos de nuestra travesía. Una flotilla procedente de Martinica y Guadalupe descargaba azúcar, melazas, ron y café. Los olores del cargamento nos llenaron de nostalgia. Mientras se tramitaba lo de nuestro equipaje, buscamos en vano noticias frescas del Caribe: ningún capitán u oficial estuvo al alcance y los marineros no fueron comunicativos. Hicimos aduana y nos internamos por las calles

congestionadas. Encontramos una hostería que nos pareció confortable y allí pasamos la noche.

Simón estaba un tanto retraído y se veía nervioso. Esa noche Fernando se atrevió a sugerir la permanencia por unos días en la región con el ánimo de gozar de los baños termales de Aix. A mí me gustó la idea: visitaríamos, además, la famosa Aviñón. Simón nos respondió con cajas destempladas. Podíamos quedarnos si nos venía en gana, pero él partiría al día siguiente, pues tenía urgencia de llegar a París: el invierno se venía encima y los caminos se dañarían en cualquier momento.

No pudo cumplir su deseo. El equipaje se le había convertido en un verdadero estorbo. Luego de perder dos días en la búsqueda de un transporte adecuado, Simón decidió dejarlo en consignación en la casa de postas, para que fuera remitido a París, fardo por fardo, cuando hubiese espacio en los vehículos.

Partimos en la posta. De inmediato nos dimos cuenta que nuestro amigo tenía razón. Ya las ráfagas del Mistral barrían el sur de Francia. Caían chaparrones y en algunos tramos el camino pronto sería intransitable. Recuerdo una de aquellas mañanas de viaje. Era un día frío, claro y ventoso. Más allá de la carretera se extendía el triste panorama de un campo desnudo, del que ya habían recogido las cosechas y por el cual el viento helado sacudía los despojos de unas florecillas amarillas. Por un momento se me ocurrió que mi suerte era como la de esas flores. Miré a Simón con mis ojos llorosos, pensando que él había pensado lo que yo estaba pensando, pero él ni siquiera había reparado en las flores...

Es que mi joven discípulo mostraba un estado de ánimo tan gris y un humor tan sombrío que todos estábamos dándonos cuenta de la necesidad de una separación, de un respiro, para ordenar pensamientos y reencauzar nuestras vidas. Teníamos que hacer balance y la presencia obligada y permanente de los compañeros se había convertido en lastre.

Simón ya parecía tener establecido un itinerario: llegaría a París para ultimar los preparativos para irse a Caracas. La verdad es, Sr. Coburg, que tardó meses en llegar a Venezuela, pero en aquellos días su decisión parecía inminente. Fernando era de pocas palabras, pero en más de una ocasión manifestó también deseos de regresar para unirse a la lucha contra el español. En cambio, yo permanecía indeciso. Ahora veía más oscuro que nunca mi futuro. Me habría gustado seguir siendo el maestro de Bolívar, pero tenía que reconocer que esta función estaba concluida. Al llegar a París se acabaría también mi sustento económico. ¿Qué hacer?, ¿traducciones?, ¿maestro de escuela?, ¿profesor de idiomas?, ¿ayudante de laboratorio? ¿Y dónde?, ¿de nuevo en Estados

Unidos?, ¿Prusia o Austria?, ¿Londres?, ¿el mismo París?

Nos despedimos en la estación con un cálido abrazo, pero con el corazón yerto. En ese momento, Simón me entregó, de manera espontánea y generosa y sin yo habérselo solicitado, el grueso fajo de billetes que le quedaba. Fue lo que me permitió subsistir aquel invierno.

SIMÓN

—El caos del sinsentido, la oscuridad de la duda... ¡Y continúas con vida!

—¿No es esto, acaso, el infierno?

—Tienes el pulso decaído, la fácis hipocrática, supresión de orines, respiración anhelosa. Roncas.

—Los que mueren jóvenes gozan del encanto misterioso de lo inacabado. Yo, en cambio, estoy agobiado por la decrepitud.

—¿Abres los ojos?

—Sí, miro con la mirada del condenado a muerte que sabe que es la última mirada que sale de sus ojos...

JOSÉ

A comienzos de abril me lo encontré a la salida de la Opera. Estaba acompañado por Fanny, quien se veía más hermosa que nunca. Él vestía casaca militar, alto sombrero de fieltro y lucía satisfecho y seguro de sí. Me abrazó con evidente emoción y me pidió que fuera a verlo pronto. Así lo hice; me llevó a un restaurante de la Rue de la Huchette y me contó que se encontraba listo para partir; pasaría por Bélgica, Holanda, Alemania e Inglaterra, pues deseaba hacer contactos con figuras prominentes. Quería, además, visitar los Estados Unidos para observar las instituciones civiles.

Me mostró unos recortes de prensa: el *Universal Monitor* de Nueva York, de comienzos de marzo, informaba que el Presidente de la Unión había hecho arrestar a unos comerciantes sindicados de ayudar a Francisco Miranda. A pesar de la simpatía que el venezolano despertaba en aquél país, su gobierno cedía a las presiones diplomáticas de la corte española. Manuel Godoy, a quien ahora llamaban "el príncipe de la paz", insistía, luego de la confusión generada por la batalla de Trafalgar, en trasladar la corte a América. Según el *Morning Chronicle*, Miranda, acompañado de unos cuantos oficiales ingleses y norteamericanos, había izado en el palo mayor del Leander una bandera con motivos incaicos y bien podía estar entrando victorioso en cualquier puerto entre el Orinoco

y Coquivacoa. Se daban por descontados dos hechos: el apoyo inglés y la sublevación masiva de venezolanos contra España.

—Luego será fácil, con nuevos recursos, entrar en Cartagena y Panamá, anoté.

—No creas, los españoles no van a soltar tan fácilmente sus dominios; menos aún si piensan trasladar la corte a América. La lucha será dura. Las probabilidades de fracaso de Miranda son altas. Pero si fracasa, será nuestro turno para comenzar otra vez de cero.

Me contó que había reestablecido sus relaciones con los Tristán y que había roto sus vínculos afectivos, incluyendo el de Fanny, aunque conservaba con ella una amistad serena. Era la única manera de sentirse dueño de sí para iniciar su periplo. Por aquellas semanas estaba "quemando sus últimos cartuchos", según su expresión: tardes de jolgorio con alguna amiguita de la farándula, danzas, recepciones, ópera y mucha retórica de revolución, rociada con abundante champaña. Me contó, además, que al fin había decidido ingresar en la logia parisiense, en el rito escocés, habiendo obtenido ya el primer grado.

—No hay duda, todos los movimientos que sacuden las viejas estructuras tienen un fondo masón. Un hombre no puede moverse solo; es necesario canalizar el esfuerzo de muchos. Ingresé, bien lo sabes, no por misticismo. Ser masón tiene aura, imprime carácter, da confianza y abre la puerta de la acción colectiva.

Al caer la tarde asistimos al teatro de Châtelet. Presentaban la ópera "Leonora o el amor conyugal, hecho histórico español" de nuestro admirado Her Ludwing. Había sido estrenada unos meses antes en Viena, en el teatro Anderwien, sin éxito. A pesar de la admiración que despertaba la música del maestro de Bonn en París, el teatro estaba aquella tarde casi vacío. Y en verdad, el asunto nos pareció pesado y la representación sin fuerza. Yo no podía creer que hubiese sido compuesta por Her Ludwing. Las crisis políticas tenían que haberlo afectado... o, quizá, su sordera estaba tan avanzada que le estaba afectando el genio. Salimos hacia la media noche; caía un aguacero; el coche contratado por Simón esperaba en la calle desierta. Pasamos primero al Hotel de Extranjeros donde se hospedaba. Al despedirnos, sacó del bolsillo de su casaca un pequeño libro de pastas rojas.

—Echale una leída, tú, José, que sabes griego, y me cuentas de qué se trata. Fue el que me regaló el Balubach de Cumas.

Nos abrazamos. Fue la última vez que nos vimos.

SIMÓN

—He compartido mi vida con los locos y los criminales, pero

siempre he huido de los santos. El camino ha concluido, pero el viaje de mi nombre apenas comienza.

—No intentarás volver, una vez más, sobre lo mismo ¡Ya es suficiente este largo monólogo en San Pedro Alejandrino!

—Tienes razón. Me dejaré ir para que termine ya mi edad. Por fin desciendo por el abismo hacia el infierno; se apaga la última luz, ya todo es negro. ¿Es esto lo que llaman muerte? Me cubre la densa oscuridad...

Bogotá, Viena, Londres

1990-1995

Para quienes creen que la *libertad volverá a ser el objetivo de nuestra especie* (Baudrillard), este libro se publicó en 2011, con la dirección gráfica de *Común Presencia Editores*.